



# LA LUNA ERA MI TIERRA

ENRIQUE ARAYA G.



Lectulandia

El protagonista, Eustaquio, está en la disyuntiva de terminar su carrera de Leyes o de seguir intentando sueños imposibles. El problema es que abandonó los estudios hace una década, y ahora está casado, tiene cinco hijos y no tiene dinero ni para pagar la cuenta de la luz. A partir de esa precaria realidad, Eustaquio hará un viaje hacia su infancia, juventud y madurez, para intentar explicar por qué todo le sale mal, ya que siempre ha vivido en la luna. La novela, de evidentes rasgos autobiográficos, es un valioso retrato de la idiosincrasia chilena. Enrique Araya resalta aquellos aspectos más humorísticos y absurdos de la vida social del país, y describe además con naturalidad el inquieto espíritu humano que debe debatirse entre el deber y el querer.

**Lectulandia**

Enrique Araya Gómez

# **La Luna era mi Tierra**

ePub r1.0

SoporAeternus 22.05.15

Título original: *La Luna era mi Tierra*  
Enrique Araya Gómez, 1948  
Retoque de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus  
ePub base r1.2

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Introducción

Enrique Araya Gómez (1912-1994) perteneció al escaso grupo de escritores que cultivan el humorismo en las letras nacionales. Un género a la vez difícil y complejo, pero que en la pluma del escritor se hizo sencillo y transparente.

Enrique Araya basa el material de su producción en el tinte biográfico. Utiliza un lenguaje criterioso, simple y ameno.

El uso del humor en sus páginas es la nota sobresaliente y lo convirtió en uno de los grandes referentes en este tipo literario. El suyo es «un realismo humorístico que le sirve como panacea para sublimar su problemática personal».

Hablar de Enrique Araya es, sin duda alguna, hablar de *La Luna era mi Tierra*; formidable libro que hiciera reír a un país entero, como acotó un escritor nacional. Libro que mereció el Premio Municipal de Novela y que tuvo el privilegio de tener muchas ediciones (más de 14), además de vender aproximadamente 100.000 libros.

La novela en sí maneja un «trasfondo de melancolía, frustración e insatisfacción que el narrador pretende ocultar tras la anécdota graciosa y tras la burlona ironía» (María Isabel Sáenz - Villarreal), circunstancia muy peculiar en los humoristas.

He ahí el éxito de un libro que obtuvo el beneplácito unánime de la crítica y el público.

Como dramaturgo montó una obra de teatro en Buenos Aires el 19 de septiembre de 1959. A modo anecdótico, cuenta Enrique Araya que en una de sus funciones le tuvo que pedir al escritor chileno Manuel Rojas, que no se riera tan fuerte porque sus carcajadas no dejaban oír a nadie. Su producción cuenta 15 obras, la mayoría novelas. Hay cuento y dramaturgia.

Su libro más popular y el que lo hace resaltar en las letras chilenas es, reiteramos, *La Luna era mi Tierra*.

## Rasgos biográficos

Nació el 28 de septiembre de 1912. Realizó sus estudios en el Colegio Los Padres Franceses. Posteriormente estudió Leyes en la Escuela de Derecho. También estudió escultura, filosofía y psiquiatría. Se casó dos veces y tuvo 15 hijos.

Fue funcionario del Servicio de Impuestos Internos. Luego ingresó a la carrera diplomática. Fue Agregado Cultural, secretario político y cónsul en Argentina,

México, Perú y España. Asimismo ejerció como empresario agrícola. Formó parte de la Sociedad de Escritores de Chile, del *Pen Club International* y de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). También perteneció al consejo ejecutivo internacional de la Asociación Sudamericana de museos (ASUM).

Miembro del Instituto Chileno-Argentino de Cultura. Fundador del Consejo Latinoamericano de Cultura, creado en Buenos Aires, en 1983.

Obtuvo el Premio Municipal de Novela en 1948 por *La Luna era Mi Tierra*. Como articulista colaboró en el diario *Las Ultima Noticias*.

Falleció a los 82 años en 1994.

# Capítulo 1

Sentado frente a mi escritorio de roble americano, adquirido al crédito en una casa de remates, he tomado mi pluma y pienso hacer en un cuaderno anotaciones esquemáticas de «*La Sucesión por Causa de Muerte*», texto que me ha facilitado un amigo.

El cuaderno es nuevo. Sus cien páginas vírgenes podrán contener un resumen completo de esta materia jurídica.

Pienso en la muerte. Yo moriré algún día. Me duele pensarlo, porque quisiera vivir muchos siglos, eternamente, junto a mi mujer, mis cinco hijos, mis libros, mis ensueños.

Aún recuerdo que el profesor de Derecho Civil dijo que esta materia era de las más importantes. Sí, me parece muy útil para los hombres que pueden dejar algo después de morir.

Para mí, en cambio, carece de interés personal. Llevo pasada tal vez la mitad de mi existencia y me bato a la defensiva. ¿Podré dejar algún bien patrimonial a mis hijos? Lo dudo. En pleno vigor físico y mental, no soy capaz de ganar dinero suficiente para atender a las necesidades primordiales de mi familia. Cuando esté viejo no podré alimentarme ni yo mismo. Una vez muerto solo nutriré gusanos. ¿Qué será, entonces, de Carmen y sus hijos?

Debí obtener el título de abogado hace diez años; pero abandoné los estudios para dedicarme a otras cosas. Después de muchas desilusiones económicas, algunos parientes me inculcaron, a fuerza de repetición, «que nunca es tarde», que «el título de abogado sirve mucho», y otras cosas semejantes. Mi situación era entonces, como ahora, tan miserable, que el título de abogado me pareció una tabla de salvación. Si, debo seguir estudiando firmemente. Me suenan en los oídos los sabios consejos de mi tío Eduardo: «Puede el que cree que puede». «Franklin estudió a la lumbre del horno panadero de su padre.» Yo, en cambio, tengo en mi escritorio una ampolleta de 50 bujías. ¡Pobre Franklin! Le compadezco sinceramente.

Golpean a mi puerta.

—¡Adelante!

Es Juana, la empleada «de mano». Tiemblo. Para nada bueno me ha de necesitar.

—¡Señor! —exclama—, dice el hombre de la luz que si no paga «al tiro» las dos cuentas atrasadas, va a cortar la corriente.

Medito un instante y respondo:

—Que la corte. Tráigame una vela.

Miro la ampolleta radiante y comprendo que no es luminosa perspectiva la de estudiar, a la luz de una vela y sin un centavo en el bolsillo, «*La Sucesión por Causa de Muerte*».

Ya se ha cortado la corriente eléctrica. La parpadeante luz de una hedionda vela ensombrece los rincones del cuarto y el ámbito de mi espíritu.

Me asaltan dudas de si me alcanzará la vida para recibir el título de abogado. En caso afirmativo, ¿me ayudará a salir del pantano económico en que me hundo por momentos?

Las inmaculadas páginas del cuaderno parecen gozosas por conservar su virginidad amenazada. En este aspecto, ¿qué distintas son ellas de mi tía Julia, quien desearía el advenimiento de una catástrofe de cualquier naturaleza o magnitud, así fuera el Juicio Final, siempre que de ello derivara el término de su virginidad!

Nuevos golpes en mi puerta.

—¡Adelante!

Aparece la cabecita de Carmen, la mayor de mis hijos. Tiene siete años.

—Oye, papá, se apagó la luz.

El rostro de mi hija, en la penumbrosa lumbre del cuarto, por las sombras profundas que causan las sinuosidades de sus facciones, se demacra y semeja al de una anciana pequeñita. Al mirarla tengo que reprimir un grito de espanto. La he visto por un instante proyectada en el futuro.

Ella vuelve a interrogarme:

—¿Por qué se apagó?

No quiero decirle la triste verdad.

—Las luces se apagan solas algunas veces.

—¿Por qué?

—Linda, ve a preguntarle a tu mamá, porque yo debo estudiar.

Y Carmen se ha ido con la duda.

Después llegan, en oleadas sucesivas, los demás niños a preguntarme por qué se apagó la luz y «*La Sucesión por Causa de Muerte*» permanece muda en el texto.

La llamita, agitada por mi aliento, se contonea voluptuosa y se mira reflejada, como en la superficie de un lago, en el círculo brillante de la vela. Pienso que cuando era más joven, yo también pirueteaba en la vida tal como esa lengüeta de fuego, con su misma inconsciencia, sin preocuparme de que, con el tiempo, cera y pabilo se consumen.

El humo de mi cigarrillo proyecta sutiles sombras fantasmales en las paredes, en el techo y en la cubierta de mi escritorio. La palabra «muerte» se ha escapado del texto jurídico y revolotea como un murciélago. La penumbra ha doblgado la rigidez de mi propósito de estudiar, y sueño... Mi imaginación regresa al pasado, a mi infancia, y siento ansias incontenibles de recordar mi vida, de relatarla a cuantas personas pueda, antes que la muerte me enmudezca. Deseo revivir esos años, ya consumidos, que el tiempo quiere aventar. En mi espíritu se ha encendido nuevamente la hoguera revolucionaria y se oyen gritos anárquicos: «¡Muera el Derecho!» «¡Viva mi pasado libre!»

Enardecido por el clamor delirante de la multitud de ideas oprimidas, me lanzo en los recuerdos de mi infancia.



## Capítulo 2

Tengo cinco años. Mi cuerpo es flaco y la cabeza le queda grande. Mi delgado pescuezo apenas la resiste.

Mis grandes orejas, casi perpendiculares a los planos laterales, semejan aletas de pescado. Mis ojos pequeños tienen una mirada lánguida de animal enfermo. El pelo negro y crespo termina por diferenciarme totalmente de los ángeles de las estampas que me regalan los domingos en la iglesia.

Una de mis características principales era la copiosa emisión de líquidos. Nunca he acertado a comprender cómo lograba almacenar en un cuerpo escuálido tantos centímetros cúbicos de agua. El hecho es que, con motivo o sin él, podía verter lágrimas por espacio de ocho o diez horas seguidas sin ingerir una gota de líquido.

Mi padre me apodó «Depósito», y la sola enunciación de esta palabra me hacía llorar.

Bajo la presión del temor, la vergüenza o la inquietud, mis reservas líquidas se vertían por otro conducto. Cuando mi madre proyectaba una visita conmigo, empezaba por vaciar mi vejiga; sin embargo, en el tranvía, en la calle o en la casa visitada, era posible un derrame copioso.

Dormía en el cuarto de mis padres, y, mientras ellos y mis hermanos comían, yo estaba en mi lecho, adormecido, mirando siempre un cuadro, con la imagen de una virgen azul pintada sobre seda.

¡Cuán placenteros sonaban en mi alma el ruido de los cubiertos y los platos en el comedor; el de algún cajón al cerrarse; el murmullo confuso de las conversaciones, o las campanadas del reloj mural!

Esos sonidos domésticos me hacían tener conciencia del abrigo y seguridad del hogar. En él estaba mi padre, fornido y valiente. En el cajón de su ropero, la niquelada pistola, cargada con ocho balas; la misma con que mató una mañana, en «Valle Fértil», un gato montés, vaciándole ambos ojos de un solo disparo.

¿A quién o a qué temer? A nadie ni a nada. Podía soñar. Plácidamente, mientras mi conciencia se iba hundiendo en sombras, mi imaginación tejía gratas historias.

Algunas noches, sin embargo, ella se emboscaba en tétricos parajes, pletóricos de dragones, ánimas y brujas.

Pasábamos el invierno en un caserón con tres patios amplios, luminosos, rodeados de innumerables piezas. En verano, vivíamos en la hacienda «Valle Fértil», de treinta mil cuerdas, con extensa cordillera, campos feraces, frutas exquisitas, leones y gatos monteses. En el caserón de Santiago siempre estaba Miguel Chacana, el mozo que mi padre trajo de la hacienda. En verano se quedaba solo, cuidando la casa, mientras nosotros huíamos al campo. Ahora pienso que, tal vez, Miguel sufría con ese destierro. Nunca dijo nada. Pero cuando en otoño volvíamos del fundo, nos preguntaba mil cosas y parece que nos olía, para extraernos el aroma de los litres, los espinos, los arrayanes, que pudiéramos habernos impregnado.

Luego se tranquilizaba, y seguía fumando los cigarrillos de hoja de choclo, que él mismo preparaba.

En el fundo, en cambio, quedaba todo el año Luzmira, nuestra profesora particular. Nos veía partir cuando empezaban a caer las hojas de los árboles. No tenía a nadie en el mundo más que a sus cuatro alumnos pequeños, y seguramente no iba a encontrar novio, porque era fea como un sapo.

Luzmira no ha de haber tenido una vasta cultura. He llegado a pensar que quizás solo sabía leer, escribir y las cuatro operaciones aritméticas.

Las clases se efectuaban a la orilla de un estero, bajo un sauce frondoso, sentados sobre la tierra y rodeados de nuestros perros. Las miradas se hundían en la alfombra verde de alfalfa del potrero vecino, en los trigales ondulantes y, algunas veces, en las matas de fréjoles abrazadas a las cañas de maíz.

¡Cómo sufriría Luzmira, solitaria en el invierno, al mirar desde ese sitio el potrero con sus tierras aradas y estériles! Y tal vez, por el crecimiento de la alfalfa o del trigo, calculara el tiempo que faltaba para el retorno de sus pequeños alumnos.

Mi memoria no conserva de la infancia más que escenas aisladas, sin importancia para nadie; pero que también amo y cuido, porque es lo único que me queda de esos años felices.

¿Por qué la memoria ha olvidado multitud de hechos que, posiblemente, fueron más importantes?

Alguna noción tendríamos en esa época, mis hermanos y yo, de la fragilidad de la memoria humana, ya que nos propusimos recordar por el máximo de tiempo ciertos hechos baladíes.

Un día, reunidos los cuatro hermanos, resolvimos grabar en la memoria: que el papel de una de las paredes del comedor de nuestra casa, en «Valle Fértil», estaba arrugado; que, al ser enviados por mi madre a ver si divisábamos a nuestro padre en el camino, vimos que venía cerca de la «piedra grande», en su caballo tordillo; que mi hermana Eliana se atoró en la bodega por comer harina tostada sin agua.

Cada cierto tiempo repasábamos estos tres hechos para grabarlos más firmemente. Ahora, después de treinta años, en que tantas cosas han pasado, los cuatro hermanos recordamos esos insignificantes sucesos. Hemos triunfado, porque ya no podrán borrarse de nuestras memorias, y quién sabe si los recordarán nuestros hijos cuando nosotros nos hayamos ido. ¡Pequeñísimo triunfo sobre el tiempo devastador, como todas las victorias del hombre sobre el olvido!

Los veranos en la hacienda eran felices, porque salíamos a caballo y jugábamos en los alrededores de la casa, en el huerto perfumado de duraznos.

Pero un día mi padre cayó enfermo de fiebre tifoidea. Poco entendía yo aquello de estar enfermo, pero veía tristes a mis hermanos mayores y me contagiaba.

Pasaron muchos días sin que viera a mi padre; ignoro si mis hermanos lo veían.

Una mañana, muy temprano, mi madre nos mandó con Luzmira a la represa que alimentaba el molino, para que no presenciáramos la partida de mi padre a la capital.

Aunque se nos ocultó el objeto de este paseo, mi hermana Gabriela lo presintió y nos lo dijo: íbamos a separarnos de mis padres y nadie sabía por cuánto tiempo. Los demás callábamos y sufríamos. Cuando nos llevaron nuevamente a casa, ellos ya no estaban y nos encontramos con mi tío Alfonso, quien nos explicó a medias, la verdad y nos dijo que debíamos prepararnos para ir a la ciudad de La Serena. Viviríamos en casa de mis tíos Solar, mientras mi padre se restablecía en la capital. Ese mismo día viajamos varias horas en coche de caballos y en ferrocarril, hasta llegar a La Serena.

Mis tíos Solar, como los denominamos hasta hoy, formaban una familia integrada por don Emiliano, doña Josefina y doña Isabel, todos solterones, de setenta, sesenta y ocho, y sesenta y cinco años, respectivamente. Don Emiliano era muy cascarrabias y gran cocinero. Mi tía Josefina, corpulenta, usaba unas botas negras de cabritilla; mi tía Isabel, pequeña, calzaba zapatón sin caña. Se pasaban la vida ordenando el inmenso caserón, remendando sus ropas interiores, bordando, visitando a sus relaciones y rezando. Vivía con ellas una sobrina, Julia Solar, de cuarenta años en esa época, soltera, de gruesos anteojos y pelirroja, que hacía del «pelambre» su profesión habitual.

Al pie de sus catres de bronce, tenían doña Josefina y doña Isabel dos reclinatorios tapizados en terciopelo negro.

La Serena cuenta con quince iglesias, no obstante ser una pequeña ciudad, y en cada una de ellas, mis tías tenían reclinatorios; o sea, que estas piadosas señoras utilizaban treinta y dos muebles destinados a facilitar la oración.

El frontal de estos reclinatorios tenía en su parte superior una cajita, cuya tapa con almohadilla forrada de terciopelo servía de blando apoyo a los codos. En el interior de esos cajoncitos que cerraban con llaves, mis tías guardaban un libro de misa y un rosario. En esta forma, las virtuosas señoras podían dirigirse a cualquier iglesia de La Serena sin necesidad de llevar esos útiles religiosos.



Por su parte, don Emiliano contaba con idéntico instrumental.

Una gran parte de las oraciones se elevaban al cielo, desde los cuarenta y ocho reclinatorios, con el fin de solicitar un novio para Julia. Esta, por su parte, rogaba a Dios, con insistente majadería, le concediera ese don.

Los ruegos fueron desoídos y ella permanece célibe hasta hoy. No podía Dios, para complacer a la familia Solar —por virtuosa que fuese—, sacrificar a otro cristiano en forma tan despiadada, entregándolo en brazos de Julia.

En las mañanas, en cuanto despertaban, mis hermanos se metían al lecho de Julia, a conversar. Yo no disfrutaba de ese placer, porque no habiendo sido invitado, al principio, consideré prudente abstenerme después. Esta privación del lecho de Julia fue uno de los primeros sinsabores por desprecio que padecí en mi vida. No me interesaba su compañía; pero el hecho de ser excluido hirió mi vanidad, mi amor propio.

Con el transcurso de los años, he observado que las tristezas derivadas de la vanidad herida son tan absurdas e infundadas como aquellas de mi infancia por no participar del lecho de una solterona.

Ignoro si antes de llegar a La Serena padecía yo de estreñimiento; mas no recuerdo haber sentido molestias, ni haber sido fastidiado por nadie en relación con mi tubo digestivo. Sin embargo, mis tías Solar diagnosticaron que yo era «estético» y me recetaron lavados intestinales de agua fría.

Día por medio, a eso de las cuatro de la tarde, estas abnegadas señoritas me llevaban al dormitorio, y en tanto que una sostenía el irrigador, la otra me introducía el bitoque envaselinado. Después, una levantaba lo más posible el recipiente con el agua y la otra cuidaba de retener el bitoque para impedir que se saliera. Entraba el líquido helado, produciéndome la sensación más desagradable.

No obstante el respeto que me inspira la memoria de mis venerables tías, me he visto asaltado, a veces, por la duda innoble de si las impulsaría en este celo de limpieza intestinal, un reprimido y desviado ímpetu de sexualidad latente.

¿Por qué —me he preguntado— se preocupaban con tanto esmero en vaciar a menudo mis intestinos? ¿A qué se debía que una vez fuera la tía Josefina la que maniobraba en el bitoque, y la otra, mi tía Isabel? ¿Por qué no se especializaron en sus funciones, una en el irrigador y la otra en el bitoque?

Mal podría atribuir caracteres de certidumbre a esta hipótesis sobre los móviles que las impulsaban a preocuparse tanto de mi correcta evacuación. Solo sé que desarreglaron mi función digestiva y padecí mucho tiempo de estreñimiento.

De esos meses que estuve en La Serena solo conservo memoria de escenas aisladas.

Recuerdo que todos los días pasábamos por el telégrafo para saber de la salud de mi padre. A mí me era igual recibir la noticia: «está muy mal, no pasará la noche» o «está mejor, notable reacción». Llegaba a la casa y repetía como un loro lo que se me había dicho.

Mi estrafalaria memoria se ha preocupado de conservar la imagen, sabor y olor de las tostadas de pan con mantequilla y sal que personalmente preparaba mi tío Emiliano para el desayuno y el té. Verdad que eran perfectas en su género; pero ¿por qué recordar algo de tan escasa importancia? En cambio, no conservo las imágenes de mis tías, de don Emiliano ni de Julia. ¿Es que tenía, para mí, más importancia o atractivo la faz de las tostadas que el rostro de quien las fabricaba o de sus parientes?

La casa de mis tíos Solar constaba de dos patios embaldosados, y, al fondo, otro de tierra, con papayos, chirimoyos, paltos y otros árboles frutales. A este último patio nos estaba prohibido entrar; seguramente en resguardo de los frutos.

Un día, mi hermano Jorge, que me llevaba año y medio, y yo quedamos solos en la casa. Para disipar nuestro aburrimiento discurrimos encerar las baldosas rojas del primer patio. Consumidas varias velas en este trabajo, la superficie del patio se transformó en una cancha de hielo que nos permitía patinar. Aunque nos caímos muchas veces, gozamos y nos reímos.

De pronto vimos aparecer por el pasadizo a don Emiliano, con el andar reposado que le imponían sus setenta años, afirmándose en su bastón con cache de oro.

Solo en ese momento, y en forma relampagueante, comprendimos que lo resbaladizo del suelo y la verticalidad de nuestro tío entrarían en lucha. Nos quedamos estáticos, en medio del patio. Don Emiliano avanzaba lentamente, acercándose a la zona peligrosa. Por un momento albergué la absurda esperanza de ver a mi tío recorrer toda la cancha de patinaje sin que resbalara ni un centímetro. ¡He tenido muchas veces en mi vida la esperanza que las cosas ocurran de manera distinta a como los antecedentes obligan a pensar!

Don Emiliano puso el pie derecho en la zona peligrosa y levantó el izquierdo para entrar de lleno en ella, perdió el equilibrio y cayó de espaldas en las baldosas rojas. Saltaron al espacio su bastón, su tongo y sus anteojos. Los cristales se quebraron en mil pedazos. Risas nerviosas pugnaban por salir de nuestros labios.

Hubo un momento de quietud y silencio. Pero luego empezó mi tío a vociferar:

—¡Mierda! ¡Remierda! ¡Mis lentes!

Encontró el bastón y empezó a pararse. Una vez en pie, anunció:

—¡Voy a moler a palos a esos badulaques!

Arrancamos a meternos debajo de nuestros catres.

Desde allí, por la puerta abierta, pudimos ver el resto de la escena. Después de sobarse la cintura, mi tío miró hacia nuestro dormitorio, en donde nos vio entrar huyendo. Volvió a amenazarnos con el bastón, repitió su propósito de molernos a palos y se dispuso a cumplirlo de inmediato. Quiso avanzar, dio un paso y cayó de bruces. Ya no sentíamos deseos de reír. Aún más, yo recuerdo haber pensado comunicarle a mi tío que todo el patio estaba encerado para evitarle nuevos golpes y así detener su cólera en aumento.

Por suerte para su integridad física y para desgracia de la nuestra, comprendió que era imposible desplazarse en dos pies y resolvió hacerlo en cuatro. Gateó como un

bebé hasta el sitio en que estaba su bastón y desde allí se dirigió a nuestro dormitorio.

Cerró la puerta y empezó a lanzar bastonazos debajo de los catres. Algunos daban en el blanco, otros en la bacinica y unos pocos se perdían; pero no había posible error en esta contabilidad de apaleo, pues era tan recio el bastón y tanta su ira, que cuando nos golpeaba acusábamos recibo con aullidos de dolor.

Don Emiliano saldó su cuenta; pero dejó pendiente la de sus hermanas, quienes a su llegada repitieron las cabriolas de mi tío.

Ellas no se vengaron a palos. Después de habernos sermoneado, nos mandaron a la iglesia a que nos confesáramos. Yo juzgué más pedagógico el sistema.

## Capítulo 3

Mi madre, esa mañana, nos despertó más temprano que de costumbre a mi hermano Jorge y a mí. Ella misma preparó la tina de baño con la cantidad de agua estrictamente necesaria.

Nosotros nos quejamos de escasez de agua. ¡Reclamamos inútiles! Ella jamás transigió en la medida de centímetros cúbicos que había de tener la tina. Personalmente nos jabonó las rodillas, y después, entregándonos el pan de jabón y recomendándonos que no exageráramos su consumo, nos encargó el aseo de las demás partes del cuerpo. En seguida nos advirtió: «*Don't forget to clean your teeth*» (*No olviden limpiarse los dientes*). Siempre nos daba ciertas órdenes en inglés, acaso con el objeto de grabarnos la frase. Ella tenía la aspiración que sus hijos dominaran ese idioma; pero, no obstante el dinero invertido en pagar una nurse que cada cierto tiempo caía en nuestra casa, el único conocimiento que tenemos actualmente de la lengua de Shakespeare son las frases que expresan esas órdenes que nos repetía continuamente. Así, todos mis hermanos y yo sabemos las frases: «*Don't put the elbows on the table*» (*No pongas los codos sobre la mesa*), «*Don't use the knife*» (*No uses el cuchillo*), *Let the fork* (*Deja el tenedor*). Dudo que a mis hermanos les haya sido útil el conocimiento de esta fraseología; en cuanto a mí, puedo decir que solo he tenido ocasión de usarla, y con relativo éxito, una vez que fui a visitar un barco inglés al puerto de San Antonio. Mientras almorzábamos a bordo con mi mujer, en un comedor atestado de gente distinguida y muchos extranjeros, presentí que estornudaría. Sabiéndome sin pañuelo, dije a mi esposa:

—*Have your handkerchief?*

Como ella ignoraba totalmente el sentido de esta frase, hube de perder tiempo en repetírsela en castellano. Mientras abría su cartera para pasarme el pañuelo, me sobrevino el estornudo más violento de mi vida. No tuve tiempo de atajar la erupción del arroz que tenía en la boca, y mi vecino del frente padeció el chubasco sin atenuaciones. Avergonzado, dije a mi víctima, creyéndole de nacionalidad inglesa:

—*I beg your pardon.*

Pero como el afectado era tan chileno como yo, juzgó conveniente no aceptar las explicaciones y dar libre expansión a su rabia. Mientras se sacaba el arroz de los ojos, las orejas y el pelo, me respondió:

—Gringo de mierda, tápate la boca para otra vez. Reconociendo mi culpabilidad fingí no entender castellano; le hice una cortés reverencia y agregué:

—*Don't mention it.*

Desde ese momento no pude hablar durante el almuerzo nada en mi idioma natal. Solo de vez en cuando me dirigía a mi esposa diciéndole: *Don't put the elbows on the table*, *Don't forget to clean your teeth*, etc. Mi esposa, tal vez, más ignorante que yo en idiomas y convencida de la necesidad que el llovido vecino nos creyera ingleses, me contestaba con las pocas frases que había aprendido en el colegio: *That is a table*;

*I am six years old; That is a horse...*

Pero volvamos al asunto que relataba.

En cuanto estuvimos vestidos y cargados con nuestros bolsones estudiantiles, partimos al colegio por primera vez en la vida, tomados de la mano de nuestra madre.

Recuerdo que nos fuimos a pie, pues no distaba más de diez cuadras y teníamos tiempo suficiente para llegar a la hora reglamentaria: las ocho y media de la mañana.

En el trayecto, mi madre nos fue aconsejando sobre los más diversos tópicos. Poco escuchaba yo sus palabras, atormentado con la idea que iba a ser encarcelado.

Hemos llegado al edificio del colegio que tendrá la delicada misión de plasmar nuestras mentalidades.

Atravesamos el umbral y entramos en un pasadizo. Mi madre dice a un empleado que desea hablar con el rector, y aquel nos hace pasar a una sala con viejos muebles de felpa. Al centro, una mesa; en la pared, solo tres cuadros: uno contiene un grupo de muchachos; el otro, el Sagrado Corazón, y el tercero es un aviso que, con gruesos y amplios caracteres, dice: «La matrícula se paga anticipada. El Rector».

Luego aparece en la sala un anciano sacerdote, calvo como la planta del pie. Nos da la mano con ternura de padre. Por mi parte... ¡siento necesidad inmediata de orinar! Comprendo que es inoportuno manifestar mis deseos y me invade una angustia mortal. Estoicamente, nada digo.

El sacerdote me interroga sobre mi edad. No acierto a contestar, y mi madre, en voz baja, dice algo que no alcanzo a oír, pero que ha de haber versado sobre mi timidez.

Miro a mi hermano y le noto un tanto confundido; pero, comparándolo conmigo, es un cazador de leones.

El anciano sacerdote pregunta a mi madre si yo sé algo. Antes que ella conteste, yo no puedo soportar más el torrente que contengo, y, como un dique cuyas paredes se agrietan, me filtro. Siento que una tibia corriente líquida me acaricia el muslo y me llega hasta el pie. Pienso que ya es inútil luchar, abro las compuertas y me vacío íntegramente. Bajo mis pies, y a sus alrededores, hay una amplia poza; pero nadie la puede ver aún, porque estoy junto a la mesa y todos los demás están al otro lado. Sin embargo, no albergó esperanza alguna que pase inadvertido mi accidente. Espero el momento que alguien me descubra.

Terminada la conversación, mi madre y el sacerdote empiezan a desplazarse para poner término a esta entrevista. Comprendo que se aproxima el instante fatal.

Los reflejos de la luz en la superficie cristalina de la poza que he formado a mis pies atraen las miradas del sacerdote, quien observa y queda en suspenso, meditando, sin duda, sobre la relación que puede existir entre mi persona y el líquido.

Mi madre, buscando el objeto de observación del sacerdote, descubre también la poza y me dice:

—¿Por qué no avisaste, hijito?

Yo no puedo contestar, y suelto el llanto.



Como no era posible dejarme en ese estado de humedad, mi madre vuelve conmigo a la casa, y mi hermano es conducido por el sacerdote al interior del colegio. Le compadezco sinceramente.

\* \* \*

Me veo sentado en una sala cuyo piso es un plano inclinado. En la cubierta del escritorio tengo mi estuche y el libro de Historia Sagrada.

La madera del estuche y los lápices exhalan un perfume nuevo para mí. El olor de la goma de borrar y su contextura blanduzca como un queso, me dan apetito, y la masco.

En las paredes hay varios grabados con escenas de la Historia Sagrada. Uno de ellos representa la tentación. Bajo el árbol del Bien y del Mal, Adán y Eva deliberan; en el tronco está enroscada una serpiente.

El profesor, un sacerdote blanco y con las mejillas muy rojas, explica su primera lección. Dice:

—Y en el maravilloso Jardín del Edén puso Dios a Adán y le enseñoreó de todo, de los animales, de los árboles y sus frutos. Y Adán andaba desnudo y no sentía frío y las fieras no le dañaban.

Me parece encantadora la temperatura del Edén. Imagino que Adán no sería capaz de hacer esa gracia de andar desnudo y no sentir frío en nuestra sala de clases. Juzgo peligroso mezclarse con las fieras, aunque parezcan muy mansas.

El profesor continúa:

—Pero Adán estaba muy solo y el Creador resolvió darle una compañera. Mientras dormía, de su costilla sacó a Eva.

Pienso que esta ascendencia de la mujer explica en cierto modo su debilidad física.

—Pero Dios les puso una sola prohibición: que no comieran del árbol del Bien y del Mal.

Esto me inquieta. Por experiencia propia, sé que las cosas prohibidas tienen una especial atracción.

—Y la serpiente dijo a Eva: «Comed el fruto del árbol del Bien y del Mal y seréis como Dios».

Supongo que Eva no será tan torpe como para seguir los consejos de un animal.

—Y Eva dijo a su compañero: «Si comemos de este fruto, seremos como Dios».

Estoy cierto que Adán no dará crédito a la gratuita afirmación de su mujer. He observado que mi padre desconfía, por principio, de los proyectos de mi madre, y, en todo caso, los analiza y refuta si así lo aconseja su sano criterio.

—Y Adán se dejó convencer por Eva y ambos comieron del fruto prohibido.

Siento desprecio por un individuo tan ingenuo y le deseo que se arruine por deschavetado.

El profesor continúa sus explicaciones, pero mi interés ha decaído y no escucho sus palabras. Considero que esta historia versa sobre una pareja de fracasados y espontáneamente los relaciono con un cesante que, acompañado de su mujer y un perro, pasa todos los días por mi casa a mendigar comida. Sí, Adán y Eva han de haber tenido tan «mala cabeza» como esa pareja de pordioseros.

A mi padre no lo habrían embaucado con una mentira tan burda. ¡Y todavía una serpiente! Él ni siquiera le hubiera dado tiempo para articular una sílaba. Junto con verla, la habría atacado. Recuerdo que varias veces mi padre tropezó con culebras en el bosque cercano a la casa de «Valle Fértil», y siempre las aniquiló a bastonazos o patadas.

Tal vez, mi padre fue ubicado por el Creador en «Valle Fértil»; de una de sus costillas sacó a mi madre, y, como él no cree en culebras, lo deja vivir en su Edén nortino, sin ponerle ángeles con espadas de fuego a la entrada del fundo. Desde luego, Feliciano, el cuidador de la puerta que da acceso a nuestra hacienda, jamás ha tenido espadas, ni es un ángel ni cosa parecida.

Me hago el propósito de preguntar a mi padre, en cuanto le vea, sobre la verdad de mis conjeturas.

El profesor continúa su lección mientras mi espíritu vaga por el extenso fundo de mi padre. Ahora dice que por culpa de Adán y Eva todo el género humano quedó condenado a los padecimientos que le aquejan: ganar el pan con el sudor de la frente y parir con dolor.

Esta parte no la entendí, porque en esa época, mi frente solo había transpirado por efecto del juego y creía que los bebés se importaban de Europa.

Vagamente, prolongo mis reflexiones. Eva me parece digna de odio, a pesar de su adorable desnudez. Ella es la culpable de todo. Me hago el propósito de desconfiar siempre de las engañosas proposiciones de la mujer.

El cuadro que representa la tentación de los primeros padres queda muy cerca de mi banca y puedo contemplarlo a mi gusto, sin necesidad de torcer la cabeza. Sin duda que Eva, pese a su mal criterio, es digna de admiración por la belleza de sus formas.

Antes de llegar al colegio, nunca había tenido la oportunidad de contemplar la desnudez humana. Ahora, mis ojos de impúber lamen las ampulosas curvas del cuerpo de Eva y padezco un estremecimiento desconocido.

¡Qué exuberancia en los senos, en las caderas y en los muslos!

Recuerdo que mi padre, enemigo de vanas ostentaciones, económico y hombre de pocos amigos, resolvió comprar un coche, no tanto por necesidad como por procurar un agrado a su mujer y a sus hijos. Su decisión fue muy grata para mí, pues pensaba que debía haberla adoptado antes, ya que a mis compañeros de Kindergarten, a muchos al menos, les esperaban magníficos coches a la puerta del colegio.

Mi padre, pues, como todos los caballeros que poseían entonces una «situación holgada», adquirió un coche con «sus caballos», «sus aperos» y «su cochero».

Al oír la relación que mi padre hizo sobre la compra, yo, que escuchaba ansioso, pensé que el cochero formaba parte de los aperos. ¡Tan poco, o tanto, conocimiento de la vida tenía entonces!

Todas las tardes de primavera y verano salía en el coche toda la familia a «tomar aire», al Parque Cousiño.

Mi madre, tan bella como abnegada, feliz que sus niños respiraran aire puro y estuviesen contentos. Mi padre, satisfecho por los mismos motivos, y además, orgulloso de palpar su prosperidad, llevaba prendida en sus bigotes una sutil sonrisa de triunfo.

Mis hermanas, de catorce y doce años, en ese entonces, buscaban quizás, al pasar los otros coches, algunos ojos que las miraran con dulzura; pero ignoro si satisfacían sus anhelos.

Jorge, mi hermano mayor, observaba tranquilo cuanto desfilaba ante sus ojos.

En cuanto a mí, recuerdo mi inagotable admiración por los aperos, con sus hebillas y remaches de bronce, relucientes como el oro; por las negras correas lustradas y el cochero impávido y limpio, aunque no tanto como su coche.

La colocación de los aperos a los caballos tenía entonces, para mí, el atractivo que tiene para un hombre sensual y calavera el vestir y desvestir a una bataclana.

Al ponerles o sacarles el correaje, se me hacía más patente la desnudez que ostentaban esos animales de suave y tibio pelaje, de curvas armoniosas y tan airosos en su trote y su mirar.

Yo, que deliraba por la contemplación de la desnudez humana, encontraba una pequeña compensación a mis ansias insatisfechas, con la visión de los caballos desnudos.

La correa de los aperos que circunda la cola y la otra que cruza las nalgas eran, para mi incipiente y tempestuosa sexualidad, tan incitantes como lo que más.

Recuerdo que el sonido de los cascabeles que pendían de las correas de la cabezada, el de las herraduras de goma sobre el pavimento y el del aire encerrado en la capota me parecían música encantadora. Ver el movimiento del caballo al trotar completaba mi placer.

Aun cuando yo quería mucho a las bestias de nuestro coche, experimentaba un pequeño deleite cuando el cochero las huasqueaba. Al sentir el animal el látigo sobre sus ancas, redoblaba su empuje, inflamábanse más sus músculos, levantaba lentamente la cola, y se me presentaba en una actitud más sexual.

## Capítulo 4

Todas las clases, excepto las de Religión, eran hechas por monjas.

La enseñanza de caligrafía estaba a cargo de Sor Ángela, bellísima.

Sus ojos celestes los pintó Dios con el mismo pomo con que coloreó el cielo. De esto no me cabe la menor duda, pues de otra manera no se explica la identidad de tonos. Su piel es alba como el cutis de la luna y tengo la certeza que ambas tienen algo común en su origen.

Entre estos dos seres no hay —según mi infantil opinión— más que diferencias accidentales, de espacio: la luna está mucho más distante que la pálida monjita. El destino de ambas me es igualmente misterioso y jamás me he preocupado de averiguarlo. Ellas existen: una, lejana; la otra, muy cerca.

Sor Ángela tiene movimientos lentos y silenciosos como la luna.

Cierto es que ella habla; pero esta aparente diferencia se explica por las distancias. ¡Quién sabe si la luna también habla, mas yo no alcanzo a oír su voz!

Estamos en clase. En el pizarrón hay varias palabras que los alumnos debemos copiar en nuestros cuadernos.

La madre recorre la sala, por entre las filas de los bancos, observando el trabajo de los niños. Se ha detenido a mi lado. Yo no me muevo y procuro seguir dibujando las letras; pero no puedo, porque ella está muy cerca y en la página de mi cuaderno hay un resplandor que me ciega: es la luz de su mirada.

—Eustaquio, escriba —dice suavemente.

Adopto actitudes que manifiestan mi propósito de obedecer.

Después de mucho, logro poner la punta del lápiz sobre la superficie del papel; pero el trazo es zigzagueante y nada tiene de semejante al de la pizarra, que trato de imitar.

Sor Ángela se inclina, y, tomando mi mano, dice:

—Yo le ayudaré.

Al sentir la tibieza de su mano, mi corazón late veloz y el rostro está ardiente.

Ella guía mi lápiz, y la palabra está creada; pero yo no puedo leerla, porque he olvidado todo: mi nombre y el de todos los seres.

—Así se hace, Eustaquio.

Ella suelta mi diestra y me alegro. ¡Tanta emoción me dañaba!

Yo no sé qué es lo que pasa en mí cuando la madre toca mi mano, cuando la veo, o cuando su imagen se aparece en el extraño escenario de mi espíritu. Es algo semejante al miedo que me invade si tengo que atravesar el oscuro patio de mi casa o si escucho los relatos poblados de ánimas y brujas de Miguel, nuestro mozo.

Es semejante, también, a la alegría que me inunda al ver, la noche de Navidad, los juguetes dejados por Santa Claus al pie de mi cama. Pero no es igual a ese terror ni a esa alegría lo que siento ante la imagen de Sor Ángela. Solo los efectos son muy parecidos: un palpar atolondrado de mi corazón, unas ansias infinitas de ternura

recibidas en mi alma temerosa e indefensa y el deseo de caricias en los ojos, en la frente y en las manos.

Transcurrido el primer mes en el Kindergarten, fueron repartidos premios a los alumnos que habían logrado las mejores notas. Fue la primera competencia de mi vida.

El acto se realizaba con cierta solemnidad, porque, además de dos monjitas, asistía el capellán del colegio.

Allí están a la vista los premios: caramelos en vistosos cartuchos de papel, gallitos de tela con plumas auténticas, pollitos de algodón, amarillos, con patas de alambre; pitos y otros juguetes.

El acto se inicia con un breve discurso del capellán, que parece dirigido solamente a las monjitas o a la posteridad. Yo, al menos, nada entiendo. Las monjas mueven sus cabezas en actitud aprobatoria y parecen emocionadas.

Estoy muy nervioso porque se me ha planteado una disyuntiva insoluble: puedo obtener algún premio o quedarme con las manos vacías. En el primer caso, tendré que salir a recibirlo y ser el objeto de observación de todos los asistentes, lo que sé superior a mis fuerzas; en el segundo, no pasaré vergüenza, pero quedaré sin juguete. Si me dieran a elegir, creo que preferiría esta última posibilidad. Pero no habrá tal elección: la suerte está echada. Acaso me halle en la lista de los premiados, y, en cualquier momento, mi nombre puede resonar en el ámbito de la sala, y me veré en la necesidad de salir por entre las hileras de bancos, llegar hasta la mesa, y, quizás, desmayarme. Un nombre ha sonado. No soy yo. El alumno camina tranquilo a recibir su premio. Se le felicita y vuelve con un cartucho a su asiento. Le envidio su presencia de ánimo y le creo con aptitudes para ser actor teatral.

Pienso en nuestras clases a la orilla del estero en «Valle Fértil», rodeado de perros, sin premios ni solemnidades.

Siento un olor desagradable y característico que puede ser de cola de pegar. Mi olfato es agudísimo. ¿Dónde puede haber cola en la sala de clases? No, hay que descartar esa posibilidad.

De pronto, descubro una cinta acuosa que se desliza por el plano inclinado del piso, desde la banca que está atrás de mí y en la parte más elevada de la sala. Allí está Meza goteando, y es la fuente de donde nace el arroyuelo. Observo su rostro y él me sonríe tristemente, confesando su falta e implorando indulgencia. Le miro a los ojos otorgándole el perdón que solicita. Meza sigue con la vista el curso del estero que ha lanzado a la llanura. El líquido toca los zapatos del sacerdote y parece detenerse; pero luego los circunda y empieza a formarse una poza. Mi desgraciado compañero tiene la cara entre sus manos y parece esperar su sentencia de muerte.

De repente, veo que se eleva un poquito sobre su banco, en una posición forzada, cual si pretendiera, acaso, no posar las nalgas sobre el asiento. Bien sé yo el objetivo de esa actitud.

Curioso por saber la magnitud de la desventura que le aqueja, le interrogo:

—¿Te «hiciste la menor», Meza?

—Y también «la mayor».

El capellán sigue nombrando a los premiados. Ahora dice:

—Eugenio Meza.

Oigo detrás de mí un huracanado suspiro y un golpe. Miro; es Meza, que ha caído de costado al suelo. El sacerdote y las dos monjitas corren en su auxilio.

Los alumnos son enviados al patio.

## Capítulo 5

Por esos años llegaron a nuestra casa dos tías abuelas de mi madre: Clorinda y Amelia.

Al llegar se nos explicó que eran las tías abuelas; yo no entendí el parentesco y ahora mismo tengo que deliberar para saber con precisión qué lazo sanguíneo es este.

Ellas eran, para mí, dos sillones antiguos que pasaron de la casa de mi tío Victorino a la nuestra porque desentonaban en aquella.

Don Victorino ya tenía hijas casaderas que empezaban a dar sus fiestecitas con jóvenes, y no era posible, sin grave riesgo de ahuyentar a los pretendientes, conservar estos desvencijados sillones-señoras en medio del moderno mobiliario.

Mis padres, que aún no emprendían la batalla de atrapar novios para mis dos hermanas, aceptaron el traslado de estas señoras a su caserón de la calle Carrera.

Además, en nuestra casa antigua, las viejitas no desentonaban y lograrían mimetizarse.

Eran muy pequeñas, vestían siempre de negro, de pies a cabeza; una era alba como la luna; la otra, oscura como la noche.

A las cinco de la madrugada emergían de su dormitorio, sigilosas como dos sombras escapadas de la noche, que se lanzaban a luchar contra el día.

Jamás podré recordar la forma que tenían sus dos únicos vestidos. Solo sé que carecían de adornos y no dejaban visibles a las miradas humanas más que las manos y el rostro.

Sobre el vestido llevaban, invierno y verano, unas capitas de terciopelo hasta la cintura, sostenidas al cuello por una lazada.

Bajo sus vestidos han de haber llevado mucha ropa, pues, aunque nunca las palpé, daban la impresión de ser dos almohadones ambulantes.

Los zapatos no se les veían ni cuando estaban sentadas, pero debían tener suela y tacón de goma, porque al caminar no producían más ruido que un caracol.

Si los vestidos dejaban al descubierto las manos de leche de mi tía Amelia y las de chocolate de mi tía Clorinda, los mitones negros de lana que usaban hasta para dormir, dejaban desnudos solamente sus veinte dedos.

Al amanecer, cuando partían a la iglesia a rogar por las ánimas del Purgatorio, eran aún más oscuras, pues llevaban, ante sus rostros, velos negros y espesos.

Volvían de la iglesia cerca de las diez de la mañana; o sea, estaban trabajando, en ayunas, por las ánimas dolientes, alrededor de cinco horas.

Se me ocurre que cuando las ánimas de mis tías llegaron al cielo, se les hizo la vida insoportable, debido a las manifestaciones de agradecimiento tributadas por las almas redimidas del Purgatorio con sus ruegos. ¡Cómo les habrán abrazado, dado la mano y palmoteado!

Pero no sería aventurado suponer que solo una pequeña proporción de las oraciones matinales eran vertidas por sus labios vírgenes de alimento.

De lo contrario, habría que suponerlas de una resistencia física superior a la de un faquir. Mantenerse arrodillado, con los brazos en cruz, balbuceando oraciones sin una migaja en el estómago y en el ambiente mal ventilado de una iglesia, no es cosa para un occidental.

Además, mi madre siempre estaba quejándose que desaparecían misteriosamente de los armarios: el pan, el queso, el jamón, etc.

Al perro y al gato siempre les fueron imputadas estas substracciones y pagaron con patadas y plumerazos su presunta responsabilidad.

Quién sabe si bajo sus insondables ropajes, mis dos tías acarreaban alimento para reponer las energías que gastaban sacando ánimas dolientes.

Desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde pasaban en la casa y poco salían de su dormitorio. Qué hacían en él durante esas horas, es y será un misterio para mí. Es posible que mi tía Clorinda leyera el periódico del día anterior; pues siempre que ya lo había leído mi padre, cogíalo ella. Mi tía Amelia, en cambio, jamás demostró interés por imponerse de los acontecimientos nacionales o extranjeros. Ni siquiera tenía anteojos y jamás vi en sus manos un papel impreso.

Celosas defensoras de la virtud y de la religión, jamás perdieron la oportunidad de dar un consejo de orden moral. En casa redujeron su acción apostólica a recomendar a mis hermanas que alargasen sus faldas, redujeran sus escotes y apretaran sus sostenes.

Aun cuando asistían al comedor, tenían en su dormitorio un anafe con espíritu de vino y continuamente se les veía hervir agua con ignorados fines.

La biblioteca de ambas se componía de cinco volúmenes: dos libros de misa; un texto de apologética, «La Religión Demostrada»; «La Vida de Santa Teresa», y «San Cristóbal», de Eça de Queiroz.

Al morir, mis dos tías no dejaron más bienes que esos libros y el ejemplo de sus virtuosas y humildes vidas. Los catres, colchones, un ropero, el anafe y una mesita habían sido comprados para ellas, por mi padre, cuando llegaron a nuestra casa.

Cuando yo tenía catorce años y empezaba a leer las obras clásicas de literatura, recibí un consejo de mi tía Clorinda. No había ido al colegio, porque estaba un poco resfriado y me fui después de almuerzo a la salita a leer «Don Quijote de la Mancha».

Era un día de invierno y por la ventana a la calle entraban débiles rayos de sol, que atrajeron a mis tías.

Al entrar, silenciosas como siempre, preguntó mi tía Clorinda:

—¿Te molestamos, hijo?

—No, tía, entren.

Se sentaron en un sofá iluminado por el sol.

—¿Qué lees, hijo? —inquirió doña Clorinda.

—«Don Quijote de la Mancha».

—No lo había oído nombrar, pero supongo que no estará prohibido.

—Es magnífico, tía.



Una débil sonrisa de indulgencia apareció en los castos labios de mi tía Clorinda. Doña Amelia parecía no escuchar. Aquella respondió:

—El demonio suele tomar la mano de un escritor para perder las almas y le hace escribir novelas que son entretenidas, pero llenas de pecado.

—Esta no tiene pecados, tía.

—Tú no puedes saber eso.

—Bueno, tía, déjeme leer.

—Bien, Eustaquio; pero yo le voy a preguntar a mi confesor si puedes leer ese libro. ¿Cómo se llama?

—«Don Quijote de la Mancha».

—¿Don cuánto? —volvió a preguntar.

—«Don Quijote de la Mancha» —respondí con voz más alta.

Y mi tía se sumió en un profundo silencio, mientras sus labios secos balbuceaban, seguramente, el nombre del libro que yo leía, para grabarlo en su memoria.

Poco tiempo después de esta escena supe que Eça de Queiroz era humorista antes que místico.

Sin decir nada a mi tía Clorinda, le pedí prestado «San Cristóbal», y ella accedió gustosa, pensando que su consejo había surtido buen efecto.

Leí gozoso la vida de San Cristóbal, imaginada por el genial escritor portugués, y aprecié la sutil ironía que doña Clorinda no logró captar, no obstante haber leído varias veces la citada obra.

Nunca quise decirle que se deleitó con la lectura de una obra prohibida, porque pensé que hacerlo sería causarle la muerte. Después supe que ese libro le fue maliciosamente regalado por Tito, hijo de mi tío Victorino, muchacho alegre, inteligente y muy amigo de burlarse de todo el mundo.

No fue la única broma que les jugó a mis tías.

En cierta ocasión, se instaló en una pieza semiobscura de su casa, vestido con un abrigo largo y negro de don Victorino, se puso de acuerdo con una de sus hermanas para decir a mis tías que en la casa había un sacerdote dispuesto a confesar a quienes lo desearan. Las dos beatas señoras se suscribieron para no perder la ocasión y confesaron sus pecados a mi primo Tito.

El fingido sacerdote poco sabía del secreto de la confesión y divulgó, a cuantos le quisieron escuchar, los pecados de las candidas señoras.

Confesaron tener un miedo cerval a la muerte y haber mentido diciendo a la gente que «esperaban ansiosas la hora en que Dios las llamara a su reino». Se acusaron, además, de «haber robado», «haber tenido malos pensamientos» y tener «deseos carnales».

Contaba mi primo Tito que fueron tales los impulsos de reír cuando oyó estas confesiones, que no pudo indagar más a fondo sobre el sentido de ellas; pues el abrir su boca habría sido dar libre tránsito a sus espasmos de risa y delatar su falsa condición sacerdotal.

Más tarde, después de haber vivido varios años con mis tías, nos reunimos, Tito y yo, para desentrañar el sentido y precisar el alcance de los pecados acusados por ellas.

Estuvimos de acuerdo en que la confesión debió ser de buena fe y que, por lo tanto, ellas habrían «robado», tenido «malos pensamientos» y «deseos carnales». El problema estaba en determinar el sentido, la acepción dada a las palabras.

Yo sostuve, basado en la experiencia adquirida, que el robo era de queso, jamón, huevos, etc.; los malos pensamientos consistían en soñar con un salteo total de la despensa, y los «deseos carnales» eran la impropia expresión verbal de un reprimido impulso de desvalijar la «carnicera».

Tito escuchó mi tesis con una sonrisa de indulgencia para mi ingenuidad. Es verdad que él había «corrido la vida» mucho más que yo.

Para él, el robo confesado por mis tías estribaba en vivir ociosas y allegadas como parásitos a los parientes; los «malos pensamientos», en el deseo de ver muertos a todos sus protectores y convertidas en sus únicos herederos, y sus «deseos carnales», en ser violadas por un regimiento.

Aun cuando después de esa reunión científica con Tito han pasado muchos años y he vivido más intensamente, conociendo más de cerca las bajezas del alma humana y la casi inmortal vitalidad de la libido, persisto en la creencia que el sentido atribuido por mí a los pecados de doña Clorinda y doña Amelia era el verdadero.

## Capítulo 6

Mi hermano Jorge y yo íbamos un domingo a casa de nuestros primos Alberto y Enrique Morgado, y ellos nos pagaban la visita al domingo siguiente.

Después del almuerzo —con las tradicionales empanadas—, partíamos, desde su casa o la nuestra, al Teatro Victoria, a seguir la película en serie.

Durante la semana era muy posible que alguno de los cuatro tuviera dolor de garganta y no fuera al colegio. Mas era muy raro que el domingo nos sintiéramos enfermos. Y si teníamos algún malestar leve, lo soportábamos en silencio hasta el lunes. Faltar un domingo al teatro nos perjudicaba mucho, pues se interrumpía el desarrollo del argumento y era muy distinto conocerlo por un simple relato. El «joven bueno», la «niña», el «malo», sus cómplices, los amigos de aquel, el padre de esta y cuanto personaje figuraba en la cinta, vivían en nuestra imaginación —un tanto adormecidos durante los días hábiles de la semana—, para actuar en forma real, absolutamente real, el domingo.

¡Cuántas películas vimos en nuestra infancia! Han de haber sido tantas, que nuestro concepto de la vida llegó a identificarse con los expuestos en la pantalla cinematográfica.

Buscar tesoros escondidos en la profundidad del océano, en las cuevas serranas más alejadas de los centros poblados o en países extraños, me parecía la actividad más digna y viril. Luchar contra los indios, las fieras, los bandidos, la naturaleza, fuera con los puños limpios o armado de puñal o pistola, me parecía ser la acción propia y necesaria de mi porvenir. Vivir rodeado de enemigos intrigantes y traicioneros y de hipócritas amigos, considerábalo una condición indispensable a la convivencia social.

Intensamente convencido de estas perspectivas, juzgaba absurda e incomprensible la enseñanza que se nos daba en el colegio y en nuestro hogar.

Había visto que el «joven bueno» jamás utilizaba la gramática, la botánica o cualquiera de las ciencias para defenderse o atacar a sus enemigos.

Los conocimientos de química siempre los vi utilizados por el «hombre malo» o sus secuaces, algunas veces para lanzar gases asfixiantes en el cuarto que albergaba al «joven bueno»; otras, para envenenar su alimento.

Vi la física siempre puesta al servicio de malhechores, cuyas casas tenían los pavimentos dispuestos en forma tal, que se abrían automáticamente al peso del cuerpo del «joven bueno»; y de máquinas infernales destinadas a torturar cruelmente a quienes se oponían a sus tétricos designios.

Con sorpresa he visto después, en el mundo de la realidad, que los hombres utilizan la ciencia principalmente para destruir a los hombres o a sus cosas.

Cierto es que muchas veces vi salvarse al «joven bueno» con artimañas que parecían exigir conocimientos científicos; pero si se analizaban los procedimientos empleados, podía descubrirse que ellos eran fruto de un ingenio agudo y veloz, poco

común.

Así, por ejemplo, cuando el insuperable Antonio Moreno, encerrado en un carro que se deslizaba por una pendiente, cuyo término era el abismo y el mar, acertó a descubrir el medio de libertarse, no lo hizo con el auxilio de los conocimientos científicos, sino con la formidable herramienta de su imaginación.

¿Qué habría hecho en tal trance un matemático, un gramático o un botánico? Comerse las uñas o llorar como un niño, quizás.

Pues bien, Antonio Moreno, con la serenidad que le daba su experiencia en la lucha, sacó de su bolsillo una caja de fósforos, la puso entre sus dientes mientras se desnudaba hasta quedar en calzoncillos; hizo un montón con todas sus ropas en la parte posterior del carro de madera y les atracó la llama de un fósforo. Después sacó su encendedor automático y vertió la mitad de la bencina sobre sus ropajes y el resto en la pared trasera del carro.

Una gran llamarada se alzó y comunicó el fuego a la madera.

Antonio Moreno sacó un cigarrillo, lo encendió en esa misma fogata redentora y se sentó en el otro extremo del carro a fumar tranquilamente.

Al poco rato, toda la pared posterior del carruaje suicida ardía en llamas. Entonces, el héroe enjaulado se asomó por una rendija de la pared delantera y comprobó que faltaba poco para que el carro se despeñase. Se lanzó corriendo y de una patada abrió una enorme brecha en la pared de madera quebradiza por el fuego y se arrojó fuera del carro que, segundos después, descendía en el abismo.

Resultaba evidente que este sistema para escapar de carros desbocados no era producto del conocimiento científico, sino de una fecunda imaginación.

¿Qué absurdo me parecía el sistema de enseñanza primaria en relación con las necesidades prácticas de la vida!

Siempre hablando, mi hermano, yo y nuestros primos Morgado, de la vida de nuestros héroes cinematográficos y sobre lo monótona y opaca que resultaba la de nuestros padres —agricultor el nuestro, médico el de ellos—, llegamos a la conclusión que era necesario, por dignidad, fugarse del hogar y emprender una gira, a pie, alrededor del mundo.

En esa época, uno de los Morgado y yo tendríamos diez años, y los otros dos exploradores en potencia, once.

Proyectamos nuestra gira durante varios meses. En cada sesión agregábamos nuevas ideas y se hacía más concreto el plan. Continuamente estábamos añadiendo útiles a la lista de elementos indispensables para hacer la gira en buena forma.

Al principio, habíamos decidido partir los cuatro a pie, con mochilas, alimentos para un día, una carpa, cuatro cuchillos, linternas, un anafe a parafina, un perro y una caja de cien pesos que formaríamos ahorrando algo del dinero que semanalmente nos daban nuestros padres.

En cierta ocasión, se acordó hacer el viaje a caballo; después en auto, en seguida en yate.

Un día, alguien propuso estabilizar los proyectos y adoptar resoluciones definitivas, advirtiendo el peligro que corríamos de no llevar a cabo la empresa si continuábamos en rectificaciones continuas de los detalles. La idea fue acogida con entusiasmo por todos; más aún, se decidió hacer cálculos presupuestarios a base de propuestas y cotizaciones de precios.

Cuando fuéramos a veranear al puerto de Constitución, averiguaríamos en el astillero el precio de un yate para cuatro personas.

Pero el tiempo fue transcurriendo y nuestro ideal más ferviente se esfumó sin que nos diésemos cuenta.

Después, muchas veces en mi vida, he concebido proyectos e ideales de tanta trascendencia como aquel de mi infancia. También se han desvanecido insensiblemente como si fueran sueños.

Quién sabe si la vida del hombre no es más que un perpetuo soñar despierto, un cúmulo de anhelos que jamás se realizan íntegramente.

¿Quién ha tenido en su vida, desde la infancia hasta la muerte, un único ideal? Con los años, los anhelos van cambiando; algunos caducan por estar logrado el objeto; los más, por haberse visto la imposibilidad de alcanzarlos.

## Capítulo 7

Un tío político nuestro, al volver de Estados Unidos, nos trajo de regalo, a mi hermano, un abrigo tres cuartos, de fina tela, con cuello de terciopelo, y a mí, un gorro marinero de cuero café.

En cuanto vimos estas prendas comprendimos que malas horas nos aguardaban.

Fueron vanas todas las argumentaciones tendientes a demostrar a nuestros padres la inconveniencia de ir al colegio con ellas.

Al día siguiente, partíamos Jorge y yo con el abrigo tres cuartos y el gorro de cuero café, respectivamente. En el trayecto no cruzamos palabra, acongojados por nuestros temores.

En cuanto llegamos al patio, donde se iban congregando los alumnos mientras llegaba la hora de entrar a la primera clase, fuimos el objeto exclusivo de la atención de todos.

Poco a poco se fueron acercando los alumnos y formaron rueda en torno a nosotros. Jorge y yo, colorados como tomates maduros, no sabíamos dónde poner las manos.

Los muchachos carraspeaban y tosían: símbolo convencional para burlarse de quien llevara prendas nuevas de vestir.

Estas fingidas alteraciones de los órganos respiratorios no tienen en sí nada de hirientes; sin embargo, nos causaban gran vergüenza.

Algunos sonreían irónicamente, otros hacían comentarios burlescos acerca de por qué el abrigo de mi hermano era tres cuartos, su cuello de terciopelo y mi gorro de cuero.

«Era más chico el difunto», «está recaro el terciopelo», eran frases que mordían la vanidad de Jorge.

—Siendo de cuero, dura más el sombrero —dijo el más ingenioso de mis compañeros, y me llegó al alma.

Otro dijo:

—Veamos si es más durable —y, adelantándose, me lo sacó de la cabeza.

No intentaba defenderme, porque me reconocía culpable. Lo lanzó al suelo y saltó encima, y muchos otros lo sometieron a igual prueba.

Yo, en lo más íntimo, deseaba que se destruyera para terminar con la causa de mi bochorno; pero luego tocaron la campana y hube de recoger mi pobre gorro extranjero, lleno de tierra, pero intacto en su estructura.

Pasé todo el día con la idea fija de la hora de salida. La imagen del gorro de cuero café estuvo presente ante mí en todo momento. La pelota de fútbol en el recreo, las sopaipillas en el comedor y el mapamundi en clase eran para mí gorros de cuero café.

Cualquiera palabra emitida en clase por el profesor relacionábala rápidamente con mi sombrero.

La idea obsesiva me llevaba a pensar que todos los alumnos, y en todo momento,

no hacían otra cosa que pensar y hablar de mi gorro.

Cuando el profesor me nombró para que fuera a su pupitre a dar la lección, pensé que me llamaba para hablarme de la necesidad de no volver al colegio con ese sombrero, a fin de evitar disturbios colectivos, y estuve a punto de explicarle mi falta de responsabilidad.

La última clase terminaba a las cuatro de la tarde, y durante ella mi angustia era tan tremenda como la de un sentenciado a la silla eléctrica, minutos antes de la ejecución.

El curso era de historia antigua de los pueblos orientales. El profesor hablaba de los tormentos que los asirios propinaban a los vencidos, y nos explicaba que una de las variedades consistía en sacarles el cuero cabelludo.

Yo encontraba preferible ese tormento a ser obligado a llevar un gorro de cuero café.

El suplicio de amarrar a la víctima desnuda a la cola de un potro salvaje parecíame un alegre paseo comparado al dolor que me causaba mi tío con su regalo norteamericano.

Miro el reloj; son las cuatro en punto de la tarde. Mi respiración se hace difícil; mi corazón está más encabritado que el potro salvaje citado por el sacerdote.

Campanadas al aire, a mi oído, a mi alma. Todos se paran a buscar sus sombreros y bolsos para partir a sus hogares.

Miro a mi hermano: está más pálido que su camisa. Él pone su abrigo tres cuartos al brazo y yo llevo mi sombrero en la mano.

Uno le dice:

—Ponte el abrigo; peor es nada.

Otro me dice:

—Si te pones sombrero de cuero, ponte zapatos de género.

Los que no nos habían visto en la mañana se dan cuenta y se suman para «echarnos boca».

Se van excitando y se mofan a gritos de nosotros. Mi hermano opta por defenderse atacando y se trenza a puñetazos con su ofensor; pero los demás se han quedado con su abrigo y se lo disputan para probarlo. Uno me quita el sombrero. Le pego; pero otro lo toma. El boche es tremendo. Llega el sacerdote, se restablece la calma. Hay dos víctimas: el abrigo tres cuartos, que está reducido a medio, y mi gorro apuñalado a cortaplumas.

En el fondo estoy feliz, y Jorge, según me cuenta, lo mismo.

## Capítulo 8

A los doce años ingresé al primero de humanidades. Estudiábamos en ese curso historia griega y romana.

¡Qué no diera yo por encontrar el texto en que estudié el ramo! Tal vez hojeándolo, pudiera retornar al pasado y revivir las mismas sensaciones y emociones. Quizás entonces fuera posible expresar con absoluta fidelidad el contenido de mi alma en esos años.

En realidad, la única parte que me interesó y leí muchas veces, fue la que trata de la mitología griega.

¡Quién sabe si releendo ahora las frases que expresaban la sublime belleza de Venus pudiera volver a sentir esa emoción intensa, afectiva y sexual de mi naciente pubertad!

Pero mi libro se perdió, tal como la infancia, y mi memoria infiel no conserva más que vagos contornos de esos estremecimientos emocionales.

El autor del texto, deseoso de proporcionar una idea clara de la belleza de Venus, recurría a una feliz imagen y decía que «era nacida de las espumas del mar».

Mi imaginación se quedaba mucho rato, después de leer esa frase, meciéndose sobre las olas del mar, hasta que aparecía de entre las verdes aguas la imagen de la diosa desnuda, hecha de blanquísima espuma.

La veía con sus ojos esmeralda, sus entreabiertos y voluptuosos labios rojos, su cabellera dorada, hundiéndose y emergiendo de las aguas del mar.

Mientras estaba sumido en estos sueños, podía posar mis ojos en el rostro duro e inarmónico del profesor, sin verle.

Podía él hablarme y yo no le oía.

Minerva, Diana y en general todas las diosas del Olimpo eran mis amigas. Pero Venus, mi amada.

Júpiter me parecía un..., y los demás dioses del sexo masculino, serviles y cobardes.

Así como amaba con ternura a Venus, sentía una pasión turbulenta por las sirenas. Me hubiera dejado seducir por ellas a los primeros gorjeos de sus cantos engañosos y me hubiese hundido, con todas, en las profundidades del océano.

Cuando el profesor decía: «Hércules mordió la teta de su madre, saltó la leche y se formó la vía láctea», mi amor platónico se interrumpía, sentía deseos morbosos de lanzarme a morder los senos de Venus y demás diosas formando «vías lácteas» por mi cuenta.

En el libro había muchos grabados con las figuras de las diosas. Yo les había observado tantas veces con atención cariñosa, que tenía una imagen clara de cada una.

En una interrogación escrita sobre mitología griega, describí detalladamente la silueta de las diosas, sus caracteres, cualidades y defectos. Hice comparaciones



minuciosas entre sus cuerpos y personalidades. Con pasión, abogué por la superioridad de Venus, como si se me hubiese nombrado juez de un concurso de belleza.

El resultado de la interrogación me fue adverso y me sorprendió. Saqué la peor nota del curso y el profesor me citó para hablar en «privado».

Durante el recreo, estuve en la sala con él. El diálogo se desarrolló en la forma siguiente:

—De ¿dónde sacó todas las tonterías que escribió en su composición?

—Del libro, padre —dije, tímido.

—En el libro no salen esas cosas.

—Sí salen, padre.

—¿Dónde dice que Venus fuera más ancha de tórax y con los senos más erguidos que las demás diosas?

—En el libro, padre.

—Tráigame su libro.

Fui corriendo a mi banco y saqué el texto, seguro de ganar la discusión.

En cuanto estuve cerca del profesor, me dijo:

—Muéstreme dónde dice tales majaderías.

Abrí mi libro en aquella página en que aparecía la imagen de Venus y, señalándola con el índice, le dije:

—Observe bien.

El sacerdote miró con atención el grabado y balbuceó:

—Sí... ya...

Di vuelta la página y, señalando otro grabado, díjele:

—Observe a Diana.

—Sí... ya... ¿y?

—¿No aprecia usted la diferencia?

Comprendió el profesor el origen de mis conclusiones sobre la mayor belleza de Venus.

Cerró mi libro y trató de convencerme de que los dioses del Olimpo no eran más que fantasmas creados por los griegos. La conferencia fue larga, pero yo luego dejé de prestarle atención. Pensé que un secreto móvil impulsaba al profesor a negar la existencia de esos seres con los cuales yo había vivido. Era evidente que existían o, por lo menos, que habían existido. Yo amaba a Venus y mi pasión no pudo ser inspirada por un fantasma.

Aún sigo creyendo en la existencia de Venus, porque fue uno de mis primeros amores. También creo en la existencia de los centauros, mitad hombres, mitad bestias, porque incontables veces me he topado con ellos.

En el examen, tuve la suerte de que me interrogaran sobre mitología griega. No obstante ser la única parte que había estudiado, fui reprobado. Los examinadores no atribuían la importancia que yo daba a los caracteres y formas de las diosas y me

preguntaban sobre los parentescos de los habitantes del Olimpo. Yo los ignoraba por completo. En vano traté de salvarme describiendo, con trazos de fuego, la silueta de Venus.

## Capítulo 9

En esa época, mi padre resolvió cambiarse a una casa moderna, porque ya mis hermanas estaban en la edad de buscar un «buen partido» para contraer matrimonio. Era el tiempo de las paredes ponceadas, y la casa que compró mi padre exhibía ponceados hasta en los muros interiores de la cocina.

El cielo del living tenía artesonado de madera y, para que hiciera juego con él, se adquirió un amoblado estilo colonial español. El piano negro terminaba por darle un aspecto bastante fúnebre.

Aún no existían radios, y el gramófono chillón, con altoparlante, dirigía los pasos del baile.

Mis hermanas Gabriela y Eliana empezaron a celebrar pequeñas reuniones de amigas y jóvenes. Ellas tenían clases de piano desde hacía mucho tiempo; pero nunca lograron ejecutar sin tropiezos «El Danubio Azul» o «Melenita de Oro», sus piezas favoritas. Esta perseverancia en el aprendizaje del piano se debía a la convicción de mi padre que «el piano es un adorno para una niña».

Mi madre había estudiado en su juventud: violín, mandolina, cítara, piano, esgrima, economía doméstica, etc. pero eran otros tiempos.

La única de estas artes que había tenido ocasión de practicar después de casada, era la esgrima. Me tocó a mí darle esta oportunidad.

Cuando ella me atacaba con un plumero, yo me defendía con el primer palo que encontraba a mano. Aun cuando yo no había tenido cursos de esgrima, algo aprendí en las películas históricas de ambiente medieval.

Nuestras armas eran plumeros, escobas, paraguas, bastones, reglas y otros elementos contundentes.

Yo debo haber sido más diestro esgrimista que mi madre, ya que las batallas duraban largo rato y yo peleaba solo a la defensiva. Tenía que limitarme a barajar los golpes que me lanzaba.

Nunca olvidaré un singular combate que empezamos en el living del primer piso de nuestra casa.

Ella tomó el bastón de chonta de mi padre, y yo, un débil plumero. Un buen rato luchamos en el living con gran furia. Siempre retrocediendo, me encontré de pronto entre la espada que esgrimía mi madre y los primeros peldaños de la escalera que ascendía al segundo piso. Un esquinero a cada lado de la escalera, me impedían el desplazamiento lateral. Hube de empezar a subir retrocediendo. Un feroz bastonazo, desviado de su proyectada ruta por mi plumero, cayó sobre un jarrón de porcelana fina y lo quebró en mil pedazos.

Mi madre gritó:

—¡Canalla! Has roto el jarrón. ¡Entrégate!

Yo tenía experiencia que la rendición no aminoraba las sanciones y reparaciones de guerra que me aplicaban.

Así es que no contestaba a sus proposiciones de armisticio. Mudo, barajaba los golpes, retrocedía y ascendía la escalera.

De repente, un bastonazo me quebró el plumero por la mitad. Hube de rendirme.

Recibí chicotazos por varios títulos: por la insolencia de luchar con mi madre, por el jarrón de porcelana y por el plumero.

Parece que, por añadidura, recibí abundantes golpes como anticipo de futuras fechorías.

Como he dicho, mis hermanas estudiaban piano como un medio de adornarse y ser así más casaderas. Mi hermano y yo no comprendíamos por qué y para qué Gabriela y Eliana luchaban con las teclas del piano.

En cambio, Ema, nuestra «mama», contaba a las empleadas del vecindario que las «niñitas tocan el piano que es una maravilla».

Miguel Chacana, el cochero, se emocionaba cuando las oía tocar; su mirada se tornaba vaga y parece que su imaginación lo hacía volver a «Valle Fértil».

Siempre que mis hermanas convidaban a sus relaciones, eran requeridas para ejecutar al piano. Accedía primero Gabriela, con «Melenita de Oro», hasta que daba los primeros tropiezos. Entonces, dábse vuelta hacia el auditorio, en el escabel redondo de junco, y exclamaba, ruborizada:

—Aún no la he aprendido.

La concurrencia le pedía que ejecutara otra cosa. Ella se negaba categóricamente.

Rogaban a mi hermana Eliana, y esta, después de algunas excusas, emprendía un vibrante «Danubio Azul».

Pero antes de un minuto empezaba a dar golpes falsos, volvíase en el asiento giratorio y exclamaba:

—Estoy empezando a estudiarlo.

Después se daba cuerda al gramófono y se oía un fox-trot. Los jóvenes, nerviosos, se sobaban las manos un buen rato y, por fin, salían a bailar.

Estas reuniones se realizaban bajo el control de mi madre y de mi tía Gertrudis. Sentadas en un sofá, fingían estar absortas en una conversación; pero, en realidad, ignoraban lo que decían y nada escapaba a sus miradas.

Doña Gertrudis tenía allí dos hijas que cuidar: Graciela y Laura.

Mi tía y mi madre no solo vigilaban para que a sus hijas no se les fuera a atracar mucho algún joven, sino también para impedir que «plancharan».

Cuando alguna de mis primas llevaba mucho rato abandonada, sola o sin salir a bailar, doña Gertrudis daba una mirada imperiosa a mi hermano Jorge, y este la invitaba.

Por otra parte, si mi madre veía que alguna de sus hijas estaba «planchando», bastaba con que hiciera un guiño a mi primo Teófilo, hijo de doña Gertrudis, para que aquel salvara la situación.

Era una especie de pacto de ayuda mutua el que existía entre mi madre y mi tía Gertrudis. Esta aportaba a su hijo Teófilo, y mi madre, a Jorge.

Claro es que para mis primas no tenía mucho interés el bailar con Jorge, que era un «mocososo», recién de pantalones largos. Para Gabriela y Eliana tampoco era un placer bailar con Teófilo. Aunque mayor que ellas, tenía, en cambio, el defecto de ser pálido, delgaducho, muy corto de vista, ceremonioso y con los pies muy grandes. Se rumoreaba que sería cura y esto ahuyentaba más a las jóvenes.

Un día mis primas dieron un pequeño baile en su casa. Había un joven que parecía pretender a Graciela y era necesario, según mi tía Gertrudis, incitarlo a un pronunciamiento categórico. Para lograr esto, resolvió invitarlo al baile y someterlo a una guerra de nervios. Se le haría sentir los celos. Mi tía habló con mi madre y consiguió que Jorge fuese prestado para servir de instrumento en la estratagema. Mi hermano debería fingirse enamorado de Graciela y bailar toda la noche con ella. Se le instruyó minuciosamente sobre el papel que había de representar. En cuanto empezara a sonar un disco, mi hermano debía salir a bailar con mi prima. Llevaría los ojos entornados y suspirar melancólico. Incluso estaba facultado para rozar con su cara la de ella.

Habrían transcurrido unas dos horas y llevaría Jorge más de cuarenta bailes, cuando dio muestras visibles de agotamiento físico. Un nuevo disco giraba lanzando un vals a la pista de baile, y mi hermano, cabizbajo y deprimido, parecía un boxeador *grogui*.

En vano mi tía carraspeaba, tosía, abría y cerraba los ojos como aviso luminoso, se concentraba mentalmente para transmitirle el pensamiento y recordarle sus obligaciones. Nada; Jorge parecía a punto de caer *knock-out*...

Disimuladamente, mi tía fue a sentarse a su lado y lo exhortó a continuar su tarea. Mi hermano no la miraba. Semejaba un caballo empacado.

Mi primo Teófilo ofreció ponche a la concurrencia. Jorge se sirvió también. Doña Gertrudis pensó que allí estaba la solución: excitar con alcohol el deprimido sistema nervioso del falso pretendiente.

Sin embargo, parece que el ponche tenía muy poca proporción de alcohol, pues mi hermano ya había aplacado la sed y continuaba empacado.

Ni las reprimendas de mi madre le movieron a bailar. Desesperada, doña Gertrudis preparó un vaso con pisco y ponche. Se lo ofrecieron; lo bebió de un trago para que no lo molestaran más.

A todo esto, Graciela estaba abandonada y habían pasado varios bailes sin que nadie la invitara. Tal vez el presunto pretendiente no lo era, en realidad, o no quería competir con mi hermano en la conquista de Graciela.

A los pocos momentos de ingerido el vaso de ponche con pisco, Jorge se tomó dinámico y locuaz.

Dijo chistes y se rio más de lo conveniente. Después, se levantó precipitadamente y dirigióse al interior de la casa. Vomitó en el patio, en un helecho regalón de doña Gertrudis, y un poco en su corbata.

Olía a vinagre y ya nadie le insistió para que bailara con Graciela.

Mi hermana Gabriela lleva un «diario» de su vida y lo guarda bajo llave. Yo sé que ella es sentimental, por lo cual presumo que en las páginas de ese cuaderno habrá tiernas escenas de amor.

Hoy día estoy solo en la casa, purgando el delito de haber sacado malas notas. Es domingo y todos han salido a pasear en coche.

Me entretendré a toda costa.

Me dirijo al dormitorio de Gabriela con el propósito de leer ese «diario» aunque sea preciso descerrajar el cajón que lo contiene. Pero antes buscaré la llave.

Trajino en toda la pieza. Por fin, al fondo de una caja, encuentro una llave envuelta en un pañuelo. Esta ha de ser la del cajón que contiene el tesoro que busco. La introduzco en el ojo de la cerradura, doy vueltas, y funciona el pestillo. Abro el cajón. Registro. Tengo el cuaderno en mis manos. Me siento en el suelo y me acomodo para leer tranquilo.

En la primera página está escrito con caracteres grandes: «Si alguien lee este cuaderno, se condenará eternamente». Tengo la sensación de haberme tragado una bola de billar. Pronto me recupero y medito con relativa tranquilidad: ¿Qué autoridad tiene mi hermana para sancionar con la condena eterna? Pienso que la falta no es tan grave como para merecer un castigo de tal magnitud. Es algo así como un robo. Después me confesaré. Pero ¿cómo voy a devolver el objeto robado? ¡Ah! Tal vez allí está la gravedad de esta falta: la imposibilidad de repararla.

La imaginación me presenta a mí mismo convertido en demonio con un tridente en las manos, con cola, rodeado de otros demonios y de fuego por todos lados. Recuerdo la tentación de Adán y Eva y el juicio reprobatorio que tuve para la debilidad de ellos, cuando escuché por primera vez este relato bíblico.

Angustiado y furioso contra Gabriela, cierro el cuaderno, lo dejo en el mismo sitio en que estaba y abandono la pieza.

Quedo en la ociosidad más absoluta.

Por la galería viene Julia, la «empleada de mano». Tendrá treinta y cinco años y es baja, pero armoniosa de formas. Por primera vez me fijo en ella. Anda solo con delantal abotonado atrás, de color negro, y las líneas de su cuerpo robusto se perfilan nítidas. Una oleada de sangre me enrojece el rostro. En mi imaginación la he desnudado y la veo idéntica a Eva, la que estaba en el cuadro de la sala del Kindergarten.

Uno de los motivos que aumentaban mi curiosidad por leer el «diario» de Gabriela era saber en qué consistían sus amores.

Lo único que habíamos observado eran los infatigables «paseos de cuadra» de Alejandro, el airoso cadete de la Escuela Militar.

Lloviera o tronara, llegada la tarde, Alejandro se paseaba de una esquina a la otra, para pasar bajo el balcón del dormitorio de Gabriela y recibir sus lánguidas miradas.

Nunca vi, entre Alejandro y Gabriela, un intercambio de palabras; pero estoy seguro que ella le amaba como sabían hacerlo las niñas de dieciséis hace veinte años.

Sus miradas eran puentes más sólidos que las palabras para soportar la carga inmensa del amor que transitaba del pecho tierno de Gabriela al heroico de Alejandro.

Cuando ella estaba enferma en cama y no podía asomarse al balcón, sentía sus pasos —que habría distinguido aún en el desfile de un batallón—, y su música le acariciaba el alma, quizás con igual ternura que la contemplación de su imagen. Mis padres fingían no percatarse del sentido de las asomadas al balcón de Gabriela, ni de los cotidianos paseos del vistoso cadete. Pero un día le prohibieron este idilio ocular, porque habían tenido noticias que Alejandro no era un «buen partido».

Gabriela suspiró con triple intensidad, lloró como un tejado roto en plena tormenta y se enfermó como las sentimentales heroínas de las novelas de la «Colección Rosa».

Ella había leído «*Los Búhos de los Peñascos Rojos*», «*Yo Tenía un Amor*» y otros libros semejantes y, al sentirse con el alma destrozada, empezó a escribir su «diario».

Mi hermana Eliana, en cambio, parecía no sentir ni el más leve aleteo amoroso en su corazón. Estudiaba de memoria las lecciones escolares, era la primera de su curso y jamás desobedeció a mis padres.

En la adolescencia, solo tuvo un amor —a los veinticuatro años—. Pronto lo arrancó de raíz de su alma, porque así la aconsejaron sus padres, pues él «era un joven muy loco».

En esa época no se concebía que una niña se quedara soltera, pues no era costumbre que la mujer trabajara.

Eliana parecía temerosa de no encontrar novio. Pero hizo tantas mandas que, al fin, encontró uno.

La vida insípida y monótona de mis tías solteronas: Clorinda y Amelia, Josefina e Isabel, que habíamos tenido ocasión de conocer a fondo, era una permanente advertencia de la necesidad de casarse.

Mis padres creían que adiestradas sus hijas en ciertas artes manuales y siendo piadosas, recatadas e instruidas, estaban en situación de cazar un marido.

Falso concepto este de mis padres, que por poco no cuesta el celibato de sus hijas.

A última hora, por suerte, reconocieron su error y aconsejaron a Gabriela y Eliana en el sentido de simular cierta coquetería, sin dejar, por eso, de ser las mismas niñas virtuosas de siempre.

Mis hermanas, entregadas a la tarea de aparentar cierta frivolidad, coquetería, sensualidad o modernismo, eran un espectáculo grotesco y ridículo; pero, a pesar de todo, surtió los efectos previstos.

Mi tía Gertrudis, en cambio, no echó pie atrás y continuó en la batalla de casar a sus hijas a base de su pulcritud real y aparente. Actualmente están solteras y se dedican a obras pías.

Cuando mi tía advirtió este «modernismo» en sus sobrinas, hizo ver a mi madre sus inconvenientes. No se pusieron de acuerdo y mis hermanas dejaron de visitarse con sus primas.



## Capítulo 10

Tenía yo trece años, y Beatriz, el objeto de mi primer amor, doce. Nació ese idilio en el pintoresco balneario de Papudo.

Desde la estación ferroviaria, situada al extremo oriente del caserío, parte un sendero de maicillo, con barandas de madera, pintadas verde. Caminando por él, se encuentran primero, al lado norte, las canchas de tenis, rodeadas por pequeños bosques de eucaliptos. Poco más allá, al lado sur, está el Gran Hotel, de tres pisos, estilo inglés, rodeado de un gran parque. Más allá, el sendero topa con una rampa que da acceso a la meseta en que están los chalets del balneario, y tuerce hacia el norte hasta llegar a la orilla del mar. Desde allí, continúa en línea recta, por espacio de varias cuabras, y a unos cinco metros de altura sobre las arenas de la playa. En seguida dobla, pasa cerca de la gruta, enclavada en un pequeño cerro, y termina en el muelle.

Las actividades de los veraneantes, día a día, se repiten matemáticamente iguales. Temprano, al tenis. Después a la playa, a bañarse. Antes de irse a almorzar, hay que llegar hasta la estación ferroviaria, aunque no se espere a nadie.

Después de almuerzo, los veraneantes se dividen en dos categorías: los que van al Correo, frente a la plaza, aunque no esperen carta, y los que duermen siesta.

A las siete de la tarde, algunos se dirigen a la estación por ver quiénes se van, y otros a pasearse por el sendero de maicillo, frente al mar.

Olvidaba que, en el extremo oriente de la playa, donde se realiza el baño, hay un pequeño hotel, edificado sobre la arena, que simula ser un barco, con su azotea bordeada con baranda de cordeles, con salvavidas, y las ventanillas ojos de buey. Al otro lado de este hotel se extiende la inmensa playa de Lilén, que describiendo un arco parece tocar en su extremo a la Isla de los Lobos.

Esta mañana el mar está en calma. Sus aguas verdes parecen más densas y se mecen suavemente.

Llevo mucho rato tendido, tomando baño de sol, y he resuelto refrescarme sumergiéndome en el agua.

Al entrar, veo de espaldas a una muchacha de cuerpo espigado. Su cutis es albo como la espuma, y su traje de baño, verde como las aguas del mar.

Tal vez la blancura de su cuerpo, el verde de su traje y el hecho de estar en el mar, me evocan, de pronto, la imagen de mi adorada Venus.

Al pasar a su lado, veo su rostro y la identifico con mi diosa preferida. Sí, ella es Venus, vestida de humanas formas. Sus grandes ojos me miran con simpatía y me siento en el Olimpo.

Quisiera hablarle, pero no puedo. Decido hacerle creer que soy un titán marino; corro salpicando a todos lados, me lanzo de cabeza en una pequeña ola y nado entre dos aguas. Pienso en la impresión que le estaré causando a ella y nado más hacia el fondo. Veo la arena. Es necesario avanzar lo más posible para emerger en un lugar

bien distante de aquel en que me hundí, para demostrar la sobrenatural capacidad de mis pulmones. Pero ya no puedo más, me siento fatigado y viro hacia la superficie. Afloro. ¡Ay! ¡Qué placer respirar profundamente! Estoy sin tocar fondo. Me doy vuelta y busco el rostro de ella. Allí está, en actitud de expectación. Al verme, baja su mirada y finge no haberse preocupado de mí. Estoy dichoso: he triunfado en mi propósito. Nado furioso, como un náufrago perseguido por un tiburón, para demostrar mi destreza natatoria.

He llegado más lejos de lo que acostumbro y me vuelvo decidido a conservar la vida. Paso cerca de ella, que está con el agua hasta los muslos, y nos miramos tímidamente.

Veo que Eduardo, mi íntimo amigo, está tendido en la arena seca y hacia él me dirijo.

—Puchas que «estay» bueno para nadar debajo del agua —me dice Eduardo.

—¡Salvaje!, ¿eh?

Dudo si contarle la causa y la finalidad de tan extraordinaria zambullida. En otra ocasión, tratándose de otra inspiradora de mis hazañas, lo habría hecho, porque tenía mucha confianza con Eduardo; pero ahora no deseo comunicar a nadie mis pensamientos.

—¿Has visto a Laura? —me pregunta.

—No, ¿y tú?

—Si la hubiera visto no te preguntaría, idiota.

En realidad, yo estaba más idiota que de costumbre, preocupado con la existencia de esa muchachita de frescas carnes y mirada tierna.

Eduardo era tres años mayor que yo y, siendo mucho más experimentado, me inspiraban bastante respeto sus opiniones.

—Anoche hice un poema macanudo y se lo quiero entregar a Laura; ¿«querís» llevárselo tú?

—Pero si no anda por aquí.

—Cuando llegue.

—Bueno. Veamos los versos.

—Espérate —dijo Eduardo, y de un salto se levantó y, corriendo, se dirigió a la casucha, donde tenía sus ropas.

Al cabo de pocos segundos llegó con un papel, se reclinó en las arenas y con mirada melancólica empezó a leer:

Necesito yo decirte,  
Laurita de mis amores,  
que, mucho antes de morirte,  
me matarás de dolores.

En mis noches de desvelos,

junto a mi, yo creo verte  
apacando los anhelos  
que me llevan a la muerte.

Mas de pronto, al despertar,  
me doy cuenta que ilusión  
vana y torpe es esperar  
de tu pecho la pasión.

Cuando al tálamo nupcial,  
muy dichoso, otro te lleve,  
piensa en alguien que el rosal  
de mi tumba ya renueve.

Y después, al camposanto,  
ve tú misma, Laura mía,  
¡ay!, a regar con tu llanto  
mi morada triste y fría.

Cuando Eduardo terminó de leer sus estrofas tenía los ojos húmedos por la emoción. Yo pensé que, quizás, ello se debía más al hecho de haber leído a pleno sol que a la angustia de su alma. Él me dijo:

—¿Qué te parece?

—Oye, yo los encuentro macanudos. Eso sí que no entiendo qué diablos es eso de *plátano* nupcial.

—No es *plátano*, sino *tálamo* nupcial.

—Bueno, de todas maneras, ¿qué es eso? Eduardo movió la cabeza buscando una definición; al cabo de unos instantes, respondió:

—Mira, yo no sé con precisión lo que significa; pero es algo parecido al matrimonio.

—Ah, ¿y por qué no le pusiste mejor la palabra matrimonio?

—Puchas, porque no rima.

—Oye, ¿y tú crees seriamente que cuando Laura se case «vay» a estar muerto?

—No, pero había que ponerle algo bonito.

—¡Ah!

Y la realidad fue que, con el devenir del tiempo, Laura se casó con otro y Eduardo ya estaba muerto.

Eduardo me entregó el pliego de papel depositario de sus melancólicos sueños amorosos, diciéndome:

—En cuanto divises a Laura, entrégale este papel. Yo me voy a bañar.

Se paró, vi su cuerpo atlético correr hacia el mar y pensé que eran falsas las

profecías del poema sobre su muerte prematura.

Abrí el pliego y volví a leer el poema quejumbroso. Esta vez lo comprendí mejor y lo juzgué genial. Decidí pedirle una copia para aprenderlo de memoria.

Esa misma tarde fui con Eduardo al Correo, él por si encontraba a Laura y yo con la esperanza de ver a la muchacha que había identificado con mi querida diosa Venus.

\* \* \*

Cuando vamos subiendo por la calle que lleva a la plaza, diviso a Laura con una joven que me parece —si los deseos no perturban mis sentidos— que es la que motivó mis hazañas submarinas de la mañana.

Sí; es ella. El corazón se me quiere fugar del pecho; lo retengo haciendo esfuerzos respiratorios. Algo se ha tranquilizado. Eduardo me dice:

—Juntémonos. La otra «*cabra*» que viene es macanuda.

—Ya —logro balbucear.

Laura, después de darnos la mano, nos dice:

—Les presento a Beatriz Velásquez.

Eduardo saluda primero. Cuando yo toco la mano de la muchachita que vi en traje de baño en la mañana, siento una emoción tan intensa, que mi corazón empieza a lanzar bombazos tremendos de sangre, que me inundan el rostro y estremecen mis brazos y mis piernas.

A Beatriz parece acontecerle algo semejante, porque se pone roja unos instantes y después palidece como si fuera a desmayarse.

Eduardo insinúa con soltura:

—¿Vamos a la playa?

Yo, imitando a mi amigo, por considerarlo muy el trato con mujeres, agrego:

—¿Vamos a la playa? Laurita responde:

—Vamos a la playa.

Beatriz, tímida, acepta:

—Vamos a la playa. Y fuimos a la playa.

Sentados en la arena, a la sombra de una carpa, Eduardo hablaba con Laura y yo trataba de hacer lo mismo con Beatriz. Pero me resultaba muy difícil labor, por ser la primera vez que procuraba conversar con una niña que me interesaba.

Recuerdo claramente que en esa primera entrevista desvié toda mi potencialidad de amor de Venus a Beatriz. La diosa de la belleza no era necesaria, desde el instante en que había encontrado la belleza hecha carne y espíritu.

En cuanto me miró con sus grandes ojos, llenos de ternura, le expresé mis impulsos reprimidos de amor.

Sin embargo, nuestra conversación fue estúpida.

Le dije:

—Esta mañana la vi en el baño.

—Yo también —me respondió. Y callamos largo rato.

Después de bucear mucho en las profundidades de mi espíritu, encontré un tema que me pareció tan interesante como útil.

—¿Viene por mucho tiempo?

—Por dos meses. ¿Y usted?

—Por dos meses.

Todas las tardes, Eduardo y yo nos juntábamos con Laura y Beatriz y nos paseábamos por la terraza, junto al mar.

Algunas veces, Eduardo lograba convencer a Laura que se separase de Beatriz y yo quedaba solo con ella. Esto resultaba encantador para mí, a pesar que no era mucho el beneficio, pues el tema me escaseaba en forma mortificante. Mi constante preocupación, mientras estaba con ella, consistía en hallar algo de qué hablar. Todo cuanto se me venía a la mente me parecía prosaico para decírselo a ella.

En las noches, solo en mi dormitorio, escuchando el monótono murmullo de las olas, sí que dialogaba con Beatriz, en forma que estimaba a la altura de las circunstancias. Muchas horas me quedaba despierto hilvanando conversaciones que sostendría al día siguiente.

Había oído que las niñas regalaban a sus «pololos» fotografías, pañuelos, tarjetas de visita, mechones de pelo, etc., y consideraba indispensable, para afianzar mi calidad de pretendiente, el obtener de ella esos objetos.

Mis monólogos nocturnos estaban destinados a preparar la demanda de esas prendas.

Al atardecer del día siguiente, en el instante preciso en que el sol agonizara en el mar, yo le diría:

—«Beatriz, si me amas como yo a ti, no tendrás inconveniente en darme, en prueba de amor, una fotografía tuya para llevar tu imagen en mi billetera, junto a mi corazón».

Pensaba yo que, lograda su bella imagen, podría solicitar un pañuelo, una tarjeta, un mechón de pelo y no tendría inconveniente en dármelos.

Más aún, cuando ya las sombras de la noche nos protegieran de las miradas indiscretas, le pediría autorización para depositar en su frente un beso purísimo.

Así, me pasaba gran parte de la noche divagando sobre mis peticiones del día siguiente y suspirando de amor.

Pero cuando estaba junto a ella, todas las frases se me olvidaban y guardaba silencio absoluto.

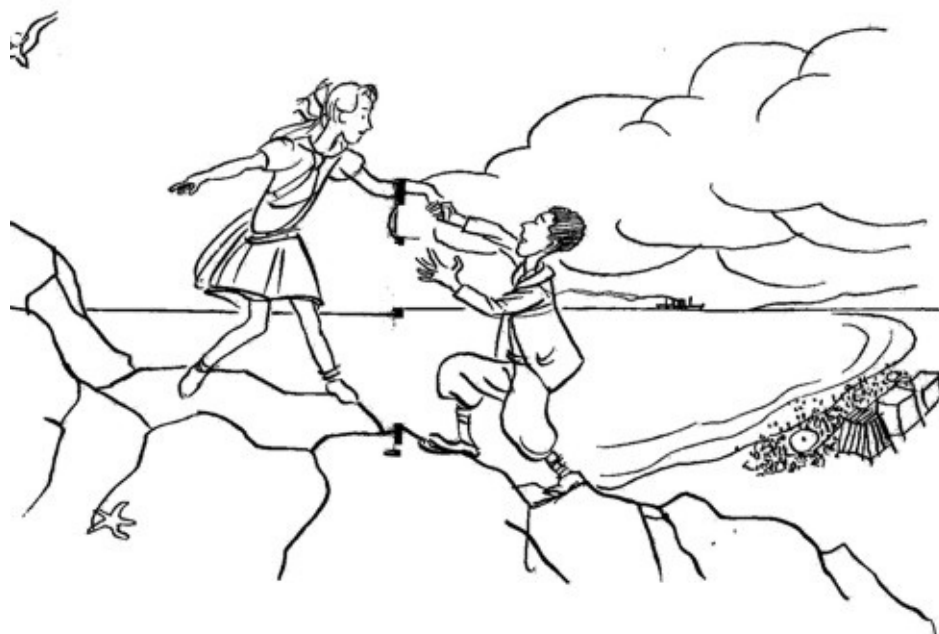
Una tarde, Beatriz y yo hicimos un paseo a una playa lejana, llena de grandes rocas, con otras parejas de gentes mayores. También iban Eduardo y Laura.

La finalidad del paseo era contemplar la «puesta del sol» desde las rocas.

Llegados al lugar proyectado, las parejas se aislaron unas de otras. Beatriz y yo quedamos, como un par de gaviotas, sobre una mole que retumbaba al recibir el choque de las olas.

Ya el sol empieza a besar la línea del horizonte, que se tiñe de sangre.

Viene una montaña de agua verde que crece por instantes, empieza a curvarse, embiste contra la roca, retumba y estalla en un surtidor maravilloso de blanca espuma que asciende con velocidad decreciente. Una brisa fresca nos llega y humedece nuestros rostros.



El sol muriente lanza su última mirada y siento una tristeza infinita. Silencioso, el disco del sol se ha hundido en el mar y las nubes del horizonte aún reflejan sus rayos.

Pienso que todo muere como el sol; por un tiempo, queda el recuerdo, y después... ¡olvido eterno!

La tristeza me da valor y decido cumplir mis propósitos.

—Beatriz, deme un pañuelo.

—¿Está resfriado?

Siento deseos de lanzarme de cabeza al mar.

—No; quiero tener un recuerdo tuyo.

—Después le daré uno.

Permanezco callado hasta que las parejas empiezan a bajar de las rocas para alcanzar el camino y volver al pueblo.

Por fin digo:

—Vamos, Beatriz.

—Vamos.

Nos miramos tiernamente y empezamos a movilizarnos. Yo he visto que Eduardo da la mano a Laura para ayudarla a caminar por las rocas y decido hacer lo mismo.

Beatriz accede y me extiende su pálida mano, que tomo con fervor. Si tropieza caerá, y yo también, porque la emoción me hace perder el equilibrio.

Durante todo el trayecto de regreso voy pensando qué hablar, suspirando y, de vez

en vez, mirando su bello perfil.

Esa noche hay luna llena. Por la ventana de mi cuarto se ve el sendero que en el mar dibuja el astro noctámbulo, y me paso horas de horas mirando y suspirando.

De pronto, recuerdo el poema que Eduardo escribió a Laura y concibo el proyecto de expresar en verso mis ansias a Beatriz.

Busco lápiz y papel, me instalo frente a la ventana y, saturado de amor, escribo la primera estrofa de mi vida:

¡Oh!, Beatriz, prenda querida,  
yo te adoro con el alma,  
y te juro por mi vida  
que me robas la calma.

Al día siguiente se los mostré a Eduardo, y este me aconsejó que mejor escribiera en prosa. Me sentí muy acongojado, pues yo creía que los pensamientos delicados, y en especial todo lo que concierne al amor, solo podían expresarse en versos y que estos tenían que ser rimados. Incluso la rima asonante me parecía una especie de trampa, o, en todo caso, una debilidad poética.

Muchos años de mi vida solo concebí el poema unido al verso rimado, y antes de empezar a escribir, repetía en voz alta:

Guarneciendo de una ría  
la entrada incierta y angosta,  
sobre un peñón de la costa  
que bate el mar noche y día,  
... ..

## Capítulo 11

Todas las tardes, cuando se ponía el sol, sentado junto a ella, en algún banco frente al mar, me invadía una tristeza extraña.

Poco a poco, había ido consiguiendo de Beatriz los objetos que consideraba símbolos de su amor: mechón de pelo, pañuelo, tarjeta de visita, etc. Pero mis ambiciones —como siempre sucede al hombre— iban más lejos. Deseaba solicitar un casto beso, como testimonio irrecusable de su cariño. Solo deseaba rozar con mis labios su frente pálida. Ella no era, para mí, la novia, la futura esposa. Era un símbolo más real y tangible que Venus, pero siempre un símbolo. Yo quería amar. Más bien, yo amaba el amor; pero no sabía ejercerlo.

Sexo y pecado eran, para mí, una sola cosa. La mujer, desde el pescuezo hasta las rodillas, era un muestrario de pecados. Los senos, el vientre, las caderas, los muslos, las nalgas no eran más que elementos de la «carne». Esa carne pecaminosa que nos hablaban en el colegio, de la que habíamos de privarnos a todo trance.

Estos consejos y los de mi madre habían dissociado el amor sexual del espiritual. Las consecuencias eran que la mujer que encendía mi ternura apagaba mi libido y, al contrario, la que excitaba mis impulsos sexuales no me inspiraba el más leve afecto. Afortunadamente, esta disociación erótica fue rectificada con el tiempo.

Una tarde, Beatriz me dijo que a las nueve de la noche iría con su madre a esperar a su padre que llegaba de Santiago.

Aun cuando ignoraba si me había comunicado su propósito con el ánimo que yo fuese también a la estación, me dispuse a ir. Era para mí un problema, ya que mi familia comía temprano y no estaba autorizado para salir después.

Durante la hora de comida estuve inquieto y no supe de qué se habló. Mi pensamiento estaba fijo en la imagen de Beatriz y en la perspectiva de verla dentro de poco.

Yo me sentaba al lado de mi padre, y cuando me pidió que le sirviera agua no le oí, sino después de haberme remecido el brazo y darme la orden en tono elevado. Tan absorto estaba en mis pensamientos que, colmada la copa, seguí vertiendo agua sobre ella hasta que fui despertado de mis ensueños por una severa amonestación.

A cada segundo transcurrido, más me preocupaba el descubrir algún pretexto para salir de casa después de comida. Pero ¿qué motivos podía argüir? No se me ocurría ningún otro que el haber quedado convenido con Eduardo de salir a pasear por la terraza para contemplar la luna. Sin embargo, tenía el presentimiento que no se estimaría suficiente la razón.

De pronto, el silbido lejano del tren que llegaba penetró por mis oídos hasta el fondo de mi alma.

—Voy al excusado —dije, levantándome de la mesa. Salí al pasadizo y en puntillas me lancé a la calle como un loco. Corrí ladera abajo, llegué al sendero, pasé por la puerta giratoria de madera y avancé por el piso de maicillo casi sin tocarlo.



Mi corazón palpitaba violento por el esfuerzo muscular, por la emoción de ver a Beatriz y por el temor de haberme escapado de la casa.

Cuando ya me aproximaba a la estación, dejé de trotar y seguí con paso rápido mirando a las gentes que volvían a sus casas, buscando el rostro de Beatriz.

\* \* \*

Paso al lado de la locomotora, que jadea tan cansada como yo, y diviso a la muchachita de mis ensueños, del brazo de su padre. También van su madre y su hermana mayor. Paso al lado de ellos; pero nadie me ve o todos fingen no verme. Sigo caminando un poco más y pienso si podré juntarme. Pero ¿qué diré?

Los padres de Beatriz apenas me conocen y juzgarían absurdo el que me juntase. ¿Me habrá visto Beatriz? Y si me vio, ¿por qué no me habrá saludado? ¿Es que ya no me quiere? ¿O es que no me ha querido nunca? ¿Yo he soñado en un amor inexistente? ¿Puede ser que no me haya tomado en cuenta porque el amor a su padre eclipsa al que siente por mí?

Siento celos del padre. Pienso acercarme y decirle que no tiene derecho a prohibir a su hija que me ame.

Las sombras de las cosas y los hombres, proyectadas en la tierra bañada por la celeste luz de la luna, parecen fantasmas o seres de otro mundo. Mi imaginación se descentra del eje de la realidad y vuela a los espacios de la fantasía.

Miro hacia el mar, y en la estela plateada que va dejando el barco mágico de la luna, veo la imagen de Beatriz desnuda: es una sirena. Ya no estoy en Papudo ni en balneario alguno; me encuentro en un plano ideal que podría ser el Olimpo. Ese viejo que lleva del brazo a mi Venus es el avasallador Júpiter.

Me siento desolado y tengo deseos de llorar.

Ellos tuercen por el sendero que lleva al Gran Hotel, donde se hospedan, y yo debo seguir hacia mi casa, donde me esperan el ceño duro y las palabras enérgicas de mi padre.

Continúo caminando lentamente, envuelto en la diáfana luz de la luna, que tanto me emociona.

Los tres compases de cada ola llegan a mis oídos desde la playa de Lilén como la música más emotiva que conoce mi alma primitiva de muchacho. Primero, el seco estampido de la ola que revienta y retumba en los espacios; después, el ronco bramido de la espuma turbulenta que se arrastra como hirviendo, y, por último, ese son característico que emiten las aguas al desgranarse sobre la arena húmeda y brillante y que parece pedir silencio al mundo.

Voy sufriendo por el desaire de Beatriz, pero mi dolor es transmutado, por la luna y por el mar, en una vibración emotiva que tiene algo del éxtasis poético.

—Esto no impide que al llegar a mi casa me aflija la violenta reprensión de mi padre.

Después, por la pequeña ventana de mi dormitorio, con los ojos llorosos, contemplo el sublime coloquio de la luna y el mar.

\* \* \*

Así, contemplando durante el día los grandes ojos de Beatriz, pensando qué decirle y guardando emocionado silencio; sufriendo mientras no la podía ver y suspirando melancólico en las noches, transcurrió aquel verano en que floreció mi primer amor.

Faltaban pocos días para que mi familia regresara a Santiago, cuando viví una de las tardes más angustiosas de mi juventud.

Estábamos los dos sentados en los jardines que rodean el Gran Hotel, cuando Beatriz me dijo:

—Eustaquio, devuélvame mi fotografía y todo lo demás.

Guardé silencio porque mi garganta estaba obstruida por algo denso y grande que me impedía articular palabra. Tal vez era el alma que se me quería escapar. Afortunadamente, ella miraba el verde césped, porque si no habría visto mis ridículas actitudes al querer hablar y no poder hacerlo. Al cabo de unos diez minutos, logré disolver el bolo que me atragantaba y pregunté con voz temblorosa:

—¿Por qué, Beatriz?

—Porque me voy a Europa y no tiene objeto que sigamos...

Nuevamente hube de guardar silencio, porque otro objeto de mayor diámetro, o el mismo anterior, dilatado, se me atravesó en la garganta.

Sentí deseos de lanzarme de bruces a sus pies, llorando como un recién nacido; pero el llanto no afluía a mis ojos y así, en seco, me parecía absurdo echarme al suelo.

Deseaba expresar el argumento que me danzaba en el cerebro; pero no había posibilidad alguna de hablar.

También se me vino a la cabeza la idea de expresarle con señas manuales, gestos y miradas, mis razones; pero temí que me juzgara trastornado.

Yo quería decirle que, aunque se fuera al Polo por toda la vida, nuestro amor podía continuar, porque era infinito. Esto yo lo creía tan claro como la imposibilidad de hablar en que me encontraba sumido.

Ella callaba y miraba fijamente la alfombra de césped en que estábamos sentados.

Después de mucho rato logré expresar a medias, mi enjaulado pensamiento:

—Aunque se vaya, Beatriz...

Y no seguí por temor a que me saliera un torrente de sangre por la boca.

—Nos vamos a Europa por mucho tiempo.

No pude contestar nada.

Yo estaba llorando torrencialmente, pero ni una gota caía de mis ojos. Parece que las lágrimas me caían hacia adentro, se me mojaba el alma y la tenía blanduzca como

un trapo empapado.

Después, Beatriz se despidió de mí, porque tenía que ir a preparar sus maletas. Tomé su mano y la retuve largo rato, mirándole a los ojos con expresión de perro enfermo.

Tragando mucho, logré desplazar el bolo hacia el estómago y pude decir:

—Hasta luego, Beatriz.

—Adiós —respondió ella.

Al día siguiente partiría al amanecer, en auto, y yo no podría verla.

Esa noche no dormí; pasé llorando hacia adentro y suspirando. Amanecí con fiebre. Mi madre me hizo sacar la lengua y diagnosticó:

—Es un enfriamiento. Te quedarás en cama.

Creo que el diagnóstico pudo haber sido acertado, ya que con tanta lágrima y ventolera de suspiros descargada en mi interior, era muy posible que se me hubiera enfriado hasta la médula de los huesos.

Los últimos días del veraneo fueron muy tristes para mí. Deambulaba de un lado para otro como un sonámbulo.

Hablaba con Eduardo de las tristezas del amor. En algunas estrofas que escribí, imploraba a Dios que me quitase la vida.

Para colmo de mi tristeza, los veraneantes empezaban a regresar a la capital, y Papudo parecía desangrarse.

Sentí impostergables impulsos de escribir a Beatriz y renovarle mi juramento de amor eterno.

Terminada la carta, puse al pie de ella mi firma, la misma que uso actualmente. Hasta ese punto todo iba bien; más cuando fui a escribir la dirección en el sobre, tropecé con el único problema: ¿dónde viviría Beatriz?

Me tomé la cabeza a dos manos, me concentré tratando de recordar; pero el único dato que aportó mi memoria fue que nunca se me ocurrió preguntarle en qué país europeo viviría.

Temí que la carta no llegara a sus manos; pero luego pensé que había de llegar de todas maneras, porque mi amor era inmenso, y escribí:

*Señorita*

*Beatriz Velásquez*

*Europa.*

A fin de suplir la escasez de datos geográficos de la dirección y para interesar mayormente al Servicio de Correos y Telégrafos en el cumplimiento de su función, coloqué una estampilla de un peso, siendo que el franqueo corriente era de diez centavos.

Han pasado veinte años y no he vuelto a saber nada de ese pedacito de humanidad que me hizo sentir por primera vez el amor.

Ahora, al relatar ese idilio que tanta emoción me causó, mi alma no vibra; solo quedan fríamente registradas en mi memoria las escenas que viví junto a ella.

Tan lejano me hallo de esas angustias y alegrías amorosas, que el alma que las sintió parece estar ya muerta en el fondo de mi ser.

## Capítulo 12

Al volver de veraneo, entré al tercer año de humanidades, y, con el alma destrozada por la ausencia de Beatriz, hube de empezar, entre otras materias, el estudio del álgebra.

Mi espíritu poco se interesó por las ecuaciones algebraicas y, a mediados del año, me di cuenta que jamás había atendido a las explicaciones y que no sabía absolutamente nada. Pensando en el examen, me hice el propósito de prestar atención y recuperar el tiempo perdido en ensueños amorosos.

Un día, un alumno estaba ante la pizarra, donde había sido enviado por el profesor para que resolviera un problema. En el pizarrón había varias equis, íes y zetas, combinadas con números, signos iguales, paréntesis, etc. El alumno, al parecer con maestría, realizaba ciertos movimientos con las letras, números y signos.

El profesor observaba sin objetar.

Yo miraba esto sin entender nada. Resuelto a salir de mi ignorancia agité el dedo índice en el aire, solicitando autorización para «meter mi cuchara».

El profesor, al verme, dijo:

—¿Qué quiere, Arredondo?

—Padre, ¿de dónde sacan todas esas letras? El sacerdote creyó, tal vez, que yo pensaba burlarme, y respondió:

—Del abecedario, pues, tonto. Vaya al patio.

Tuve que salir de la sala, entre las risas de mis compañeros. Nunca pude averiguar por qué y para qué se hacía esa mezcolanza de letras con números.

Llegó la época de exámenes y yo seguía esperando, de Beatriz la respuesta a mi angustiada carta, y del profesor, la solución a mis fundamentales dudas algebraicas.

Las comisiones examinadoras se componían de dos profesores del Estado y el profesor del ramo del colegio.

Estos examinadores, desconocidos para los alumnos, eran considerados como caníbales hambrientos de tierna carne humana. Más aún, parece que hasta los sacerdotes del colegio les tenían cierto miedo.

Llegó el día del examen. Con la solemnidad tradicional, se constituyó la mesa examinadora.

Después de algunos cuchicheos entre los tres profesores, el que estaba al centro de la mesa —el presidente— leyendo la lista de alumnos, dijo:

—Adriazola Palacios, don Servando.

El hecho de enunciar al final el nombre propio del alumno, unido a la tonalidad solemne que el profesor daba a su voz, hacían que me sintiera en el Juicio Final.

Salió Adriazola al frente. Tomó asiento en el banquillo de los acusados y esperó tranquilo que se le interrogara.

El presidente dijo:

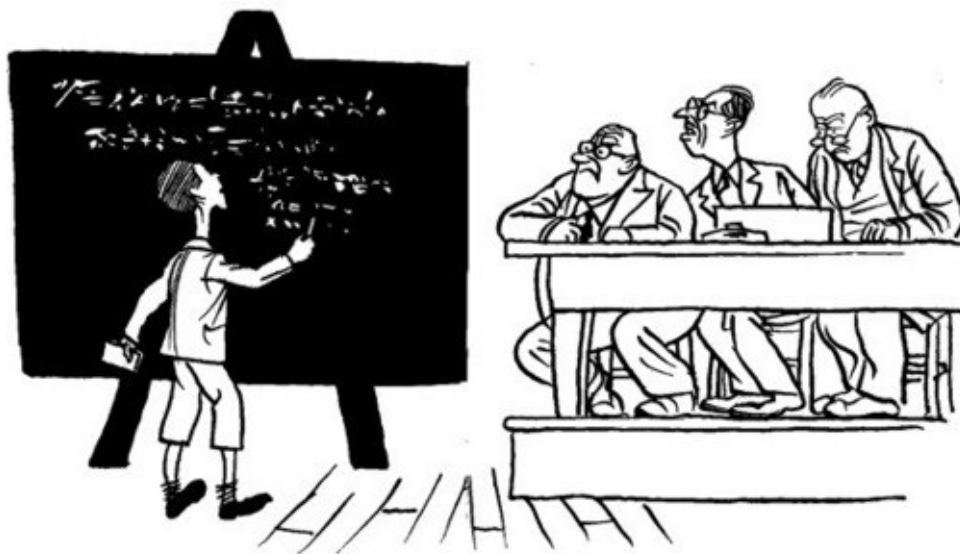
—Vaya al pizarrón, tome la tiza y escriba.

El alumno, sin actitudes ni gestos serviles, obedeció.

Mal podría reproducir la pregunta que se le hizo, porque jamás supe ni sabré nada de álgebra; pero al oído sonaba, más o menos, así:

—Raíz cuadrada de  $x$  más  $y$ , dividido por raíz cúbica de  $A$  más  $B$ ; multiplicado por  $2x$  más  $3y$ , dividido por  $7A$  más  $7B$ , multiplicado por el logaritmo de  $Z$  igual 0.

Mientras el solemne presidente, con voz reposada, iba dictando, Adriazola velozmente iba haciendo letras, rayas y números, hasta que la pizarra presentaba un aspecto gráfico semejante a lo que a continuación se expresa:



Adriazola se retiró un poco del pizarrón para observar mejor el problema en él planteado, meditó un instante y luego se lanzó, tiza en mano, a batallar con el enigmático enemigo. A los pocos momentos, la pizarra, de unos dos metros cuadrados, estaba repleta de números, letras y signos. Al final, Adriazola había anotado el resultado:

$$X = 2$$

$$Y = 7$$

Miró satisfecho a la comisión examinadora. Esta deliberó unos instantes.

Por fin, el presidente abrió uno de los cajones del pequeño mueble que contenía las bolitas, sacó tres coloradas y las puso sobre la superficie.

El rostro de Adriazola se puso rojo de emoción; el del sacerdote se tiñó de igual color, por orgullo, y el mío palideció de miedo.

Un instante de murmullos en la sala, y luego la voz del presidente:

—Arredondo Donoso, don Eustaquio.

Una oleada tumultuosa de sangre recorrió todo mi cuerpo.

Me encaminé a la guillotina.

Cuando estuve ante el pizarrón me invadió un sentimiento de esperanza en los

resultados del examen. Creí que saldría aprobado. En realidad, no tenía fundamento alguno para esperar una aprobación, pues no sabía absolutamente nada.

Tomé el borrador dispuesto a limpiar la pizarra de todos los signos que había grabado mi antecesor; pero el otro examinador, previendo mis intenciones, dijo:

—No borre nada. Dígame: ese mismo problema, ¿puede resolverse por otro sistema?

Deduje que si me hacía la pregunta era porque existía otro medio de llegar a los mismos resultados. Contesté airoso:

—Sí, señor; existe otro sistema.

—Aplíquelo.

—Con mucho gusto, señor.

Contemplé el panorama del pizarrón. Los trazos blancos de tiza sobre el fondo negro semejaban un batallón apocalíptico de esqueletos humanos avanzando en la oscuridad de la noche.

Se me vino a la cabeza el proverbio «a Dios rogando y con el mazo dando». Mentalmente recordé a Dios que yo era un niño bueno y que esperaba de Él una ayuda efectiva para salir victorioso en la desigual contienda en que me habían metido. Con esta frase y la rápida invocación a Dios, me lancé a la dura tarea de resolver un problema de álgebra, ignorando sus reglas más fundamentales.

Con expresión de inteligente concentración, volví a mirar los jeroglíficos algebraicos; en seguida, borré una equis y en su lugar coloqué una z; después, señalando con el cilindro de tiza, indiqué dos o tres signos, hice un gesto de aprobación y los dejé allí por considerarlos acertados; más allá, tropecé con una y, la borré y puse en su lugar una h. Mis ojos tropezaron con una  $\overline{\quad}$  juzgué que el trazo horizontal de esta letra estaba muy largo y lo acorté con el borrador, dejándolo como una V corriente, y el número 2 que estaba sobre esa V lo trasladé más adelante, dejándolo al mismo nivel que los demás signos.

Así, en cada renglón, fui borrando algunos signos y reemplazándolos por otros, caprichosamente.

Por fin llegué al resultado, obtenido por mi antecesor en el examen;  $x = 2$ ;  $y = 7$ .

Comprendí que este resultado debía ser acertado, ya que Adriazola había sido aprobado con tres coloradas.

Mas, si yo había hecho algunos cambios en el desarrollo del problema, ¿no sería lógico que el resultado se alterara? Así me pareció conveniente; pero juzgué prudente no distanciarme mucho de esas cifras, por lo que agregué dos ceros después del 2 y dos ceros después del 7. Dejando el borrador y la tiza, dije serenamente:

—Señor, x es igual a 200; y es igual a 700.

El presidente de la comisión examinadora miraba atónito a su compañero y al sacerdote, quien sonreía sofocado. Yo pensaba que estas miradas eran signos inequívocos de dudas acerca de la nota que merecía.

Por fin, el presidente rompió el silencio:

—Mire, joven, ¿dónde estudió usted álgebra?

—Solamente aquí en el colegio —respondí, mirando a mi profesor, como significando que el mérito pedagógico le pertenecía a él por entero.

—Bien. Estudiará durante las vacaciones. Vaya a sentarse.

Cuando iba hacia mi asiento, sentí el ruido de las bolitas al chocar con la superficie de la caja. Me di vuelta, y vi, con sorpresa, que eran negras.

Interrogado por mis padres sobre el resultado del examen, dije —como siempre— que habían cometido una injusticia atroz.

\* \* \*

Estimé que mi fracaso en el examen de álgebra se debía al hecho de tener la conciencia un tanto maculada. Tres días después debería rendir examen final de aritmética y juzgué necesario realizar una depuración total de mi alma. Para ello me asocié a dos hermanos, José y Roberto Toro, expertos en la preparación mística de los exámenes. Ellos me comunicaron sus secretos sistemas y yo los perfeccioné con ideas propias. A diez santos ofrecí paquetes de velas. Hice varias mandas. Una de ellas consistía en ir a la punta del cerro San Cristóbal con piedrecitas dentro de los zapatos; más aún, con los de mi hermano menor, que calzaba menos que yo. Otra manda, de carácter general, consistía en no volver a pecar hasta el día de mi muerte.

En el colegio existía la convicción que cerrar un puño, sin apretarlo, dejando un hoyo entre los dedos, y golpear con la palma de la otra mano sobre los bordes de ese orificio, era una actitud grosera e insultante para aquella persona a quien se le dedicaba esta maniobra llamada «tapa». Todos los niños hacíamos muchas durante el día.

Tratándose de una confesión destinada a predisponer a mi favor a todos los santos, era necesario hacerla lo más perfecta posible, por lo que me hice el propósito de acusarme incluso de las «tapas» hechas, que eran consideradas como un pecado leve, tal como el proferir palabras deshonestas.

Estoy de rodillas ante el confesor y denuncio mis pecados. El sacerdote me pregunta:

—¿Cuánto tiempo que no se confiesa?

—Una semana, padre.

—Diga sus faltas, hijo.

—Acúsome, padre, que he mentido.

—¿Qué más?

—He dicho palabras deshonestas.

—¿Cuántas veces?

—Unas diez veces al día.

—Siga, hijo.

—He cometido acciones deshonestas.



—¿Cómo?

—Con las manos.

—¿Usted solo?

—Solo, padre.

—Hijo, usted no debe hacer eso, porque es horrible. ¿Cuántas veces?

—Doscientas.

El confesor dio un salto, un suspiro y volvió a preguntar:

—¿Doscientas veces en una semana?

—Sí, padre.

—Pero ¿cómo?, ¿dónde?

—En clase, durante el recreo, en mi casa, en cualquier parte.

—Hijo, usted es un monstruo y está agotando una energía destinada a utilizarse cuando se llega a hombre y dentro de la vida conyugal.

Yo, sofocado de calor y en ayunas, no estaba en situación de comprender nada. No me explicaba por qué el pequeño esfuerzo que significaba hacer «tapas» habría de llevarme a la tumba, ni veía la relación que podía existir entre aquellas manipulaciones y la vida conyugal.

Después de muchos consejos, me fue dada la absolución.

Aun cuando hacía un calor insoportable, me presenté a rendir exámenes con sobretodo, a fin de poder disimular los numerosos frascos con agua bendita y las imágenes religiosas que abultaban mis bolsillos.

Cuando mi nombre fue pronunciado por el presidente de la comisión, me desplacé lentamente hacia la mesa, temeroso que el glu-glu del agua llegara hasta los oídos de los profesores y alumnos.



Durante el examen, que no duró más de tres minutos, pensé en muchas cosas; pero ni una sola palabra mía profanó los eruditos oídos de los examinadores y ni un solo rasgo de tiza emblanqueció el pizarrón.

Me despacharon a mi asiento después de colocar tres relucientes bolitas negras en la fatídica cajita.

Me encaminé lentamente, meditando, por los corredores del colegio y pensando en la mala cara que me pondría mi padre. Busqué algún motivo de consuelo y al instante brotó uno, aunque no del todo reconfortante: si yo había de morir pronto, ¿qué importancia tenía el que me fuera de este mundo reprobado en matemáticas?

Antes de salir me encontré con un compañero de curso, quien me interrogó:

—¿Cómo te fue, Arredondo?

—Me «rajaron».

—¿Por qué?

—Una injusticia. Dime, ¿sabes qué significa una «tapa»?

Mi compañero hizo rápidamente tres sonoras «tapas», como para exponer el objeto de mis investigaciones.

—¿Qué significan? —volví a interrogar.

—No sé, pero hazlas para la Comisión.

—No, no las vuelvas a hacer. Te debilitas.

Mi compañero se rio, creyendo, quizás, que me burlaba.

Me he quedado hasta hoy día con la duda de si el sistema de enseñanza que llamaban «antiguo», en contraposición al «concéntrico», o mi mentalidad era la inadecuada para asimilar los conocimientos matemáticos. El hecho cierto es que ese pájaro enamorado y melancólico que era yo en ese tiempo no podía aprender en un año todo el texto de álgebra o el de aritmética.

\* \* \*

Al llegar el verano, mi familia volvió nuevamente a Papudo.

Aun cuando ya había pasado el período agudo de mi mal de ausencia, la contemplación del lugar en que se había desarrollado aquel idilio hizo recrudecer mi dolor. La estación, el sendero de maicillo, las canchas de tenis, los jardines del Gran Hotel, la terraza junto a la playa, la gruta, todo me evocaba la imagen de Beatriz.

Volvimos a la misma casa y yo dormía en el mismo cuarto con su ventanita desde la cual yo podía contemplar la luna y su sendero de plata sobre el mar. Por allí me parecía divisar a Beatriz, viniendo hacia mí desde tierras lejanas.

Muchas veces, con los ojos humedecidos por la tristeza, vi tan nítida la imagen de mi amada fantasmal caminando por esa senda, que exclamé: «¡Beatriz, Beatriz, por fin vuelves!»

Poco a poco fui perdiendo la esperanza que ella volviera, y por un impulso de conservación anímica, para ahuyentar la melancolía que me cercaba, concebí un

nuevo amor.

Era una muchachita pequeña, de piel morena y ojos negros, muy vivos. Me enamoré del fuego de su mirada antes de haberla conocido. Le mandé a preguntar con Eduardo si quería «pololear» conmigo y contestó afirmativamente.

No recuerdo mucho de las escenas pasadas junto a Eugenia, mi segundo amor; solo sé que no fue tan casto como el primero.

Con Beatriz no he vuelto a encontrarme jamás y, quizás, ha sido para bien de mis ilusiones. Si yo la encontrara la trataría como a un hada, que no otra cosa fue en mi vida. Con Eugenia, en cambio, me hallé ocho años más tarde y como no era, para mí, un símbolo de espiritualidad, la invité a pasear conmigo a los campos que rodean la ciudad y...

Durante ese veraneo leí por primera vez una novela: «María», de Jorge Isaacs. Tal vez uno de los mayores deleites que haya recibido de la literatura me fue dado por esa novela. El amor espiritualísimo que en él se relata me parecía ser la expresión exacta de mis primeras vibraciones sentimentales. Pero mi emoción no solo procedía del contenido del libro, sino también de la belleza del lenguaje y de cierto encanto que emanaba de la edición magnífica de «María», con tapas azules de hule, en papel blanco esponjoso y con un tipo de letra grande y tan nítida. Todo esto, unido a los adornos que tenía la primera letra gigante de cada capítulo, hacían del libro un hermoso juguete para mi espíritu adolescente.

No he vuelto a leer esa novela. Ya me he desengañado de bastantes cosas para procurarme voluntariamente nuevas desilusiones. Seguramente en lo que me resta de vida habré de seguir desvalorizando afectiva e intelectualmente cosas que aún me atraen.

Ese libro está ahora en uno de los estantes de mi pequeñísima biblioteca, y muchas veces he mirado con ternura su lomo, por haber sido el primer juguete de mi espíritu.

## Capítulo 13

Uno de esos años —ignoro por qué motivos—, mis padres no fueron a pasar el verano a Papudo, y yo fui enviado al fundo de mi tío Rafael.

La casa grande, de dos pisos, resultaba fría al cuerpo y al espíritu. Al frente, un jardín con dos palmeras, y detrás, un huerto con gran variedad de árboles frutales.

Al lado norte de la casa la amplia y oscura bodega de vinos; más allá, un molino de viento extraía agua de una noria, oyéndose día y noche los latidos de su corazón metálico. Al frente de la bodega estaba la fragua con su enorme fuelle de cuero y sus mil fierros viejos; más allá, unos galpones que protegían de la lluvia y el «sereno», tanto a los bueyes y caballos como a las carretas y trastos inservibles.

Alrededor de este caserío desfilaban, militarmente alineadas, las vides de cincuenta cuadras de viña.

En la estación me esperaban mi tío Rafael y su mujer. Hacía solo un año que se habían casado, él por tener un ama de compañía; ella, por salir de su condición de célibe. Me esperaban en un coche de cuatro ruedas, cerrado, arrastrado por dos robustos caballos.

Parece que esa mañana ascendía de la tierra una fuerza vital incontenible, pues yo sentía unos impulsos extraños de ejercer todas mis facultades: hablar, caminar, reír, correr, cantar, danzar, amar...

Mi felicidad siempre se ha visto amenguada por pequeñas y vanas preocupaciones que nacen de mi temperamento nervioso y no tienen mayor asidero en la realidad. Mi placer debería haber sido completo por estar sentado dentro del coche, ver desfilar a ambos lados los álamos del camino por donde avanzábamos y tener la perspectiva grata de ir en viaje de veraneo a un campo desconocido. Pero me preocupaba de que mis tíos se formaran buena impresión de mí. Procuraba que me consideraran inteligente, educado, atento, afectuoso, bueno.

Iba, pues, dentro del coche, sentado en el borde del asiento, tieso como una imagen de palo, contestando con sonrisas llenas de ternura a cualquier mirada o palabra que me dijeran. Mis respuestas querían ser precisas, inteligentes y modestas.

—Y ¿cómo ha estado Alberto? —preguntó mi tío.

—Perfectamente, tío, gracias.

—¿Y tu mamá? —preguntó mi tía.

—Muy bien, tía, gracias.

—¿Cómo te fue en los exámenes?

—Muy bien, tío, gracias.

—¿Saliste en todos bien?

—Solamente me «partieron» (iba a decir «Fajaron») en historia moderna y contemporánea.

—¿Y por qué?

—El profesor me tenía «pica». Fue una injusticia enorme.

Llegados a la casa, se me señaló mi dormitorio, en el piso alto. Me lavé las manos en un lavatorio antiguo de porcelana, pintado con flores por todos lados, y bajé al comedor a almorzar.

Aparte de satisfacer mi apetito, exacerbado por el aire puro del campo y el desgaste del viaje, el almuerzo no ofrecía grandes expectativas para mí.

El comedor era confortable y luminoso gracias a un amplio ventanal que miraba al jardín delantero.

\* \* \*

Estamos sentados y yo mastico con placer una perdiz escabechada.

Hay el pretexto de que no puedo hablar porque tengo ocupada la boca con las tiernas carnes de la perdiz, y las saboreo tranquilamente; pero, de pronto, ha entrado la empleada «de mano», morena, con ojos oblicuos y pelo negro brillante.

En su cabeza lleva una cofia alba como el delantal que, a pesar de su tiesura almidonada, deja ver la curva pujante de sus senos duros y prietos.

Mi mirada se posa en sus ojos negros y siento deseos de prescindir de mis tíos y lanzarme sobre ella como una fiera.

Presiento que durante toda mi estada en el campo llevaré esos ojos clavados en mi alma.

—¿A qué curso entras?

—Al quinto año, tía —respondo, sin comprender lo que digo.

—¿Y qué carrera piensas seguir?



La pregunta me encuentra desprevenido, pues jamás he pensado en lo por venir más allá de dos o tres días. Sin embargo, comprendo que es necesario señalar una profesión para aparentar que soy un «niño juicioso»; además, es la ocasión de impresionar a la empleada.

—Seré ingeniero civil.

—¿Eres bueno para los números?

—El segundo del curso.

—¡Ah, ah! ¡Qué bonito! ¡Cómo estará de contento tu padre!

Mi tío se siente orgulloso al pensar que su sobrino será un ingeniero distinguido.

Miro a la empleada, que en estos momentos retira el plato de mi tía, y veo en sus ojos dos llamaradas que me abrasan todo el cuerpo.

Después de almuerzo, don Rafael me lleva a conocer la bodega y las demás construcciones, me presenta al mayordomo, un hombre de inmensos bigotes, y me dice que puedo hacer lo que desee.

Por mi gusto, me iría a la casa en busca de la hechicera empleada; pero como esto no es prudente, me dirijo a la viña y camino por un sendero comiendo uvas.

El sol ardiente de febrero cae verticalmente sobre las polvorientas hojas de las parras y los resecos terrones, y resulta delicioso reventar con los dientes los frescos y jugosos granos de uva.

Llego hasta el término del potrero, limitado por un canal en cuyas orillas algunos sauces y mimbres bañan sus raíces.

Allí me siento sobre una piedra y me regocijo escuchando el murmullo del agua que corre presurosa como en busca de algo bien definido.

Estoy mucho rato, como adormecido, mirando y oyendo el murmullo del agua. Siempre, y aún ahora, me ha gustado pasar largas horas observando el correr de las aguas y oír sus palabras. Ignoro qué encanto tiene esto para mí. Tal vez relaciono y comparo el correr y murmurar de la infinidad de moléculas de agua con la corriente innumerable de seres humanos que pasan por la vida hacia el silencio.

¡Vanos movimientos y murmullos de las aguas! ¡Siempre llegan a fundirse en las profundidades quietas y silenciosas del océano! ¡Inútiles las actitudes y palabras de los hombres porque, a la postre, todos se hunden en las mudas sombras de la muerte!

Aun cuando en esos años yo no tenía conciencia de la inutilidad de la vida humana, acaso la intuía y, por eso, me embargaba una melancólica emoción al contemplar la carrera de las aguas.

Entonces, como ahora, el presentimiento o la idea de la muerte exacerbaba mis ansias de amar.

Las caprichosas ondas que se hacen en el agua van tejiendo, en mis ojos alucinados, las cunas del cuerpo de la mestiza. La veo claramente, flotando, con su delantal blanco almidonado y sus ojos como almendras. Lentamente sus vestidos se van esfumando y su cuerpo bronceado, relumbrante y tenso, se mece en la superficie.

Me desnudo y hundo mi cuerpo afiebrado en las aguas frescas.

\* \* \*

Llegué a la casa a la hora del té y fui interrogado por don Rafael acerca de la

belleza del fundo.

—Precioso, tío. Sobre todo, me encantó un canal que hay al fondo de la viña.

—¿Un canal? ¿Y no viste la viña? ¿Y los potreros de trigo? Aquí en toda la zona no hay un fundo con una viña tan bien tenida ni siembras tan magníficas. ¿No te fijaste en los cierros, las puertas, los caminos? ¡Ah, cualquiera desearía tener su fundo como lo tengo yo! Pero para eso se necesitan plata y conocimientos agrícolas.

—¡Ah, claro!

—Sí, claro; pero lo único que te llamó la atención fue un canal, que ni siquiera es mío. Por lo que se ve, tú solo entiendes de números.

Yo preferí no contestar y miré a Rosa, la tierna doméstica, rogándole que no me despreciara por mi ignorancia agrícola. Ella me miró con indulgencia y poco me importaron ya las irónicas frases de don Rafael.

Esa tarde me dediqué a espiar los pasos de Rosa, porque deseaba encontrar la oportunidad de hablarle y convenir una entrevista, ya fuera en el huerto o en la viña.

Cuando estaba en una galería amplia del piso alto, hojeando un pequeño libro, empastado en cuero café, que allí dormía sobre un armario, y en cuyo lomo se leía: «*Werther*», llegó mi tío y dijo:

—Para que no te aburras, vamos a jugar una «manito» de billar.

—Muchas gracias, tío.

Hube de partir a jugar con menos deseos que morir.

Estuve hasta la hora de comer oyendo el ruido de las bolas al chocar y los elogios que don Rafael hacía del billar, del fundo, de su automóvil, de sus caballos, vacas, etc.

Habría deseado que mi tío al inclinarse para hacer una carambola, hubiera padecido un ataque al corazón y se hubiese muerto.

Tan ausente estaba yo del juego, que cada vez que me correspondía jugar, oía a don Rafael, en tono creciente de enojo me decía:

—Esa no es tu bola, niño.

Y después que yo hacía una o varias carambolas,

—Apunta tus carambolas.

Fue inútil perder, una tras otra, las diez partidas que jugamos. Después de cada derrota, con generosidad detestable, me decía:

—Juguemos la «revancha».

—Gracias, tío —respondía yo, y tenía que seguir lanzando tacazos.

Varias veces le manifesté que yo no era capaz de ganarle, aunque jugáramos una semana seguida. Todo fue inútil; solo me dejó tranquilo cuando entró Rosa, diciendo:

—Señor, está servida la comida.

Al verla con sus actitudes humildes y oír su voz suave, sentí deseos de hundirle a mi tío el taco, por la boca, hasta que se asfixiara y después suplicar a ella que me besara.

Durante la comida no supe lo que comí y contesté al azar las preguntas que me

hicieron. Mi imaginación urdía un plan para llegar de noche hasta el dormitorio de Rosa.

Solo sé que una de mis respuestas no guardaba relación alguna con la pregunta que se me formulara, porque don Rafael, en tono severo, me dijo:

—¿Qué es eso? ¿Estás dormido? Te pregunto si fuiste al establo y me sales con que tienes sueño. ¿Qué te pasa?

—Perdón, tío, yo entendí que me preguntaba si quería jugar una manito de billar después de comida.

—Pero ¿eres sordo?

—No, tío, es que tengo mucho sueño. Quizás el cambio de clima...

En cuanto terminamos de comer, pedí permiso y me retiré a mi dormitorio.

Como sabía que mis tíos tardarían algunos momentos en subir, me dediqué a explorar el terreno, a fin de ubicar el cuarto de Rosa.

Luego di con una pieza con dos catres y que, a juzgar por la modestia de los muebles, debía ser el dormitorio de las empleadas: de Rosa y la gorda cocinera.

Presentí la posibilidad de que vinieran juntas a acostarse, lo que me impediría hablar con Rosa a solas, como era indispensable.

Dejé la puerta de mi cuarto abierta, y me tendí en mi cama en espera de verla pasar por el corredor, ya que, para llegar a su dormitorio, necesariamente habría de pasar por allí.

¿Qué le diría en caso de que fuese sola? ¿Y si fuera con la cocinera?

Imaginé múltiples posibilidades. La cabeza me ardía y tenía los pies y las manos helados. No pude estar inmóvil en la cama, me levanté y me paseé por el cuarto.

De pronto, sentí pasos en la escalera.

Parecía ser el ruido de los pasos de una sola persona. Apagué la luz de mi dormitorio y, en puntillas, me deslicé hasta el umbral de mi cuarto. En el pasadizo había cierta claridad, debido al resplandor de la luz del vestíbulo que ascendía por la brecha de la escalera.

Asomo mi cabeza y, al fondo del pasadizo, donde desemboca la escalera, veo aparecer la silueta de Rosa; viene sola.

Al verla, mi emoción se agiganta, la respiración se me altera, siento secas la boca y la garganta y me tiembla la mandíbula. Sin embargo, es la única ocasión que tengo de hablarle y no puedo perderla. Cuando falta un metro para que llegue a mi puerta, me adelanto, diciendo con voz temblorosa:

—Rosita, hacía rato que la esperaba.

—¡Uy! ¡Por Dios! Me asustó.

—¿Dónde puedo hablar con usted?

—Mañana.

—No, ahora. Yo voy a ir a su pieza dentro de un rato.

—No, por favor, que lo siente la patrona.

—Rosita, la quiero.



—¡Déjeme, que viene la Mercedes!

—Rosa, después que se duerma la Mercedes, venga para mi pieza.

—Bueno. Volveré.

—¿Vendrá?

—Sí.

—Deme un beso.

—No; ya viene la Mercedes.

Fuera de mí, la tomo por los brazos y le doy un beso en su boca tibia. Ella, con dificultad, se desprende de mí.

En la penumbra, alcanzo a percibir el vaivén de sus anchas caderas al andar.

Decido acostarme porque estoy rendido. Esperaré a Rosa en cama. Apago la luz y mi imaginación afiebrada vuela a mundos desconocidos.

Voy por el sendero de una viña abrasada por el sol ardiente del verano. Me siento bajo una parra y muerdo una uva grande y roja de un bello racimo, y la boca se me llena de jugo. Pero, de pronto, noto que no es uva lo que he mordido, sino la boca roja de una niña, igual a Rosa, y no es jugo, sino sangre lo que ha bañado mis labios. Oigo que se queja:

—Me has hecho daño.

La niña se incorpora y huye por el sendero; la sigo sin alcanzarla. Llega a un caudal bordeado de sauces y allí se esconde. Sigo corriendo hasta el sitio en que la vi esconderse. Allí está, desnuda, bailando sobre un tronco de árbol que cruza el gran surco y le sirve de puente. El canal es turbulento, y el agua, al chocar contra las piedras, canta fuerte. La niña danza llevando el ritmo musical del agua, y es tan armonioso todo esto, que yo me quedo extático, en la orilla.

Ella deja de bailar y se lanza al agua. Se sumerge. Espero... mas no vuelve a salir. Grito, en vano, mucho rato. Ella no emerge. Desesperado, me lanzo rápido en su búsqueda, pero no la encuentro, y lo más extraño es que me pierdo yo mismo.

A la mañana siguiente desperté con un dolor tremendo a la garganta y con mucha fiebre. Mi tía llamó al doctor, el cual, después de hacerme abrir la boca, meterme una cuchara, tomarme la temperatura, el pulso, etc. diagnosticó «angina pultácea» y recetó, entre otras cosas, diez días de cama.

Lo peor de todo fue que mi tía, con abnegación ejemplar, se dedicó de lleno a mi cuidado. Ella me llevaba el desayuno, almuerzo, onces, comida, aguas calientes, frías y de todos colores.

Pedí a mi tía que me prestara «*Werther*» y, durante mi enfermedad, lo devoré con entusiasmo.

Identificaba el amor imposible de *Werther* y mi fallido anhelo de unirme a Rosa. Todo el romanticismo y melancolía del libro se juntaban a la espontánea tristeza que en mi espíritu nacía. Esto, unido al debilitamiento orgánico, me llevó a un estado anímico enfermizo, que me hacía delirar.

## Capítulo 14

El 21 de mayo del año siguiente se celebró en el colegio un acontecimiento deportivo digno de recuerdo.

Un compañero de curso —del cuarto año de humanidades— se había entrenado con tanta constancia y entusiasmo en carreras sobre pistas de baldosas que, no obstante tener un peso bastante superior al normal, era campeón en esas canchas.

González, que así se llamaba el atleta en referencia, practicaba sus ensayos en la acera de la segunda cuadra de la calle República, donde quedaba su casa.

Verlo correr con sus ochenta kilos resoplando y a tan gran velocidad, era algo para asustarse, porque inconscientemente se calculaba que un tropezón de esa locomotora habría sido, simplemente, la muerte o cosa semejante.

Ese año, González redobló sus entrenamientos porque supo que Ipinza se preparaba para derrotarlo en las carreras tradicionales del 21 de mayo. Estas competencias se realizaban en un corredor de baldosas de, más o menos, cien metros de largo. Los atletas corrían en traje de calle, despojados de sus chaquetas.

Llegó el 21 de mayo, y a eso de las diez de la mañana la tensión nerviosa de los alumnos era extrema, porque se aproximaba la hora de la carrera principal: González versus Ipinza.

A la orilla del corredor, en ambos lados, se instalaban los alumnos; en la meta estaba el jurado, integrado por profesores y discípulos.

En el punto de partida, los competidores, nerviosos, comprendiendo la trascendencia de la carrera, no admitían entrevistas y se paseaban como briosos potrones.

En la mitad de la cancha estaba el profesor que había organizado esta magna competencia.

Se oye la voz del juez de partida:

—¡A sus marcas!

Se produce un silencio impresionante en todo el corredor.

—¡Listos!

No se escucha ni el aleteo de una mosca.

—¡Ya!...

Parten bien. Con furia. Van iguales.

Los primeros treinta metros los recorren juntos.

Se puede observar que los pantalones de Ipinza le quedan muy estrechos y se diría que, en cierto modo, entaban el libre movimiento de los muslos. Es una lástima, porque ello significa una ventaja para González. Pero, a pesar de esto, Ipinza no cede un centímetro a su rival.

A los cuarenta metros el pantalón de Ipinza se abre violentamente en la parte delantera. Es indudable que él no se ha dado cuenta de este suceso desgraciado.

El organizador de la competencia, al ver pasar los atletas por el sitio en que está

apostado, se da cuenta del escándalo que Ipinza va esparciendo por la pista y sale corriendo tras él, gritando con voz estentórea:

—Ipinza, deténgase, que el Ministro está en la meta. ¡Atájenlo!

Con la gritería del público, nadie alcanza a escuchar las voces del profesor.

Los atletas van a llegar. Ipinza, en un esfuerzo supremo, alcanza la meta segundos antes que González.

Los espectadores, a medida que los atletas van pasando frente a ellos, corren apresurados hacia la meta por saber quién ha sido el vencedor y felicitarlo. Los que han visto la desgracia de Ipinza corren tras él para burlarse.

Pero antes que nadie alcance a felicitar o a mofarse de Ipinza, el veloz organizador de la prueba lo ha sacado del tumulto y lo ha encerrado en la sala de clases que está al lado de la meta. Ipinza, insensibilizado por el cansancio, ignora aún ser un foco de escándalo y piensa que se le ha encerrado allí para impedir que los homenajes del triunfo le fatiguen más aún.

El profesor le dice:

—Ipinza, póngase su chaqueta y su abrigo.

—Tengo mucho calor.

—Por lo mismo, para que no se le enfríe la transpiración.

Ipinza, sofocado de calor, se pone la chaqueta y el sobretodo y es llevado por los patios, tomado del brazo por el profesor, mientras los alumnos claman que se les entregue el vencedor para rendirle homenaje.

—Suéltelo, para felicitarlo.

—No; está enfermo. Después habrá tiempo.

Ipinza fue conducido hasta la puerta del colegio y enviado a su casa, ignorando las causas de tanto abrigo y de tal licencia.

## Capítulo 15

Cada año, el primer día de asistencia al colegio tenía el encanto de adquirir los libros y útiles para el nuevo curso.

Ese año, como en los anteriores, sentí la emoción de recibir, a través de una ventanilla, cuadernos, lápices, secantes, lapiceras, plumas, chinches y libros nuevos. Bastaba oler todas esas cosas para saber que jamás habían sido usadas. Además se nos daban papeles para forrar los libros y cuadernos.

La primera semana forraba y hojeaba todos mis libros; pero después, perdida su virginidad, los abandonaba.

Sin embargo, ese año se me entregó un libro más voluminoso, más serio. Era un texto de ciencias naturales.

Estudí con entusiasmo la anatomía y fisiología humanas, y, cosa extraña, pasé a ser el primer alumno del curso en este ramo y continué siendo de los últimos en todos los demás.

Nadie supo decirme que ese hecho revelaba una inclinación natural, una vocación, y que debía consagrar mi vida al estudio de la biología o a otra ciencia derivada de ella.

Si así hubiera sido, quizás hoy fuese feliz y habría sido útil a mis semejantes.

Empezábamos a estudiar literatura e historia literaria y me interesaron ambos ramos, pero no llegué a ser buen alumno. No tenía paciencia para aprender cosas de memoria y, además, mi imaginación vagaba por mundos muy lejanos.

Entonces leí «Don Quijote de la Mancha», «La Divina Comedia», «El Amor de los Amores» y otros libros de lectura obligada. Comprendí que existía algo, en la vida, distinto del vivir práctico, de amar, comer, trabajar; una especie de juego trascendental, de religión, o de ideal, que era la literatura. Por haber aprendido eso, considero provechosa mi asistencia al colegio durante diez años.

Me reí del amor de Don Quijote por Dulcinea del Toboso y no comprendí, entonces, que mi amor a Beatriz era tan ridículo como el del Hidalgo de la Mancha.

Ya la imagen de Beatriz se había borrado por completo de mi mente; sin embargo, su nombre seguía provocándome cierta emoción.

Cuando leí que Dante había amado toda su vida a Beatriz y solo a ella, no obstante haber tenido tan poco contacto, pensé que aquel y yo éramos hechos de una misma pasta.

¡Admirable optimismo!

\* \* \*

Todos los años, en el mes de noviembre, se llevaba a efecto, en el teatro del colegio, la repartición de premios; acto solemne que se amenizaba con una

representación teatral y otros números artísticos.

Ese año me tocó formar parte del conjunto de actores teatrales. Durante los ensayos me preocupé solamente de aprender de memoria las frases que me correspondería decir, sin cuidarme en absoluto de entender el sentido del drama representado.

Era un dramón histórico, cuyo nombre ignoro, lleno de reyes, príncipes, princesas, espadas, estocadas y muertes.

Los ensayos se efectuaban, como es natural, con nuestros trajes habituales, y esto contribuyó no poco a desorientarme en cuanto a mi papel.

El día del estreno, en cambio, el director teatral, a quien no sé por qué llamaban «*Chumas Poli*», me vistió con una pollera tableada, medias de mujer, me colocó una peluca, me pintó los labios y la cara. Después me preguntó:

—¿Recuerda usted bien todas sus frases?

—Perfectamente —contesté yo.

«*Chumas Poli*» me entregó una espada y me dijo:

—Descanse hasta el momento en que deba entrar en escena, porque su papel dura casi todo el primero y segundo actos.

—Muy bien —respondí, y me senté en un sillón, entre bastidores.

\* \* \*

Se ha descorrido la amplia y pesada cortina de felpa roja que separa el escenario del teatro, y el público puede contemplar el interior de un palacio de estilo medieval. Allí hay un individuo tan fastuosamente vestido que debe de representar a un rey o cosa semejante.

A los pocos minutos de empezada la representación, «*Chumas Poli*» me hace señas para que me lance al escenario. Obedezco. Miro a la platea, y miles de ojos, verdaderas luciérnagas en la noche, me miran. Esto no lo había previsto. Me da miedo y tengo ganas de huir. Prefiero mirar hacia los bastidores y veo a «*Chumas Poli*» haciéndome señas para que me acerque al rey. Así lo hago y llego hasta tocarlo. Este me dirige frases altisonantes que no entiendo y, por último, me besa en la frente.

Esto me aclara el misterio: yo soy mujer. Nunca me lo dijo el director; pero ¿cómo podría ser de otra manera si llevo faldas, pelo largo, medias, me han pintado los labios y el rey me ha besado? No hay duda: mi papel es de princesa o doncella y debo representarlo en debida forma, porque, al fin y al cabo, el acto es bastante solemne. Juzgo indispensable adelgazar mi voz y caminar como lo haría una doncella. Lo único que me desconcierta un poco es la espada entregada por «*Chumas Poli*», a última hora, y que llevo en la diestra. Me conforta pensar que Juana de Arco usaba espada.

Con la voz más femenina que me es posible, empiezo:

«—Alteza, vuestros siervos me han comunicado la orden de presentarme.»

Desde el público me llegan algunas risas discretas. No entiendo por qué puedan reírse. Me asalta la duda de si la obra será humorística. Lamento no haber preguntado antes. Ya es imposible hacerlo.

Miro hacia un lado y veo «Chumas Poli», sentado en un diván, con la cara entre las manos. Me pregunto:

¿Se estará riendo o le dolerán las muelas? En el primer caso, la obra sería humorística. Mientras represento mi papel, hablando y caminando en la forma más delicadamente femenina, sigo mirando al director para descubrir si la obra es dramática o humorística. Por minutos, me afirmo más en esta última hipótesis, porque oigo que las risas aumentan en progresión geométrica.

Por fin, mis ojos chocan con los de «Chumas Poli», y al instante se incorpora y empieza a hacerme señas ampulosas, cuyo sentido al principio no alcanzó a precisar. Se agacha, se toma los pantalones más abajo de la rodilla y los remece con violencia; después se endereza, saca pecho, pone un ceño durísimo y se pasea con paso viril.

¡Ah!, ya comprendo; todos estos ademanes quieren sugerir la idea de hombre. ¿Querrá decirme que yo represento un papel de varón? Si esas son sus intenciones, no veo qué podré hacer para enmendar lo hecho. Llevo diez minutos hablados con voz dulcísima de mujer y no estaría bien sacar de repente un vozarrón de bajo profundo.

En cuanto al segundo problema —el género de la obra—, tengo la firme convicción que se trata de una obra cómica como la que más, porque he sentido reírse al consueta, y el mismo rey, hace un momento, estalló de risa.

El público se ríe en forma tan delirante y contagiosa, que yo, sin conocer la totalidad de la obra, tengo francos deseos de ponerme a reír. Y, por último, no sería grave falta de arte escénico, porque ya el público no puede oír nada de lo que dicen los actores, tal es la gritería que inunda el teatro.

Por otra parte, «Chumas Poli» está ahora tendido sobre el diván, y no me controla. Al ver esto, suelto la risa contenida; las carcajadas del público aumentan y el teatro parece venirse al suelo.

## Capítulo 16

Una de las convicciones inamovibles de mi madre consistía en creer que la costurera de la calle Brasil era de una competencia extraordinaria. Si ella había sido capaz de confeccionar nuestros ternos de niños, no se veía ningún obstáculo para que pudiera seguir vistiéndonos cuando usáramos pantalones largos. Consecuente con esta idea, mi madre dispuso que la costurera de la calle Brasil confeccionara mi primer terno de pantalones largos, muy elegante, y, por ende, adecuado para veranear en el Gran Hotel del balneario de Constitución.

El entusiasmo de mi madre contaminó a mi padre y la decisión se hizo definitiva, pese a mis reclamos.

Al día siguiente, mi hermano Jorge, mi madre y yo fuimos a la cité donde vivía la costurera. Esta, al saber el objeto de nuestra visita y estando acostumbrada a hacer solo trajecitos para niños, no cabía en sí de orgullo y contento.

Apuntaba las medidas que la costurera gritaba, después de observar la verde huincha de hule, su hija mongólica, de dieciocho años. Ocupábala su madre en esto, no porque fuera insubstituible sino para evitar que se fuese a la puerta de calle a «pololear», como aquella decía. En realidad, el «pololeo» consistía (yo fui testigo presencial) en las risas estúpidas con que la pobre enferma respondía a las frases groseras y manotones lanzados por los obreros al pasar. Terminadas las medidas, la costurera personalmente anotó en el cuaderno que los pantalones debían ser *Oxford*, conforme a la moda vigente en aquella época; es decir, espantosamente anchos en la bastilla y con una pestaña en las costuras laterales.

El día anterior al fijado para mi viaje a Constitución supe que la costurera había tenido un pequeño retraso; pero se comprometía a enviarme el terno con un pariente suyo dentro de dos días. En fin, no era grave inconveniente, pues en ningún caso había pensado viajar con el terno nuevo.

La víspera de mi partida tuve aún otra dificultad. Mi padre no quería facilitarme sino una maleta negra, especial para sombreros. Esta tenía el gran defecto de ser cúbica y de sesenta centímetros por lado. Usada de acuerdo con la intención del fabricante, presentaba ventajas innegables: era liviana y los sombreros no se arrugaban. Pero, al llevarla llena con zapatos, ropa interior, libros y, en general, con todos los efectos que necesitaba en mi veraneo, se hacía poco portátil.

Al llegar a la estación, a las ocho de la mañana, encontré a mi amigo Anastasio Urrutia, con quien había convenido viajar y veranear. Me preguntó por el origen y finalidad de ese cubo negro y pesado que era mi maleta.

Cuando fuimos a la boletería a comprar nuestros pasajes, comprobé la pérdida de los cien pesos, regalo paternal, que constituían el total de mis bienes. En ese momento me sirvió el cubo negro: me senté sobre él y me puse a meditar sobre las miserias de la vida humana.

Estaba dispuesto a volver a mi casa, cuando Anastasio me invitó a entrar en el

andén, exhibiéndome dos boletos de tercera clase. Comprendí que mi amigo había decidido abandonar sus deseos de comodidad y compartir mi desgracia. Acepté, con el compromiso de pagarle en cuanto me fuera posible.

El viaje era bastante largo; cuatro horas por la línea longitudinal, hasta la ciudad de Talca. Allí se trasbordaba al tren del ramal y después de cinco horas se llegaba al puerto.

Mi maleta no cupo en la rejilla, ni entre los respaldos de los asientos, ni en el pasillo. Un inspector me hizo llevarla al carro de equipajes. Estos trajines con esa mole a costas agotaron las pocas energías que el calor de la capital me había dejado. Me sentí dichoso cuando, por ella, me entregaron una ficha.

Los carros de tercera clase estaban repletos de gente, canastos, gallinas y perros camuflados. Después de recorrer mucho, logramos encontrar dos asientos y tomarnos posesión de ellos.

Vendedores ambulantes nos ofrecieron las más variadas mercaderías: peinetas, pelotas de fútbol, naipes, bebidas gaseosas, libros, boletos de lotería, etc.

Ciegos cantantes obligaban a recibir su mercadería musical y a pagarla a cualquier precio. Uno de ellos cantó unos versos tan curiosos que aún recuerda algunos mi frágil memoria:

En una noche triste  
se hundió el transporte «Angamos»  
dejándonos sumidos  
en la pena y el dolor.

Y era tan grande el hoyo  
por donde el agua entraba,  
que peces y sardinas  
en él se recreaban.

Al mediodía llegamos a Talca. Allí tuve que trotar hasta el carro de equipajes en busca de mi maleta, para trasladarla al otro tren. Anastasio no podía ayudarme — nadie habría podido—, porque ese aparato fue fabricado para sacrificios individuales.

El primer día de veraneo estuve algo preocupado. Aún no tenía en mi poder el terno nuevo. Pero al día siguiente, a las siete de la tarde —¡oh bendita costurera de la calle Brasil!—, llegó al hotel preguntando por mí un individuo con un gran paquete.

Corrí a recibirlo.

—¿Vive aquí el señor Eustaquio Arredondo?

—Con él habla. ¿Es mi traje?

—Exactamente. Se lo manda la señora Clorinda.

—¿Quién? ¿La costurera de la calle Brasil? —pregunté yo, olvidando que el portador era pariente de la modista.



—Sí, doña Clorinda, la señora que tiene su tienda de modas en la Avenida Brasil —rectificó el mensajero, un tanto ofendido.

Corrí a mi dormitorio con el fin de mudarme terno y dar en la comida la sorpresa de mi elegancia.

En el comedor ocupábamos una mesa los hermanos Morgado, sus padres, Anastasio Urrutia y yo. Pensaba no dejarme ver por nadie hasta el momento en que estuviesen sentados a la mesa, para sorprenderlos en conjunto, en masa.

Yo acababa de leer «*La Psicología de las Multitudes*», de Gustavo Le Bon, y consideraba más eficaz, para consagrarme como un dandy ante todos los huéspedes del hotel, aparecer ante ellos de improviso, en mi nueva tenida.

A las nueve, cuando el comedor estuviera repleto de gente, irrumpiría tranquilo, sobrio, bien peinado y afeitado.

\* \* \*

Corto la cuerda y rompo el papel que envuelve la caja. Al ver el esmero que la «costurera de Brasil» ha puesto para arreglar mi terno dentro de la caja, me enternezco y pido al cielo la bendiga, y a su hija mogólica también.

Voy a vestirme al momento.

Ya estoy listo. Me miro al espejo.

...

No tengo interés por vivir. Quisiera morir al instante o, por lo menos, caer en un largo sueño letárgico.

Los pantalones son *Oxford*, en cuanto sus piernas son anchísimas en la parte inferior; pero no son *Oxford*, ni cosa parecida, sino mal hechos, en cuanto al largo de las piernas. Para que me lleguen hasta los pies debo bajármelos a tal extremo, que la bragueta del pantalón me queda poco más arriba de las rodillas. En estas condiciones, me cuesta andar y para poder sentarme debo subirlos tanto, que parezco con pantalones cortos.

¿Qué ha pasado? Recuerdo perfectamente que la costurera tomó la distancia que media entre la ingle y el empeine; que gritó la medida a su hija y... ¡Ahí está la explicación! La hija mogólica anotó un número distinto al que le fue dictado.

Pero ¿a qué seguir divagando sobre las causas posibles de esos pantalones monstruosos?

Vuelvo a mirarme al espejo y me abrocho la chaqueta. Así no se me nota mucho. Por lo demás, no es el único defecto: la chaqueta tiene numerosas arrugas, y una grande, detrás del cuello, parece destinada a cobijar una joroba que no tengo.

Me observo en actitud dinámica. Camino frente al espejo. Prefiero detenerme. El terno se infla y desinflat, sucesivamente, en diversas partes, como si por una manguera invisible me estuvieran soplando y aspirando.

Aun con la chaqueta cerrada se me ve la bragueta.

Deprimido, me tiendo de espaldas en mi lecho y pienso en la inutilidad de la existencia de la niña mongólica; en lo funesto que me resulta; en lo feliz que yo sería si mi terno fuera un cincuenta por ciento menos deforme.

Sin embargo, la esperanza vuelve a nacer en mi alma atormentada. Me incorporo y voy otra vez al espejo veraz. Me observo... ¡Claro!, tal como yo lo suponía: si me inclino un poco, la gran arruga de la espalda se suprime. ¿Que me veo más viejo? No importa; al fin y al cabo soy joven. Debo adaptarme al terno, ya que no hay posibilidades de hacerle entender su función. Estudio, ante el espejo, la inclinación indispensable para rellenar la arruga y calculo la velocidad de la marcha que hace menos ostensible la deformidad de mis pantalones.

Después de un breve entrenamiento me dirijo al comedor, ya no con el ánimo de seducir, sino con el de pasar inadvertido. Pero únicamente lo conseguiría en una reunión de ciegos.

En la primera mesa, a la entrada del amplio comedor, hay unos veraneantes recién llegados. Hay dos niños que me observan con atención, cuchichean y se ríen. La madre, después de mirarme, los reprende severamente. De seguro que ha creído que soy un anormal, defectuoso de las piernas; tal es la monstruosidad de mis pantalones y la lentitud de mi marcha, para disimularla.

Menos mal que nuestra mesa queda cerca de la puerta de entrada y luego puedo sentarme.

Mis primos y todos los demás están demasiado embebidos en sus exquisitos camarones, como para preocuparse de mí.

La orquesta toca algo que me evoca sensaciones pasadas, vagas y amorfas. Parece que me miro desde fuera, desde este modo de ser actual hacia mi alma de antes. Me extraña pensar que soy el mismo y tan distinto.

Fijo mi mirada sonámbula en los ojos verdes de una muchacha y ellos no me huyen; se dejan acariciar como palomas mansas.

¡Qué bellos momentos! En mi mesa hay mantequilla fresca, queso, vino y comida abundante y grata. No tengo que preocuparme de cuánto costará eso, y dos ojos me miran mientras mi espíritu se mece al compás de la música. Pienso que son injustos los caballeros que se quejan continuamente. «Esta vida no vale la pena de vivirse», les he oído exclamar tantas veces.

Habrán momentos amargos; pero la vida es alegre, bella y muy digna de vivirse.



Estos momentos de dicha, ¿qué sombra de dolor tienen? Ninguna.

El mozo, al pasar, ha producido una oleada de viento que agita mis amplios pantalones y vuelvo a acordarme de ellos. El alma se me llena de sombras. Me considero un estúpido por haber estado soñando con una felicidad imposible. Terminada la comida se acabarán mis posibilidades de éxito con la muchachita de los ojos mansos. Entonces tendré que volver a andar como un parálítico.

¡Quizás los caballeros tienen razón al decir que la vida es un engaño!

\* \* \*

Anastasio Urrutia y yo nos pusimos a «pololear» con dos hermanas de Talca, muy distinguidas, honestas y narigonas. Yo no amaba a mi «polola». Ella tenía, para mí, la misma función y objeto que Dulcinea del Toboso para Don Quijote. A ella dedicaba mis suspiros, las emociones provocadas por la muerte del sol, el nacimiento de la luna, y, en general, por cualquier espectáculo bello.

Una noche fuimos varias parejas a pasear en bote por el río. La luna estaba llena y el agua dormía quieta, muda. Solo se oían el toc-toc del pequeño motor de dos cilindros y el leve rasgarse del agua al paso del bote.

Fuimos hasta una isla plantada de eucaliptos. La bordeamos sin atracar. Cuando la isla se interponía entre la luna y nosotros, las sombras de los árboles, proyectadas en las aguas quietas y plateadas, nos daban un espectáculo sublime.

No pude contenerme y cogí una mano pequeña que reposaba en el costado del bote, al lado mío. La mano no se resistió. Después busqué el rostro de su dueña, y vi que pertenecía a Mónica, una de las dos hermanas talquinas. Sus ojos me miraron con ternura, sentí pena y la miré con simpatía.

Esa noche volví a sentir el amor, al contemplar el panorama del río en la penumbra celeste de la luna, cuando volvíamos por la orilla del mar. Mi amor no era por Mónica, sino por la mujer en general. En esos parajes, cualquier mujer, con un mínimo de condiciones, podía servirme de pretexto para desarrollar un idilio.

¡Amores sin objeto real..., acaso más angustiosos que ninguno! Aunque ella me dijera que me amaba, mi alma quedaba insatisfecha.

El muelle del río tenía, para mí, un encanto inmenso, porque estaba lleno de recuerdos de la infancia. Cuando yo era muy niño, mi familia veraneaba en Constitución y nuestros paseos en bote eran muy atractivos.

Recordaba que cerca del muelle había un establecimiento de baños dirigido por un monje franciscano, que curaba por sistemas hidroterápicos.

Me obligaba mi madre a ir todos los días para ser sometido al tormento más cruel que puede darse a un niño nervioso: baños de agua fría con pistón. El chorro tenía tal fuerza, que yo había de sujetarme de una baranda para no ser derribado.

Es curioso que aun cuando esos Baños fueron un suplicio de mi infancia, al verlos después de diez años o más, les miraba con emoción y simpatía.

El edificio, rodeado de muchos árboles frondosos, tenía en sus paredes de piedra y ladrillos manchones de musgo. Era para mí muy grato mirar de cerca esos paños de verde felpa y acariciarlos como si fuera un dios que pasa su mano sobre un bosque de árboles gigantescos. Ya no recuerdo qué árboles eran aquellos; solo sé que había muchas hojas muertas en el suelo y se respiraba allí un aire húmedo y saturado de aromas silvestres.

Al pasar esa noche frente a los Baños, junto al cerco de macrocarpa que habían visto tantas veces mis ojos de niño, sentí un leve escalofrío.

Comprendí, de pronto, que yo era un ser distinto de aquel otro que, hacía diez años, se bañaba en ese establecimiento, acariciaba el musgo y salía a pasear en bote con sus hermanos.

Era como un antepasado mío, del cual había heredado cualidades y defectos, pero no era uno conmigo mismo. Ese niño de cinco años había existido, habíase bañado allí, paseó en esos botes (ellos sí que eran los mismos de antes), pero estaba muerto. Después, en ese mismo pedazo de barro, habían florecido sucesivamente otros niños, cada vez más claros de inteligencia. Ahora vivía yo, el muchacho que buscaba el amor y se lo fingía a Mónica.

Cierto es que entre todos esos seres que vivieron en ese cuerpo, que ahora pasaba frente al cerco de los Baños, existía un nexo: la memoria. Yo recordaba que el bote en que siempre salíamos de paseo se llamaba antes, como ahora, «La Catita», y tenía un lorito verde pintado en la popa. El hombre que lo manejaba sí que no era el mismo, aunque muy parecido.

Y el río, ¿era acaso el mismo? Las partículas de agua que yo había tocado esa noche con mi mano no eran las mismas que acariciaba cuando niño. Los arbustos y los pastos de la orilla eran otros y los árboles de la isla tenían hojas nuevas, y, quizás, todas las células de sus troncos y sus ramas se habían renovado ya. De los árboles contemplados por mis ojos de niño no quedaban más que las cortezas secas y rugosas. Otros insectos transitaban por ellas y otras moléculas de aire las envolvían.

Con claridad aterradora, vi que las cosas cambian a cada instante y que solo la

memoria del hombre y una falsa interpretación les atribuyen permanencia. Ese río no tenía del que yo conocí antes, más que las apariencias. Del niño aquel que yo había sido no quedaba más que su vago dibujo en mi memoria.

## Capítulo 17

Cuando, en la primera clase, el profesor explicó el objeto de la filosofía, me pareció que esta versaba sobre mi habitual costumbre de divagar, lo que despertó mi interés, y me sentí filósofo.

Con Echavarría, un amigo íntimo, discutíamos sobre materias filosóficas, muchas horas del día, en cualquiera de las clases o en los recreos. Gracias a ese ejercicio, llegamos a adquirir cierta destreza sofística y fuimos el terror del maestro del curso. Continuamente formulábamos objeciones a las teorías o sistemas filosóficos expuestos por el profesor.

Si él afirmaba que la inteligencia podía adquirir la certeza del conocimiento, Echavarría y yo levantábamos el dedo índice solicitando autorización para hacer uso de la palabra. Concedida, expresábamos nuestra recién nacida convicción contraria.

Aún recuerdo el desenlace del debate sostenido acerca de la certeza del conocimiento.

Casi al término de la hora de clase, el profesor, con ironía e ingenio, preguntó a Echavarría:

—¿Está usted de buena fe en lo que afirma?

—Por cierto —respondió mi amigo.

—Luego, usted tiene certeza que cuanto ha sostenido durante la clase es verdad. Aunque esta fuese la única convicción suya (lo que es muy posible), sería suficiente para demostrar que su débil inteligencia es capaz de llegar a la certeza.

Mi amigo estaba confundido y parecía hacer agua después del formidable espolonazo recibido.

Yo intercedí:

—La certeza de Echavarría es precisamente sobre una idea contraria a la suya, de la cual usted también tiene certeza. Luego, la certeza es una ilusión personal, muy grata, tal vez, pero inconsistente y relativa.

El profesor rebatió mi tesis y posiblemente sostuvo la verdad; pero para ello fue necesario que elevase su terminología. Sus frases se tornaron tan complejas que nadie entendió nada.

Yo, sin contestar a su réplica, continué desarrollando mi teoría. Sostuve que siendo la certeza y la verdad, algo personal y relativo, la verdad absoluta no resultaba útil ni aconsejable.

Para esclarecer mi hipótesis cité el ejemplo siguiente:

—Suponga usted que en un país un grupo de ciudadanos afirma que la verdad política es la monarquía, otro la democracia, otro el socialismo y un solo individuo sostiene un sistema político denominado el «tonterismo». ¿Qué sucederá? El gobierno lo disfrutarán, por turno, los monarquistas, demócratas y socialistas. El «tonterista», estando solo, no tendrá posibilidad alguna de gobernar y seguramente le tratarán a patadas.

»Suponga que, en materia política, el “tonterismo” fuese la verdad absoluta. ¿Qué ganaría ese individuo con poseer la verdad si se encuentra en tan aplastante minoría?

El profesor dijo que yo me «había salido del tiesto».

Echavarría gritó:

—No, padre, está dentro del tiesto.

Los alumnos rompieron a reír. Y mi aliado y yo, esa tarde, nos quedamos «arrestados».

Con nuestro afán sistemático de contradicción, negamos la libertad humana; la causalidad; sostuvimos que una cosa podía ser y no ser a un mismo tiempo; que la «parte» era, en la mayoría de los casos, mayor que «el todo».

Cuando el profesor expuso las teorías «idealistas» de Berkeley y Fichte, Echavarría y yo nos hicimos sus más fanáticos discípulos. Sostuvimos la inexistencia del profesor, de los alumnos, de la sala de clases, de nosotros mismos, etc.

El profesor, irritado por nuestra mala fe notoria, dijo:

—A pesar de no existir, ustedes dos se van a ir fuera de esta sala inexistente, antes que los saque con esta regla también inexistente.

A fin de no hacer muy ostensibles nuestras aparentes existencias, salimos en puntillas y sin contestar de la sala.

\* \* \*

Me parece que el estudio de la filosofía y el éxito económico y social no tienen relación entre sí. Debido a esto es muy difícil encontrar un filósofo con el cuello y los zapatos limpios.

He dicho anteriormente que fui un alumno escolar aprovechado en filosofía. Después continué algún tiempo estudiando esta rama del saber humano. Ignoro hasta qué punto a ella le fuera imputable mi desorientación en la vida.

En la Academia Literaria del colegio leí un trabajo sobre la «Voluntad», tan árido y oscuro, que todos bostezaron y algunos se durmieron.

En las vacaciones de ese año, ya egresado de humanidades, escribí un ensayo sobre «*El Libre Albedrío*», con el cual llené un libro «Diario» de contabilidad que sustraje a mi padre.

Después, apoyado en mis conocimientos de lógica, hice varios silogismos para demostrarme la conveniencia de estudiar leyes y no medicina. Mis silogismos fueron hechos en conformidad a las normas de la lógica formal. Pero han de haber estado malos, pues aún no obtengo el título de abogado.

## Capítulo 18

Estoy sentado en un banco de la plaza de Chillán, sombreada por gigantescos árboles. Estoy solo. No conozco a nadie. Las niñas, en grupos de a dos y de a cuatro, tomadas del brazo, dan vueltas a la plaza. Hablan y ríen muy fuerte.

Ellas conocen a todos los habitantes de la pequeña ciudad y, por consiguiente, saben perfectamente que yo soy un extraño. Ven en mí una nueva posibilidad matrimonial. Dan vueltas cuatro muchachas que me miran con ostensibles deseos de conocerme. Parecen estar aliadas para el solo efecto de acometer esta empresa. Una vez que hayan logrado ser presentadas, emprenderán aisladamente la tarea de conquistarme. Cada una de ellas ha de sentirse la preferida; mas, en realidad, yo sé que una ha tomado la delantera. Sus ojos me tienen un tanto hechizado.

En los cuatro costados de la plaza están situados los edificios principales de la ciudad. En el costado norte están la Intendencia y la Municipalidad; en el oriente, la iglesia, el Banco y la botica mejor; al sur, la Comandancia de Bomberos —con una bomba flamante a la vista— y el Gran Hotel; al poniente, el Correo y la Notaría.

Es domingo. Todo el mundo viste su mejor traje y se mueve lentamente, porque tiene conciencia que descansa.

Varias veces, en la mañana, la iglesia ha absorbido y desalojado elegantes feligreses. A cada lado de su enorme puerta hay un mendigo.

En las orillas de la plaza, grupos de caballeros hablan de política, de la carestía de la vida y la desvalorización de la moneda. La mayoría ataca al gobierno; pocos lo defienden. Algunos leen el diario de la capital.

Las señoras, sentadas en los bancos, comentan los vestidos de las jóvenes que dan vueltas, como en un gigantesco carrusel, y hablan de la servidumbre doméstica.

Aquella mañana, las cuatro niñas que me «ligaban» no lograron conocerme. Después se hicieron amigas de mis hermanas y me fueron presentadas.

La que me conquistó con su mirada hechicera se llamaba Emilia. Era esbelta de cuerpo, y, sin ser bella, tenía en su rostro ciertos rasgos selváticos mezclados a otros de distinción que la hacían seductora. Alegre, entusiasta y auténtica provinciana, se reía a carcajadas mostrando sus dientes perfectos.

Creía yo, entonces, que mi felicidad y mi destino estaban en entregarme en brazos de la filosofía, y miraba a la mujer como a la serpiente tentadora.

La mujer o la filosofía eran los términos del dilema férreo que se me presentaba. Ambas me atraían y cada cual tiraba a su lado.

Pero, inconscientemente presionado por el amor creciente hacia Emilia, decidí compartir mis horas de vida con la Mujer y la Filosofía. Esta decisión transaccional fue nefasta para mi perfeccionamiento filosófico.

Durante los tres meses que permanecí en Chillán, destiné las mañanas a escribir mi ensayo sobre «*El Libre Albedrío y el Determinismo*». ¡Qué tiempo más perdido!

Después de almuerzo leía y dormía, y a las seis iba a la plaza a dar vueltas con



Emilia. Algunas tardes, al Teatro Municipal.

Tendría yo diecisiete años y ella veinte. Pero, superando el ritmo del Tiempo, yo había dicho que tenía veintitrés. Era cómplice de esta mentira mi barba negra y tupida ya en esos años.

Al empezar el invierno, iba a ingresar a la Facultad de Derecho (maldito invierno y maldita Facultad); pero yo dije a Emilia que había terminado los cursos y preparaba mi Memoria para optar al título de abogado. Emilia lo contó a sus padres y relaciones, y yo fui considerado «un buen partido».

Esta mentira me obligaba a adoptar las actitudes de un licenciado en Derecho. Tosía, encendía y apagaba el cigarrillo, andaba, hablaba y accionaba con el modo propio de un individuo que está a punto de ser abogado.

Asimismo, fingía ser un joven muy «corrido» y, por consiguiente, experto en amores y amoríos. La verdad es que anteriormente solo amé a Beatriz, a los trece años, en esa forma ingenua y romántica que he relatado.

Emilia, en cambio, había «pololeado» con un teniente de Ejército, lo que hacía presumir conociera más maniobras del «pololeo» que yo. Por lo menos, habría practicado el «besuqueo».

El beso en provincia no es, como en la capital, un anticipo a cuenta de futuras y más cuantiosas entregas —sean o no legales—, sino que es una entretención, un pasatiempo sin trascendencia.

Terminé por enamorarme perdidamente de Emilia. El cuadro clínico era típico: melancolía, inapetencia, insomnio, lagunas mentales y endiosamiento del objeto amado. Esto me hacía tratar a Emilia con una delicadeza extrema.

Ella no ha de haberme amado, o reaccionaba en forma distinta a mí, pues, su jovialidad no se alteró y se extrañaba de mi melancolía.

Un día hicimos un paseo a caballo al fundo de un pariente de Emilia. Partimos a las seis de la mañana desde la plaza de Chillán.

Yo iba con pantalones de montar y botas prestadas de chantilly. A pesar de esto, tuve el suficiente aplomo para saludar al grupo de muchachos y niñas, diciéndoles:

—*Good morning, ladies and gentlemen.*

Al pronunciar esta frase se presentaron a mi imaginación las figuras de mi madre y de las cuatro institutrices inglesas que habían desfilado por mi casa durante mi infancia.

A los pocos minutos, las herraduras de los caballos no golpeaban los pedruscos de las calles, sino la polvorienta tierra del camino que conducía a la cordillera.

Emilia y yo íbamos juntos y un poco distanciados de las demás parejas.

En el cielo, ni una sola nube. Hacía apenas unos instantes que el sol se levantara tras los altos macizos de la cordillera y miraba de frente a la cabalgata.

El aire fresco estaba cuajado de olores silvestres, que, al beso del sol, exhalaban las piedras, los árboles, la tierra, los pequeños arbustos y tal vez los infinitos seres que viven agazapados e invisibles en el mundo.

A la derecha, caminaba en sentido contrario a nosotros el río Ñuble, y a medida que avanzábamos le veíamos más hundido en el barranco y su murmullo nos llegaba menos intenso.

Las sombras de las cosas se proyectaban larguísimas y parecían seres de mundos distintos al nuestro. El canto de los pájaros, el mugido de las vacas que pastaban en un potrero de alfalfa y el grave murmullo del río ejecutaban una sinfonía cuyo tema era el despertar del mundo.

—Emilia, ¿no le evoca este amanecer la creación del Universo?

—No le podría decir, Eustaquio, porque en ese tiempo yo no existía.

Y Emilia soltó su carcajada sonora.

—Es ingeniosa su respuesta, pero revela una falta de sentido poético —dije un tanto humillado.

—Se equivoca. Cuando estaba en el colegio, escribí versos que me valieron felicitaciones de las profesoras.

—La poesía no está siempre en los versos y ella puede encontrarse en las palabras de un niño o en la acción de un hombre. La poesía es lo sublime y puede expresarse sin palabras, como en la música. Ahora, aún es usted muy joven para concebir la poesía. Me imagino que cuando usted era colegiala...

Pretendía haber agotado la materia y Emilia también ha de haberlo pensado así, pues guardó silencio.

Llevaríamos dos horas de viaje cuando divisamos las blancas casas del fundo, rodeadas de árboles frutales.

Almorzamos en un bosque de pinos y todos cooperamos para asar los corderos, vaciar el vino de los chuicos a los jarros y de estos a los vasos.

Convencido que mis despliegues poéticos y sentimentales no enternecían a Emilia, pedía auxilio a Baco para alegrar mi espíritu. Bebidos cuatro vasos de vino, mi petición estaba satisfecha. Emilia reía con mis chistes, mostrando sus dientes perfectos. En sus ojos bailaban dos flamas de entusiasmo.

De pronto, se apartó con una amiga y fueron a esconderse tras unos arbustos no muy distantes. Desde allí me llegaban sus sonoras carcajadas.

Sigilosamente me encaminé hacia dónde ellas estaban, con ánimo de asustarlas, apareciéndome de improviso. Cuando solo me separaba de ellas la cortina de arbustos y me aprestaba a franquearla, escuché que Emilia decía a su amiga:

—Ni un solo beso. No me ha tomado la mano. Se pasa hablando de cosas elevadas.

—¡Qué tonto! —observó la otra.

Desistí en mi propósito de hacer una broma y me volví al lugar en que me habían dejado. Allí, de espaldas en la hojarasca del bosque, me quedé meditando. El lento cimbreo de las copas de los pinos parecía esbozar una persistente señal negativa a mis ideales. ¿Por qué la amaba yo si ella no me comprendía? ¿No era evidente que la frase recién escuchada revelaba una falta de delicadeza? El beso era, para ella, un

juguete. ¿O sería Emilia una muchacha sin pudor alguno y yo un cándido al dedicarle un amor tan espiritual? Reaccioné contra esta suposición y la consideré fruto del rencor. Me incorporé y fui a beber otro vaso de vino. Luego resolví suspender mi juicio sobre Emilia mientras la sometía a nuevas experiencias. El vino me tomó muy comprensivo y llegué a admitir la posibilidad que yo fuese «un tonto» por no haber cogido su mano ni haber besado su rostro. Pero ahora, dadas las circunstancias, era necesario avanzar con rapidez para recuperar el tiempo perdido y desvirtuar la idea que ella se había formado de mí. Estimé prudente saltarme la etapa de «la mano» y el beso candoroso en la frente, para entrar de lleno a bombardear su boca.

Cuando Emilia y su confidenta volvieron, les pregunté:

—¿Fueron a conocer el bosque?

—No, estábamos allí, detrás de ese matorral —respondió Emilia.

—Las convidó a explorar.

—Anda tú, yo tengo que ir a juntarme con mi compañero —respondió la confidenta de Emilia.

Nos encaminamos por entre los pinos.

Anduve un buen rato sin articular palabra; pero iba diciendo a los árboles, a Emilia o a las hojas muertas del suelo, que yo era licenciado en Leyes, hombre de muchas aventuras amorosas y gran vividor. Lo iba proclamando con mi paso reposado, mi modo de fumar y, sobre todo, con un rictus especialísimo, cuya característica principal era el llevar una ceja más alta que la otra y en la boca una sombra de desprecio y amargura.

Cuando calculé que ya nadie podía vernos, me detuve y, mirando a Emilia con gesto terrible, dije:

—Emilia, mientras no tengo la seguridad de amar a una mujer, jamás la beso. Esta tarde he meditado y estoy seguro que la quiero y para siempre.

Hice una pausa. Después la cogí por los brazos mientras la miraba relampagueante a los ojos. La sentí temblar.

—Deme un beso —dije, y sin esperar respuesta la apreté contra mi pecho y la besé en la boca. Tuve mis labios entreabiertos junto a los suyos por espacio de diez segundos; mordí su boca durante veinte segundos y paseé mi lengua en su cavidad bucal medio minuto.

Durante esta prolongada operación, ella daba muestras de asfixia e intentaba desprenderse de mí; pero mis fuerzas, agigantadas por el alcohol, se lo impidieron. Cuando consideré que había demostrado ser un coloso, superior a los artistas cinematográficos en el arte de besar, la solté.

Vi que su boca no tenía rouge —¡me lo había tragado yo!—, pero sus labios estaban rojos, congestionados y una pequeña mancha de sangre brillaba en su parte inferior. Me miró con ternura y dijo suavemente:



—Me ha lastimado.

—Perdón, linda.

Cuando el sol estaba por llegar al término de su ruta, emprendimos la vuelta.

Emilia y yo manteníamos cerca nuestros caballos para no separar nuestras manos enlazadas.

Cuando el sol se hundió en el horizonte, me acordé de las tardes veraniegas en Papudo, de los ojos de Beatriz, mi primer amor, de mis emociones al contemplar junto a ella las puestas de sol. Sentí miedo que el amor hacia Emilia fuese también a morir algún día.

Mas, al fundirse nuestras miradas, rechacé la duda blasfema. No, este sería el último amor de mi vida. Con Emilia formaríamos un hogar. De ella serían mis hijos y compartiríamos las horas de dolor y de placer.

En el trayecto, expuse con lujo de detalles estos planes y ella los consideró «fantásticos» y «regios».

Esa noche, hasta los últimos instantes de conciencia, tuve la imagen de Emilia proyectada en mi mente.

Pasada la medianoche desperté temblando, con el rostro ardiendo y con una diabólica obsesión en mi espíritu y en todo mi ser: la Hembra. Necesitaba una mujer, cualquiera que fuese, y aunque la Tierra se desorbitara y sumiera en los abismos del cosmos.

¡Y yo encontraría una hembra! La saldría a buscar por las calles de la ciudad, toda la noche si fuera necesario.

Rápido me bajé del lecho y sobre el pijama puse mi pantalón. Pero en ese momento una idea alumbró mi mente:

«Si en mi casa hay hembras, ¿para qué salir a buscarlas?» En mi imaginación,

pasé lista a las que habitaban bajo el mismo techo y las fui eliminando fundadamente:  
¿Tía Clorinda? No; carece de formas humanas.  
¿Tía Amelia? No; idénticas razones.  
¿La cocinera? No; vieja y hedionda.  
¿Zulema, la «empleada de mano»? ¡Espléndido! ¿Cómo pude haberme olvidado de ella? A lo más tendrá cincuenta años. Es gorda y tiene bastante pronunciadas las curvas específicamente femeninas.

\* \* \*

La noche está tibia y oscura. No son necesarios los pantalones que me he colocado sobre el pijama. Me los saco.

Para llegar al dormitorio de Zulema debo atravesar un amplio patio de tierra, poblado de rosales.

Emprendo trémulo el viaje. No pienso más que en colocar con cuidado mis pies sobre el piso para que el quejido de alguna tabla no me vaya a denunciar. Soy un leopardo que avanza lentísimo hacia su presa, pero seguro de no errar el zarpazo.

Con mucho tino voy cerrando la puerta que comunica la galería de vidrios con el patio, porque sé que algunas puertas en el momento menos oportuno cogen su violín—que ignoro dónde guardan— y le arrancan una nota agudísima o grave.

Siento un extraño placer al pisar, con mis pies desnudos, la tierra del patio. Es, tal vez, porque en estos momentos he retrocedido centenares de siglos en el camino evolutivo de la especie y soy un salvaje.

A pesar de la oscuridad, al pasar veo las blancas y nacaradas carnes de las rosas.

He atravesado el patio y debo empezar a subir la escalera que lleva al «altillo» de Zulema.

Jamás he subido a su cuarto. Me asalta el temor que cada peldaño sea una tecla, pronta a lanzar su nota musical en cuanto se ponga el pie encima. Intentemos.

Mis temores eran razonables: en cuanto he tocado el primer peldaño, todos los demás e incluso la baranda, han emitido su nota. El segundo..., lo mismo. El tercero, peor.

Comprendo que es inútil esperar silenciosa complicidad de estas maderas puritanas, y corro escalera arriba. He llegado. Desde allí miro el patio y veo los quietos rosales. El aire está muerto y, con el perfume que exhalan las rosas, parece estar más denso. Hago girar la perilla; pero la puerta no se abre. Ha de estar con llave. Grave cosa, e imprevista.

Me agacho, y por el portillo de la cerradura lanzo hacia el interior, con voz suave y opaca, mi clamor:

—Zulema, ábrame.

Pongo mi oído en la cerradura por si contesta algo. Nada: silencio total.

Vuelvo a lanzar mi petición:

—Zulema, tengo frío. Aplico mi oído. Silencio.

—Zulema, estoy enfermo.

Silencio.

—Zulema, me atropelló un auto.

Al poner esta vez mi oído escucho fuertes ronquidos. Como el anuncio de calamidades no ha sido escuchado y no tengo paciencia para inventar otras, repito las mismas, pero con voz más fuerte.

Cuando nuevamente digo que estoy herido, siento que Zulema se baja de su catre y camina hacia la puerta. Pero no abre.

—Zulema, soy yo, Eustaquio. Estoy herido.

Funciona la chapa y se abre la puerta. Antes que nada, entro.

—¿Qué le pasó, Eustaquito?

—Al llegar a la casa me atropelló un auto.

—¡Por Dios! ¿Y dónde le pegó?

—En todo el cuerpo. ¿Tiene usted algún remedio?

—No; lo mejor es que le avise al patrón.

—No; por ningún motivo. Se pondría furioso.

—¿Y entonces?

—¿No tiene usted aspirina?

—Sí; sí tengo.

—Démela. Con eso se me pasará todo.

Después de ingerido el medicamento, le pedí autorización para reposar en su lecho, porque me podía hacer mal volver con los pies desnudos a mi cuarto. Zulema accedió, ignoro si por estar convencida de los fundamentos médicos de mi teoría o porque ella comprendía mis deseos y eran precisamente los de ella.

Zulema era, sin duda, muy distinta de la imagen de mi adorada Venus, pero esa noche yo las identifiqué en una misma jerarquía de belleza. Sin duda que los placeres humanos son relativos a las magnitudes de los deseos. La felicidad de los hombres no es cosa absoluta. Un plato de patatas puede hacer feliz a un hambriento y, en cambio, dar náuseas a un magnate.

Zulema fue la primera mujer que conocí carnalmente.

## Capítulo 19

Mientras yo cursaba el primer año de Leyes y mi hermano Jorge el segundo de Agronomía, nuestros padres vivían en Chillán.

Mensualmente retirábamos un giro telegráfico con el dinero suficiente para pagar nuestra alimentación, cuentas de gas, luz, teléfono, etc.

Zulema dirigía la casa, disponía las comidas, zurcía los calcetines y se preocupaba de las demás necesidades domésticas. Durante todos los días del año que estuvimos bajo su gobierno culinario comimos papas asadas.

Jorge estaba de novio, y aprovechaba la libertad que por primera vez disponíamos para visitar con frecuencia a su futura esposa.

Yo, en cambio, usaba mi independencia para no asistir a clases de Derecho si acaso amanecía cansado; para ir al Palacio de Bellas Artes, al curso de escultura; y, en general, para andar a la caza de la mujer.

El primer mes de clases asistí a la Universidad buscando la filosofía y la literatura, que fueron factores determinantes de mi decisión a ingresar a la Facultad de Leyes. Solo se daba un curso de Filosofía del Derecho y no me interesó.

No encontré en la Universidad el aspecto descrito en el cine y que yo creía esencial a todo establecimiento de instrucción superior. En el Palacio de Bellas Artes, el ambiente era igual al de la Universidad; pero allí lograba un placer espiritual en el trabajo mismo.

Muchas veces me he preguntado: ¿por qué permanecí en la Facultad de Leyes, habiéndome dado cuenta de que sus estudios carecían de atractivos para mí?

Después de algunos meses, un año o más, yo pude haber comunicado mi error, mi decepción a mi padre, y él, seguramente, me habría impulsado a estudiar otra profesión más en armonía con mis inclinaciones.

Pero no lo hice y continué vegetando en Leyes.

Quizás contribuyó a esta inerte perseverancia el hecho de estar lejos de mi padre, libre, y en esa edad —diecisiete años— en que las pasiones son tan exaltadas.

He ahí el conjunto de circunstancias que me metieron en el laberinto del estudio del Derecho, del cual aún no puedo salir, y me ensombrece la vida.

No pude evitar el torpe silogismo cuya conclusión me arrastró enceguecido a estudiar Leyes, ni pude oponerme a la separación con mis padres. Entre aprender de memoria los modos de extinguir las Obligaciones, de adquirir el Dominio, o salir a las calles en busca de alguna mujer, encontraba muy preferible, para mi felicidad, esto último.

Siendo libre para determinarme en uno u otro sentido, pasaba vagando.

Desgraciadamente no pude comprender que el estudio, aunque momentáneamente estéril de felicidad, podría convertirse, con el tiempo, en una fuente permanente de bienestar.

En realidad, esto lo pensé muchas veces y mis padres me lo dijeron

insistentemente; pero no estaba en condiciones de seguir el dictado de mi razón, porque la voz ardorosa y diabólica del instinto me arrastraba como a una bestia.

\* \* \*

Una noche, después de comer, me eché a la calle en busca de alguna aventura sentimental. En una esquina encontré una muchacha llorosa.

Haciendo uso de un sistema de seducción ideado por Anastasio Urrutia, que consistía en fingirse perdido en el tiempo y en el espacio y preguntar mucho para ubicarse, me acerqué a la joven, diciéndole:

—Señorita, ¿sabe usted dónde está la calle Ejército?

—Esta misma —respondió la niña acongojada.

—¡Bah! Muchísimas gracias. Perdone, señorita, usted está muy triste, ¿puedo servirla en alguna forma?

—No, gracias, señor.

—Buenas noches, señorita.

—Buenas noches, señor.

Haciendo una leve reverencia, me descubrí e hice ademán de irme. Pero recordando que otro de los axiomas sentados por Anastasio consistía en no cejar en las preguntas mientras la niña no insultara, le dije:

—Perdona, señorita, ¿tiene usted hora?

—No. no tengo.

—Perdona, ¿sabe usted a qué fecha estamos hoy?

—A treinta.

—¿De noviembre?

—Sí, de noviembre.

—¡Uf! Ahora recuerdo que mañana se me vence una letra. ¡Por Dios! ¡Qué vida esta! ¿No encuentra usted, señorita, que esta vida es terrible?

—Así es.

—El que tiene fortuna carece de salud o es desdichado en amores, o viceversa.

Después de esta opinión pesimista, me pareció ver en sus ojos húmedos una pequeña llamita de esperanza. Alentado, mientras le ofrecía un cigarrillo, pregunté:

—¿Usted fuma?

—Sí, pero no en la calle.

—Comprendo que su tristeza le impide ir a un lugar público. Le ruego que vayamos a mi casa —yo tenía dos pesos en el bolsillo.

No aceptó. Su negativa, sin embargo, no fue muy categórica. Empecé una larga y fatigosa disertación encaminada a demostrar las ventajas de aceptar mi convite.

En el curso del diálogo, mi personalidad se fue agigantando a impulsos de la imaginación y la mentira, hasta adquirir proporciones monumentales.

Yo era un solitario, médico, escultor, poeta, filósofo, atleta, millonario, amigo de



los pobres y dolientes.

Incluso llegué a manifestarle, en forma ambigua, la posesión de cierto poder mágico que me permitía influir en el destino de las personas.

Si tarda un poco más en aceptar mi invitación, tal vez hubiese dicho que yo era Mahoma.

Al iniciar esta batalla, pensé que si lograba convencerla la llevaría a casa de Anastasio Urrutia. Este me había dado llave de la puerta de calle. Su familia estaba veraneando.

Nos encaminamos a la casa de mi amigo. Solo él podía estar. Cuando íbamos pasando frente a las rejas de su casa, díjele:

—He aquí mi casa.

Noté cierta admiración en su rostro. Abrí la puerta de hierro con adornos de bronce. Nuestras pisadas sobre la grava apisonada del sendero, que conduce al porche redondo con columnas, y las gradas de mármol de la entrada tenían misteriosos ecos en la inmensa campana de la noche.

Con la seguridad de ser dueño de esa gran mansión, introduje la llave en la chapa.

Entramos en el espacioso vestíbulo, iluminado por una gran lámpara de lágrimas de cristal.

—Tome asiento y tenga la bondad de esperarme un momentito.

Me dirigí al dormitorio de Anastasio para comunicarle mis propósitos.

Allí le encontré, tendido sobre el lecho, sin ánimo para desvestirse y acostarse. Sin embargo, al escuchar mi relato se reanimó y se dispuso a colaborar, desempeñando el papel de empleado doméstico.

Estuvimos de acuerdo en que la comedia debía representarse con lujosos decorados y que mi dormitorio fuera, por esa noche, el del padre de mi amigo.

Volví al vestíbulo.

—Señorita, me agradecería saber su nombre.

—Rebeca.

—¿Cree usted, Rebequita, que la causa de sus tristezas es inamovible? ¿No podría yo impedir que esas perlas que cayeron de sus ojos a la calle no volvieran a derramarse?

Observé que esta frase, construida con esmero para ser auténticamente cursi, caía sobre su alma como la lluvia sobre resacas tierras de rulo.

Hizo un gesto que quería expresar desencanto incurable y, con voz cansada y monótona, respondió:

—Las lágrimas son mis amigas.

—Rebeca, usted puede ser feliz.

—La felicidad es para otros.

—¿De qué naturaleza es su dolor?

—¿Por qué puede interesarle a usted, que es feliz, el dolor de una pobre muchacha como yo?

Al decir que era una «pobre muchacha», se asomó a sus labios un gnomo, hizo una pirueta y dijo: «Ya veréis que esto es fingido».

—Yo soy más desgraciado que usted —dije, melancólico.

Rebeca lanzó una sonora carcajada digna de una ópera y tan fingida como las que allí se usan. El canario despertó, movió la cabeza hacia un lado y entonó un aire breve de opereta.

—¿De qué se ríe usted?

—De su farsa —respondió casi molesta. Parecía temer que yo me le adelantara representando el drama del ser desgraciado. Comprendí que arrebatarse su papel sería muy perjudicial a mis propósitos.

Me dirigí hacia el sitio en que estaba el gong chino y le arranqué dos melódicos sonos. Antes de que las últimas vibraciones se hubieran dormido en los rincones del amplio living, apareció Anastasio, vestido con el chaqué de su padre y con las actitudes tan propias del empleado doméstico que, por un instante, le desconocí.

—¿Señor? —dijo en tono interrogativo y respetuoso.

—¿Hay algo que comer, Anastasio?

—El señor puede pasar al comedor.

Fuimos allí, y mientras el falso criado fue en busca de alimento, continué mis indagaciones:

—¿No hay algo que le apasione?

—Mi única pasión es la muerte.

Tuve sospechas de que Rebeca quería encarnar el escéptico personaje del poema «Garrick». Para cerciorarme, le pregunté:

—¿Os gusta leer?

—¡Cuánto he leído!

—Viajad y os distraeréis.

—¡Tanto he viajado! Vivo en San Bernardo y estoy empleada en Santiago.

—Un título adquirid.

—Soy titulada en «Corte y Confección».

Rebeca tenía fija su mirada en un mueble de ébano y cristal.

Interrogada sobre qué llamaba su atención, me respondió que era la botella de licor con un árbol de azúcar dentro.

—¿Le gusta? —pregunté.

—Es curiosa. Parece un árbol nevado.

—Cuando venga el mozo le diré que la destape y la beberemos a su salud.

—No, por ningún motivo.

Cuando Anastasio entró con una bandeja con sándwiches y una botella de vino, le dije:

—Abre ese mueble y sírvenos de esa botella con árbol.

Anastasio hizo un gesto de espanto.

Serenándose al instante, dijo:

—Muy bien, señor.



En cuanto notó que Rebeca miraba hacia otro lado, empezó a hacerme morisquetas cuyo sentido no logré descifrar. En seguida, agregó:

—Señor, no sea cosa que ese licor esté descompuesto; porque le oí a mi padre que cuando él entró al servicio de esta casa (o sea, hace cerca de sesenta años), esa botella ya estaba aquí.

—Los licores mejoran con el tiempo, así es que debe estar delicioso. Ábrela, no más —respondí, impaciente.

Anastasio obedeció, y esa noche he bebido el licor más añejo de mi vida.

Al día siguiente, Anastasio me relató sus padecimientos y me representó su noble actitud de amigo. Esa botella era un tesoro para su padre y quería reservarla para la ocasión más solemne de su vida. El día que se casó su hija mayor estuvo a punto de abrirla, pero después se había resistido, diciendo:

—Esperemos unos añitos más.

A Rebeca le gustó mucho ese licor y bebió lo suficiente como para perder un poco el equilibrio, pero no su dramática cursilería. Yo ingerí casi todo el contenido de la vieja botella.

A los pocos instantes de haber bebido de este licor, Rebeca parece que se sintió transportada a un castillo y a la época medieval. Miró la chimenea de mármol, sin leños ni cenizas, acomodó su lenguaje a las circunstancias imaginadas y preguntó:

—¿No os gusta ver la danza del fuego en vuestra chimenea?

—Mucho. ¿Y vos, descuidado vasallo, no habéis traído leños del bosque?

Anastasio presentaba síntomas de aburrimiento, pero salió en busca de leña.

Los resplandores del fuego eran tan bellos y sugerentes, que propuse a Rebeca apagar la luz de la estancia para apreciarla mejor. Ella consintió.

Nos sentamos en dos sillones frente a la chimenea, fumamos y hablamos en lenguaje altisonante:

—Virginal y atribulada Rebeca, ¿no me diréis esta noche do están las fuentes del dolor que arrasan vuestra alma?

—Os lo diré, ya que tanto insistís. Estaba de novia y cinco días antes de la boda recibí una misiva en la que él me anunciaba su propósito de no volver a verme jamás.

—¿Y por qué ese villano adoptó tal actitud?

—Parece que me «lo levantó otra cabra» —respondió, llorando, Rebeca.

Por unos momentos, actuó natural y espontáneamente. Gemía, hablaba con sencillez, mucosidades afloraban a las ventanillas de su nariz y se sonaba con estrépito.

Pero en cuanto la emoción hizo crisis, su alma saltó al escenario donde representaba el drama de la mujer abandonada y continuó con acento declamatorio:

—Yo, tal vez, no lo merecía..., y la otra, sí.

Si en ese instante hubiese encontrado razonable su hipótesis, me habría arañado.

—No es eso, Rebequita; lo que hay es que los hombres son unos desalmados.

—Así es; ese hombre no tenía un corazón en su pecho, sino una piedra, cual hiena.

Esa teoría zoológica casi me hace estallar de la risa. Sobreponiéndome, dije en tono trágico:

—¡Ay! Si no sabré yo de las ingratitudes, deslealtades y traiciones de las almas ruines con pétreos corazones de hiena.

Rebeca pareció emocionada al oír mis últimas palabras que sintetizaban sus conceptos sobre el músculo cardíaco de las hienas. Entornó los párpados y apoyó su nuca en el respaldo del sillón. Luego preguntó:

—¿Habéis tenido alguna desilusión amorosa?

Mantuve en mis labios una sonrisa amarga e irónica, como si tuviese un gajo de limón verde en mi boca. En seguida respondí:

—En mis labios ya no queda ni un rastro de la miel de sus besos y en mi corazón solo conservo la hiel de los recuerdos vanos. Como a vos, a mí también me han traicionado: almas gemelas somos en el parto del dolor.

Al escucharme esta imagen obstétrica, me sobrevinieron nuevos deseos de reír. Para disimular, fingí como si el llanto pugnara por brotar de mis ojos. Me puse de rodillas y hundí mi cabeza en su regazo. Desde allí, en tono suplicante y dolorido, argumenté:

—Rebequita, los dolores nos unen: quedaos a vivir conmigo desde hoy. No os pediré nada. Me bastará el veros. Esto os doy por receta.

—Cambiad la receta, señor. He jurado vengarme de los hombres desde que uno me ultrajó, y cumpliré.

—¿Me odiáis?

—Al contrario, me habéis caído muy simpático, pero pertenecéis al sexo

masculino.

—Yo también había jurado no volver a amar, pero...

Mis energías decayeron y sentí deseos de fumar. Saqué un paquete de cigarrillos. Estaba vacío. Llamé a Anastasio.

—Cigarrillos.

—No tengo, señor.

—Ve a comprar.

—¿Podría venir un instante el señor?

Anastasio me habló al oído y me envió a un lugar cuyo nombre no puedo reproducir aquí. Me dijo que estaba aburrido; que podía hacer lo que deseara en su casa, pero prescindiendo del *valet*.

Me resigné a no fumar y volví a la chimenea. Rebeca permanecía en actitud soñadora, con la cabeza echada atrás y las ondas de su cabellera cayendo sobre el respaldo del sillón.

Me incliné para besarla en la frente, pero antes de llegar, se incorporó soberbia, diciendo:

—Señor, me ha confundido.

—No. ¿Con quién?

—Con una cualquiera.

Le expliqué mis castos propósitos y obtuve su perdón.

Después de mil razones, tan falsas como egoístas, logré convencerla de que durmiera en mi cuarto (el del padre de Anastasio); yo dormiría en el contiguo.

Cumplí mi compromiso por el lapso de una hora y después intenté su anulación, fundado en circunstancias tales como: impulsos ciegos e irresistibles, fuerza mayor, etc.

Cuando Rebeca sintió que yo abría la puerta, encendió la luz, se sentó en el lecho y dijo:

—¡Jure conservar mi honra o yo destruiré mi vida!

—Sí juro —respondí asustado, y me fui a dormir.

Siempre he creído que si no le juro, se suicida, no tanto para evitar la deshonra como por realizar hasta el final el drama requerido por su alma.

\* \* \*

Otro caso curioso que viví con ocasión de mis cacerías de mujeres fue el siguiente:

Una tarde, en un tranvía repleto de gente, dos ojos de mujer me miraron expresivos y hechiceros. La presión de aquella masa humana compacta me obligaba a ir apretado contra esa joven. Gracias a esta circunstancia me fue muy fácil rozar su mano. Como no la retirara, me atreví a cogerla y apretarla. Me miró con expresión bovina. Le dije:

—Señorita, ¿este carro es número seis?

—Sí; seis.

—¿Sigue por la Avenida Providencia?

—No, por la Avenida Los Aromos.

—¡Ah!

Como en el desarrollo de ese diálogo vi que me miraba con notoria simpatía, entré de lleno al terreno de las proposiciones:

—Bajémonos, señorita. Tengo que hablar urgentemente con usted.

Después de algunas evasivas, aceptó bajarse. Resumiendo, diré que esa misma noche ella me entregó su alma..., digo mal, su cuerpo. Pues bien, a los pocos días y en vista de que yo no había asistido a una cita acordada, me envió una extensa carta.

Por excepción, solo tres o cuatro frases de esa carta llegaban a su término natural; todas las demás se perdían en sugerentes puntos suspensivos. El objetivo principal de ella era señalarme mi deber de «hombre de honor» y exhortarme a su cumplimiento. Me decía que cuando niña sufrió un «accidente equitativo» (de a caballo), perdiendo —aparentemente— la virginidad, pero que, en verdad, solo yo era el único culpable.

Terminaba diciendo que no le cabía la más ligera duda de que yo «daría mi nombre a su hijo si es que...». Al pie de la carta puso: «Ninfa...».

«P. D. Cuando volvamos a estar juntos, conocerás mis apellidos, porque...»

Le contesté una carta breve, diciéndole que antes de exigirme reparaciones las solicitara de su caballo; pues él podía haber procedido con violencia y yo, en cambio, con su libre consentimiento.

Fracasada su estratagema y no habiendo sido fecundada, no insistió en sus pretensiones.

Después volví a estar con ella y me prestó una novela inédita, creación suya, que constaba de doscientas páginas escritas a máquina. Era tristísima, plena de acontecimientos desgraciados. Cinco personajes morían víctimas de accidentes del tránsito y la heroína entraba en un convento.

Posteriormente, recibí otra carta de Ninfa. En el ángulo superior izquierdo de la hoja estaban escritos su nombre, apellidos paterno y materno y además esta frase: «Condesa D'Alambert».

## Capítulo 20

Mientras cursaba el segundo año de Leyes, asistía, en las tardes, a clases de escultura en el Palacio de Bellas Artes.

De nueve a once de la mañana permanecía en la Escuela de Leyes, observando el modo peculiar que cada profesor tenía de abrir y cerrar la boca, de accionar, de enojarse, de reír, etc. Fijaba mi atención solo en esto; lo que el profesor decía no me interesaba. Más aún, me fastidiaba.

A las once de la mañana, varios amigos nos retirábamos para ir al Jockey Club a jugar palitroques o dados.

La tarde en el Palacio de Bellas Artes era mucho más entretenida.

La primera vez que asistí a clase llegué a la sala cuando ya la modelo estaba en el centro, sobre una tarima, con las manos puestas en la nuca, posando.

El profesor me señala un caballete y con voz muy silenciosa me da algunas normas para que empiece mi trabajo.

Me cubre un largo delantal blanco, de tela de buque, que encontré en mi casa y que usaba mi padre en «Valle Fértil», ignoro con qué objeto.

Estoy avergonzado y miro de soslayo, como un animal, a los alumnos, al profesor, a la modelo, a la masa informe de greda café que duerme en mi caballete y no acierto a empezar.

Lo que me turba es ver una mujer desnuda y estar mirándola con otras personas a quienes no conozco y entre las cuales hay mujeres.

Cuando compruebo que nadie se preocupa de mí, me dedico a mirarla. Tendrá unos veinte años. Es más bien baja que alta y, quizás, un poquito gorda, pero tiene bellas formas y una dulce expresión en su rostro.

Con la espátula saco pedazos de greda para disimular algo mi contemplación improductiva y continúo explorando con la mirada, milímetro a milímetro, los montes, las llanuras y todas las sinuosidades de ese terreno tibio, suave, blando, rosáceo y milagroso que es el cuerpo de la hembra desnuda. Allí está inmóvil y muda como una estatua. De vez en cuando gira un poco.

Está ahora de frente hacia mí y veo sus ojos tristes que parecen mirar sin ver, sus amplios senos duros, la llanura combada de su vientre que desciende hasta el bosque de su pubis y los redondeados montes de sus muslos.

«Este es el cuerpo de la mujer», pienso. Parece increíble que lo esté contemplando con tanta naturalidad. Es tan serena y triste la expresión de su rostro, que la miro sin deseos sexuales.

Aun cuando corporalmente se parece a la imagen de Eva que había en el muro de la sala de clase del Kindergarten, es muy distinta en el rostro. Eva era un poco más ancha de caderas y más gruesa de pantorrillas y tenía algo sensual y pecaminoso en su rostro, de que la modelo carece. Tenía nuestra primera madre —al menos en el grabado de mi colegio— un no sé qué en su boca y en todo muy incitador al pecado.

El cuerpo de la modelo aparece nimbado de la mansedumbre e inocencia que emana de su rostro.

Me quedé hasta que, terminada la clase, ella salió de su camarín modestamente vestida, sin pintura en sus labios y sin afeitado alguno. Parecía una niña. Tuve una sensación de agrado y de pena; alegría de ver que su inocencia triunfaba sobre el ambiente; temor que con el tiempo fuera derrotada por el medio.

Esta muchacha sirvió de modelo todo el año, y yo aprendí, mirándola, a amar la belleza de las formas corporales, sin apetito sexual.

Después de clase me dedicaba a leer. Me enfrenté con Schopenhauer y nada pudo su pesimismo contra mi alegría de vivir sin preocupaciones ni problemas de ningún orden.

Pero un día mi padre descubrió el ritmo de mi vida y no le pareció muy en armonía con las realidades prácticas. Me suspendió el subsidio semanal y me notificó que, si deseaba seguir viviendo en su casa, debería trabajar en las tardes en el estudio de un abogado.

Después me comunicó haber conseguido un puesto en el estudio del señor Elgueta, que debería atender desde luego.

Dirigirme por las tardes a una oficina jurídica, en vez de ir al Palacio de Bellas Artes, con sus amplias salas llenas de estatuas y pinturas clásicas y con la grata visión de la tierna modelo, no era, por cierto, perspectiva halagadora.

Al día siguiente, después de almuerzo, partió mi cuerpo, con el alma a la rastra, hacia la oficina del señor Elgueta, para hacerme cargo del puesto.

Subí por los sucios y gastados peldaños de la escalera de la casa antigua en que tenía su estudio. En la puerta que daba a la galería de inmundos vidrios había un cartón, del tamaño de una pelota de fútbol, con un número tres. Según los datos suministrados, allí estaba la que sería mi prisión. La puerta estaba abierta y entré en una salita de espera, con un sofá y dos sillones de pegamoide. No había nadie; atravesé entonces la pieza y golpeé en otra puerta entreabierta. Una voz impostada dijo:

—¡Adelante!

Empujé y la puerta lanzó un prolongado chillido como si le hubiera pisado un pie. Tras una mesa escritorio, llena de libros, papeles, tinteros, perforadores, había un individuo de unos cincuenta años. Al primer golpe de vista no me agradó.

Sabía que era muy honorable y bondadoso, porque así me lo había dicho mi padre; pero me impresionó mal. Me pasó lo mismo que con el aceite de ricino, que nunca pude tragar, pese a las recomendaciones de mi madre. El señor Elgueta era de varios colores: su cara, concho de vino; sus manos, blancas; el pelo, negro y liso. Acaso lo que más me repugnaba era su nariz carnosa y con algunas protuberancias.

Mirándome por encima de sus brillantes gafas, dijo:

—¿En qué puedo servirle?

—Mi padre me dijo que usted tendría la amabilidad de permitirme venir a su



estudio a fin de practicar...

Con una leve sonrisa se puso de pie y me tendió la mano, diciendo:

—¡Ah! Sí, sí. Muy bien. Tome asiento.

Volvió a sentarse. Puso los codos sobre la cubierta de su escritorio, juntó las yemas de los dedos de una mano con las de la otra, lo que, unido a la expresión de su cara, impresionaba como si en esa pequeña jaula encerrase la sabiduría. Carraspeó para afinar sus cuerdas vocales y, mientras miraba al interior de su jaula mágica, dijo:

—Para un estudiante de Leyes es fundamental que, paralelamente a las clases universitarias, practique al lado de un abogado. Ello es una condición sine qua non. La profesión está mala. La crisis ha restringido los negocios y todo anda mal; pero ya vendrán tiempos mejores. Yo he ofrecido a Alfredo mi estudio para que usted pueda practicar y, a manera de estímulo, le pagaré cien pesos mensuales. Sus obligaciones serán: escribir a máquina, ir a los Tribunales a imponerse del estado de los expedientes, presentar escritos y otras cosas por el estilo. Si no tiene inconvenientes, empezamos al momento.

—A sus órdenes, señor.

Hubiera deseado contestarle que yo no podía trabajar con un individuo que se preocupaba tanto del sonido de su voz, que tenía un pescuezo tan delgado y protuberancias en la nariz. Pero, amordazado por la civilización, hube de tragarme mis palabras sinceras.

El señor Elgueta se levantó de su asiento y empezó a pasearse por la sala con los dedos pulgares colgados de los suspensores y moviendo los demás como si quisiera tocar un piano invisible.

—¿Qué tal es usted para la máquina? —me preguntó.

—Más o menos, señor —respondí, sin saber a punto fijo de qué máquina me hablaba.

—Muy bien, entonces le voy a dictar un escrito que debo presentar luego. Pase por aquí.

Me señaló una máquina de escribir y me senté frente a ella. Afortunadamente, había una hoja de papel colocada en el carro y era cuestión de llegar y escribir. El señor Elgueta seguía paseándose, mirando las paredes o los objetos de la oficina como si en ellos fuera a encontrar las ideas y palabras que había de dictarme. Luego empezó con voz empalagosa:

—Señor Juez Letrado...

Yo sabía que escribir a máquina consistía en ir golpeando con las yemas de los dedos las teclas letreadas, y que el orden sucesivo en que ellas debían irse presionando estaba determinado por el de las letras de cada palabra.

Conociendo este principio fundamental de dactilografía, era fácil comprender que la primera letra que yo había de golpear, en este caso, era la S, ya que la palabra «Señor.» empieza con ella.

Pues bien, para presionar esa tecla era necesario ubicarla y para ubicarla se hacía

indispensable buscarla.

A pesar de la nerviosidad que me producía el hecho de saber que el señor Elgueta deseaba presentar de inmediato su escrito, mi cerebro trabajó con rapidez asombrosa. En las anteriores y fundamentales deliberaciones no tardaría más de diez segundos.

Asimismo, se me presentó como muy conveniente para ubicar rápidamente la letra «S» el concentrar todas mis energías en su búsqueda, sin preocuparme de encontrar otras letras, tales como la «e» y la «ñ», que debía ocupar en seguida. Esta idea, aunque muy simple, resultaba de gran valor práctico-metodológico y fue, tal vez, la causa suficiente de que muy luego encontrara la letra «S». Ver esa letra y golpearla con gran energía fue todo uno.

La yema de mi dedo índice derecho golpeó certeramente la tecla y la hundió hasta donde era posible; pero después resbaló fuera de la plataforma circular y penetró hasta regiones ignoradas por mí. Quise retirar mi dedo, pero no pude; estaba apretado entre no sé qué diabólicos fierros. Traté de sacarlo a tirones, pero el dedo me dolía y no aflojaba. Comprendí que era inútil forcejear sin técnica alguna y, aun cuando ignoraba por completo el mecanismo de la máquina, juzgué más científico apretar, una tras otra, todas las teclas y mover cuanta palanca había por si mi dedo lograba soltarse.

El señor Elgueta seguía paseándose por la sala, sin mirarme, buscando en los objetos su inspiración. Al oír ruido de teclas, pensó, quizás, que yo estaba por terminar la frase dictada y entró de lleno en materia:

—Onofre Ampuero Villavicencio, agricultor, domiciliado en esta ciudad...

Yo seguía apretando teclas, no para escribir, sino por ver si mi atormentado índice recobraba su libertad.

Y el señor Elgueta, paseándose, seguía dictando su urgente escrito:

a US. respetuosamente digo: Con fecha primero del mes en curso, según consta de la escritura...

Mi dedo parece que se había congestionado y engrosado en la punta por falta de riego sanguíneo, y lejos de soltarse, se notaba más apretado.

Comprendí que la única forma de poner término a este incidente dilatorio era desarmar la máquina; pero, teniendo la mano derecha implicada, me resultaba muy difícil actuar.

Desesperado, al fin, cuando el señor Elgueta había expuesto al juez los fundamentos de hecho y de derecho que justificaban su demanda, exclamé:

—Señor Elgueta.

—¿Qué hay, amigo?

—Por favor, sáqueme el dedo de aquí.

Mi patrón, al principio, se rio creyendo que era un accidente del último momento; pero cuando miró la hoja de papel sellado, en el carro, con un lote de letras que no constituían el texto de su escrito, se puso serio y agregó:

—¿Por qué no me dijo que no sabía escribir?

—Sí sé, señor Elgueta; ha sido pura «mala pata».

Mi patrón tuvo que irse a la oficina de un colega a redactar su escrito.

Cuando volvió el señor Elgueta con su escrito hecho, yo estaba desprendido de la máquina y fuimos juntos a los Tribunales de Justicia.

Entramos en una sala cortada en dos por un mesón; tras este, dos empleados sin rasurar; a su espalda, una gran estantería, cuyos casilleros contenían unos cuadernos muy sucios que después supe se llamaban «expedientes».

Cuando con el transcurso del tiempo me di cuenta de que un gran porcentaje de los pleitos eran moralmente mugrientos, no me causó mucha sorpresa. En esos cuadernos inmundos no era extraño que se anidaran repugnantes alimañas.

Atracadas al mesón había varias personas que parecían estar en una cantina bebiendo expedientes en vez de licores o cócteles.

El señor Elgueta entró en la sala con tales ínfulas que parecía ser el dueño del negocio. Antes de llegar al mesón, como quien pide un trago mezclado, dijo con voz impostada:

—Ampuero con Martínez.

Uno de los mesoneros se dirigió a la estantería y, después de hurgar en un casillero, sacó un expediente y se lo pasó a mi patrón. Este me explicó el arte de leer esos cuadernos y después lo devolvió con el escrito que llevaba.

El señor Elgueta tenía pocos clientes, seguramente porque «los tiempos eran malos», como él decía; pero estaban bien amarrados. Ellos no daban un paso sin la aprobación de su abogado. Cuando alguno iba a la oficina y estaba yo solo, me comunicaba el concepto en que le tenía en cuanto a honorabilidad, talento, competencia, simpatía.

Yo pensaba que la primera y gran estafa que cometía el señor Elgueta era hacer creer a sus clientes que poseía todas esas cualidades. Sus recursos para engañarlos eran su voz estudiada y perfeccionada a través de muchos años de ejercicio y esa jaula mágica que formaba con sus manos.

Ahora, más sereno, pienso que es posible que el señor Elgueta fuera un hombre con más cualidades que defectos.

Yo le había tomado antipatía por ser mi primer patrón, el primer abogado que veía de cerca, por su voz deformada en el ejercicio de la profesión y por su redacción formulista y jurídica hasta para pedir un cigarrillo.

En esa época yo no estaba en situación de comprender que él había llegado a tener esa voz grave y metálica por una necesidad de la vida.

Yo había aprendido en el colegio, en clases de ciencias naturales, que la necesidad crea el órgano; pero la falta de experiencias personales que comprobaran ese principio biológico me había impedido comprenderlo en toda su extensión y profundidad.

El caso del señor Elgueta me hizo meditar sobre aquel postulado y ver en él una de sus comprobaciones.

El señor Elgueta necesitaba, para convencer a sus clientes, colegas, jueces y a sí mismo, de la justicia de una causa, exponer sus argumentos con voz potente, segura, elegante, melódica y seductora. Necesitándola, mi patrón se había ejercitado para fingirla tal como la concebía en su mente.

Con el tiempo, a costa de fingir esa voz ideal, sus cuerdas vocales, tráquea, glotis y, en general, todos los elementos que constituían el instrumento musical del señor Elgueta, se habían modificado lo suficiente para producir con facilidad esa voz que le exigían las necesidades profesionales.

El fingimiento, la simulación, la farsa, jugaron, pues, en la evolución de la voz de mi patrón, un papel importante.

Como toda etapa lleva en sí vestigios o estigmas de las etapas anteriores, la voz nueva del señor Elgueta exhibía ciertos acentos de la voz antigua, tal como en las costumbres del hombre afloran, algunas veces, los hábitos del niño.

La voz del señor Elgueta me parecía ridícula y contribuyó a hacérmelo antipático.

También me repugnaba el estilo jurídico-literario de sus escritos.

Me atacaba santa cólera cuando, en los borradores, leía:

«No escapará al elevado criterio de US.»

«A mayor abundamiento, el artículo 375 del Código Civil, en forma expresa y categórica, dispone que...»

Me deprimía leer: «A lo principal...», «al primer otrosí...». Entonces comprendía la magnitud del error que me llevó a estudiar Leyes buscando filosofía y literatura.

El señor Elgueta comía, dormía, amaba, y todo cuanto hacía en la vida era en forma jurídica. El virus *leges* circulaba por su sangre, llegando hasta las más remotas células de su organismo.

Yo pensaba que ese color extraño de su rostro era un síntoma específico del envenenamiento que le causaba ese virus.

Todos los problemas eran planteados y resueltos por el señor Elgueta con mentalidad legalista, químicamente pura.

Su conversación estaba plagada de expresiones legales y el curso de ella era análogo al de los juicios.

En cierta ocasión, hablaba con dos amigos, en su estudio, y había mucho desorden en cuanto al uso de la palabra. El señor Elgueta manifestó:

—Ustedes, colegas, me impiden manifestar mi opinión. Esto no sucedería si se aplicaran a la vida social ciertas normas —semejantes a las procesales—, que tendrían por objeto dar curso progresivo a la conversación. Así, en el caso presente, mi tesis, expuesta al comienzo de esta reunión, constituiría la demanda; lo que Roberto respondió, la contestación a la demanda...

Y continuó dando otras razones que harían aconsejable su sistema. Yo no supe qué les pareció a los dos colegas la idea del señor Elgueta, porque preferí irme al Juzgado, temeroso que en un acceso de furor me lanzara sobre mi patrón y le arrancara de cuajo la lengua.

Las conversaciones, cartas, recados, los llamados telefónicos y cuanta frase vomitaba su boca o destilaba su pluma, llevaban impreso, tanto en la forma como en el fondo, el sello de su manía legalista.

Las expresiones «derecho», «obligación», «consentimiento», «capacidad», «nulidad», «error», «fuerza», «dolo», «culpa», «procedimiento» y otras de corriente uso legal, estaban siempre en su boca o en su pluma. Una tarde hablaba por teléfono con su mujer y le oí decir lo siguiente:

—No, hijita, el procedimiento es otro. Anda tú y anuncia mi propósito; después iré yo a formalizarlo. Se trata de un caso fortuito que me exime de responsabilidad.

En verano, la oficina del señor Elgueta se hace infernalmente calurosa. Salir a los Tribunales es casi peor. Estoy sentado frente a la mesita que soporta la máquina de escribir. Son las tres de la tarde del 23 de diciembre.

La atmósfera de la sala tiene color y olor de alta temperatura. Los objetos parecen agobiados de calor. El tintero ha exudado un líquido azul oscuro y está por ahogarse en su propia transpiración. El secante de balancín se halla muy quieto para no sudar. Mientras más apuro a la máquina de escribir, más se queja y más afuera saca su lengua blanca de papel.

Indago la causa y finalidad de mi permanencia en la oficina de este toxicómano legal. ¿Por qué? ¿Para qué? Solo porque mi padre me lo impuso y para aprender el aspecto práctico de la profesión de abogado. En el bodegón vacío de mi cerebro resuena un rotundo «NO», cuyo eco se va multiplicando. No; en dos días más llegará la Nochebuena y quiero pasarla con el corazón henchido de alegría. Me iré al instante de esta oficina y no diré una palabra al señor Elgueta. Tomo mi sombrero y me voy con el propósito inquebrantable de no volver.

Y no volví nunca más.

Pero, al año siguiente, en el otoño, ingresé al tercer año de Leyes y mi padre me obligó nuevamente a practicar en otro estudio de abogado. No era el del señor Elgueta, y eso significaba un progreso para mi felicidad. Allí había tres abogados jóvenes e inteligentes. Habría sido una magnífica escuela de práctica profesional permanecer con ellos algunos años, hasta que mis alas jurídicas me hubiesen permitido volar. Pero la antipatía que me inspiraban los estudios y la práctica legal hizo que vegetara allí un año, más o menos, esquivando lo más posible al trabajo.

En el viejo caserón de la calle Catedral, en que mis patrones tenían su estudio, había instalado también el suyo un fotógrafo japonés, muy amigo de charlar y con muchas horas libres para dedicarse a ello.

Cuando mis patrones no estaban, iba yo a la oficina del japonés o él se trasladaba a la mía y hablábamos lentamente y de cosas sin importancia, como si la vida fuera infinita.

Llegado el verano, comuniqué a mis patrones que me iba porque quería dedicarme de lleno a estudiar los exámenes. Ellos dijeron que lo sentían mucho y yo, entonces, lo creí. Ahora pienso que han de haber estado muy contentos, porque me

pagaban un sueldo de doscientos pesos mensuales y mi trabajo valía, a lo sumo, veinte.

## Capítulo 21

La noche de Año Nuevo fui a una comida en el Hotel Crillón y, por primera vez, me puse el frac de mi padre. La camisa, con una pechera más dura que una lámina de acero, me la prestó uno de mis primos Morgado.

Sí, estoy bien rasurado; pero de todos modos me pasaré otra vez la navaja en sentido contrario a la inclinación de mis pelos. Pueda ser que esta vez desaparezca esa sombra azuleja que siempre me queda después de afeitado.

Ahora sí; he ahuyentado esa sombra pertinaz. No se podrá decir que soy un Apolo, pero estoy físicamente aceptable.

No sé bien por qué estoy inquieto. Quizás sea porque, de la gente que asistirá a la comida, solo conozco a una niña y temo hacer el papel de un florero u otro objeto cualquiera: mirar y ser mirado (de más estaría demostrar que los objetos inanimados también miran). La joven que me ha invitado tiene el mínimo de requisitos para ser considerada como un animal racional. En todo caso, está a sideral distancia del ideal de belleza femenina. Estar cerca de ella, por consiguiente, no es motivo de entusiasmo.

He tenido suerte, pues en la mesa, a mi derecha, tengo a Carmen, la más lozana y alegre muchacha que he conocido hasta ahora. Sus dientes y sus ojos brillan como joyas. Para descorrer la roja cortina de sus labios y ver sus dientes immaculados, mi conversación se hace humorística. Aunque mis chistes no son de buena ley, es tan desbordante su optimismo, que ríe continuamente.

Después de comida, se baila. Carmen acepta mis continuas invitaciones para bailar, a pesar de que no soy propiamente un maestro en la materia y las suelas de mis zapatos se posan muchas veces en la punta de los suyos. Esto me hace pensar que no debo serle desagradable.

Cuando dan las doce de la noche, todo el mundo se abraza. Pero yo ando en busca de Carmen, que se me ha perdido en el tumulto. Segundos después, la veo aparecer con expresión de inquietud. Al verme se iluminan sus ojos y nos abrazamos con profunda simpatía.

—Carmen, vamos a sentarnos. Es necesario meditar —dije en un tono que siempre usaba para decir ciertas cosas que, considerándolas verdaderas, temía que no lo fueran para la mujer con quien hablaba. Invitar a la meditación a una joven de veinte años, en un baile, a las doce de la noche de Año Nuevo, era un tanto insólito. Yo lo sabía, y por eso, en el acento de mi voz, en la acción y en la sonrisa, ponía algo como de fantasía, de ensueño o de juego. Pero en el fondo de mi espíritu yo tenía un sincero deseo de meditar esa noche que ponía término al año. Quería analizar con ella ese trozo acabado de la vida. Quizás deseaba confesarle que había sido muy mal gastado y hacerme un propósito para vivir mejor el venidero.

—Vamos —contestó con una risa equívoca que no me permitió saber qué opinaba de mi invitación.

—Nos sentamos en un extremo del salón, en dos sillones, junto a una mesita. Aún cuando había muchas personas, estábamos solos. Nadie se preocupaba de nosotros. Al menos, yo ignoraba la presencia de los demás.

Dije a Carmen, con seguridad de catedrático, que los hombres podían dividirse en dos grupos antagónicos. A un lado los profundos, con vida interior, idealistas, creadores, cultos; al otro, en la llanura, los superficiales, frívolos materialistas, mediocres, simuladores e incultos.

Modestamente di a entender a Carmen que yo militaba en las categorías que representan valores. Le hablé de la posición en que se encontraba la mayoría de la gente; de la necesidad de superarse y de otras cosas semejantes.

Mi disertación fue bien fundada y produjo gran efecto en Carmen, quien, evidentemente, no había oído hablar de estos tópicos.

Tenía, mientras escuchaba, una expresión de sorpresa y agradecimiento.

Después, fuimos con otras parejas al Country Club. Cuando allí invitaron a bailar a Carmen y quedé solo, me sorprendí triste; esto me hizo pensar que empezaba a quererla. ¿En qué había quedado el propósito que me hice después de olvidar a Emilia, de no volver a enamorarme? ¿Podría ser, acaso, Carmen mi mujer?

Por mí, encantado que llegara a serlo; pero ella debería pertenecer a otro, porque yo no tenía dinero ni posibilidades de adquirirlo rápidamente. Por lo demás, al día siguiente me iría a la desembocadura del río Maipo y me olvidaría para siempre. En todo caso, no sería yo Quien forzara las circunstancias.

Después, la acompañé hasta su casa.

Convinimos en que yo la llamaría cuando volviera de mi veraneo; apunté su dirección para escribirle y me separé casi molesto de haberla conocido.

Pero el Destino suele cambiar a golpes los proyectos de los hombres.

Al día siguiente, antes de poder abrir los ojos, en cuanto recuperé mi conciencia, sentí unos dolores espantosos en la frente y en toda la cabeza.

\* \* \*

Tengo la impresión vaga de que ayer, poco después de separarme de Carmen, recibí un fuerte golpe y fui arrojado a cierta distancia, cuando cruzaba una calle.

No puedo moverme sin que el dolor cunda. ¡Ay! Los ojos sí que puedo abrirlos. Miro: una pared blanca y una ventana cubierta con una cortina del mismo color. ¿Qué es esto? Las paredes de mi dormitorio son crema, y no tengo cortina blanca. ¿Me han robado? ¿Estoy loco? ¿No soy el mismo que creía ser?

Aunque me duela voy a mover la cabeza para ver de qué se trata... No puedo. Algo me lo impide: estoy entablillado.

«Otra cosa que puede haber sucedido —pienso—, es que yo no haya existido antes de ahora.»

Pero ¿y todas las imágenes y escenas que se me vienen ahora a la mente? ¿Tengo



que haberlas vivido o pueden ser meras apariencias, fenómenos mentales sin vínculo alguno con la realidad?

Muy bien: yo no existía, pero esos fenómenos mentales, esas especies de sueños tan vívidos, ¿dónde los tuve? Para soñar, hay que existir aunque sea en forma rudimentaria. ¡Ah!, ya sé. Muy sencillo: estaba dentro del claustro materno y soñaba combinando imágenes y escenas vividas por mis antepasados. Soy, por lo tanto, un niño recién nacido. Claro. Y por eso las paredes y las cortinas son blancas: estoy en la clínica, en la maternidad. Pero ¿es posible que estando recién nacido sea capaz de deliberar en esta forma tan lógica? No, es absurdo. Y si no estoy recién nacido, ¿qué soy?, ¿dónde estoy? Podría ser que estuviese muerto. No puede ser, porque veo. Bueno, ¿pero quién dijo que los muertos no pueden ver?

De repente, se acercan mi madre y Carmen. Ahora me explico todo; estoy loco, absolutamente loco. ¡Mi madre junto a Carmen, siendo que jamás se han conocido! ¡Qué alucinación más nítida! ¡Ay! Menos mal que estando loco nada me impide quejarme a mis anchas de este tremendo dolor de cabeza. Aún más, nada tiene de particular que grite como un chancho moribundo:

—¡Ay! ¡Ay!

—Hijito, ¿te duele mucho?

—Sí, ¿qué pasa?

—Te han operado.

—¡Qué felicidad!

Pienso que no estoy loco, ni muerto, ni recién nacido.

—Carmencita. ¿Usted aquí?

Mi madre explica:

—Anestesiado, la llamabas insistentemente; dabas su dirección, su teléfono.

—Perdone, Carmen.

Gracias a este accidente, retardo diez días mi viaje a la desembocadura del río Maipo. Carmen va muy seguido a verme a la clínica y nuestra amistad crece.

## Capítulo 22

En la ribera del río, a poca distancia del mar, hay una caleta de pescadores y, como el lugar es pintoresco y el pescado abundante, han levantado allí un pequeño balneario. Hay también un rústico hotel, con un gran letrero: «Hotel Balneario Río Maipo».

Yo había convencido a mi padre de que para estudiar en debida forma los dos exámenes en que había sido reprobado, necesitaba huir del calor asfixiante de la capital. Me objetó: «El que quiere estudiar lo hace en cualquier parte»; pero, por último, me dio permiso y dinero.

Vivo en el Hotel Balneario Río Maipo. El comedor fue, en otro tiempo, patio; pero, con cuatro tabiques de totora y un techo de lo mismo, ascendió a comedor. El suelo continúa siendo de baldosas.

Este hotel no es elegante; tiene, en cambio, la ventaja de que uno se puede sentar a la mesa casi desnudo. Yo, al menos, almuerzo con mi pantalón de baño, y la dueña del negocio nunca me ha llamado la atención. Los nuevos pensionistas se extrañan, al principio, cuando me ven con el pecho cubierto por una espesa manta de pelos negros, gruesos y crespos, y con la cabeza rasurada; pero luego se acostumbran.

Una noche, encuentro en el comedor a una familia recién llegada: la madre y sus cuatro hijos —tres mujeres y un hombre—. Una de ellas tiene cara de caballo; la otra, de persona, y la menor, de unos doce años, es bonita. El hombre tiene una expresión poco inteligente. La que tiene rostro humano me mira con insistencia durante la comida. A esa hora estoy vestido, de modo que no es simple curiosidad la que atrae su mirada. ¿Para qué la miro? Yo he venido a estudiar y no necesito más distracciones que el río, el mar, los bosques. Hundo la mirada en mi plato de locos. Me basta con mirar los ojos de Carmen, tan luminosos, dentro de mí mismo. Durante toda la comida, no miro, pues, hacia el lugar en que hay dos ojos que me observan, y cuando termino de comer me retiró a mi cuarto.

El hotel tiene algunos botes que están a disposición de sus pensionistas. Muchas veces, remonto el río bogando; cuando he llegado muy arriba, me tiendo de espaldas y me abandono a la suave corriente. Aun en esas circunstancias tengo algún libro de Derecho ante mis ojos; pero son pocos los minutos en que mi espíritu está pendiente de lo que ven mis ojos. No es que mi mente esté obsesionada por la imagen de Carmen —pues aún no estoy enamorado de ella—, ni que la absorban preocupaciones económicas o de otro orden. ¿Por qué, entonces, no puedo concentrarme en el estudio de Derecho? Es porque estoy enfermo de un mal extraño, que no sé cómo explicar. Siento la enfermedad, pero no comprendo su origen, ignoro su nombre y si es curable o no. Este mismo mal me impulsaba a estudiar escultura mientras cursaba los dos primeros años de Leyes; me hizo huir de la oficina del señor Elgueta, desahuciar a mis tres últimos patronos, y me ha llevado a hacer u omitir cosas que después he debido lamentar.

Síntoma de esa enfermedad es la búsqueda del amor tierno y espiritual, y, por otra parte, esa incesante cacería de la hembra.

¿Cuándo empezó este mal? Mi memoria registra, como primer síntoma, el amor hacia Sor Ángela, en mis primeros años de colegial. Después, esos deseos de amor romántico, a los trece, en Papudo.

En esos meses, vividos en la desembocadura del río Maipo, mi enfermedad se exacerbó. Me pasaba los días en la playa solitaria, al otro lado del río; navegando tendido en el bote, impulsado por la corriente, o caminando por los bosques de eucaliptos. ¿En qué pensaba? Pensamientos claros, precisos, ninguno. Mi espíritu se mecía al vaivén de las ondas del agua o de las copas de los árboles, y, fundido con las cosas de la naturaleza, parecía no existir independientemente.

Una tarde, desde el bosque, escribí a Carmen una carta que puede dar alguna idea de la naturaleza del mal padecido entonces. Esa carta decía así:

Esta tarde me fui solo a caminar por los bosques cercanos al mar. Me adentré por un sendero que, viboreando, trepa por lomajes boscosos.

Antes de hundirme en la espesura, vi cómo el sol se fundía con el mar, incendiando el horizonte.

Silencio profundo y perfume de resinas; solo escuchaba el diálogo de mis pensamientos. Mas, de pronto, las sombras de los árboles tejieron una noche para mí, y los pinos y eucaliptos empezaron a murmurar, sin que yo alcanzara a percibir sus palabras. Me senté en un tronco carcomido que dormía a la orilla del sendero.

Arreció el viento y los gigantes se movieron inquietos; me dio miedo y hundí el rostro entre mis manos. Hablaban todos a un tiempo y producían tal confusión, que era imposible entender lo que decían.

—¡Silencio! —grité, aterrado, y enmudeció el bosque.

Pero, luego, algunos pinos empezaron a murmurar con voz triste:

—No se quedará entre nosotros.

—Permanecerá en el bosque; yo lo veo en su mirada —arguyó un joven eucalipto.

Y luego tornaron a discutir a gritos acerca de mi porvenir.

El más viejo de los árboles solicitó silencio y fue obedecido al instante. Después, con voz pausada y profunda, preguntó:

—¿Vivirás con nosotros?

Medité unos instantes.

—¿Podré acaso encontrar, en esta soledad, lo que busco?

Otra vez enmudeció el bosque; la oscuridad se hizo más honda y un hálito helado, como la mano de un muerto, invadió el ambiente.

Tal vez haya dormido en ese instante; no podría asegurarlo; ni podría saber si estuve horas o siglos, si tendido sobre las hojas muertas del suelo o en las copas de los árboles; pero sí puedo decir que, en el bosque, mil violines rasgaron el ambiente y

escuché la sinfonía más sublime escuchada por el hombre.

El sonido se hizo luz y las naves del bosque resplandecieron y era tan intensa la claridad irradiada por las notas musicales, que la bóveda del cielo se tiñó de azul y pude ver cómo se mecían las espigas de cristal de las estrellas.

Y era tan milagrosa la armonía de esa música, que mi espíritu, extasiado y engrandecido por su influjo, echó a volar por los espacios siderales, atravesó las tinieblas de los tiempos y, por un instante, vio el pasado, el porvenir y todo el Universo, reunidos en un solo germen, mil veces más pequeño que la semilla de la alfalfa.

El gemido de una carreta y las voces del boyero me volvieron nuevamente a la realidad y vi que los árboles estaban quietos y mudos. Me preguntó el labriego el motivo de mi estada en el bosque solitario, le respondí que estaba escuchando la voz de los árboles, y me miró extrañado, como a un loco.

Me explicó cómo el choque de las ramas y las piñas de los pinos producían un ruido semejante a las palabras de los hombres; dijo estar seguro de que los árboles no hablaban.

Comprendí que, con su débil luz, nunca podría ver las cosas maravillosas vistas por mí esa tarde, gracias al hechizo misterioso del bosque, y solo dije:

—Ese ruido de los árboles, de las piñas, de las hojas y del viento, es la voz con que el Padre Eterno cuenta sus viejas historias y canta sus canciones de cuna a los hijos que le aman.

Y el boyero se fue con sus bueyes, su carreta y su oscuro entendimiento.

\* \* \*

Hice amistad con una familia compuesta de un padre cazador, una esposa profesora y una hija de veinticinco años que pretendía aparentar dieciséis.

El padre solo llegaba a fines de semana e inmediatamente tomaba su escopeta y salía con su perro a cazar patos silvestres. Esto lo hacía, principalmente, por imitar a los jefes de la Compañía inglesa en que trabajaba como contador.

Le oí hablar de Mr. Haldrich, el gerente de la firma, de sus costumbres, y no me cupo la menor duda de que cazaba por imitarle. Tenía pelo negro, pero se lo teñía de un color entre rubio y colorín.

Tenía el rostro surcado de arrugas profundas a costa de poner el ceño duro para ser hombre de carácter férreo como sus jefes. De las cacerías, llegaba cansado y demacrado, como si hubiera pasado una semana sin comer. Llevaba la «pose» del inglés flemático hasta el extremo de tratar con cierto desdén a su mujer e hija, escatimándoles los besos y las palabras que ellas solicitaban con ansiedad. Madre e hija sufrían algo por este motivo; pero, por otra parte, sentían orgullo de tener un gentleman en casa. La madre se llamaba Clorinda y la llamaban Clori; la hija, Guacolda y la llamaban Dasy. Él, aun cuando lo bautizaron como Lautaro, entendía

por Willy.

Dasy enfermaba periódicamente de la garganta y ha de haber sido por el esfuerzo gastado en simular una voz infantil. Se rasuraba las piernas y el bozo y usaba calcetines.

Se peinaba con chasquillas y rizos. Hacía preguntas ingenuas para poner de manifiesto su inocencia y candor.

Un día salí a pasear por la orilla del río con doña Clorinda y su hija; esta, al ver pasar una yegua con su cría, preguntó:

—Mamy, ¿de dónde vienen los caballitos chicos?

Doña Clorinda me cerró un ojo, se sonrió, suspiró emocionada ante una prueba tan evidente de la inocencia de su hija, y respondió:

—De Europa, Dasy; pero déjame hablar con Eustaquio, porque tengo que preguntarle algo muy interesante.

Era indudable que esta familia estaba concertada para hacerme caer en las redes de Dasy.

Algunas veces, Dasy me hacía pasar al jardín de su casa y me llevaba a la orilla emboscada del río con el pretexto de mostrarme una flor, una piedra o cualquier cosa.

Allí nos recostábamos sobre la hierba fresca y olorosa, y hablábamos de cosas sin importancia. Yo, convencido de la inocencia de Dasy, iba con mucho tino para no ahuyentarla.

Cuando menos lo pensaba, aparecía por entre el follaje doña Clorinda, quien, seguramente, traía un revólver en el seno para imponer matrimonio. Fingía ignorar mi presencia en su predio:

—¿Usted aquí, Eustaquio? ¿En qué momento entró?

Esta fingida ignorancia tenía por objeto convencerme de que yo disponía de tiempo suficiente para realizar cualquier proyecto sexual, a base de su hija, sin riesgo de ser descubierto.

Pero yo, en ese tiempo, no me daba cuenta de esta estratagema, y si doña Clorinda no me sorprendió en nada, fue porque respeté el candor angelical de su hija.

Doña Clorinda, según ella me contó, era muy aficionada y hábil en repujar cueros. Tenía artes curiosas para aprovechar desperdicios, tales como: papeles plateados, cáscaras de huevo, caparazones y conchas de mariscos, y para fabricar con ellos objetos decorativos.

Elaboraba mistelas, a las que agregaba diversos jugos de frutas.

Odiaba los perros, porque había tenido uno que «quemó células de su vida», con sus continuas salidas a la calle en las épocas de celo.

Pronunciaba las palabras con tal esmero, que parecía ser extranjera. La construcción de sus frases era muy artificiosa. Su letra, en cambio, era la ideal, la que se enseña en clase de caligrafía. Las mayúsculas, eso sí, constituían una creación propia, llevaban el sello de su personalidad y estaban adornadas con muchas líneas curvas superfluas.

Era muy baja y gorda, y, aunque tenía cincuenta años, se vislumbraba en ella un soterrado fuego erótico. Era entusiasta, dinámica, con una mímica tan exagerada, que llegaba a espantar a quienes la conocían poco.

Un día que íbamos subiendo por una empinada duna de arena, le dije haber estudiado algo de escultura. Detuvo la marcha y me dijo:

—¡Ah! La escultura es el arte plástico que más dilata mi corazón. ¿Conoce usted la estatua que hay en el Cementerio General, que representa una mujer en esta trágica actitud?

Alcancé a volver la cabeza para ver cuál era la postura de la estatua. La vi extática un momento, con los brazos en alto; pero luego se fue de espaldas. No tuve tiempo de sujetarla y rodó por la arena, cerro abajo, como si fuera una bola.

Estas amistades veraniegas absorbieron muy poco tiempo del que estuve en la boca del río Maipo. La mayor parte del día lo pasaba, solitario, en la playa, en el río o en el bosque escuchando la sinfonía de los árboles.

Dasy (Guacolda) no obtuvo de mí más que la desilusión de no atraparme.

## Capítulo 23

Vuelto a la capital, en el mes de marzo, rendí los cuatro exámenes que había ido a preparar a la boca del Maipo. Salí reprobado en los cuatro.

Pedí a mi padre que me buscara un empleo con buen sueldo, porque no deseaba seguir estudiando.

A los pocos días, me comunicó que sería contratado en una fábrica de sacos recién inaugurada.

Mi trabajo, en dicha fábrica, consistía en hacer planillas de jornales, y eso, por supuesto, no me cautivaba. No había posibilidad de marchar con lentitud, porque a base de esas planillas se hacía el pago semanal de los obreros. Tantas horas trabajadas, a razón de tantos pesos cada una, me indicaban el salario bruto semanal. Hechos los descuentos legales y los anticipos, obtenía el saldo líquido a pagar. Obtener este resultado no era cosa que recreara mi espíritu ni alterara el monto de mi sueldo.

También me correspondía contratar trabajadores, lo que me resultaba más interesante, por tener que hablar con hombres y mujeres del pueblo, pintorescos en sus expresiones y aspectos.

En cierta ocasión, contraté a una muchacha morena, sucia y fea, pero cuyo cuerpo era un compendio de voluptuosidades. En realidad, la industria no precisaba más brazos, pero la contraté en consideración a sus senos prominentes. Cuando llegó hasta la ventanilla de mi oficina a ofrecer sus servicios, le manifesté que no había lugar; pero, luego de advertir sus formas excepcionales, la contraté para poder admirarla todos los días y combatir mi hastío. Mis expectativas fueron superadas con el tiempo: no solo mis ojos se recrearon en ella.

Llevaría un año en la fábrica de sacos, cuando empezó a roerme nuevamente el virus *leges* y decidí abandonar mi ocupación para reiniciar mis estudios de Derecho. Adopté esta resolución impulsado por el convencimiento que, obtenido el título de abogado, la Fortuna yacería conmigo. Era necesario recibir el diploma a la mayor brevedad y para ello nada más conveniente que abandonar mi puesto en la fábrica y dedicar todo mi tiempo y energía a estudiar los cuatro exámenes que me faltaban. No era una perspectiva alegre, pero la acepté gustoso, porque constituía el precio para adquirir una situación económica que me permitiera unirme a Carmen.

Fiel a mi propósito de tener en el futuro un solo amor, no daba libre curso a mis sentimientos mientras no viera cercana la hora de poder contraer matrimonio. Carmen y yo nos veíamos a menudo, pero no le manifestaba mi pasión. Por primera vez en mi vida emprendía una obra seria para el futuro. En cuanto fuera abogado, desataría mi corazón, nos casaríamos para ser eternamente felices, como en los cuentos de hadas.

Me retiré de la fábrica en el mes de octubre y obtuve autorización de la Facultad de Derecho para rendir exámenes en diciembre.

Parece que mi padre no creía mucho en la cordura de esta determinación; pero

aceptó seguir alimentándome mientras cumplía mis propósitos.

\* \* \*

Una tarde, me encontré con Eduardo en una calle de Santiago. Hacía muchos años que habíamos dejado de vernos y fuimos a tomar café. Hicimos gratos recuerdos de nuestros veraneos en Papudo y nos reímos de los amores de ese tiempo.

Poco después supe que Eduardo había muerto. Ansioso, pedí a su primo que me informara sobre los detalles de su muerte; pero solo pude saber que, desde hacía un año, bebía en exceso; que, al final, vivió lleno de susceptibilidades y recelos y estaba siempre quejándose de abandono.

Una mañana le encontraron sobre su lecho en la misma posición en que su hermano le había visto quedarse dormido; pero lo estaba para siempre.

Eduardo era chistoso y alegre algunas veces; mas en el fondo de su espíritu había un abismo de tristeza. ¡Cuánto le comprendía yo, que padecía del mismo mal!

En muchas ocasiones he recordado al amigo perdido. Cuando he pasado por el puerto de Talcahuano, donde él vivió un tiempo, he sentido que su espíritu caminaba junto a mí. Estoy cierto de que su alma descarnada, materializándose en mi pensamiento, revivía para contemplar desde la Avenida Costanera ese mismo mar que tanto habían acariciado sus ojos.

Eduardo era semejante a Enrique, el amigo poeta, que hace ya diez años está fuera de mi tierra. Cierto es que Enrique tenía algunas razones para amargarse, pues estaba obligado a trabajar en la oficina de corretaje de propiedades de su padre, teniendo alma de navegante o de explorador de astros. Era el amante apasionado de todo lo existente y aún de lo increado. Contemplando un árbol, un caballo, una piedra o lo que fuera, habría podido ser feliz; pero se hacía eco de los dolores del prójimo.

Su ánimo se movía en un incesante flujo y reflujo de alegría y dolor, con tendencia hacia la depresión. Obsesionado por la belleza, la buscaba como un delirante.

Un día hicimos una excursión a un pueblo cordillerano. Enrique llevaba en su morral una docena de libros, un diccionario, cuaderno, un *pudding* y naranjas.

Ya obscurecido, llegamos al pequeño pueblo. Sentados a la orilla del camino, nos pusimos a comer, muertos de frío, las naranjas. No sabíamos dónde dormir, porque el pueblo carecía de hotel, cosa ignorada de antemano por nosotros. Después salimos en busca de hospedaje. Tras algunas preguntas inútiles, dimos con un almacén, cuyo dueño decidió aceptarnos como pensionistas.

No le fue posible darnos de la comida de su casa, pues ya estaba consumida. Se nos ofreció, en cambio, una caja de sardinas, cebollas crudas, bistec con huevos y papas fritas. Para apagar la sed, vino tinto y blanco.

Nuestro dormitorio tenía dos puertas: una, al camino que conduce al interior de la cordillera, y otra, a la galería de la casa.



Después de comida el almacenero nos condujo a nuestro dormitorio.

Abrí la puerta hacia el camino para ventilar el cuarto y vi que el cristal del aire estaba más limpio que el de la ciudad. Llamé a Enrique.

—Mira —le dije, extendiendo el brazo y describiendo con él un gran arco de círculo, como presentándole todos esos elementos de la noche grandiosa. Lo hice con cierto orgullo, como si el haberla descubierto me diera algo de dominio sobre ella.

Enrique, sonriendo, abrió sus brazos en cruz y giró lentamente, con los ojos clavados en las estrellas. Después, con uno de sus característicos impulsos violentos se dirigió hacia el cuarto y me dijo:

—Escribamos. Tengo deseos de crear un poema esta noche. Lo siento, lo tengo aquí; más bien: yo soy el poema.

Quedó un momento pensativo y luego agregó:

—Pero me muero de sed por esas malditas sardinas. Espérate.

Salió, con gran sigilo, por la puerta que daba a la galería. Al poco rato, volvió trayendo una botella de pisco sin destapar aún. Me contó que se había introducido en el local del almacén y había robado esa botella, porque el almacenero estaba durmiendo.

A los pocos tragos, salimos nuevamente al camino. Enrique, para tener más clara conciencia de su placer por ver, oír y sentir esa noche cordillerana, se lanzó de bruces al medio del camino y agitaba sus brazos como si quisiera abrazar la Tierra.

El hondo silencio de la noche, atravesado solo por el croar de las ranas; la oscuridad del espacio, rota por las espadas de plata de las estrellas; el camino con sus huellas de recuerdos; Enrique con sus ritos dionisiacos, y el pisco con su diabólico influjo, lograron desprenderme de la Tierra. Sentí deseos de escribir un poema, libre como la noche aquella y como mi espíritu en esos instantes:

Los pastos de los tigres son luminosos como los frutos escondidos en los ojos de los hombres noctámbulos, como las risas de los locos, como las aguas perdidas en el fondo del mar.

¡Ay, si conozco las entrañas del mundo, los corazones de las piedras, los gusanos y los árboles!

Yo he vivido trescientos años en las raíces amargas de un limonero y en las pezuñas de los búfalos. He llorado en el centro de la Tierra y partí en dos el Universo al dormirme en un arroyo.

Ahora, mis cabellos se han transformado en nervios y siento por ellos todo el frío del mar.

Hojas..., frutos..., niños..., caed..., caed. No lloréis. Es el destino de las estrellas. Círculos en el espacio, en el tiempo y en el ojo del buey melancólico.

Hace tiempo que no veo árboles que tienen soles y astros en sus ramas. Yo los conocí; más aún, viví colgado de ellos, recostado en los senos de cincuenta lunas enfermas. ¡Ay! ¡Cómo acariciaba la piel blanca de esa luna de tibias entrañas!

He visto caballos azules que se comían las vírgenes y despreciaban los pastos.

Conocí un hombre, con la cabeza tres veces más grande que su cuerpo, quien dijo una verdad tan honda que cayeron despeñadas en ella sesenta generaciones. Después, por extrañas circunstancias, pasó a ser mi amigo loco.

He conocido mujeres que tenían en su pubis un cementerio lleno de sacerdotes que criaban sanguijuelas amarillas.

Una noche, sentí una fuerza, dentro de mí, que pugnaba por salir y mis paredes eran martilladas sin piedad. Solo después, muy tarde, comprendí que me mataría si no la dejaba huir.

Conozco hombres tan pequeños que me caben cientos en la palma de la mano. Ahora no juego con ellos, porque mortificaron mis oídos con sus gritos estridentes...

Lo que más me atormenta es la imposibilidad de errar: en la noche más oscura encuentro, sin querer, todos los caminos.

Nací en una ciudad edificada sobre una aguja de oro, que tenía ochocientos castillos de plata. En cada castillo, una pálida virgen y una campana de madera. Viví un año en cada castillo. Cuando me faltaba uno por conocer, huí una noche de tormenta. Jamás oí la voz de alguna de las pálidas vírgenes. Pero no por eso me fugué. Fueron las nubes. Sí... ¡fueron las nubes!

## Capítulo 24

Me levantaba muy de madrugada y me iba a estudiar al Parque Cousiño los exámenes que me restaban para ser licenciado en Derecho.

Mientras me paseaba a la sombra de los árboles que tantas veces contemplaron mis ojos de niño, leía, en voz alta, frases de este jaez:

«De acuerdo con el artículo 256, no pueden ser jueces:

»1°. —Los que se hallen en interdicción por causa de demencia o prodigalidad;

»2°. —Los sordos;

»3°. —Los mudos;

»4°. —Los ciegos;

»5°. .....»

Leído esto, juzgábalo muy natural y tendía a seguir adelante; pero recordaba que no basta comprender una materia para sentirse seguro de ella; era necesario aprenderla de memoria. Volvía, entonces, a leer en voz alta, y después, sin mirar el texto, repetía.

Me distraía mirando las copas de los árboles o la quieta superficie de la laguna, mientras mis labios modulaban mecánicamente:

1°. —Los locos;

2°. —Los sordos;

3°. —Los mudos;

4°. —Los ciegos.

De pronto, me escuchaba nombrando a estos anormales y me sorprendía. «¿Qué pasa con los locos, ciegos, etc.? ¿Por qué estoy enumerando a estos pobres defectuosos? ¿Estaré loco? ¡Ah! No. Ya recuerdo: son las personas que no pueden ser jueces. Claro. ¡Cómo va a ser juez un loco! Absurdo. En general, los locos no pueden ser nada y menos ocupar cargos de responsabilidad. Casi es innecesario que el artículo 256 lo diga. Igualmente, pudo haber dicho que no podían ser jueces los elefantes o los caballos.» Divagando así, se me pasaban algunos minutos, mientras mis ojos veían los árboles, el agua, los niños, las niñeras, el buque con maní o el tambor de barquillos. Me sorprendía perdiendo el tiempo y me llamaba al orden. Recordaba el proyecto serio de construir mi vida, veía la carita sonriente de Carmen y, violentamente, clavaba mis ojos en el libro.

En los momentos de mayor aburrimiento, cuando el sopor me invadía como si una nube me arrastrara hacia otros planos, reaccionaba y me decía muy grave: «El Derecho es una de las ciencias más interesantes, útiles y amenas». «Cada instante que pasa, me gusta más y más.» Estas frases sugestionadoras precisaban tal esfuerzo que me agotaban y concluía dedicando veinte groserías a los más ilustres creadores de sistemas de sugestión.

Hasta diciembre, pasé estudiando en el Parque. Muchas veces me asaltaron la duda y el temor. Podía ser reprobado y, en ese caso, habría perdido miserablemente el

tiempo. De vez en cuando veía a Carmen y recibía aliento para seguir sacrificándome. Pero el calor y el estudio sordamente debilitaron mi sistema nervioso. Muchas veces en el día me atormentaba el temor de que Carmen pudiera estar enamorada de otro y que mis esfuerzos resultaran inútiles.

\* \* \*

Llegaron los exámenes, la guerra de nervios y las tomas de valeriana. Salí aprobado en tres exámenes. Fue un éxito relativo. Juzgué prudente comunicar a Carmen mis proyectos. Una tarde la encontré en casa de una amiga común y con lánguidas miradas le anticipé mis padecimientos amorosos. Después la fui a dejar a su casa. En el trayecto le hablé de mis aspiraciones, y con frases estúpidas —por la emoción— le expresé la magnitud de mi amor.

Su respuesta fue, para mí, de lo más inesperada. Me consideraba su mejor amigo y me tenía gran afecto; pero amor, el sentimiento que yo exigía, no. En vano le relaté mis angustias, los sacrificios que había hecho solo por conquistarla. ¿Qué podía hacer ella? En verdad no sentía amor y su deber era decirlo con sinceridad.

Le anuncié que no estudiaría ni una sílaba más de Leyes y me aconsejó no hiciera tal cosa, pues el título me sería muy provechoso, de todas maneras. Lo mismo que les había oído siempre a todos mis parientes. Por último, al ver mi cara de angustia, y, posiblemente para consolarme, me propuso dejar de vernos algún tiempo, para que me convenciera de cómo mi amor era solo una ilusión.

Habíamos llegado a la calle en que Carmen vivía. La oscuridad de la noche impedía que ella pudiera ver hasta qué punto era amarga la expresión de mi rostro. Yo sentía los ojos húmedos y la garganta seca y apretada. Hubiese querido caer de rodillas y suplicarle me permitiera seguir viéndola.

Estamos frente a la casa de Carmen, y ella parece dispuesta a irse al momento. Yo deseo prolongar lo más posible estos instantes, que son los últimos a su lado. Quisiera que, por arte de magia, se paralizara definitiva y eternamente el Tiempo, en estos instantes en que aún no me he desprendido de ella. ¡Pero si el Tiempo no existe más que como un concepto del hombre! Mejor, entonces. Bastaría que Carmen y yo nos quedásemos allí, frente a su casa, bajo el arbolito de la acera, inmóviles y silenciosos. Así, podríamos estar toda la vida, hasta la última hora. Pero ella no lo desea. Eso es lo terrible para mí. Sin su concurso, yo no puedo nada. Si ella entra en su casa, inmediatamente pone en marcha el extraño mecanismo que los hombres llaman Tiempo. Habrá una sucesión de hechos y el Tiempo existirá.

Claro es que siempre hay sucesión de hechos y por eso el ser humano siente en lo más hondo de su espíritu el concepto del Tiempo.

Aunque Carmen y yo nos estuviéramos inmóviles frente a su casa, nuestros corazones estarían latiendo, nuestra sangre circulando, nuestras células modificándose, y habría una sucesión de hechos orgánicos. Existiría el Tiempo y

llegaría un momento en que nos ordenaría morir. Sí, esa es la prueba de que el Tiempo existe para los seres vivos: que los mata. Pero allí está la solución para mis ansias de unión eterna con Carmen. Que cuando estemos juntos, nos sobrevenga la muerte. Muertos no nos modificamos, y, por consiguiente, no hay Tiempo. Allí estaríamos, el uno al lado del otro, callados, inmóviles, eternamente juntos, clavados en un punto espacial.

Pero Carmen se ha despedido de mí, y la veo, con su paso armonioso, cruzar el jardín de su casa y perderse tras la puerta. Y yo he quedado allí, como un animal herido, solo con mi delirio. Siento frío en el alma, odio contra mí mismo y contra el mundo. Quisiera lanzarme en el pasto del jardín y dormir allí para siempre.

Me quedo mucho rato en la acera, bajo el árbol, mirando a la ventana de su dormitorio. Después, me voy lentamente hacia la Avenida Yrarrazábal, porque debo irme, pero sin saber hacia dónde me dirijo.

Me paro frente a la vitrina de un almacén en que hay gran número de botellas de licor. Me quedo allí sin saber lo que veo. Desde lejos me llega música de acordeón, seguramente de alguna radio.

La luz del farol de la esquina, reflejándose en el cristal de la vidriera y en mis ojos llorosos, altera la imagen real de las cosas y mi imaginación me transporta a una taberna de puerto, entre marineros borrachos, sumergidos en una nube de humo de pipas. Me parece oír el ruido de los dados en el mesón, y sus blasfemias. Yo soy el protagonista de una cinta cinematográfica o de una novela, que, desesperado por el desdén de su amada, procura olvidar con alcohol, tabaco y mujeres.

Abro mi billetera; veo un billete de cincuenta pesos. Entro en el almacén y compro una botella de aguardiente.

Me voy con ella bajo el brazo, por una calle obscura. Como nadie transita, decido tomar unos tragos, pero me doy cuenta que la botella está cerrada y que no tengo tirabuzón. Sigo andando, como un vagabundo, hasta que topo con otro almacén y compro un sacacorchos. Destapo la botella y me tomo largos tragos que me queman la garganta y el esófago, pero suavizan mi pena.

He llegado a una plaza solitaria y me siento en un banco de piedra. Solo allí me doy cuenta de que la noche es de luna. Los faroles son escasos y al pasar la luz por entre las hojas de los árboles tiene ese color lechoso que tanto me emociona. Estoy largo rato mirando la tierra dibujada con luz y sombra y mi alma empieza nuevamente a entristecerse.

Vuelvo a tomar otros tragos de aguardiente.

Al otro lado de la calle hay una casa blanca, de un piso, achatada, que parece un mausoleo. Delante, un jardincillo con una reja de hierro. El farol de la calle queda frente a esta pequeña casa y me permite verla claramente. Sin duda que parece un mausoleo, con la puerta angosta, las dos ventanas cerradas, su limpieza, su silencio, sus flores. Pienso que no es un mausoleo porque han de vivir allí algunas personas; tal vez, un matrimonio solo, o una viuda y su hijo. No será mausoleo, pero los que allí

viven se irán algún día al cementerio, y habitarán una casa muy semejante a la que ahora habitan. Sí, pero eso es muy diferente, porque entonces estarán inmóviles, encajonados, lívidos. Pero si así van a estar dentro de algún tiempo —veinte o treinta años—, quiere decir que ya están muertos; pues el tiempo no es más que un concepto humano. Ahora, en estos momentos en que duermen, están ensayando la muerte. Hacen muy bien su papel, respiran y sueñan acaso. Ahí está la diferencia. Pero ¿quién dijo que los muertos no soñaban? Por otra parte, hay muchas formas de respirar: los peces por las agallas, algunos animales por la piel y los unicelulares no respiran. Los muertos quizás no respiran y se nutren por asimilación directa, como los microbios, sus amigos. Los muertos tienen un modo de vivir muy distinto de los vivos, pero eso no significa que no existan. Vivir es cambiar y el cambio significa movimiento. En el Universo, nada hay inmóvil, y, por consiguiente, nada hay muerto. Nada puede detenerse en un torrente que se despeña como el Universo.

Los muertos viven en forma diferente a los vivos. Eso es todo.

Sin que se abra la puerta de la casa, sale una mujer vestida de blanco. Tiene los ojos cerrados, pero hay un verdoso resplandor en ellos. Trae en sus manos un balde y anda lentamente, como dormida. Se acerca a un rosal y vierte el agua. Se vuelve, sube las dos gradas y entra en la casa sin abrir la puerta. ¡Qué extraño! Siento algo semejante al miedo y vuelvo a tomar aguardiente.

Los árboles, los bancos, las flores y todas las cosas de la plaza se mueven con extraña desenvoltura. Mi espíritu está, sin embargo, muy lúcido y comprendo cosas nuevas.

Comprendo que la mujer que vive en esa casa está muerta y que ha salido a regar por última vez, antes que la lleven al cementerio, su rosal preferido.

Pienso: ¿pero las demás gentes de esa casa o de las vecinas estarán más vivas que esa mujer? No, todas están en idéntica situación. Al día siguiente, cuando el sol alumbre, saldrán de sus mausoleos, transitarán por las calles, irán a sus oficinas, hablarán, sufrirán, gozarán.

La mujer del rosal saldrá en un coche negro, muy pomposo, acompañada de sus parientes y amigos, e irá a vivir a ese barrio tranquilo que los hombres llaman cementerio. Y allí estará callada e inmóvil para los bulliciosos y movedizos habitantes de los demás barrios de la ciudad. Pero, en realidad, seguirá hablando con otras palabras y actuando en otras formas.

Pienso que yo estaría más contento si viviera en ese barrio tranquilo y silencioso de la ciudad. Dejaría allá mi cuerpo y volaría hasta la casa de Carmen. Ella, no viéndome, no podría echarme como lo ha hecho esta noche. Yo podría seguirla a todas partes, cuidarla y aconsejarla. Ahora me explico el origen de infinidad de actos que realizamos caprichosamente, sin motivos aparentes: cuando estamos indecisos entre hacer o no hacer alguna cosa, recibimos el consejo de algún espíritu que nos quiere u odia. Él nos musita, muy suavemente, sus palabras en el fondo del alma, en la raíz misma de la voluntad, y su influjo nos determina.

Si yo estuviera muerto, podría, incluso, hacerme querer por Carmen. Los espíritus saben encender en las mentes de los vivos sus antiguas imágenes corporales, sus formas psíquicas, y hacerse amar. No lo hacen muy a menudo, porque saben que son amores dolorosos, por imposibles, para los vivos.

Prescindiendo de mi salud, pego mi boca a la de la botella y chupo su licor mágico.

Me despertó la frescura del amanecer y me fui tambaleando a mi casa.

## Capítulo 25

Los días que sucedieron a aquel de mi separación con Carmen fueron de los más tristes que he vivido.

Aun cuando iba al Parque a estudiar el único examen que me faltaba rendir, no alcanzaba a leer una página cada día. Me parecía inútil aprender, ser aprobado en el examen, recibirme de abogado, ganar pleitos, dinero o prestigio.

Con el libro abierto, me paseaba mirando a todos lados, casi sin pensar en nada y sin tener conciencia de los objetos que veía. Era mi espíritu como ha de ser el de los animales, con la diferencia de que en lo más hondo de mí había una tristeza sorda y oscura.

Cuando caía la noche, regresaba a casa por la ancha Avenida Central, mirando las luces de los faroles, de las tiendas y de las casas, sin comprender por qué y para qué encendían esas luces. Hubiera deseado que se apagara todo, se murieran todas las gentes y se destruyera el mundo. Todo me parecía inútil y absurdo.

Esta tristeza desequilibró mi organismo y enflaquecí mucho. En las noches, escribía largas horas sobre el sentido de la vida, sobre la muerte y la formación del mundo.

Del cajón en que guardo los papeles escritos en esos años, he cogido uno que contiene mis pesimistas conjeturas sobre el pensamiento del hombre. Venciendo el pudor, copio literalmente mis viejas palabras: *«La Naturaleza es más poderosa que el pensamiento. Aquella puso en el hombre el ansia de supervivencia, y este gime y ruge por eternizarse, pero muere eternamente. ¡Hombres cobardes: no hay una solución al problema Vida-Muerte! No la busquéis en vano. No imploréis luces al Cielo, porque está vacío. La vida es obra demoníaca. Es el juguete que inventó, para despejar su hastío, el neurasténico Luzbel»*.

Estas líneas ocupan media página y en el resto hay un enorme demonio, que tiene en la palma de su mano un hombre pequeñito que brinca con cara de espanto. El demonio sonrío irónicamente. No creo que el dibujo sea magistral; pero hoy no sería capaz de hacerlo. Tampoco sería capaz de escribir esas líneas.

Mis padres, aun cuando no leían mis papeles, me obligaron a consultar un médico. El diagnóstico fue: dispepsia nerviosa. El tratamiento: aire puro, ejercicio físico, reposo intelectual y ciertas inyecciones. Me recomendó que, si era posible, fuese a veranear al campo o a la playa. Mi hermano Jorge había obtenido ya su título de ingeniero agrónomo y administraba un fundo cercano a La Serena, por lo que decidí pasar el verano con él. También me impulsaba a realizar este viaje el deseo de pedir a mi hermano su cooperación para transformarme de estudiante de Leyes en agricultor; estaba decidido a no estudiar más.

Antes de partir, supe que Carmen iría una tarde al Country Club. Invité a dos amigos para que me acompañaran.

En la espaciosa terraza, Anastasio Urrutia y Antonio Prado toman café, y yo,



limonada. De buena gana hubiera pedido café con tostadas; pero quiero con mi vaso aparentar que bebo whisky y hacer creer a Carmen que soy un gran vividor. Adopto una actitud de abandono y displicencia que me parece muy seductora.

Anastasio y Antonio se dan cuenta de la comedia que trato de representar y se burlan de mí; pero permanezco imperturbable, con la mirada perdida en la cordillera. Yo, en ese tiempo, no fumaba, pero esta tarde fumo mucho, procurando no atorarme, porque lo juzgo conveniente para realizar mi papel.

Mientras bebo el tercer vaso de limonada y estoy casi ahogado con tanto líquido, Carmen me divisa y yo finjo no verla. Ella parece inquietarse. Si abandonara mi plan de seducción, correría por entre las mesas, caería llorando a sus pies y a gritos le suplicaría que me amara. Pero eso sería mi perdición. Cuando, por fin, nuestras miradas chocan y no hay posibilidad de evitar el saludo, le hago una reverencia y una floja sonrisa de cortesía. Ella, en cambio, me sonrío con simpatía, y, quizás, con cariño. En esta pequeña batalla he triunfado. Ha de haber sufrido con mi frialdad. Después, ella baila y yo finjo no advertirlo, a pesar de que mis músculos están en tensión y tienden a llevarme hasta su compañero para estrangularlo. Cuando ella y sus dos amigas se levantan para irse, yo sigo bebiendo limonada y echando humo con elegante despreocupación. Pero luego salgo con mis amigos por la oscura avenida. Espero que se me presente la oportunidad de juntarme, como si fuera casualidad.

En la esquina, Carmen toma el tranvía y, cuando ya va a partir, subo con mis abnegados amigos. El tranvía está repleto, y la columna de gente que va de pie avanza y empuja por el pasillo. Yo me finjo arrastrado por los pasajeros, hasta que estoy ubicado junto a su asiento. Permanezco allí, como si no la hubiese visto, leyendo los afiches de propaganda que hay en las paredes del tranvía. Cuando de soslayo la miro y veo que tiene sus ojos puestos en mí, la reconozco:

—¡Bah! ¡Carmen! ¡Qué casualidad!... ¿Qué es de su vida?

—¿Cómo está, Eustaquio?

—Muy bien. ¿Y usted?

—Bien, gracias.

—Me voy al fondo de mi hermano.

—¿Por qué?

—Me han nombrado administrador de una hacienda. No seguiré estudiando. Toda mi vida he soñado con vivir en el campo.

—¿No cree que se sentirá muy solo?

Me reí con aires propios de un ermitaño, y respondí:

—¿Solo? ¿A quién puedo echar de menos? ¿Qué puede hacerme falta allá, cuando estaré al lado del mar, rodeado de animales y árboles? Solo un tipo superficial, sin vida interior, puede sentir nostalgia de las cosas o personas de la ciudad. Ya conozco bastante a las muñequitas pintadas, huecas, incultas, frívolas, como para sentir nostalgia de ellas.

Carmen guardó silencio y comprendí que había de tener algo de cariño como para

no defenderse. Alentado por esta convicción, me torné dramático, trascendental, y, con voz grave, agregué:

—Allá pasaré hasta el final, hasta que se me acabe la vida. Por lo demás, serán pocos años.

—¿Por qué dice eso, Eustaquio? Es usted muy joven.

Nuevamente elaboré una risa sardónica:

—Suponga que viva cien años. ¿Cree usted que eso es mucho? No, es solo un instante. Naturalmente que las personas que miden la vida humana con el cartabón de sus horas vacías, de sus vidas monótonas, creen que es muy larga. Pero cuando el punto de referencia es lo absoluto, lo eterno, lo inacabable, se comprende que la vida del hombre no es más que un relámpago entre el nacimiento y la muerte.

Carmen parecía afligida por mis trágicas divagaciones. Me sentí alentado a seguir por este camino, aunque llegara a causarle daño:

—Lo mismo sucede con las distancias y el espacio. Una hormiga ha de considerar inmensa esta ciudad y pensará que más allá de ella solo está el abismo del Universo y no puede comprender las dimensiones de la Tierra. Así usted, Carmen, cree al sistema planetario en que rueda esta Tierra lo más extenso, casi infinito, porque, seguramente, ignora la existencia de millones de soles y sistemas planetarios más grandes que el nuestro.

Volví a reírme satisfecho de mi sabiduría y de la expresión de tristeza y admiración de Carmen. El tranvía, sordo a mis trascendentales palabras, continuaba en su canción estúpida de fierros viejos. Yo había llegado a un estado de delirio cósmico.

—Cien años: un segundo en la eternidad.

Comprendí que mi discurso se tornaba demasiado abstracto, y resolví bajarlo al plano de la realidad humana.

—Mi vida, Carmen, la quemaré en la tierra de mis padres. En esos aires se esfumarán mis ilusiones y en esas tierras quedarán mis huesos.

Carmen, con voz triste, dijo:

—En La Serena se casará usted.

—No, yo no cometeré el crimen de crear seres condenados al dolor. El Genio de la Especie no me esclavizará.

—La vida es dolorosa a veces, pero es bella.

—Hablan en usted sus dieciocho años, llenos de ilusiones y de inexperiencia. La vida es un engaño alevoso. Ha sido planeada en forma tal, que nadie puede escapar al dolor. El hombre aparentemente más afortunado es, tal vez, el más infeliz.

La vitalidad de Carmen protestó:

—Eustaquio, lo vi tomar muchos vasos de whisky y parece haberle dado «mona» triste.

Lleno de placer por el éxito de mi comedia, representada a base de limonada, continué mi disertación:

—Imagine usted un hombre que surge en la vida, en todos los aspectos: económico, social, sentimental, etc.; pues bien, llega un momento en que recibe la orden perentoria de la Muerte: «Retírate de la vida». Y ese hombre ha de abandonar riquezas, honores, mujer, hijos, amigos y todo. Por eso pienso que, quizás, es más feliz, en definitiva, aquel hombre que cuando la Muerte lo llama deja solo miserias, soledad, tristezas, hambre material y espiritual.

En esos momentos, la vieja que iba al lado de Carmen, al parecer una cocinera, se puso de pie y yo ocupé su asiento.

Los muslos duros de Carmen rozaban los míos y el olor de su cuerpo me llegaba como para replicarme que la vida era hermosa, que unos minutos de emoción son capaces de anular años de dolor. Pero yo seguí con mis teorías pesimistas:

—Hay que amar y hacerse amigo de la tierra, los árboles, las piedras y de todas las cosas que serán, al final, nuestras eternas compañeras. Nuestras carnes se juntarán con las carnes de la Tierra; las raíces de los árboles se abrazarán a nuestros miembros y las piedras nos besarán los ojos y nos acariciarán las manos.

A costa de hablar de estas cosas, llegué a sentirlas. Ya no sabía que iba en un vulgar carro N.º 25, que estaba en una ciudad, y todas las demás pequeñeces de mi vida obscura y modesta. Miré a Carmen; sus ojos estaban húmedos por la emoción. Me vi reflejado en el vidrio de la ventanilla y noté que mi mirada era extraña como la de un iluminado, al punto que me desconocí un instante.

Ignoro de dónde recibí valor para resistirme a la petición de Carmen para que la acompañara hasta su casa, y la vi —con el alma destrozada— bajarse del tranvía.

\* \* \*

A los pocos días, Carmen me llamó por teléfono. Dijo que necesitaba hablarme personalmente, y le manifesté, con simulada extrañeza, no tener idea sobre qué podríamos hablar. Cuando hubo insistido lo conveniente accedí. Esa tarde nos juntamos frente al Cerro Santa Lucía, que, como una erupción violenta de la naturaleza, se levanta en medio de la ciudad.

Con navaja nueva rasuré mi barba y con prolijidad de artista peiné mis cabellos y acicalé mi vestimenta. Mis zapatos brillaban más que mis esperanzas y mi alma estaba inquieta como un potro de carrera.

Nos encontramos al pie del cerro. Era una de esas tardes de verano en que la luz declina tan lentamente, que parece la noche haberse olvidado de venir.

Con lentitud, ascendimos por los senderos mientras yo argumentaba de mala fe para convencer a Carmen de que no tenía para ella ni un ápice de cariño. Llegamos a la cumbre donde hay una laguna con silenciosos cisnes. Los diversos ruidos de la ciudad llegaban hasta allí fundidos en un solo murmullo, semejante al del mar. Las sombras de las cosas se fueron haciendo más densas y los cisnes se acurrucaron para dormir. Las hojas de los árboles también se aquietaron y había allí un hálito de

melancolía muy propicia para hacer surgir del fondo de las almas esa ternura que lleva al amor. Aunque yo sentía, como nunca, impulsos románticos que me hubieran llevado a las palabras quejumbrosas de amor, sobreponiéndome dije a Carmen en tono seco:

—Usted dijo que necesitaba hablar conmigo. ¿Sobre qué será?

Hubo unos momentos de silencio y pude comprender que ella sufría por lo difícil de su situación. Pero logré permanecer callado. Ella no me miraba y sus ojos tristes se dirigían hacia la ciudad somnolienta, envuelta en una tenue penumbra. Me juzgaba cruel a mí mismo; pero creía que mi farsa era tanto por el bien de ella como por el mío.

Me asaltaban impulsos de veracidad que me habrían llevado a confesarle mi fingimiento y perder, tal vez, todo el terreno ganado.

Carmen no tenía estratagema ni artificio alguno. Ella no estaba jugando como yo. Allí estaban sus sueños, sus ilusiones, sus inquietudes, sus esperanzas de niña de veinte años, explicados sin reserva. Ella buscó palabras que expresaran sus sentimientos, pero no pudo encontrarlas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y me miró con humildad suplicante.

Pretendí acongojarla más y la miré con dureza. Pero era tal el dolor que afloraba a sus ojos, que mis sentimientos de hijo, mis ilusiones perdidas y toda mi desesperanza, apagaron mis artificios y no pude más. Mi voluntad se hizo trizas y la miré lloroso. Entonces, a través de nuestras lágrimas, emergió claro nuestro amor. Yo le confesé la falsedad de mi indiferencia y nos sonreímos felices como niños.

## Capítulo 26

Cuando supe que Carmen me amaba sentí avasalladores deseos de sanar y juzgué indispensable partir a La Serena, al fundo que administraba mi hermano.

Carmen me acompañó a la estación.

Las voces de la gente resonaban en las naves hollinadas, con ecos extraños.

La locomotora, con su acezar angustioso, expresaba toda mi tristeza. Carmen y yo nos mirábamos callados y nuestras manos enlazadas querían oponerse a la separación.

Un pitazo agudo y burlesco ordenó acallar los sentimientos y el maquinista puso en marcha su reptil de acero. Resopló la máquina, lanzó un aullido y partió. Desde la plataforma, yo miraba los ojos llorosos de Carmen.

No sé en qué maldito libro yo había leído, siendo muy niño, una comparación entre la partida de un tren y la muerte. Por mi tendencia melancólica, o por lo que fuera, esta relación se había hecho muy sólida dentro de mí. Inconscientemente, en esos momentos, sentí que me alejaba para siempre de Carmen. Cada segundo, cada metro que pasaba, se iba agregando a un tiempo y a una distancia que llegarían a ser inmensos. Después sería imposible volver sobre mis pasos.

Tuve deseos de gritar a Carmen que me olvidase, que no llorara más por mí. La gente y las cosas que quedaban huían cada vez más rápidas. Y yo sentía caer abundantemente sus lágrimas.

Una profunda convicción de la necesidad de mi viaje habría podido consolarme, quizás. Pero nunca he tenido fe en mis determinaciones, y en esa época de mi vida — débil como estaba— mis pasos eran aún más inseguros. Sentí deseos de lanzarme del tren y morir, o volver hacia ella para recibir sus lágrimas.

Entré en el carro y me exasperó la confiada seguridad con que viajaba un caballero muy gordo. Echado hacia atrás, casi acostado en su asiento, leía un periódico y fumaba un magnífico cigarro puro. Tuve deseos de patearle el periódico, arrancarle el cigarro y decirle: «¿Cree usted, viejo idiota, que viajar es un juego? ¿No sabe usted que está muerto y no volverá jamás a reunirse con su mujer, sus hijos y amigos?»

Quizás el vaivén de cuna del carro tranquilizó mis nervios y continué tranquilo mi viaje.

A las ocho de la noche llegamos a La Calera y me bajé para trasbordar al tren dormitorio que se dirige al norte. Carros de madera, quejumbrosos. Los asientos de felpa verde eran de aquellos que se transforman en camas.

En cuanto subí al tren, pedí al camarero que convirtiera mi asiento en cama y obedeció sorprendido. La noche se hacía larga y los pasajeros se entretenían, en el carro comedor, comiendo, bebiendo y jugando dados. Yo no tenía ánimo más que para tenderme como un enfermo.

Me desnudé y me metí en la gruesa camisa de dormir, de franela, que me había

hecho mi madre. Al cubrirme con las ropas de cama, tuve la impresión de haber corrido la tapa del cajón funerario. Pero esta muerte mía era más dolorosa que todas las demás, porque mi espíritu seguía anhelando y padeciendo. Mi cuerpo se alejaba de Carmen, de mis padres, de mis libros y de todas las pocas cosas que eran mías y a las cuales se aferraba mi espíritu.

Con mi cuerpo solo quedaba una pequeña llamita que mantenía la vida. Ella se habría apagado si no hubiese tenido una subconsciente esperanza de volver a reunirme con Carmen.

Hacía un calor sofocante y no lograba acallar mi pensamiento atormentador.

\* \* \*

A la mañana siguiente, en la estación de La Serena, está mi hermano Jorge, vestido de huaso.

Cuando desde la plataforma del carro lo diviso, mi alma se alegra; instintivamente mis ojos se avivan y una sonrisa me baña el rostro. Al verme, levanta los brazos queriendo estrecharme desde lejos, y también sonrío.

Ha venido a esperarme a caballo. Hacía tiempo que no le veía y me impresiona su rostro tostado, su aspecto de salud. Me dice que me encuentra pálido y delgado.

Ya estamos montados; el olor de los caballos y la imagen de Jorge me recuerdan la infancia en «Valle Fértil». Me parece reconocer hasta el aroma de esos aires. Siento que una corriente de vida emana de los árboles, de la tierra, y me tonifica.

Pienso que hice bien en venir. Hace varios meses que mi hermano no ve a su novia, y, sin embargo, está sano y alegre. Estos pensamientos me dan aliento y me reprocho mi debilidad.

Yo quiero ser, como él, fuerte y optimista. Cuando trabaje en el campo, lo seré.

«La Puntilla», como fundo costino, no es muy feraz, pero tiene el encanto del murmullo y la vista del mar. La casa, construida hace poco tiempo, no tiene el sabor de las típicas moradas antiguas de campo, con sus corredores al frente; pero es alegre y cómoda.

Mi hermano me propone que al día siguiente vayamos al establo a presenciar el ordeño.

Por suerte, esa noche duermo profundamente, porque a las cuatro de la madrugada mi hermano me despierta.

Me visto a la luz de una vela, con un traje de huaso que Jorge me presta.

Aún no aclara. El aire está fresco y húmedo. A pesar de que dos mantas me cubren, siento frío, sobre todo en los pies.

El tintineo de las espuelas, el ruido de las pezuñas de los caballos al chocar contra la tierra, el mugido de las vacas lejanas y el ronco murmullo del mar remueven mi ancestro de campesino.

El cielo se va tiñendo de azul y las estrellas se fugan.

Después de unos momentos de silencio, no me contengo más y comunico a Jorge la emoción que me produce ver y oír estas cosas. Pero él parece haberse identificado con ellas y me responde:

—Es bonito.

Y yo guardo silencio. Comprendo que mis reacciones ante la belleza de la tierra son propias de un ser enfermizo que vive ahogado en la ciudad.

A cada momento, el mugido de las vacas es más claro y continuado y la luz más intensa.

Hemos llegado al rústico establo y se siente allí un perfume de leche y pasto. Las mujeres, de brazos fuertes y tostados, estrujan las ubres de las vacas y la leche salta sonora.

Mi hermano me pregunta si tengo hambre y solo entonces me doy cuenta de que me faltaba comer para ser feliz. En la casa de un inquilino hay un horno de barro, redondeado como el seno de una mujer, y que parece ser un pecho de la tierra. A su lado, vigilante, una campesina gorda saluda a mi hermano:

—Buenos días, patrón.

—Buenos días. ¿Le falta poco al pan? —pregunta Jorge.

—«*Ta doraíto*» ya.

Uno de los síntomas de mi enfermedad era la falta de apetito. A juzgar por lo que me sucede esta mañana, mi enfermedad ha desaparecido: me comería el horno entero.

Cuando la mujer, con su pala de madera, va sacando el pan redondo, color de trigo, siento deseos de lanzarme del caballo y abrazarme a esas masas de harina caliente.

Por primera vez desde que me separé de Carmen, creo que volveré a verla. Ella será mía como el pan que estoy mordiendo.

## Capítulo 27

Poco a poco fui recuperando las fuerzas, el apetito y el sueño. Empecé a sentir el placer de caminar, ver y oír.

Decidido a ser un hombre vigoroso, emprendí la tarea más improductiva de mi vida, o, quizás, tanto como toda mi vida.

Con autorización de mi hermano empecé a cavar un hoyo cerca de la casa del fundo. Allí no había necesidad alguna de tal cavidad. Con una picota y una pala, todas las mañanas cavaba la tierra. Decidí que fuera redondo y de un diámetro aproximado de cinco metros. Simple capricho; igualmente pudo haber sido cuadrado o poligonal. La tierra era dura y poco avanzaba; pero nadie me urgía.

Muy de madrugada iniciaba mi labor. A medida que el sol iba calentando, me iba despojando de chalecos de lana hasta quedar con el tronco desnudo. Por comodidad, me había rasurado la cabeza y dejaba crecer libremente mi barba espesa.

No se me escapaba que la gente, al verme en esa facha y entregado a esa extraña labor, me juzgaba más loco de lo que pudiera estar. Pero yo fingía no darme cuenta. Era conveniente para mi salud, para mi felicidad, y eso bastaba. Supe que un forastero, ignorando nuestro parentesco, preguntó a mi hermano acerca de los móviles que guiaban a «ese loco barbudo» para cavar un hoyo tan ancho y profundo.

No era tan loco mi trabajo comparado al de muchos antepasados míos, quienes cavaron la tierra buscando fortuna y dejaron en esos hoyos todo cuanto tenían. Yo, en cambio, no gastaba dinero en mis excavaciones y encontré la salud y, posiblemente, la felicidad.

Todos los días iba a caballo a La Serena, para dejar mi carta a Carmen y recibir la que ella me enviara. En los mismos bancos de la plaza en que me sentaba cuando era niño, leía y releía ahora las palabras enviadas por Carmen.

Repasaba varias veces la carta, me quedaba divagando sobre ella, medio adormecido por el aire sedante de esas tierras. De pronto, sentía dudas sobre el alcance preciso de alguna frase. Sacaba la carta del bolsillo y volvía a leerla. Es posible que las gentes también me miraran perplejas; pero yo solo estaba atento a captar el alma de Carmen a través de sus palabras lejanas.

Muchas veces pasé a visitar a mis tías Solar; no por afecto o cortesía, sino por ver la casa en que había vivido siendo niño. Allí estaban el primer patio con baldosas rojas, los oscuros y aseados dormitorios con las cortinas de malla de hilo blanco, los reclinatorios, el patio con los mismos árboles.

La ciudad entera parecía haber dormido durante los quince años de mi ausencia. Las personas sí que habían cambiado; unas habíanse tornado muy viejas; otras se habían ido para siempre. Mi tío Emiliano ya no existía.





También solía visitar a un pariente lejano, de unos setenta años, que hablaba, horas de horas, sobre hechos triviales vividos o conocidos de oídas. En ese clima adormecedor, sus latas resultaban hipnóticas; pero yo me sometía a ellas, aportando solo mi presencia física, para engullir las ricas tortas de chancaca, las papayas confitadas y dulces riquísimos.

Una tarde, merendaba solo con él, y sabiéndolo embelesado en su propia conversación, me serví, en vez de los trozos cortados en forma de arco de círculo, la mitad de la torta negra de chancaca, que tenía, más o menos, veinte centímetros de diámetro. Él pareció no darse cuenta. Pronto me despedí, a pesar de sus insistencias para que me quedara más rato.

Se me ocurre que este viejo hablaba solo cuando le ocurría la desgracia de no tener una persona delante de sí. ¡Qué tormento sería para su esposa escuchar, sin defensa, día y noche, esa máquina parlera! La pobre prefirió morir y lo dejó hablando solo. Su agonía ha de haber sido dulcísima, pensando: «Pronto no podré escuchar estas latas».

Siempre me han causado mucha impresión esas personas que hablan tanto. Tal vez sean escritores en potencia, que no se desahogan gráficamente. Debieran escribir. Con no leerlos, asunto terminado.

La ley debiera considerar como causal de divorcio o separación la «verborrea» incurable.

Una tarde me bebí una docena de botellas de cerveza en una taberna de La Serena, y salí a caballo, en busca de una mujer; más bien, de un cuerpo femenino. Incluso hubiera preferido que hubiese sido absolutamente idiota, para que mi pecado de infidelidad hacia Carmen fuese menor.

Recorrí todas las calles, algunas varias veces, y no encontré lo que buscaba. Desesperado, me acerqué a un policía y le pregunté acerca de dónde podría encontrar una casa en que se alquilaran cuerpos de mujer. Me respondió:

—«Aquí no se merecen», señor. Tiene que ir al puerto.

Había que viajar dos o tres horas a caballo para llegar al puerto.

Furioso, partí al fondo, regañando de haber faltado espiritualmente a la promesa de fidelidad que hiciera a Carmen, y todavía sin satisfacción alguna.

A la medianoche, llegué al fondo. Hacía frío y la luna menguante navegaba por su mar tranquilo, salpicado de peces de plata.

Desde lejos divisé el negro boquerón del hoyo cavado por mí. Me llegué hasta su orilla. El caballo estaba intranquilo y pugnaba por alejarse de ese pozo oscuro. Me quedé unos instantes pensando que esa brecha inútil en la tierra era como una síntesis simbólica de mi actuación. No emergía sobre la superficie; era un vacío hacia lo profundo. Ni siquiera sería duradero, porque cuando llegaran las lluvias, sus paredes se desmoronarían poco a poco, y en dos o tres inviernos no quedaría allí más que un pequeño desnivel.

Pensé que podría revestir sus contornos con piedras y cemento y continuar cavando todos los días de mi vida hasta llegar al centro del planeta. Allí me encontraría con un océano de fuego y moriría. Esa ya sería una obra inmortal. De ese cráter artificial sacarían, las futuras generaciones, la fuerza motriz suficiente para abastecer toda la Tierra. Y ese hoyo sería el centro del mundo, y en el fondo en que yo había vivido se construirían las obras de ingeniería más colosales y mi nombre viviría eternamente.

Una lechuza lanzó una burlesca carcajada; me avergoncé de mi delirio y di gusto al caballo en su afán de seguir hacia la casa.

Esa noche soñé con la obra realizada. Veía un hoyo de miles de kilómetros de profundidad, en cuyo fondo había un resplandor tan luminoso como el mismo sol.

Del boquerón, de varias cuerdas de diámetro, emergía una gigantesca y extraordinaria maquinaria. En seguida, contemplaba, desde lejos, el planeta y lo veía avanzar con propulsión a chorro. Comprendí que los hombres habían motorizado la Tierra, valiéndose de la energía encerrada en la materia ígnea. Enormes timones daban la dirección a este barco planetario, fruto de mi insensata imaginación.

Durante mi estada en «La Puntilla» leí un solo libro: «El Hombre Mediocre», de José Ingenieros. Ignoro hasta qué punto la lectura de ese ensayo influyó en mi determinación de no reanudar los estudios de Leyes. Cuando Carmen rechazó mis pretensiones sentimentales, yo juré no tomar más un libro de Derecho. Pero cuando ella correspondió a mi amor, cedí un poco en la rigidez de mi negativo propósito y pensé que si no podía transformarme en agricultor, me recibiría de abogado. Estaba en el deber de, postergando mis inclinaciones y gustos, hacer cualquier cosa para ofrecer un porvenir a mi idolatrada Carmen. Pero José Ingenieros me habló de rebeldía, de valor, de ideales, del deber de no seguir al rebaño, y sucumbí a sus consejos. Juzgué que el camino que seguía el rebaño humano de mi ambiente eran las profesiones liberales. Yo no debería dejarme arrastrar como un carnero. Tomé la decisión inquebrantable de no volver a mirar un texto jurídico. Una tarde cogí dos o tres libros de Derecho que me había prestado un amigo, y los quemé con unción.

Mi hermano dejaría la administración del fundo «La Puntilla» y prometió llevarme, de aprendiz, al campo que arrendara o administrara.

A principios del otoño, después de haber pasado tres meses al aire libre, volví a la

capital con el cuerpo y el espíritu vigorizados por el trabajo muscular desarrollado en la construcción del hoyo y, quizás, por la lectura de «El Hombre Mediocre».

El pozo solo llegó a tener cinco metros de profundidad. ¿Qué será de él ahora? Seguramente no es ni la sombra de lo que fue; tal vez, un pequeño desnivel de la superficie. Los que pasan a su lado no sabrán que fue la fuente de mi salud y felicidad. Pueril sería relatar la impaciencia y felicidad que me embargaban cuando el tren se acercaba y la emoción que sentí cuando mis ojos volvieron a ver a Carmen en la estación de la capital.

Son cosas tan subjetivas, tan enterradas en lo profundo del alma, que es propio de ingenuos tratar de comunicarlas. Conozco los límites de la emotividad humana: cada uno llora o ríe sus propios dolores o alegrías. Los borrachos y los viejos suelen aventurarse en esta empresa imposible, logrando solo el ridículo para ellos, y la indiferencia o el tedio para sus auditores.

Solo diré que en vez de hablar, cuando la estreché en mis brazos, las lágrimas nacieron primero y las palabras se ahogaron. Carmen también lloró.

## Capítulo 28

Jorge arrendó un fundo en Chimbarongo y yo me fui con él, para aprender cómo han de tratarse las tierras, las semillas y los animales, para que se multipliquen lo más posible. La agricultura es tarea de fecundidad y proliferación.

Mi hermano se había casado y yo quise ocupar un cuarto muy distante de ellos, para no amenguar su independencia.

En mis noches solitarias, debo confesarlo, sentí la envidia. Él estaba con su mujer, y yo con mi perro galgo, denominado «Rayo». Hacía frío y «Rayo», de dos meses aún, gemía.

Sobreponiéndome, salía de mis tibias ropas a cubrirlo con los sacos que constituían su lecho, en un rincón de mi pieza oscura y fría.

En un faldeo suave, muy distante de la casa del fundo, mi hermano me cedió un potrero de diez cuadras para que sembrara. Como era de secano, nada más adecuado que sembrarlo de garbanzos. Con la fianza de Jorge, obtuve en el Banco un préstamo de diez mil pesos. Compré semilla de primera, trabajé la tierra en conformidad a las normas que aprendí en el «Manual del Parcelero» y sembré sin contratiempos atmosféricos.

Todos los días me trasladaba a mi potrero, que denominé «La Esperanza», y, al principio, ni una hierba se divisaba.

No obstante haber leído en el manual —y todos me lo confirmaban— que los garbanzos no afloran antes de diez días, yo estaba inquieto y tenía el sordo temor de que no salieran jamás.

El autor del «Manual del Parcelero» era un enamorado de la crianza de conejos, y les dedicaba un extenso capítulo.

En lo más íntimo de mi espíritu lamentaba haber destinado «La Esperanza» al cultivo de garbanzos y no a la crianza de conejos.

Una mañana llegué a mi potrero y, con asombro, lo vi simétricamente surcado de pequeñas matitas de garbanzos. Amarré el caballo a un árbol de la orilla y, en puntillas por los surcos, fui pasando revista a mis legumbres recién nacidas: un tallito verde y dos hojitas redondas salidas del propio grano desdoblado. Habría millones. En la tribuna de mi mente lancé un conmovedor discurso sobre la fecundidad de la tierra. De vez en cuando levantaba los ojos al cielo y le daba gracias. ¡Carmen mía, he aquí el germen de nuestra felicidad y fortuna!

Subí a caballo y partí al galope hacia la casa, para comunicar a Jorge mi alegría y no reventar.

Fuimos juntos a ver la bendición que el cielo me daba en forma de garbanzos. Jorge hizo cálculos mentales. Si el rendimiento era de treinta sacos por cuadra y el precio no bajaba, yo obtendría una utilidad considerable que podría ser la base de mi matrimonio. El propósito de ser agricultor hasta el día de la muerte se hacía inquebrantable en mí.

Muy de madrugada, tocaba la campana que llamaba a los inquilinos a recibir las herramientas, las órdenes, el pan candeal y la ración de fréjoles.

Allí estaba Lucho Rojas, el mayordomo del fundo, hombre acampado y pintoresco, con quien yo hablaba mucho, por arrancarle sus secretos de práctica agrícola.

Recorría las diversas faenas del fundo y no por eso descuidaba que mis garbanzos estuvieran bien atendidos en sus necesidades de riego, desmalezamiento, etc., y ellos crecían frescos, sanos y de buen color.

Era necesario aprender toda clase de cultivos agrícolas, ya que, con el tiempo, sería agricultor en grande, gracias a mis amigos garbanzos.

Incluso observaba los cuidados que se prodigaban a los vacunos de lechería, engorda o crianza y a los caballos «corraleros».

Jorge, muy aficionado a las «corridas en vaca», tenía una piara de unos veinte caballos de magnífica ascendencia. Su entusiasmo me contagió y, hasta el día de hoy, tengo una verdadera amistad con los caballos.

Un día fui con Lucho Rojas a Curicó, llevando algunos caballos de mi hermano, que participarían en el rodeo tradicional de esa ciudad. Los llevamos por arreo y durante seis horas tragué más tierra que la ingerida, hasta entonces, desde mi nacimiento.

Celebré los triunfos de los caballos de Jorge tomando vino tinto y me consolé de las malas atajadas en la misma forma.

El alcohol me puso más ensimismado que de costumbre y me volví en tren, siendo que el compromiso con Lucho Rojas era acompañarlo también de regreso, arreando los caballos corraleros.

Tomé boleto de tercera clase, porque los brindis habían desequilibrado mi presupuesto.

Venía eufórico y no podía estar tranquilo en mi banco. Pasaba de un carro a otro, buscando algo indeterminado e impreciso. Yo no sabía qué era; pero algo buscaba.

Compré cigarrillos y cerveza; no me aquieté, sin embargo.

De repente, al ver a una muchacha modestamente vestida y con ojos achinados, exclamé para mí: «Esto es lo que buscaba».

Su rostro tenía cierto encanto; rasgos araucanos, quizás. Como iba sentada, no podía saber nada de sus formas corporales. Pero iba sola y eso era una gran cosa para mis intenciones.

Además, tuve la intuición de que sería fácil convencerla de realizar una aventura en común. Parecía ser una niña que nunca hubiera actuado en forma distinta a como se lo recomendaran sus padres, pero con deseos de imitar a los artistas de cine en sus excitantes aventuras.

Haciendo uso del sistema de seducción ideado por Anastasio Urrutia, le pregunté si el tren pasaba por la estación de Chimbarongo. Me respondió que lo ignoraba. Le pregunté luego si el asiento vacío que estaba a su lado iría ocupado y me dijo que no.

Me senté en él. Guardé silencio algunos segundos y luego traté de averiguar la hora, a sabiendas de que no tenía reloj. Supe de dónde venía y hacia dónde se dirigía. Después de esta conversación, éramos amigos y me sentí autorizado para decirle algunos piropos tales como:

—Qué lindo cuerpo tiene usted. ¿Ha hecho mucha gimnasia?

Ella respondió con sonrisas coquetas.

Comprendí que debía avanzar ligero, porque antes de veinte minutos el tren llegaría a la estación de La Quinta, donde ella se bajaba.

Entré, pues, en el terreno de las proposiciones y promesas. Le ofrecí mi amistad eterna, siempre que me acompañara hasta Chimbarongo.

—Lleguemos hasta Chimbarongo; estamos juntos hasta medianoche y usted toma el tren nocturno a La Quinta. Llego usted a su casa con tres horas de retraso; dice que hubo un accidente y asunto terminado.

—¿Qué haremos en Chimbarongo?

—Comemos juntos; vamos al teatro y después a la estación.

—Ya comí.

—Bueno, no comemos. Pero estamos juntos. Hay tantas cosas de que hablar. La vida es tan corta. Después moriremos y no tendremos oportunidad de gozar.

Me extendí sobre este punto. Siempre que deseaba convencer a alguna muchacha sobre la necesidad de amar, la llevaba al terreno de la muerte; porque a mí me sucedía que cuando pensaba en esta se exacerbaban mis ansias eróticas.

Ella me respondió:

—Yo ando con un bulto muy pesado.

—¡Qué importa! Lo dejamos en custodia, en la estación.

Después de una larga polémica, la convencí. Se detuvo el tren en La Quinta. Me dijo que quería bajarse, que no era posible; pero sus manos estaban quietas entre las mías. Cuando el tren se puso otra vez en marcha me sentí dichoso. Había muchas posibilidades de que mis deseos fueran satisfechos. En el trayecto que media entre La Quinta y Chimbarongo, ella me confesó que el bulto aludido era un saco de cebollas, y yo le confesé mis verdaderos propósitos. No sé cuál de las dos faltas era más grave. Le pregunté si era virgen y, sin mirarme, movió la cabeza en actitud negativa.

—Yo tampoco —le agregué.

La locomotora dio un pitazo anunciando la cercanía de Chimbarongo. Creí conveniente conocer y tantear el peso del equipaje, no muy romántico, de mi amiga. Pesaba más de lo que mis fuerzas podían. Su aspecto y olor no eran muy atractivos.

Descendimos del carro y contraté a un muchacho fornido para que bajara el saco. Traté de depositarlo en la custodia, pero estaba cerrada. Di orden al cortero de seguirme, pero no muy de cerca.

El pueblo de Chimbarongo no es más que una calle larga, con casas a ambos lados.

Luego llegamos al Palace Hotel, cuyo dueño, don Demetrio, me era conocido por

haber ido yo varias veces a comer un sándwich o a tomar un aperitivo. Incluso había jugado, con él y otros conocidos, al «cacho».

Serían las once de la noche cuando golpeé a la puerta de su oficina.

—Muy buenas noches, don Demetrio.

—Placer de saludarle, don Eustaquio.

—Le presento a una prima.

Don Demetrio saludó a mi acompañante, y, calándose los anteojos, la observó desde arriba hasta los pies.



Yo hice lo mismo y comprendí, al instante, que mi presunta prima denotaba ser de jerarquía social distinta.

—¿En qué puedo servirlo? —preguntó don Demetrio.

—Resulta que fui a Curicó a buscar a mi prima para llevarla a la capital, por una cuestión de herencia. Ella es heredera única de una fortuna cuantiosa; pero unos parientes sin escrúpulos tratan de burlar sus derechos. La llevo a casa de mis padres... En fin, es algo largo de explicar. En resumen, quiero hospedarme aquí hasta mañana, para después seguir viaje a la capital.

Don Demetrio escuchaba impávido mi explicación; pero yo leí en su rostro que no le convencía.

—¡Qué lástima! No tengo ni una sola pieza disponible.

Yo tenía seguridad de que era un simple pretexto, tan inverosímil como el parentesco entre mi amiga y yo.

Lucrecia, a dos pasos de distancia, fingía observar un cuadro de unas ovejas pastando.

Llamé al hotelero aparte y le dije en tono confidencial:

—Comprendo que usted desconfíe (las apariencias le autorizan), pero se equivoca. Ella es mi prima carnal, hija de tía Lucrecia y de mi tío Romilio. Es un ángel. Deme dos piezas separadas y pone llave a la mía.

—Le repito, don Eustaquio, que no dispongo ni de un solo cuarto —dijo

terminantemente el puritano don Demetrio.

En esos momentos, el muchachón entró en el pasadizo, con el saco de cebollas al hombro, y lo descargó pesadamente, diciendo:

—Oiga, patrón, «*aquí'stán las ebollas*». Arrégleme, «*pa*» ir a ganar otro corte.

Pensé que este equipaje terminaba de hacer fracasar mis gestiones diplomáticas ante don Demetrio, y salí con mi amiga y el cortero.

Fui a otro hotel y tampoco me aceptaron. El muchachón, comprendiendo, quizás, la causa de que me negaran hospitalidad, me dijo:

—«*Onde on*» Pancho lo alojan.

Este dato no me servía de mucho, porque yo había tenido un altercado con don Pancho y, aunque después nos reconciliamos, las relaciones estaban algo tensas.

Sin embargo, después de meditar un poco, resolví dirigirme a la casa de don Pancho.

La obsesión impedíame pensar en la sorpresa que tendría don Pancho al verme llegar con una mujer y un saco de cebollas, en demanda de hospedaje, y todo esto a medianoche.

El destino quiso que el dueño de casa estuviese de muy buen humor, por haber comido y bebido bastante con el teniente de Carabineros.

La empleada nos hizo pasar al comedor, donde estaban don Pancho y el teniente, de sobremesa, bebiendo coñac.

Me recibieron con demostraciones de alegría y fingieron, con mucha naturalidad, creer en mis vínculos sanguíneos con Lucrecia.

El dueño de casa llamó a su mujer y, después de presentarla, le dijo:

—Ofrécele algo a don Eustaquio y a su prima, que a lo mejor tienen hambre.

Me pareció un tanto irónica la frase, pero preferí no darme por entendido.

El teniente era amigo mío y se dirigía a Lucrecia con gran ceremonia y respeto, lo que me alentó mucho.

Luego volvió la mujer de don Pancho con dos platos de pollo frío y papas, pidiendo disculpas por no tener más que ofrecernos.

Don Pancho me recomendó que le pusiera ají a la comida, y que no me ofrecía cebollas, porque se le habían terminado. También me pareció malicioso su consejo.

Después de engullir con ansias, manifesté estar cansado por el viaje.

El propio don Pancho nos llevó hasta un cuarto de un edificio separado del principal, y me dijo:

—Don Eustaquio, tendrá que acomodarse en una sola pieza, porque no tengo otra disponible.

—No importa. Muchas gracias.

Había llegado hasta allí pisoteando mi dignidad. Al día siguiente, todas las gentes hablarían que «el hermano de don Jorge había peregrinado por todo el pueblo, acompañado de una china y un saco de cebollas, solicitando hospedaje».

Pero mis deseos se satisfarían. Y así sucedió, en realidad.



Serían las cinco de la mañana cuando las primeras claridades del alba y los cantos de los gallos me despertaron. Recordé mi compromiso con Lucrecia de acompañarla de regreso hasta La Quinta. Tendría que transitar por el pueblo, a plena luz, al lado de ella y seguido de un saco maloliente. Esto no era posible. Pensé lo que sufriría Carmen si supiera mi infidelidad. Tomé la decisión de irme inmediatamente. Me vestí a tientas y salí en puntillas, como un ladrón. Me encaminé al Retén de Carabineros y pedí al teniente que me prestara un caballo; que movilizara a Lucrecia y su saco a la estación y le entregara cien pesos en mi nombre.

Con el caballo blanco que me facilitó mi amigo, atravesé la oscuridad de la noche como un fantasma.

De un solo galope llegué hasta la casa del fundo. Yo no veía el camino ni la cabeza del noble animal; pero él parecía ver como si le alumbrara el sol.

## Capítulo 29

Las matitas de garbanzos seguían desarrollándose robustas y sanas. Luego se formaron las cápsulas que contienen los granos; y las cápsulas iban creciendo y los granos abultando.

«Rayo», mi perro lebrero, también se había desarrollado bastante, y ya desmentía al vendedor, que me lo garantizó como de pura sangre.

Mi hermano, burlándose de mí, decía que «Rayo» usaba corsé. En realidad, tenía algo extraño y deforme el abdomen. Era tímido, y perros mucho más pequeños que él lo perseguían. Yo le amaba por ser el compañero de mi soledad.

Una tarde estaba yo a caballo, con «Rayo» al lado, mirando mis leguminosas esperanzas, cuando un inquilino que pasaba por allí me dijo:

—«*Ta qu'están re*» bonitos los garbanzos, patrón.

—¿Cuántos sacos crees tú, niño, que podrá dar este potrero?

—Así como van, pueden dar cuarenta por uno.

—Así como van tienen que seguir.

—La «*custión*» es que las liebres y conejos los «*ejen*» tranquilos.

Miré a «Rayo», que movió la cola, expresándome que para liebres y conejos estaba él.

Un poco inquieto, pregunté al escéptico inquilino:

—¿Hay muchos por estos lados?

—Hay montón.

—¿Y cómo se les puede combatir?

—Con «*huachis*» y perros.

Seguimos hablando y llegué a la conclusión de que era necesario estar alerta. Me volví a casa preparando un plan de ataque violento.

Trasladaría una carreta, con paredes y techo, a «La Esperanza», y yo dormiría allá. No estaba dispuesto a entregar mi porvenir a las liebres sin luchar.

Al día siguiente, metí mi colchón y otros elementos dentro de la casita portátil y la arrastré con una yunta de bueyes al lomaje de mis esperanzas.

Llevé seis niños y ocho perros, todos los cuales se acurrucarían debajo de la carreta y se tapparían con sacos.

Antes de meterme en mi dormitorio de campaña, les aleccioné: al toque de alarma saldríamos todos —niños y perros— corriendo en diversas direcciones para sorprender a las liebres.

El cerco del potrero era en gran parte de ramas de espino, y a través de él no podría pasar una liebre o conejo sin dejar allí la vida.

En las demás partes, donde el cerco era de ramas sin espinas y había pequeños orificios, hice colocar centenares de «*huachis*». Estas son unas rústicas y sencillas trampas de alambre que en el campo saben preparar hasta los niños.

En cuanto cayeron en el campo las primeras sombras de la noche, di orden a mi

gente de meterse bajo la carreta, con sus perros, y dormir.

Ya les despertaría yo cuando lo creyera oportuno.

Subí a mi cuarto, con «Rayo», y cambié mi traje de huaso por uno más liviano y más adecuado para dormir y para correr. Era un mameluco café. Tenía la misma forma que el overall de los mecánicos, pero era de lana. Antes lo había usado mi hermana Gabriela en sus picnics a la cordillera.

Los zapatos de huaso, de tacón alto, los cambié por zapatillas con suela de goma.

Me tendí en mi colchón y me puse a leer el capítulo «Conejos, Liebres y Gazapos» del «Manual del Parcelero», por si allí aprendía algo sobre las costumbres de dichos animales.

Pero el autor solo se refería a la exquisitez de sus carnes, la suavidad y belleza de su piel y al magnífico negocio que constituía su crianza. En algunos momentos consideré un estúpido al tratadista y, en otros, pensé que podría ser conveniente dedicarme conjuntamente a la siembra de garbanzos y a la crianza de conejos y liebres.

Al leer en el texto que algunos de los alimentos preferidos de estos animales son el garbanzo y el chícharo, temblé. Miré a «Rayo» y dormía profundamente. Pensé que si a los conejos les gustan mucho los garbanzos, a los galgos les encanta comer conejos y saben atraparlos.

Incluso pensé que también podría dedicarme a la crianza de galgos. Tenían muy buen precio. El mío, de un mes, me había costado quinientos pesos.

Así, el circuito sería cerrado. Si un conejo me comía una mata de garbanzos, yo tenía la posibilidad de alimentar un galgo.

Iría seleccionando. Algunos conejos, cazados vivos en las «*huachis*», serían dejados para la crianza; otros, mordidos y heridos por los galgos, servirían de alimento a estos y se utilizarían sus pieles.

Si llegaban miles de conejos y consumían todos los garbanzos, aumentaría la producción de pieles y de carnes para mis galgos.

Antes de dormirme, desperté a la cuadrilla de niños y perros y salimos corriendo en diversas direcciones hasta que todo el potrero fue recorrido.

Yo divisé una liebre y le apunté, un instante, con mi linterna, mientras gritaba:

—¡«Rayo»! ¡«Rayo»! ¡Cométela!

Pero no pude saber si obedecía mis órdenes, porque no veía a mi perro ni a mis manos: tal era la oscuridad.

Volvimos a nuestra tienda. Cada uno dijo haber visto una liebre. Como estábamos distantes unos de otros, lo más probable era que cada niño hubiese visto una liebre distinta; o sea, que en el potrero circulaban, esa noche, por lo menos siete ladrones de mis garbanzos.

En fin, eso se vería al día siguiente, cuando revisáramos las «*huachis*».

Ordené a los niños recogerse bajo la carreta y me encaramé al cuarto que sobre ella había.

¡Qué curioso! Allí estaba «Rayo», durmiendo como si nada hubiera pasado.

«Pobre, está cansado», pensé.

Al amanecer, toqué nueva alarma y volvimos a correr como locos, yo, niños y perros, por toda «La Esperanza». Pero esta vez nadie vio nada.

Al volver a mi cuarto, encontré a «Rayo» en el mismo rincón, durmiendo plácidamente. ¿Acaso no había despertado ninguna de las dos veces? ¿Es que volvía de súbito a custodiar mi tienda y a reparar sus energías?

Misterio.

—«Rayito» —le dije suavemente.

Al instante movió la cola, sin abrir los ojos. Esta era señal inequívoca de que tenía el sueño liviano y que, por consiguiente, había salido las dos veces y regresado pronto. Eso era todo.

En cuanto la luz de la mañana se derramó por los campos, fuimos a recorrer los cercos y a observar las «*huachis*». Solo en una de ellas encontramos una liebre cazada por las dos patas traseras. Los perros ladraban y hubo que ahuyentarlos para que no la mordieran. Solo «Rayo» permanecía inmutable. Cogimos el hermoso animalito. Tenía los ojos muy abiertos y estaba aterrado.

La hice manear y dejar tendida en la tierra. Llamé a «Rayo» y lo dejé en libertad para que se acercara. Mi perro olfateó la liebre con prolijidad, se retiró un poco y se tendió como si no le causara la más leve impresión. Irritado por su displicencia, le lancé una patada en pleno hocico, y salió aullando a meterse en la casucha.

¿Qué se habían hecho las demás liebres o conejos que vislumbramos en nuestra primera inspección?

¿Acaso saltaron el cerco? Los muchachos, conocedores de estos animales, me informaron de que eso no era posible.

Me sentí atribulado. Revisamos todas las «*huachis*» y ellas estaban intactas.

Veinte días dormí en la casucha, a la orilla del faldeo, y cada noche me levanté dos o tres veces para ahuyentar a mis enemigos. Pero todo fue inútil. Atrapé ochenta o noventa liebres y me comí una cada día; pero ellas y sus congéneres me comieron mis garbanzos.

Coseché solo diez sacos de garbanzos, los mismos que había sembrado.

Los jornales pagados, mis desvelos, mis ilusiones, constituían las pérdidas.

En muy raras ocasiones transitaba por los caminos del fundo algún automóvil. Uno de ellos, a muy poca velocidad, pasó por encima de «Rayo» y lo mató. Él era el último vestigio de mis esperanzas agrícolas destrozadas.

## Capítulo 30

Por la prensa supe que el Instituto de Colonización Agrícola parcelaría una hacienda en la costa, cerca del puerto de San Cristóbal, a dos horas en tren de la capital.

Fui al Instituto y presenté una solicitud para ser parcelero de esa Colonia en formación.

Aunque se cumpliera con los requisitos reglamentarios, era muy conveniente empeñarse con los consejeros de la institución. Durante un mes anduve a la caza de estos caballeros, con cartas de presentación y recomendación de amigos comunes.

Yo había ideado un plan, a base de mentiras, que me permitiría contraer matrimonio y pagar la cuota al contado de la parcela.

La mentira fundamental consistía en ocultar mi fracaso en la cosecha de garbanzos y sostener que había obtenido una utilidad de cincuenta mil pesos.

Al recibir la parcela, solo debería pagar una cuota al contado de diez mil pesos. El resto de mi capital imaginario lo destinaría a gastos de explotación. Esta situación no era, por cierto, brillante; pero no haría tan enérgica la oposición de mi suegra. Solo estaban en el secreto Carmen y mi hermano Jorge.

Al fin me fue concedida la parcela, con la obligación de pagar, antes de un mes, la cuota inicial. Necesitaba, por consiguiente, diez mil pesos y no tenía ni un centavo.

Anuncié que me casaría dentro de quince días. Mi padre, hombre metódico y previsor, que tenía orgullo de no haber solicitado jamás un crédito, consideró un «disparate garrafal» contraer matrimonio con tan exiguo capital. Mi futura suegra opinó lo mismo. Pero Carmen y yo éramos mayores de edad ante la ley y podíamos celebrar el contrato de matrimonio. ¡Bendita ley! Reiteramos nuestro propósito inquebrantable de casarnos y empezamos a preparar la boda.

Visitamos a nuestros parientes y amigos, dando parte de nuestra próxima unión. Hice cómplices a algunos de ellos, quienes tuvieron la misión de aconsejar a nuestras relaciones en el sentido de hacer regalos en dinero efectivo o en objetos de indiscutible utilidad práctica.

Mucho trabajo me costó convencer a mi padre de que hiciera la visita de estilo a mi suegra, pidiendo para mí la mano de su hija.

Después de muchas argumentaciones, llegué con él a una transacción: pediría a Carmen, pero advertiría a su madre que consideraba «descabellado» nuestro matrimonio. Mi padre cumplió lo pactado y mi futura suegra estuvo de acuerdo con él.

Los días que precedieron a la boda, que prometían ser los más luminosos de mi vida, estuvieron algo nublados por los trajines y molestias para conseguir prestados: chaqué, zapatos, colero, corbata de plastrón, prendedor.

Sin embargo, me alentaba el hecho de haber recibido, de regalo, tres días antes de la boda, más de diez mil pesos en cheques. Pagué la cuota al contado al Instituto de

Colonización Agrícola y sentí un alivio enorme.

Vendí algunos regalos consistentes en objetos de lujo, tales como floreros, fuentes de plata y lámparas, y obtuve dinero suficiente para los gastos de la ceremonia; movilización hasta el pueblo en que viviría, cercano a mi parcela; para pagar un mes de arriendo de la casita, y para subsistir unos diez días. Los cimientos económicos de mi matrimonio no eran de los más sólidos, pero, en cambio, nos amábamos con intensidad poco común.

La ceremonia se había fijado para las cinco de la tarde. A esa hora, yo estaba aún en casa de mi amigo Alberto Prado, porque allí había gran variedad de coleros, chaqués y prendas de etiqueta en general; pues su padre era diplomático.

El único tropiezo grave consistía en que un amigo de Prado, que también se equipó en su casa, aún no volvía, habiéndose casado a las cuatro de esa misma tarde. Quedó comprometido a regresar pronto, porque la camisa que había usado era el único ejemplar que me acomodaba. Forzoso era esperarlo. Yo estaba listo, peinado, afeitado, pero con el tronco desnudo. Me paseaba inquieto por el patio de la casa.

Cuando llegó el recién casado, no tuvo necesidad de hacer esfuerzos para desvestirse, porque entre Alberto Prado y yo rápidamente lo dejamos en pantalones.

Ya estaba en el auto, camino de la iglesia, cuando me di cuenta de que me faltaban las colleras de los puños. Quise ir a comprarlas; pero el chofer, compadecido de mí, me ofreció las suyas.

Al entrar en la iglesia, lo primero que vi fue a mi cuñado, quien me había prestado, muy temeroso, un valioso prendedor de corbata. Al pasar a su lado, mirándome a los ojos, entre suplicante y amenazador, me dijo:

—Mucho cuidado con la perla.

\*

Yo había arrendado una pequeña casa en el balneario de El Vergel, que distaba unos diez kilómetros de mi parcela, mientras edificaba en ella mi propia casa.

La propiedad alquilada no tenía muebles y yo tampoco, salvo dos marquesas, dos veladores, dos lamparitas, dos bacinicas y un cuadro pintado por un tío, en el que aparecía un hombre arando la tierra con una yunta de bueyes.

Teníamos también una fotografía con cuatro niños fumando. Era bastante grande y estaba puesta en un marco. No conocíamos a los niños ni sabemos cómo llegó a nuestro poder ese cuadro. Aún ahora lo conservamos.

A los diez días, mi capital se había agotado y tuve que salir de ese mundo de ensueños para preocuparme de conseguir dinero. No sabía hacia dónde dirigirme. Por primera vez se me presentaba el problema de tener que ganarme el alimento.

Sentado al borde de mi lecho, dije a Carmen:

—Voy a salir.

—¿Dónde?

—No sé.

—¿Para qué, entonces?

—Se acabó la plata.

Carmen guardó silencio. Su familia era pobre desde la muerte de su padre, y conocía, seguramente, las penurias económicas.

Comprendí que sufría al ver que a los diez días de casados, ya la ruina entraba en nuestro hogar. Tuve deseos de tocar el timbre de la casa vecina, asesinar a todos sus moradores y apropiarme de cuanto encontrara. Pero estimé peligroso el sistema. Encendí un cigarrillo y me puse a meditar. Al cabo de algunos minutos, la imaginación —amiga leal— me sugería un sistema más lícito.

Me puse mi flamante traje de huaso, di un beso a Carmen y partí al puerto en microbús.

Mi aspecto impresionaba bien. Todas mis prendas de vestir estaban immaculadas. Mi chaqueta corta, con vueltas de cuero nonato, blanco y negro, era original. Los zapatos de tacón alto me prestaban un porte distinguido. El sombrero alón, de fieltro negro, me sentaba. Al brazo, mi chamanto de seda, rojo, negro y oro.

Hice antesala en la oficina del gerente del Banco, fumando un cigarrillo tras otro y rumiando mi discurso.

Llegó mi turno. La mejor sonrisa de mi vida se la di al señor Naranjo. Estreché cordialmente su mano y le mentí de esta manera:

—Señor, he llegado hace pocos días a esta zona y quise venir pronto a saludarle.

El gerente sonrió agradeciendo mi insólita gentileza. Proseguí:

—He comprado un predio agrícola cerca del balneario de El Vergel y en él estoy pasando mi luna de miel. —Mis felicitaciones.

—Gracias... Deseo abrir cuenta en su Banco, ya que en esta zona estará el centro de mis operaciones comerciales. Pero...

Hice una pausa, saqué mi paquete de cigarrillos y le ofrecí uno a mi posible salvador.

—Pero —continué entrando en la zona más escabrosa de mi discurso— por una imprevisión, explicable solo por mi reciente calidad de marido, se ha agotado mi dinero en efectivo y me encuentro en una situación incómoda. Usted comprenderá que ir a la capital a retirar fondos, al Banco de Chile, estando casado hace solo seis días...

El señor Naranjo creyó comprenderlo todo, o casi todo, y a fin de pasar por agudo psicólogo, me interrumpió, diciendo:

—Señor, llene un formulario de estado de situación e inmediatamente le daré un libretto de cheques. ¿Le bastará un sobregiro por tres mil pesos?

—Suficiente, señor.

Sentí impulsos de abrazarlo y besar su cráneo desierto de pelos; pero, sobreponiéndome, agregué:

—Una institución bancaria dirigida por un gerente como usted conquista de inmediato a los clientes.

El señor Naranjo pareció emocionado y sonrió candorosamente.

Sumando todas las mentiras dichas, desde que tuve uso de razón hasta esos momentos, no alcanzaba un producto equivalente al que en mi estado de situación logré. Puse como mías las propiedades de mi padre y los animales de mi hermano Jorge; mi parcela fue avaluada en una suma mayor al precio del fundo íntegro parcelado. El menaje de mi casa lo tasé en cien mil pesos, suma quizás justa, si se cotizaba el cariño que por mis cosas sentía.

A los pocos momentos, salía del Banco con tres mil pesos en dinero efectivo, un libretto de cheques y, en mi espíritu, un agradecimiento infinito para la Providencia y el señor Naranjo.

Subí a un microbús para volver a casa y reanimar a Carmen, que se había quedado triste.

El camino de San Cristóbal a El Vergel va por la orilla del mar. Por la ventanilla, veía el movimiento de las grúas, lanchas, gente sobre los barcos y muelles. De ese conjunto de movimientos parecía emerger un himno al trabajo. Sentí impulsos de trabajar con el cuerpo y el espíritu. Pero comprendí que, por el momento, no me era permitido laborar sino con la imaginación, para descubrir el sistema de financiar mi negocio agrícola.

En todo caso, mi actuación de ese día armonizaba con el ambiente dinámico y laborioso del puerto.

Cuando llegué a casa, Carmen me esperaba ansiosa. Antes de besarla, le pasé los billetes.

Salvada la emergencia del momento, comprendí que era necesario ser previsor y preocuparse, desde luego, por el futuro. Este dinero serviría solo para comer algunos días, para cancelar algunas cuentas pendientes y luego habría que devolverlo al Banco.

Resolví aplazar mi viaje a la parcela, que solo conocía por un plano, a fin de trasladarme a la capital y ver modo de conseguir, a cualquier título, unos seis mil pesos. Con silos cubriría el sobregiro y tendría tres mil para seguir viviendo.

Al día siguiente, tomé el tren de la mañana para la capital. En el trayecto, meditaba acerca de quién sería la persona más adecuada para prestarme dinero.

Por mi imaginación desfilaron, en forma rotativa, todos mis parientes, amigos y simples conocidos. Todos me prestaban. Algunos no me dejaban terminar el discurso y, metiéndose la mano al bolsillo, me preguntaban:

—¿Cuánto necesitas, m'ijo?

Me pregunté: ¿Y si no me contentara con los seis mil pesos que me prestase la primera persona requerida y siguiera solicitando créditos a todos los que han desfilado por mi mente?

No eran menos de cien esos seres queridos y, por consiguiente, sería posible reunir seiscientos mil pesos, con los cuales transformaría mi parcela en una granja modelo. Podría industrializarla, comprar tractor, edificar un chalet, gallineros, plantar árboles frutales.



Las personas que me prestaran dinero serían como socios y les daría dividendos. Acaso podría comunicarles mi propósito de formar una especie de sociedad anónima, por acciones. O, secretamente, asociarlos a mi destino. Deliberé acerca de cuál de estos dos sistemas sería preferible y llegué a la conclusión de que lo era el último.

Mi compañero de asiento, aburrido de guardar silencio, después de una hora de viaje, entabló conversación a base del estado atmosférico.

Al principio, tratando de no ser perturbado en mis lucubraciones financieras, le respondí tercamente que en realidad hacía mucho calor. Pero luego me torné más amable, pensando que ese desconocido podía servirme de conejillo de Indias para experimentar ciertos hechos psicológicos relacionados con mi proyecto económico. Después de seguirle su tema y llegar a la conclusión de que el exceso del calor reinante era efecto de estar en verano, le dije:

—Señor, imagínese usted que un pariente suyo, honrado y sin vicios, le solicitara seis mil pesos en calidad de préstamo, por un plazo de tres meses. ¿Accedería usted?

—No, señor.

—¿Y si los solicitara por una semana? —Tampoco.

—¿Y por un día?

—Menos.

Mis preguntas tendían a estudiar las reacciones del posible acreedor en relación al plazo. Las respuestas de mi compañero me desconcertaban. Yo siempre había creído que la aceptación del posible acreedor estaba en relación inversa a la magnitud del plazo: a menor plazo, mayor aceptación, y viceversa.

Proseguí mis indagaciones:

—¿A qué plazo le prestaría?

—A ninguno.

—¿Por qué?

—Porque yo no presto dinero a nadie y menos a los parientes o amigos.

—¿Y por qué rechazaría con mayor razón un crédito por un día que otro por una semana?

—El que pide por un día no paga jamás.

Pensé que mi vecino era un avaro y no seguí hablándole. Preferí seguir meditando mi plan de acción.

El tren disminuyó la velocidad, como si al divisarla estación de la capital ya no le urgiera llegar. Lanzó un chillido agudo, y detuvo su marcha.

Por turno, cada carro fue lanzando un suspiro de alivio que parecía expresar: «Por fin llegamos».

La inmensa locomotora sudaba y resoplaba con la respiración alterada. Me daban ganas de recomendarle un baño de tina, calentito, y después la cama, para evitarle un resfrío.

Estos impulsos de dar consejos higiénicos yo los heredaba de mi madre. Desde muy pequeño estuve recibiendo mil sugerencias para evitar tal o cual enfermedad.

Para ella, el aire, el sol y el agua eran la Vida, y todas las enfermedades provenían del escaso uso que de esos elementos se hacía. Poco autorizado soy para opinar en materias biológicas, pero creo que puede haber mucha verdad en su pensamiento.

Claro es que su vehemencia y atolondramiento la llevaron a exageraciones dudosas y, en todo caso, poco diplomáticas. Así, por ejemplo, cuando ella visitaba a sus sobrinos enfermos y la madre estaba ausente, procedía a abrir todas las ventanas y puertas del dormitorio del paciente. También, cuando iban a mi casa compañeros del Kindergarten y no estaban del todo limpios, mi madre procedía a bañarlos, aunque se resistieran. En balde mi padre le aconsejaba que aplicara sus doctrinas terapéuticas a sí misma o, a lo más, a sus hijos.

Ella no podía contenerse en una pieza con «todo cerrado», así hubiera temporal. Recuerdo que un día que fuimos a ver a mi tío Roberto, que acababa de morir, ella, al ver todas las puertas y ventanas cerradas, me dijo en voz baja:

—Lo mataron con este encierro.

Disimuladamente, después, abrió un poco una ventana, ignoro si para conservar su vida y la de los visitantes o si porque, en lo más íntimo de su espíritu, albergara la esperanza de que su hermano difunto resucitara con el aire.

A dos cuadras de la estación, en una calle miserable, llena de conventillos, encontré a mi tío Guillermo, quien seguramente venía de cobrar los arriendos de sus viviendas insalubres.

Mi tío era solterón y millonario. El Destino lo ponía en mi camino. Me saludó afectuoso, preguntándome por la salud de mis padres y hermanos. Le comuniqué mi matrimonio. Me abrazó emocionado.

Empecé mi discurso:

—Tío, tengo a diez kilómetros de El Vergel, una parcela de treinta cuadras, de magníficos suelos. Estoy construyendo gallineros, plantando y sembrando. Yo mismo aro la tierra, riego y hago de carpintero. Así reduzco los costos de explotación y...

Mi tío me interrumpió para felicitar me y augurarme el más luminoso porvenir.

Continué:

—Pero me faltan seis mil pesos para comprar unas gallinas que son una oportunidad.

—Te advierto que las gallinas son un clavo. Es un negocio muy traicionero.

Hube de extenderme en argumentaciones, basadas en cálculos matemáticos, destinadas a probar la conveniencia de la explotación avícola. Cuando creí demostrada mi tesis, atacé a fondo:

—Usted ¿podría prestarme seis mil pesos por diez días, mientras me conceden un crédito que solicité a la Caja de Crédito Agrario?

Mi tío, nervioso y gesticulador por temperamento, parecía sufrir en esos momentos un ataque de asfixia. Manoteaba como un náufrago. Por fin le salieron las palabras fétidas:

—No tengo. No, si no tengo. No, no, no, no, si no tengo un centavo. Estoy

encalillado, completamente fregado. Perdóname. Pueda ser que en un tiempcito más...

Sentí que su mentira era muy distinta de la mía. Yo falseaba los hechos para poder vivir y tenía el propósito de pagar. Él, en cambio, mentía para no separarse ni un segundo de sus millones de monedas. Su rebaño de pesos se estimaba, por quienes le conocían, en cerca de treinta millones. Pensé que estando ante un loco no debía avergonzarme de seguir adelante:

—Si no tiene dinero disponible, sírvame de fiador ante un Banco.

—Hijo, tengo un juramento de no afianzar a nadie.

Tuve deseos de cerrar su boca de una bofetada por haberme llamado hijo. Comprendí que era inútil argumentar a una máquina calculadora vestida de hombre y me despedí.

Poco a poco me fui convenciendo de que en el tren había delirado.

Las respuestas obtenidas fueron de lo más variadas, pero, en el fondo, significaban lo mismo.

Algunos me contestaron:

—¡Hombre! Yo ando en las mismas.

Muchos me dijeron:

—En unos diítas más, puede ser.

Ignoro por qué muchos coincidieron en usar la palabra «días» en diminutivo. Quién sabe si, inconscientemente, lo hicieron por ironía. Esos «diítas», fonéticamente tan pequeños, eran, acaso, eternos. Y ellos lo sabían.

Otros respondieron:

—Te juro que si hubiera tenido, habría sido un placer para mí...

Algunos me relataron sus propias miserias, verdaderas o falsas:

—Estoy «jodío».

Uno se defendió atacando:

—Fíjate que yo había pensado pedirte a ti.

Me encontré con mi primo Patricio, gastrónomo eximio, enamorado de la agricultura, y me invitó a almorzar a su casa.

En forma clara, amena, casi poética, describí mi parcela, que aún no conocía. Hice un relato minucioso de mis planes y sus proyecciones económicas.

Patricio me propuso formar una sociedad para explotar en forma intensiva la parcela. Él aportaría el capital; yo, el predio, mi experiencia agrícola y el trabajo.

Le contesté que, en principio, no me parecía mal la idea, pero que era conveniente estudiar más detenidamente el asunto.

Adopté esta actitud ambigua porque no conociendo el inmueble, objeto de la sociedad, juzgaba prematura una decisión definitiva.

En el desarrollo de la conversación supe que mi primo era amigo del dueño de la Feria de animales de Melipilla, pueblo cercano a mi parcela. Le pedí que me recomendara para obtener un crédito en dicha feria y comprar caballos aradores.

Aceptó gustoso y convinimos en que, al día siguiente nos encontraríamos, a las once de la mañana, en la plaza de Melipilla. Él iría en auto desde la capital y yo desde El Vergel.

De sobremesa, la madre de Patricio me dijo que su lavandera era casada con un hortalicero muy honrado y sin vicios. Le pregunté si sería muy perjudicial para ella desprenderse de su lavandera. Me respondió que lo haría con gusto.

Mi bondadosa tía, dispuesta a perder su buena lavandera, la mandó buscar al momento con el recado de que viniera con su marido, porque les convenía.

Al poco rato llegaron Plutarco, el hortalicero, y Juana, su mujer.

Eran jóvenes, aseados y respetuosos.

Les expuse las condiciones en que les contrataría y aceptaron con entusiasmo.

Cada vez que preguntaba algo a Plutarco, se estiraba un poco, como quien se despereza, emitía un pequeño y voluntario eructo y respondía con voz demasiado fuerte, como si se dirigiera a un sordo. Le contraté con el título de mayordomo de «El Progreso», nombre con que, en ese instante, bauticé a mi parcela, a fin de hacerla más atractiva. Él sería el jefe de cuantos peones fuera necesario ocupar. Dentro de tres días debería trasladarse a El Vergel. Yo le mandaré dinero para el viaje; porque, en esos momentos, andaba con lo indispensable. Mi primo, gentil y oficiosamente, se ofreció para entregar a Plutarco el dinero necesario. Después, yo se lo pagaré. Me opuse, porque podía ser una molestia. Insistió Patricio. Acepté para no despreciar su amabilidad.

En un momento en que estuve a solas con Patricio, le dije:

—¿Sería molestia, para ti, prestarme plata, porque no traje el libretto de cheques, y...?

—¿Cuánto quieres? —interrumpió mi primo.

—Seis mil pesos.

Patricio sacó su libretto de cheques, y, sin decir palabra, se curvó para escribir. Mientras, yo contenía la respiración para no robarle el oxígeno o no distraerlo. Una mosca que se atrevió a volar por sobre la cabeza de mi primo fue derribada por un manotazo mío. Si en esos instantes hubiese entrado un león, yo lo habría estrangulado con más destreza y rapidez que Tarzán. Imploré al cielo que no cortase la vida a mi primo en esos momentos; que, si por eterno designio así estaba escrito, se aplazara solo un minuto la ejecución de la sentencia.

La pluma, trazando el rasgo final de la firma, produjo un ruido semejante al que precede a un escupo y anunció que yo podía contar con el dinero.

Ágil como un ciervo fui al Banco a cobrar el cheque. En seguida, me dirigí al Instituto de Colonización, con el propósito de observar el plano y ver la ubicación precisa de mi predio.

Mientras copiaba ciertos trazos, necesarios para orientarme y poder llegar hasta mi parcela desde El Vergel, oí una conversación entre dos empleados, que me pareció muy interesante.

Uno de ellos sostuvo que el Instituto concedía créditos a los parceleros para instalar gallineros, y el otro, que solo los otorgaba para la ampliación o mejora de los ya existentes.

Mis estudios de filosofía, en humanidades y en la Escuela de Derecho, me permitieron comprender que «ampliar» algo es agregar a una entidad, por pequeña que ella sea, una o varias partes de la misma esencia. Así, podría afirmarse, sin faltar a la verdad, que un gallinero de dos gallinas era «ampliado» si se le adicionaban trescientas gallinas. Esto en cuanto a las gallinas, parte integrante y esencial de un gallinero. Referente a la construcción o continente, también era cierto que cuatro palos, enterrados en la tierra, sostenedores de una malla de alambre y destinados a guardar gallinas, constituían un gallinero. «Ampliar» esta construcción avícola era cuestión de agregar palos y metros de malla de alambre.

Mi mentalidad filosófica siguió funcionando. Yo tenía en El Vergel un pequeño gallinero. La construcción misma se componía de cuatro pies derechos hundidos en la tierra, una reja de alambre y tres planchas de cartón alquitranado. Las gallinas eran dos y un gallo. Luego, yo tenía un gallinero.

Copiados los datos necesarios para ubicar mi parcela, me fui rápido a la Sección Créditos y dije al empleado que atendía el mesón:

—Señor, ¿qué debo hacer para obtener un crédito avícola?

—¿Usted es parcelero?

—Sí, señor.

—¿Tiene gallinero?

—Sí, señor.

—Entonces, presente una solicitud en papel sellado de dos pesos y me la entrega. Ahí mismo conseguí papel y pedí la suma de veinte mil pesos.

Salí del Instituto con el paso arrogante de un gallo de pelea.

\* \* \*

Al día siguiente, a las diez y media de la mañana, estaba en la plaza de Melipilla, vestido de huaso, esperando a mi primo.

Al Correo llegaban huasos de a caballo o en auto, que revelaban tener muchos vínculos con la tierra. Inconscientemente, me sentía un impostor, por llevar el típico traje del huaso chileno, siendo que mis actividades, hasta ese momento al menos, no lo exigían. El zapato de tacón alto presenta muchas ventajas para el jinete cuando anda a caballo y usa una espuela con su gran rodaja; pero a mí, caminante a pie o en tren, no hacía más que estorbarme. La realidad era que yo andaba disfrazado de huaso para solicitar créditos agrícolas. No había más verdad que esa y yo lo sentía en mi subconsciente. Cierto es que quería ser un hombre de campo y amaba la tierra; los caballos, las costumbres del huaso; pero no era lícito usar el uniforme solo porque tenía el deseo de ingresar al gremio.

Mi primo, al verme así vestido, se emocionó y, entre abrazos y palmoteos, me condujo al club a tomar unos tragos para celebrar al «huasito». Al salir, por efecto de los aperitivos, no me consideraba tan apócrifo y conté a Patricio que «en la mañana, mientras herraba mi caballo...»

Luego, partimos a la Feria a comprar caballos aradores.

El remate ya había empezado, y el martillero desde su pupitre vociferaba:

—Un lote de vacunos sureños. Muy bonitos. Un encanto. Se remata el lote. Véanlos, señores. Tóquenlos si quieren. Aquí no hay engaño: son de carne y hueso. Están gorditos, a pesar de que vienen muy viajados. Llegaron en el nocturno y sin camas. Están trasnochados, pero se ven frescos; no se notan ni ojerosos siquiera. Yo los viera a ustedes, señores, después de un viaje así. Bueno, señores. Se remata el lote a cuatrocientos pesos cada uno. Un regalo.

—Quinientos por ahí.

—Seiscientos por allá.

—Setecientos.

—Ochocientos, ochocientos, ochocientos...

Y el martillero, auscultando al público, señalaba con su martillo de madera a los que hacían ofertas, y vociferaba.

Tuvimos que aguardar mucho rato mientras se remataban vacunos, a la vista y al peso.

Después vino el remate de caballares.

De repente, entraron en el corral cuatro yeguas coloradas, muy parecidas entre sí.

Yo le dije a mi primo, en tono confidencial:

—Este lote está hecho para nosotros.

—Hazle punta —me respondió.

—La cuestión es que sepan arar.

El martillero anunció:

—Cuatro yeguas aradoras, mellizas. Hijas de un mismo padre. Bonitas las yeguas. Simpáticas, honestas las yeguas. Se rematan en lote. A mil pesos cada una.

Le hice un guiño al martillero para expresarle mi aceptación de la venta a ese precio.

—Mil pesos por ahí. Mil pesos cada una; mil pesos cada una. Señores, no pagan ni la crin de las yeguas. Mil pesos. Si nadie mejoró la oferta, adjudicaré en mil pesos cada yegua. Mil pesos. ¡Mil pesos!

El martillero plantó un golpe sobre la cubierta de la mesa y me saltó el corazón. Me miró, con un gesto característico, inquiriendo mi nombre.

—Arredondo —dije, avergonzado.

El martillero anotó mi nombre en un papel, que luego me envió con un empleado. Hicieron salir las yeguas del corral.

Mi primo me dijo:

—Pa todo tenis suerte vos. Es un regalo.

No le contesté, porque estaba un poco confundido, al darme cuenta de que cientos de ojos me miraban. Los míos se encontraron con los de un gordo emponchado que estaba más arriba en las graderías. Él se llevó el dedo índice al ojo derecho y me cerró el otro. Yo le hice un guiño y me sonreí ufano. Comprendí perfectamente lo que me había querido expresar con sus gestos: que yo tenía mucho ojo para comprar animales. Esto me enorgullecía bastante, porque se veía a las claras que ese huaso gordo era muy entendido en animales y en cosas de campo en general.

Después fui con Patricio a ver las cuatro yeguas a un corral y las encontramos aún más hermosas que cuando las rematé. Decidimos bautizarlas en el acto. Entre bromas y risas sugeríamos nombres pintorescos.

—«La Pinta», «La Niña», «La Santa María» y... —propuso mi primo.

—Y «Cristóbal Colón» —le agregué yo.

Después de sugerir muchos nombres, les dejamos a firme los siguientes: «La Pinta», «La Niña», «Ilusión» y «Bellavista».

Mi casa de El Vergel tenía un sitio de unos cien metros cuadrados y allí coloqué las cuatro yeguas, mientras las trasladaba a mi parcela. En ese pequeño sitio eriazo había suficiente pasto silvestre para alimentar a mis caballares y gallinas, sin estorbarse.

Sin embargo, una hora después de llegadas mis yeguas, me asomé y pude ver que el terreno estaba sin una hebra de pasto. Hube de comprar un fardo de alfalfa aprensada. Lo dividí en cuatro porciones y las coloqué distantes unas de otras. Mientras las yeguas masticaban, las gallinas se subían a los montones de alfalfa, rastrojeaban y comían. Era un espectáculo conmovedor de ejemplar fraternidad.

«Si animales de diversas especies se alimentan de un mismo plato, ¿por qué los hombres pasan en continuas peleas por comer uno más que los otros?», me preguntaba.

Pero esa misma tarde, cuando el sol se estaba poniendo, una de mis yeguas, tendida en el suelo, con el vientre inflado, los ojos velados, soplaba y resoplaba. Un vecino dijo que la yegua se moría irremediablemente; que quizás había comido plumas de gallina.

Yo sentía impulsos de coger una hoja de afeitar, abrir el abdomen de la yegua agónica y sacarle las plumas. Pero, olvidado de mis conocimientos de anatomía equina, resolví darle el único remedio que había en casa: aspirinas. En un litro de agua disolví veinte tabletas y con el auxilio de varios curiosos, que miraban desde el sitio eriazo vecino, le hicimos beber de una botella el líquido antigripal.

Antes de diez minutos, el animal estaba más animoso y con dificultad logró ponerse en pie. Sudaba en forma copiosa. Anduvo unos cinco metros, con paso vacilante, y volvió a echarse pesadamente. Si estaba agripada, es seguro que dejó de estarlo; pero, antes de media hora, murió la pobre yegua.

Me consolé pensando que el precio de la difunta, cargado al de las tres sobrevivientes, lo aumentaba en trescientos treinta y tres pesos y treinta y tres

centavos por cada una. Siempre estaban baratas.

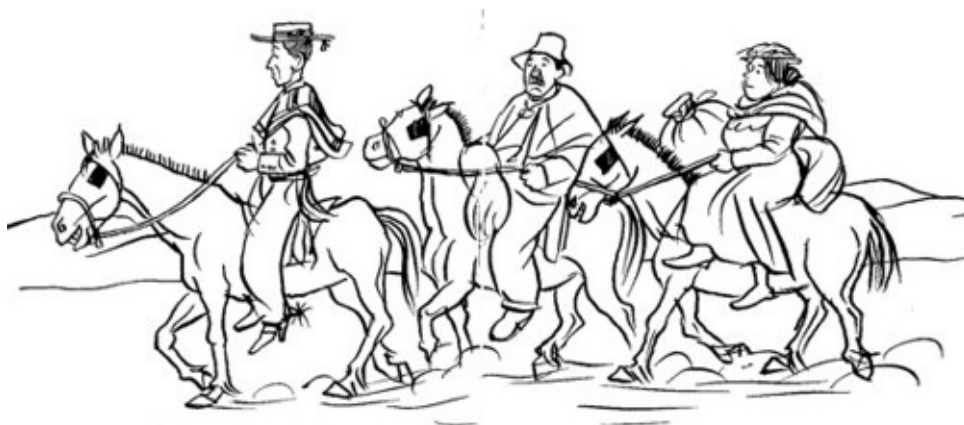
Para evitar nuevos accidentes, encerré las tres aves en el rústico gallinero.

\* \* \*

Al día siguiente, en la mañana, llegaron Plutarco, el hortalicero, y Juana, su mujer. Venían cargados de bolsas y paquetes, que contenían todos sus bienes. En cuanto a volumen, eran más cuantiosos que los míos.

Resultaba necesario trasladarlos inmediatamente a la parcela, porque en mi casa de El Vergel no tenía dónde alojarles. Yo aún no había tenido tiempo de reconocer mi predio; era la ocasión de hacerlo.

Dije a mi administrador que no me habían llegado las monturas de la capital, por lo que tendríamos que hacer el viaje en pelo en las tres yeguas. Le pasé tres sacos, unos cordeles y le ordené fabricar con ellos, monturas y riendas. Pensé en lo práctico que resultaba tener un empleado al cual se podían dar las órdenes más inverosímiles. Al poco rato, partíamos a caballo con todo el equipaje de mi flamante administrador.



Las personas con quienes nos encontramos en el trayecto nos miraron extrañadas. El más ridículo era yo, con mi correcto traje de huaso, sobre un saco y con riendas de cordel.

Después de caminar una hora, más o menos, llegamos a unas casas, cerca de las cuales había un gran letrero que rezaba: «Colonia de San Pedro». Sin decir a mis acompañantes el objeto de mi visita, les pedí que tuvieran mi caballo y aguardaran un instante.

Tal como yo presumía, esa era la casa del administrador de la Colonia. Obtenidos los datos suficientes sobre la ubicación de mi parcela, volví donde Plutarco y su mujer.

Antes de diez minutos llegamos a un cerco viejo con alambres oxidados y a una puerta que, en uno de sus palos, soportaba un letrero con un número ocho. Era mi parcela. La tablilla estaba ladeada, y el ocho, acostado, horizontal. No obstante mis precarios estudios de álgebra, recordé que ese era el signo del infinito. Me pareció un



presagio de la felicidad que encontraría en mi parcela. Entramos en ella, con igual curiosidad, Plutarco, su mujer y yo. Pero fingí conocerla con detalles.

El deslinde norte lo constituía un flojo esterito con sauces y mimbres a sus orillas; al oriente, limitaba con el camino público, donde estaba el cerco de alambres mohosos; al poniente, había una hilera de estacas de roble, clavadas en la tierra y desnudas de alambres, y al sur, estacas, también inalámbricas.

Pero la superficie de terreno encerrada en esos precarios deslindes, mi parcela, no era plana. Esto yo no lo sabía porque nadie en el Instituto me lo dijo y porque yo no supe interpretar el significado de unas rayitas culebreantes que, en el plano del fundo, aparecían dibujadas sobre mi parcela. Creí que eran simples adornos las curvas de nivel.

La parcela número ocho era de una configuración muy semejante a la que tenían las salas de clase de mi colegio. Era un plano inclinado que descendía desde la hilera de estacas del sur hasta unos veinte metros antes de llegar al esterito limítrofe al norte. Allí había una franja horizontal.

El canal de regadío, situado en la falda del lomaje, corría de oriente a poniente, por la parte más alta de mi predio, por lo que era susceptible de regarse íntegramente.

Si mi parcela hubiese sido dedicada a ser una inmensa sala de clases, las bancas de los alumnos se habrían ubicado en toda la pendiente, desde el canal de regadío hasta la franja horizontal. El pupitre del profesor se habría instalado en esa angosta faja plana, a la orilla del esterito que pasaba por la parte más baja.

El aspecto de mi predio era deprimente por su sequedad y ausencia de yerbas, arbustos o árboles.

La inclinación del terreno hacía imposible el cultivo de hortalizas, flores o frutales, las tres especialidades de Plutarco.

En realidad, mi parcela se prestaba, antes que nada, para construir un anfiteatro o para hacer una caída de agua y poner un molino o una planta hidroeléctrica.

Sobreponiéndome al pesimismo que me invadía, dije en tono resuelto:

—Plutarco, haremos de este desierto un vergel. Mi administrador fingió un eructo y respondió: —Bien, señor.

—Empezaremos por hacer una ruca para que pasen los primeros días. Después, haremos una casita para ustedes y otra para mí. Van a tener que sacrificarse un poco. Todo cuesta al principio.

—¿De qué haremos la ruca?

—De mimbre y barro. Necesitamos, eso sí, un hacha, una pala y un chuzo. Mientras yo compro estas herramientas, iré a pedir las prestadas al administrador de la Colonia.

Al momento, tomé mi yegua y partí. No solo le pedí eso, sino también que hospedara, solo por dos noches, mientras se secaba el barro de la ruca, a mi mayordomo y su mujer. Accedió el solitario administrador, contento, quizás, porque así tendría con quien conversar.

Cuando volví, Plutarco ya había cortado, con su cuchillo, muchas varillas de mimbre. En tono solemne, para demostrar la solidez del patrón, les dije:

—Estas dos primeras noches, mientras la ruca se construye, dormirán en la casa del administrador. Ya hablé al respecto.

Vi brillar en los ojos de ambos un resplandor de esperanza.

Les dejé algo de dinero, las dos yeguas, y me fui. Cuando había caminado unos pocos metros, me volví para recomendarles el cuidado de las bestias:

—Vea que tengan de comer esos animales, que son aradores magníficos.

De regreso a mi hogar, meditaba sobre mi porvenir agrícola y el de mi mayordomo trasplantado.

El espinazo de la yegua, enflaquecida por la escasa alimentación, me mortificaba el cóccix. Iba un rato cargado a un lado y después al otro. Pensaba en una montura con gruesos pellones de lana y en riendas de cuero trenzado. Si Plutarco me veía llegar otra vez sobre un saco, perdería la fe y todo se iría al demonio. ¡Si el gerente del Banco me viera con un saco por montura!

Pero no solo necesitaba montura. Me hacían falta tantas cosas: arados, palas, azadones, una casa, una vaca, gallinas, gallineros, dinero para cubrir el sobregiro. Después de mucho meditar llegué a la conclusión de que era indispensable obtener, cuanto antes, el crédito para ampliar gallineros.

Me hice el propósito de ir a la capital al día siguiente.

## Capítulo 31

El empleado de la Sección Créditos del Instituto me dijo que el préstamo no podría otorgarse mientras el inspector señor Roca no visitara mis gallineros y presentara su informe al Consejo. Me recomendó que hablara con él, a fin de convencerle de hacer luego la visita.

El inspector vivía en El Boldo, pueblo cercano a El Vergel, al cual no podía llegarse más que por el camino carretero.

Fui a ver a mi amigo Anastasio Urrutia, que tenía automóvil y le rogué me acompañara a El Boldo, porque era asunto de vida o muerte para mí.

A las ocho y media de la noche llegábamos a la casa del señor Roca y yo golpeaba a su puerta, mientras Anastasio esperaba en el auto.

Salió un individuo bajo, aceitunado, con gruesos anteojos y pelo erizado.

—¿Está el señor Roca?

—A sus órdenes.

Me presenté, extendiéndole mi mano con fervor. Le hablé en tono suplicante; le dije que las gallinas se morían por cientos, por falta de espacio vital; que yo era casado y no quería arruinarme; que necesitaba rápidamente el dinero para ampliar mis gallineros y salvar la vida a esas inocentes avecillas.

Me arguyó que no era hora de hacer visitas de inspección, pues pronto iba a comer.

—Señor Roca, comemos en mi casa y visita usted los gallineros. Después vamos al puerto y nos divertimos. Sea usted alegre. La vida es muy breve, llena de amarguras y mentiras.

El señor Roca guardó silencio, cabizbajo. Tal vez habría pensado antes que la vida no es eterna; que la suya, de empleado público, era muy obscura y arrastrada.

—Señor Roca, tengo en mi bodega vinos antiquísimos. ¿Le gustan los camarones?

El señor Roca me miró a los ojos, sonrió y pude ver sus dientes de todos colores: blancos, plomizos, oro, plata, porcelana. Se veía que había pasado por muchas manos dentísticas, con distintas sistemas y gustos.

Insistí:

—¿Le gustan los camarones?

—Mucho.

Sonriéndole, con ternura, con amor de padre, le cogí por un brazo y le arrastré, diciendo:

—Vamos, la noche es nuestra.

—Espere. Voy a buscar mi sombrero y a dar aviso.

Me fui al coche para recomendar a Anastasio que desplegara toda su simpatía y entusiasmo para con el señor Roca.

En el trayecto propuse pasar primero al puerto, a fin de comprar algunas cositas:

queso, pickles, etc. El señor Roca interrogó:

—¿No se hará muy tarde?

—No, mi amigo; queda casi en el camino.

Llegamos al puerto y empecé a poner en práctica mi plan. Fuimos al club. En la cantina había mucha gente de aspecto distinguido, extranjeros y marinos. Quizás algún barco importante estaba en la bahía.

El señor Roca, con su cuerpo menudo y su traje modesto, parecía un tanto avergonzado. Nada le vendría mejor, para eliminar su autocrítica, que beber unos tragos.

—Señor Roca, ¿qué se sirve?

—Cerveza.

Pensé que emborracharlo con cerveza sería tarea larga.

—Hágame el favor de no preocuparse del costo; con el favor de Dios, la plata no me falta. ¿Le gusta el whisky? —Sí.

Pedí tres whiskies dobles al mesonero.

El señor Roca parecía no haber bebido jamás. Cuando su vaso estuvo seco, su espíritu se había transfigurado. Ya no le preocupaba que los asistentes fuesen de más estatura física y social.

Se sirvió otro whisky y pasó a ser el hombre que yo necesitaba.

Aceptó comer en el club e ir después a un cabaret.

Comimos y bebimos como si nos quedaran pocas horas de vida.

El señor Roca se tornó medio revolucionario y vociferó contra la opresión en que se tenía al empleado público, sus salarios de hambre, etc.

Sería la medianoche, cuando una idea genial, quizás la única que haya surcado mi cerebro, me dio la solución definitiva del problema.

El señor Roca no distinguía, en esos momentos, una vaca de un acorazado, y estaba, por lo tanto, en punto para hacer una inspección de mis gallineros inexistentes.



Recordé que, en el camino de El Vergel a mi parcela, había un gallinero modelo de unas mil gallinas. Al lado había una casita habitada por el cuidador.

—Viejito Roca, ¿qué te parece si vamos a ver mis gallineros?

—¿De qué gallinero me hablas, viejo?

Después de una larga explicación, logré hacerle entender.

El señor Roca demostró en el trayecto ser bastante educado, pues, de repente, empezó a gritar que detuvieran el coche. Paró Anastasio, creyendo que se le había caído el sombrero. El inspector se bajó y vomitó buena porción de alimentos y bebidas. Al principio tuve temor de que, eliminada la causa de su borrachera, cesaran los efectos de esta. Pero luego me tranquilicé al ver que conservaba intacta la embriaguez.

Llegados al sitio donde se encontraba el gallinero, bajé solo, diciéndole al señor inspector que iría primero para ordenar el encierro de los perros.

Golpeé a la puerta del cuidador. Apareció luego un hombre joven, con manta de Castilla y aspecto de haber estado durmiendo.

—Buenas noches, niño. ¿Me podría vender una gallina?

—¿A esta hora? —preguntó muy sorprendido el cuidador.

—He llegado con unos amigos a mi casa en El Vergel y no he encontrado cosa alguna de comer que ofrecerles. Se la pago bien. Alguna que esté tristona y no ponga.

—Güeno, patrón, le goy a vendé.

—¿Puedo acompañarlo?

—Güeno, patrón.

Llamé a Anastasio y al señor Roca y los tres seguimos al cuidador del gallinero.

Mientras el hombre pillaba la gallina, yo decía al señor Roca:

—¿Ves tú?, aquí tengo las gallinas en postura.

Cuando el cuidador se acercaba y podía oírme, decía al señor inspector frases que

no implicaban mi dominio:

—Estos postes son de roble y este alambre es nuevo.

Roca movía la cabeza hacia arriba y hacia abajo y eructaba.

Mientras ellos subían al auto, pagué la gallina y di las gracias a ese inconsciente puntal de mi porvenir.

Interrogado el señor Roca sobre la impresión causada por mi gallinero, manifestó ser magnífica, y que daría un informe favorable. Le insistí varias veces que nunca me había preocupado el sentido del informe, pues había de ser el reflejo de la realidad; que lo importante era la rapidez en evacuarlo. Me prometió hacerlo al día siguiente y lo abracé emocionado. Fuimos a dejarlo a su casa y volvimos a El Vergel.

Carmen estaba despierta, llorando por temor de que me hubiera ocurrido algún accidente.

Aunque mi conciencia estaba limpia, en cuanto a fidelidad conyugal se refiere, sus lágrimas cayeron sobre mi alma.

## Capítulo 32

Prefería no llegar hasta mi parcela. Me impulsaba a ir el deseo de infundir ánimo a Plutarco; pero dábame temor de quitarle la fe al presentarme cabalgando en la yegua, con un saco por montura, con riendas de cáñamo, sin dinero y sin las herramientas ofrecidas.

A los cuatro días, recibí un sobre con el membrete del Instituto de Colonización Agrícola. Llamé a Carmen y le mostré el sobre cerrado. Me rogó que lo abriera pronto. Pero yo, temeroso de recibir una mala noticia y esperanzado de que no lo fuera, empecé a brujulear. Miré el sobre al trasluz, por uno y otro lado; saqué el pliego interior y, sin desdoblarlo, procuraba leer levantando tan solo alguna de sus puntas.

Por último, extendí el papel y pude leer:

El Consejo ha resuelto conceder a usted un crédito por veinte mil pesos para ampliación de gallineros.

Hicimos una lista de cosas por comprar y por pagar. Seis mil pesos a mi primo Patricio; cuatro mil a la Feria de Melipilla, una montura, etc. Total, quedaban cinco mil pesos, para el futuro, mientras la parcela empezaba a dar sus frutos.

Esa tarde pasó por la puerta de mi casa una mujer vendiendo gallinas, y para aplacar mi conciencia, le compré tres, ampliando así al doble mi gallinero. En cierto modo, todo es relativo, yo había cumplido con el objetivo del préstamo.

Al día siguiente, partí a la capital en busca de los veinte mil pesos. Era un viaje feliz; muy distinto de aquel otro que hiciera, días antes, a pedir seis mil a cuanta persona encontrara en mi camino. Ahora tenía la certeza de volver con dinero. Mi aspecto era el de un burgués acomodado. Casi recostado en el asiento del tren, leía y fumaba. A tal punto iba tranquilo que, como la mayoría de los caballeros de sólida situación financiera, dormí gran parte del viaje.

En la capital, me encontré con un comerciante que vendía cabras finas, pagaderas a plazo, y le compré medio ciento. Pronto me las enviaría. Estas cabras eran muy buenas lecheras, según el vendedor; pero, aunque no lo hubieran sido, las habría comprado, porque estaba propenso a adquirir cualquiera cosa que no me exigiera el pago al contado. Ellas darían, a mi parcela, la nota romántica, pastoril. ¡Cómo sería bello verlas ramonear a la orilla del esterito! Plutarco se entretendría con ellas.

Nunca había tenido en mi mano veinte mil pesos, y cuando me los pasó el cajero del Instituto, estuve a punto de perder el conocimiento.

Guardé mi billetera en el bolsillo del pantalón, puse encima el pañuelo y más arriba mi mano. Así anduve hasta estar acomodado en el tren. En el trayecto, no dormí por miedo a los ladrones.

Llegando a la casa, mostraría los billetes a Carmen y después iría a depositarlos al Banco, a fin de impresionar al señor Naranjo.

Al llegar, recibí la mala noticia de que la yegua que teníamos en el sitio de la casa

se había perdido. Quizás no era falta de apego a su hogar, sino que había procedido impulsada por el hambre. Era preciso buscarla. Ahora tendría suficiente pasto y hasta granos de cebada. Y la ensillaría con montura y no con sacos. La que se había fugado era «Ilusión». Salí a la calle, y, al primer hombre que encontré, le dije:

—Oiga, amigo, ¿ha visto por aquí una yegua colorada?

—En la plaza divisé una yegua tuerta comiendo flores.

No podía ser «Ilusión». De todos modos, me dirigí a la plaza.

Allí estaba mi yegua. Un jardinero municipal trataba de echarla. Ella no hacía caso a los gritos y aspavientos del jardinero. Continuaba comiendo con apetito voraz. Dije al hombre que esperara un poco, mientras iba a comprar un cordel para arrastrarla. Una vez laceada, la miré a los ojos. Efectivamente, «Ilusión» era tuerta. ¿Cómo era posible que no me hubiera fijado antes?

Pregunté al jardinero:

—¿Es tuerta esta yegua?

—Más tuerta no habiendo, «pus», patrón.

Pensé que sería mejor destinar otra para mi montura. «Ilusión» prestaría sus servicios como aradora, para lo cual poco importaba que tuviera un ojo o cuatro. Podía haber sido «Ilusión» la que muriera indigestada con plumas, pues la otra tenía sus dos ojos flamantes. Aún conservaba en mi mente la mirada de la agonía, los ojos muy abiertos, como si la espantara la visión de la Muerte.

Pocos días después llegaron por ferrocarril las cincuenta cabras que había comprado en la capital. Me vi obligado a contratar un camión para trasladarlas desde la estación de El Vergel hasta mi parcela. Hice el viaje con ellas.

Desde las trancas del cerco, deslindante con el camino público, hasta la ruca que había construido Plutarco no habría más de cien metros. A pesar de que la bajada de las cabras del camión fue bastante bulliciosa, mi mayordomo no se hizo presente. Serían las tres de la tarde. No era posible que estuviera durmiendo a esa hora. Me dirigí extrañado hacia la ruca, mientras las cabras repechaban felices la loma. Golpeé en una parte de la ruca con innegables apariencias de ser la puerta. Nadie respondió. Entré y vi a Plutarco tendido sobre unos sacos y su mujer al lado.

—Buenas tardes, Plutarco.

—Buenas, patrón.

La voz de mi mayordomo parecía emerger desde el centro de la Tierra. Estaba desencajado y amarillo. Su mujer no presentaba mejor aspecto.

—¿Están enfermos?

—Sí, patrón.

—¿De qué?

—Hambre, patrón.

Sentí deseos de arrancarme un brazo y dárselos a comer; pues sin duda yo era el culpable directo del estado calamitoso en que se encontraban. Les expliqué las razones poderosas que me impidieron llegar antes hasta la parcela.



Les pregunté:

—¿Y por qué no pidieron fiado?

—Nos fiaron tres días, pero después se aburrieron.

Arengándoles, logré que se levantaran y salí con Plutarco a pillar un cabrito. Cuando el conductor del camión me divisó, empezó a tocarme la bocina para que nos fuéramos. Lo despaché. Ya me las arreglaría yo para regresar a El Vergel.

Hicimos una hoguera y asamos al palo el tierno animalito. Mientras esperábamos que las carnes se doraran, les hablé en forma elocuente de cómo el porvenir sería halagüeño. La esperanza les impidió desmayar al sentir el olor apetitoso que exhalaba el asado. Fumaban un cigarro tras otro para aplacar el hambre.

Era muy posible y justo que Plutarco y Juana me odiaran durante mi ausencia; pero, en esos instantes, me miraban con simpatía. Yo era su segundo creador. Cierto que yo los aniquilé y llevé a poca distancia de la muerte; mas ahora les infundía la vida nuevamente.

Comido el cabrito, ellos me pidieron permiso para tenderse en el suelo. Allí les dejé como dos buitres hartos.

Les di el dinero suficiente para alimentarse unos diez días y partí al camino por ver si algún auto o carreta me llevaba a El Vergel. No era posible volver a caballo, porque las yeguas, punceteadas por el hambre, se habían pasado a la granja vecina, cubierta con espesa alfombra de trébol.

Mientras pasaban algún vehículo, eché a caminar. En el peor de los casos, llegaría a pie hasta mi casa. Serían unas tres horas de caminata: adecuada y oportuna penitencia por el daño inferido a Plutarco y Juana.

El camino subía y bajaba por los suaves lomajes. A las orillas, pequeños y ralos bosques de eucaliptos. En los valles hondos, lejanos, se divisaban manchas verdes de vegetación; pero, en general, esas tierras eran secas y estériles. En el camino polvoriento, mis pasos no sonaban. Parecía vagar por caminos de otro mundo y mi pensamiento se fue haciendo triste a medida que el sol declinaba. Nadie apareció por ningún lado. De vez en cuando, el canto de algún pájaro o el quejido de un árbol, me demostraba que estaba vivo. Vivía y amaba, pero en un mundo extraño, solitario. ¿Era yo el mismo que estuvo en un colegio de sacerdotes, que estudió leyes y escultura, que había trabajado en una fábrica y en oficinas de abogados?

¿Qué vínculos tenía yo con ese niño tierno que amara tanto en el balneario de Papudo? ¿Había yo conocido a Beatriz o fue solo un sueño?

El camino se bifurcaba. Uno de los brazos descendía por una loma y el otro daba vuelta ascendiendo por un cerrito escarpado. Seguí por este último y, rápidamente, con agilidad asombrosa, llegué a la cumbre. Allí me detuve y miré hacia el camino descendente. ¡Qué extraño! Divisé a Eustaquio Arredondo, cuya imagen solo había visto reflejada en los espejos, descendiendo por el camino. Lo noté cansado, los ojos tristes, curvadas las espaldas, el paso inseguro.

¿Pero cómo pude verme a distancia? ¿Podía el hombre bifurcarse como los

caminos o los ríos?

Sentí una angustia espantosa, un ansia avasalladora de unificarme, de identificarme conmigo mismo. Tuve un instante de vacío, de ausencia en mi espíritu y ya dejé de verme. Yo iba, en realidad, por el camino que bajaba hacia el valle. A pie por los cerros, pobre, lleno de deudas, sin esperanzas para el futuro mientras mis antiguos compañeros de colegio y Universidad se movilizaban en coches lujosos.

Eso no era posible. Carmen tenía derecho a vivir tranquila como las mujeres de mis amigos. De pronto se alzó en mí un oleaje tumultuoso de amor propio, y decidí jugarme el todo por el todo para surgir o hundirme más aún.

## Capítulo 33

Era necesario construir una casa en mi parcela, para atender mejor los trabajos. Bastaría con que tuviera un dormitorio, comedor, baño y cocina. Después, cuando la tierra me enriqueciera, podría ampliar la casita.

Contraté un maestro albañil y dos ayudantes, y empezamos la construcción.

No consulté arquitecto, y el maestro se atuvo a un croquis muy simple que dibujé en un pedazo de papel de envolver.

La cubierta sería de cartón alquitranado y, por consiguiente, los muros y el envigado no necesitaban ser muy sólidos. Siendo las paredes de tabique liviano, los cimientos podían ser de barro y piedras. Dispuse que la altura de los techos fuera la estrictamente necesaria para permitir la entrada del más alto de mis amigos, un metro y ochenta y seis centímetros. A fin de que pudiera sacarse y ponerse el sombrero, los techos estarían a dos metros del piso.

Estas eran las características de la primera y única casa que por mi cuenta he construido en la vida. El maestro y sus oficiales, modestos en sus salarios, el sábado y el domingo se dedicaban a beber, y el lunes, a «componer el cuerpo».

Yo iba todos los días a la parcela por ver la construcción y el progreso de la rotura de la tierra, realizada por Plutarco. Este trabajaba solo con una yegua, porque nos habían prestado escasamente un equipo completo de riendas y pechera. Además, no había tenido tiempo más que para enseñar a una de las yeguas la labor de arar. «La Pinta» y «La Niña» no habían arado jamás, pese a las virtudes con que el martillero las engalanó. Plutarco me dijo un día que las dos eran tuertas, una del ojo izquierdo; la otra, del derecho. Solo cuando supe que a las tres yeguas sobrevivientes les fallaba un ojo, comprendí cabalmente el sentido del guiño hecho por el gordo emponchado en la Feria de Melipilla.

Ya era tarde para reclamar. Por lo demás, la culpa fue mía y de mi primo, que no advertimos estos defectos. Ni el martillero, ni nadie, me dijo que las yeguas tenían la vista normal. Claro estaba que el antiguo dueño, maliciosamente, había reunido tres animales tuertos por si algún incauto caía. ¡Haberse muerto la única bestia que tenía los dos ojos sanos! Fue, sin duda, una deficiencia en la enseñanza que mi hermano Jorge y Lucho Rojas, su mayordomo, me dieron del arte de catar animales. Ellos me dijeron que había de observar muy bien los «remos», la cruz, la dentadura y otras partes de un caballo; pero nada me insinuaron acerca de los ojos. Me consolé pensando que pude haber comprado cuatro yeguas completamente ciegas.

La casa, a pesar de las borracheras periódicas del maestro y sus oficiales, crecía rápidamente. Yo calculaba los días que faltaban para tener el placer romántico, pastoril y útil de trasladarme con Carmen a vivir allá, rodeado solo de las cabras, las yeguas tuertas, el manso esterito, los sauces, Plutarco y su mujer.

La rotura de la tierra no cundía lo suficiente, porque Plutarco perdía mucho tiempo en atender los reclamos que los demás parceleros le formulaban por los

perjuicios causados por mis cincuenta cabras finas. Todos los días debía suspender temprano la aradura y salir, caballero en una de las yeguas, a buscar las cabras a alguna de las treinta parcelas.

Ventajosa resultaba la ancestral costumbre, de estos animalitos inocentes, de talar en manada. Así era más fácil ubicarlas a gran distancia y traerlas para que durmieran, por lo menos, en la rústica majada, en la cumbre de mi loma.

Plutarco conoció, gracias a las andanzas que le impusieron mis cincuenta cabras, a los otros veintinueve parceleros de la Colonia de San Pedro. Mi mayordomo, buen diplomático y gran pacifista, aprovechaba las ocasiones para pedir prestada alguna herramienta al parcelero a quien le había tocado padecer la visita de las cabras. Él los convencía de su inocencia, derivando la responsabilidad hacia el Instituto, que aún no terminaba los cierros, habiéndose comprometido a hacerlo dentro de un plazo ya expirado. Y los veintinueve parceleros le absolvían y concentraban su odio hacia el Instituto y hacia un «tal Arredondo», personaje fantasmal y pernicioso para ellos.

Cuando tuve la dicha de habitar mi poética casita, en esa loma perdida en la cordillera de la costa, conocí rápidamente a los demás parceleros. Las cabras me los presentaron.

Yo les expliqué mi falta de responsabilidad y ellos llegaron a creer que mis cincuenta cabras eran un elemento natural, ingobernable y fatal, algo así como la tormenta o la sequía. El Instituto pasó a soportar solo el peso de la culpa y a ser el depositario exclusivo de las veintinueve maldiciones diarias.

Analizando la conducta de mis cabras, se me hizo más claro y comprensivo el pensamiento de ese libro que leí en La Serena: «El Hombre Mediocre». Tal como lo expresaba su autor, los individuos anónimos, mediocres, aquellos que integran la masa humana, poseen un instinto gregario, semejante al de los rebaños caprinos.

Lo que hacía una de mis cabras, copiábanlo las otras. Pero me asaltaba la sospecha de que alguna de entre ellas tuviese iniciativa y personalidad propias, a la cual seguirían las demás imitándola. Me puse a observarlas minuciosamente, buscando la cabra no mediocre, señora, genial.

Los movimientos inconscientes de unas influían en las otras, las que a su vez determinaban a las primeras en su rumbo. Un día, iban todas por la orilla del cerco de mi parcela. De pronto, una pasó al otro lado, al camino público; otra la siguió, y, después, todas sucesivamente. Me dije: «Esa cabra que primero traspuso el cerco puede considerarse como original, creadora, genial». Antes de tres segundos, mi hipótesis estaba destruida. Vi que la presunta cabra genial perdía la delantera y se mezclaba en el piño. Después, otra atravesó el cerco en sentido contrario, y, una a una, todas la siguieron.

Durante varias horas, fui como un bobo tras el piño, observando sus movimientos. Cada una tuvo un momento actitudes de conductora de masa, pero solo un instante. Después caían en la mediocridad de imitar a sus compañeras.

No había, por consiguiente, cabra alguna que pudiera considerarse como genial.

De estas observaciones fluía claramente una conclusión: no ser mediocre (cabra o ser humano) implica una constante y mantenida actitud de originalidad e independencia.

Mis cabras eran unas estúpidas. Yo, en cambio, gracias a la lectura de «El Hombre Mediocre», me había independizado del rebaño humano y seguía un camino original, elegido por mi propia voluntad. Mi padre, mis parientes, todos los que me rodeaban, me habían dicho: «Debes ser abogado». Y yo, dando al traste con el Derecho, era agricultor. ¡Qué bonito!

Claro que, algunas veces, me punzaba la duda de si el hecho de estar tan pobre y maltrecho, rodeado de deudas y yeguas tuertas, sería el resultado de no ser hombre mediocre. Pero pronto me guiñaba un ojo a mí mismo y comprendía que esa duda era la tentación enviada por el rebaño humano. Yo no me dejaría engañar por los envidiosos y resentidos componentes del piño de mediocres. Sería leal a las ideas del ensayo leído en «La Puntilla», cuando cavaba el hoyo de mi recuperación física y anímica.

Nos fuimos a la casita de la parcela cuando aún faltaban algunos detalles, tales como vidrios, puertas interiores, etc. Era verano y era posible dormir con las ventanas sin vidrios y no sentir frío. Aún recuerdo el olor a pintura y a masilla y me parece revivir esos días.

La casa fue edificada en la parte baja de la pendiente, a unos cuarenta metros del esterito. Una cosa no fue prevista por mí ni por el maestro: ¿de dónde sacaríamos agua para beber y para el cuarto de baño?

La tina y demás artefactos fueron colocados sobre las baldosas; pero llenarlos o vaciarlos no era cosa posible. La casa estaba a unos tres metros sobre el nivel del estero, y el agua que por él pasaba era floja y pesada como todas las aguas del mundo. No quería subir si no se le persuadía en forma mecánica. ¿Una bomba? No me quedaba un centavo y todas las bombas existentes en el mundo se vendían, pero no se donaban.

Incluso la casita era deudora de varios miles a la barraca y a la ferretería. Plutarco me recordaba todos los días que le trajera semillas de papas, arvejas, etc., y yo algunas veces fingía haberme olvidado, y otras, le objetaba que aún faltaba tierra por romper.

Haciendo un heroico esfuerzo económico, emprendí la construcción de dos hoyos profundos; uno para extraer agua, el otro para recibirla después de servida. Plutarco, el albañil, sus ayudantes y cuanto parcelero llegó a presentar reclamo por los perjuicios de las cabras, me aseguraron que, en los alrededores de la casa, el agua no estaba a más de cinco metros de profundidad.

Al amanecer, lo primero que hacía era asomarme al pozo para ver si el agua había brotado. Llegamos a los diez metros y la tierra estaba allí más seca que en la superficie. ¡Qué diferente era este pozo del que yo personalmente cavara en «La Puntilla»! Aquel me había devuelto la salud, este me robaba el dinero. Cuando ya

perdí las esperanzas de encontrar agua, sentí deseos de enterrar allí a los maestros, para no pagarles sus salarios y como castigo por sus falsos informes. En fin, en este pozo vertiríanse las aguas después de servidas. Pero ¿de dónde las extraería? La única solución, no ideal, por cierto, fue acarrearlas en balde desde el esterito que nacía en una vertiente cercana.

Este sistema primitivo de alcantarillado costó varios kilos de peso a la mujer de Plutarco, que era nuestra empleada doméstica. Preparar un baño de tina significaba cincuenta viajes desde la casa hasta el estero, que distaba cuarenta metros. O sea, que la mujer había de caminar, cargada, cerca de dos kilómetros y agacharse muchas veces para que yo pudiera bañarme. Sentimientos de humanidad me impulsaron muchas veces a sumirme directamente en el estero.

Instalado ya en la casa, podría dirigir y vigilar adecuadamente los trabajos en mi parcela. Pero sucedió que, precisamente en esos días, el dinero me huía como una liebre a un galgo legítimo.

Era indispensable y urgente adquirir semillas, pagar saldos insolutos de honorarios al maestro y sus ayudantes, sueldos atrasados de Plutarco, cuotas vencidas al Instituto, letras al Banco, a la barraca y al mercero.

La carnicería y el almacén de El Vergel me cerraron el crédito. No me quedó otro recurso para subsistir, que empezar a comer cabras. Eran exquisitas; pero, hechos los cálculos, vi que cada plato de asado me costaba alrededor de doscientos pesos. Sin embargo, en tal estado de pobreza, no había más remedio que gastar mucho. Al fin y al cabo, las cabras eran pagaderas a dos años plazo.

Tenía reservados para sembrar el próximo otoño cuatro sacos de trigo genético, importado de Australia, que había comprado al crédito, a precio muy elevado. Hube de comerlo en calidad de mote. Cada plato me costaba cerca de cuarenta pesos.

Como no tenía semillas que arrojar a las tierras abiertas, el alma hortalicera de Plutarco languidecía y se tornaba melancólica. Para distraerlo, lo transmuté en pastor de cabras. Su labor consistió en llevarlas a las pastosas orillas de un tranque, donde era lícito entrar y talar, por ser propiedad común a todos los parceleros.

Todas las mañanas, en cuanto la luz penetraba en mi dormitorio, salía en bata para disponer los trabajos del día, tal como se acostumbra en los grandes fundos. Afuera, ya estaba siempre Plutarco, melancólico, mirando hacia la loma, que, con sus tierras sueltas, parecía suplicar la entrega de semillas.

Después de saludarnos con las frases rituales. «Buenos días, Plutarco», «Buenos días, patrón», daba yo las órdenes para el día, esencialmente las mismas del anterior: apacentar las cabras. La única variante consistía en algún encargo menudo, que podía realizar mientras vigilaba su ganado, tal como coger hojitas de menta o boldo, para tomar infusión después de las comidas.

La falta de dinero me impidió disfrutar de la apacible vida campestre, y todos los días tenía que ir, cabalgando mi yegua «Ilusión», al puerto de San Cristóbal para conseguir prórroga del plazo de alguna letra de cambio, pagaré o sobregiro y a

conseguir nuevos créditos.

Algunos floreros, regalados el día de la boda y que habían escapado a la venta del día siguiente, fueron vendidos entonces, para comprar azúcar, té y otros productos cosechables en mi parcela.

Una cabra nos alcanzaba para cuatro días, y, por consiguiente, ellas, entregándonos sus vidas, nos permitirían subsistir alrededor de siete meses. El trigo genético podría alimentarnos por igual lapso. ¿Y después? Era necesario preocuparse del futuro. Empecé a buscar un mediero y quiso la Providencia dispensarme uno. La tierra recibió la simiente cuando ya había perdido la esperanza. Arvejas y papas le fueron entregadas.

Llegó el momento en que era indispensable regar. El tranque estaba casi seco, y había que esperar el turno, lo cual sucedería en veinte días más. Supliqué al juez regador que me anticipara el agua, porque mis arvejas y papas se morían de sed. Fue inútil. El Reglamento y las instrucciones recibidas del Instituto se lo impedían.

Yo nunca había visto regar faldeos con tanta pendiente como la que tenía mi parcela. Una noche resolví hacerme justicia por mí mismo. La súplica de las amarillentas hojas de mis legumbres y tubérculos me determinó a violar el Reglamento. Cuando todos dormían, trepé la loma con una pala al hombro y llegué al canal. Antes de bajar la compuerta y cavar el borde del cauce para que las aguas se desviarán hacia mis tierras, medité acerca de las razones que justificaban mi actitud, o, por lo menos, atenuaban mi falta. Yo lo hacía por Carmen, Plutarco, su mujer, por el Instituto, la barraca, la ferretería, y, en general, por los innumerables acreedores que deseaban mi resurgimiento económico.

Eché a correr el agua y bajé hacia mi casa. Al pasar por entre las hileras de arvejas les dije en voz alta:

—¡Aguardad! Ya saciaréis vuestra sed, hermanas arvejas.

Mi conciencia estaba tranquila y dormí plácidamente.

Desperté más temprano que de costumbre y escuché un ruido extraño al lado sur de mi casa. Me asomé por la ventana del comedor, y... ¡oh, mil demonios, lo que vieron mis ojos esa clara mañana de enero! Desde el canal, en la parte más alta de la loma, hasta mi casa, se extendía una gigantesca serpiente líquida, plomiza y brillante, que pugnaba por entrar en mi casa. El agua que solté para que regara mis legumbres, maliciosamente se vino toda por una huella angosta y cavó un surco profundo desde la compuerta hasta mi casa. Al llegar a ella, se bifurcaba, la rodeaba como un anillo, volvía a unirse y seguía derecha hasta el estero. El pozo estaba lleno de agua, y, seguramente, sus paredes desmoronadas, pues aún no las había revestido con piedras y cemento. Sentí deseos de lanzarme de cabeza en él y ahogarme; mas preferí trepar por la loma y abrir la compuerta, para que el agua siguiera su curso lícito y así evitar el descubrimiento de mi hurto.

Afortunadamente, ya no recibía visitas de los demás parceleros, porque mis devastadoras cabras andaban vigiladas por Plutarco. Ellos no verían el surco delator.

Cuando llegó mi turno para regar, la siembra estaba en plena agonía. De todos modos, Plutarco le hizo un riego científico, para intentar un milagro de resurrección vegetal. Pero las arvejas lánguidas, presintiendo, acaso, desde hacía mucho tiempo, que no alcanzarían a desarrollarse plenamente, aceleraron el ritmo de su existencia, dando flores pequeñas y cápsulas vanas. No tenían la edad ni la experiencia suficientes para crear; pero, ante el temor de morir infecundas, tras un esfuerzo admirable, habían remedado la obra de sus antepasados. ¡Pobres arvejas mías! Recorrí los surcos, mirando una a una las enfermas matitas, como si fuera un médico sensible que recorre una sala común de hospital. Les agradecí emocionado su voluntad heroica de crear en provecho mío. Pero, estando perdidas, dispuse que sirvieran de alimento a las cabras. Estas, alegres, se las comieron. Medité en la insaciable voracidad de los seres de la tierra. Yo me comía sin escrúpulos a las cabras, y, después, sería devorado por mis acreedores con igual tranquilidad de conciencia. El que no puede crear es devorado.

Me senté en una piedra, en medio de mis arvejas moribundas, y queriendo pasar, ante mí, por filósofo, cavé más hondo en la tierra pobre de mi espíritu. Después de algunas paladas, vi que aun los acreedores materiales más fecundos son devorados, al fin, por la Muerte. Seguí cavando por ver si alguien escapaba a la voracidad de la Naturaleza. Pensé un momento que los creadores espirituales —los artistas, los filósofos— eludían el trágico destino. Sócrates, Dante, Beethoven, Cervantes, Pasteur y muchos otros seguían viviendo aun cuando los gusanos hubieran devorado sus carnes. El espíritu era inmortal. Aun cuando el alma se disgregara al punto de perderse la conciencia individual, los creadores navegarían eternamente en las barcas de sus obras.

Absorto en estos pensamientos estaba, cuando llegó hasta mí Plutarco, diciéndome:

—El «futre» de la barraca quiere hablar con usted, patrón.

—Dile que no estoy —respondí, sin querer bajar del plano etéreo en que me hallaba.

—Ya lo «vido», patrón.

Tuve que enfrentarme a uno de los elementos del Destino, ansioso por devorarme.

Venía, como yo temiera, a recordarme la «*cuentecita*». Le hice entrar en la casa, cuyas maderas él había aportado. Le ofrecí un traguito de vino añejo para estimular el humanitarismo que hasta el más duro de los hombres lleva dentro de sí; pero no aceptó, porque sufría de úlceras estomacales.

Procuré elevar el tono de la conversación, y le hablé de la inmortalidad del espíritu. El dueño de la barraca era español y positivista empedernido. Me respondió:

—Rediez, hombre. No crea usted en sandeces. El que se muere, se «jode».

El tono de su voz era cortante y comprendí que insistir en temas abstractos sería disponerlo en mi contra. Me lancé de lleno en el único tema que le interesaba: el pago de la «*cuentecita*» de maderas.



Al cabo de unos instantes, mi imaginación dio a luz una idea salvadora. Le hablé, en general, de cierta raza de cabras finas, que tenían las siguientes características: daban cinco litros de leche diarios, cuatro crías en el año, sus carnes eran más tiernas y sabrosas que las de otras razas, y comían cualquier cosa, pero su alimento preferido era el aserrín.

Los ojillos del español brillaban como faros.

La semilla había sido sembrada en su mente, y era necesario alimentarla y esperar que germinara. Bien sabía yo lo indispensable que era el tiempo en la germinación y fecundidad de las cosas, después de la lección empírica de las arvejas. Conjeturé que legumbres, ideas o deseos se rigen por un mismo principio evolutivo.

Pensé que si inmediatamente de haberle descrito las cabras le hubiese ofrecido las mías, en compensación del pago de las maderas, habría sospechado.

Le hablé, pues, en forma lata, de las características específicas de estos animalitos, de sus orejas, colas, ojos, oídos, nariz, etc. La idea había crecido en la mente de rulo del español, y dio su primera flor en esta pregunta:

—¿Hay en Chile de estas cabras?

Contesté en forma afirmativa; pero agregué mil cosas sobre la escasez, la dificultad de conseguir que las vendiera quien las tenía y otras cosas por el estilo. Cuando calculé que mi idea, sembrada en la mente de mi acreedor estaba en condiciones de granar, le dije desganado:

—Yo, últimamente, he tenido muchos gastos, porque estoy formando un criadero con esta clase de cabras. Ahora sería ruinoso para mí desprenderme de una sola de ellas, pero, en tres meses más, podré empezar a vender las crías, y entonces le pagaré la cuenta de maderas.

El barraquero encendió el purito de mala clase que se había apagado en sus labios y, en seguida, preguntó:

—¿Cuánto valen sus cabras?

Miré al techo como si me sirviera de pizarra y empecé a murmurar multiplicaciones y restas sencillas, y después le confié el resultado de mis cálculos:

—A mí me han costado, unas con otras, dos mil pesos cada una.

Mi acreedor se desgranó como una espiga madura que se ha tardado en segar.

—Pues bien, deme usted diez cabras y queda cancelada la factura.

—Pero diez cabras, a precio de costo, suman veinte mil pesos y yo le adeudo a usted solamente doce mil.

Después de algunos «quita y afloja», acepté, dejando constancia de que lo hacía por tratarse de una persona que «me había caído en gracia».

En esta transacción perdía yo cuarenta días de alimentación para todos los habitantes de mi parcela. Para salvar la tripulación y el barco es necesario, muchas veces, arrojar carga valiosa al mar.

## Capítulo 34

Supe que el invierno había llegado, porque los calendarios así lo decían, porque los días eran más cortos y el cielo estaba cargado de nubes. Pero las lluvias no vinieron, como todos las deseábamos.

La fábula de la cigarra y la hormiga me pesaba en el alma. Además de haberla leído, yo la había visto escenificada en el cine. Era una película de dibujos animados; creo que de Walt Disney. La cigarra pasó la primavera, el verano y el otoño entregada de lleno a sus aficiones musicales. Era una cigarra violinista. ¡Qué bien se sentía ella, en los meses generosos del año, arrancando al violín las notas de su espíritu travieso e imprevisor! ¡Tara rarara... ra... ra... rarrará!... Pero llegó el invierno duro. Los campos se cubrieron de nieve, y la cigarra guardó su violín. El lápiz del artista tiñó la esquelética figura del insecto bohemio de un color morado, que sugería el hambre, el frío y la muerte.

Aunque mi parcela no se cubrió de nieve, bien comprendía mi alma de cigarra consciente, que llegaban las horas de privaciones. Ya necesitaba las lluvias que, reblandeciendo mis tierras, permitieran al arado de algún mediero removerlas; pero las nubes transitaban por encima de ellas, llevando su carga hacia otros lugares. Les imploré que me cedieran algo a cuenta, al crédito; pero ellas no entendían como los hombres, y seguían inmutables, sordas a mis proposiciones.

Me dirigí al Banco —hormigón previsor que almacenaba todo el año— y me cerró sus puertas.

Aun cuando las cabras finas y el trigo genético me seguían alimentando lealmente, las cuentas de almacén, ferretería, bancarias y demás me hostilizaban. La Feria de Melipilla me había escrito varias cartas, amenazándome con dirigirse a mi primo Patricio, cobrándole el crédito que afianzara. El maestro albañil y sus oficiales llegaron hasta mi casa para notificarme que acudirían a la Inspección del Trabajo. El mediero, que había largado sus arvejas y papas a mis tierras sin agua, hablaba de engaño.

El Instituto me anunció su propósito de reivindicar la parcela si no pagaba pronto las cuotas insolutas. Juana, la mujer de mi mayordomo, me exhibía las várices que le había causado el acarreo del agua desde el estero hasta mi poética casa. Al ver mis escuálidas yeguas tuertas, me parecía adivinarles sordos propósitos de suicidarse comiendo plumas de gallina. Solo las cabras permanecían fieles a su promesa de cooperación: se alimentaban con las yerbas del tranque seco y de los caminos, y me daban generosamente sus sabrosas carnes.

Carmen me alentaba con su inconmovible alegría y belleza. Ella estaba resignada a todo. Si le hubiera dicho que, después de terminadas las cabras, seguiríamos alimentándonos de las yeguas, no habría puesto objeción alguna.

Un día fui al puerto para hablar con el gerente del Banco, y me detuvieron en el trayecto tantos acreedores, que perdí todo el día en hacerlos recobrar la fe en mí y la

esperanza en el pago de sus créditos.

El barraquero español me paró una tarde, en el puerto, para decirme que las cabras no daban leche ni comían aserrín. Hube de improvisar la respuesta, y no ha de haber sido del todo satisfactoria, pues le vi hacer ademanes extraños. Le dije que el aserrín había de dárselo seco; en lo posible después de un año de guarda, y si no daban leche, era porque estaban preñadas.

La situación parecía insostenible. Plutarco, teniendo pocas cabras que pastorear, se aburría y tornaba melancólico. Convencido de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, le hacía acarrear agua y escobillar las yeguas en las horas libres. Pero estos trabajos no lograron ahuyentar las sombras de pesimismo que le cercaban. Por lo demás, escobillar esas yeguas esqueléticas era una labor triste.

—Patrón, esto no da *pa'* más —me decía en las tardes, mientras tomábamos mate a la orilla del fuego.

—Ten paciencia, hijo. El porvenir es de los que esperan con resignación —le respondía yo, pensando que aún no había llegado la hora de abandonar ese desierto. Antes, era necesario comerse la última cabra y el último grano de trigo genético, para así alivianar el equipaje.

Cuando quedaban siete cabras —alimento para un mes— desahucí a Plutarco y su mujer. Les dije que los negocios no marchaban bien; que la agricultura estaba en una época muy mala, y había que buscar otra actividad. Como le debía varios meses de sueldo, le entregué «La Pinta» y «La Niña» en compensación. Plutarco lanzó varios eructos y guardó silencio. Juana miró sus piernas tatuadas y teñidas por las várices, y suspiró.

Desde ese día, no tuve a quién dar órdenes, y me mandaba a mí mismo.

Al despertar, me decía: «Ahora tú eres el pastor. Ve a soltar las cabras y procúrales alimento para que ellas te lo devuelvan en carnes más abundantes».

Las llevaba al tranque seco, y, mirándolas, fumaba sentado en una piedra. Cada cuatro días, una cabra menos me acompañaba. ¡Cómo me daba pena mirarlas mientras comían felices, ignorando que sus días estaban contados! Las conocía muy bien, y sabía cuál estaba más gorda, y les asignaba su turno para morir.

A los pocos días de desempeñar este papel de pastor comprendí la causa del pesimismo de Plutarco. Se le tomaba cariño a esos inocentes animales, y daba pena saberlas condenadas a una muerte ineludible. Nadie ni nada podría salvarlas, porque eran mías, y yo había decidido comerlas una a una.



Poco a poco ese menguado grupo de animales se identificó, en mi mente, con el género humano. Sí; a los hombres les sucedía exactamente lo mismo; unos primero, otros después, todos eran devorados por la Muerte.

Quizá en el alma de Plutarco se operó este mismo proceso comparativo, y fue la causa de su melancolía galopante.

Frente a este pequeño rebaño, no era yo un simple y vulgar pastor, cuya misión es cuidar la vida de los componentes; era, además, el Libro de su Destino. Este cargo — aunque trascendental y muy honorífico— resulta trágico y deprimente.

Cuando faltaban cuatro días para que yo abandonase la parcela, y fui con la última de mis cabras al tranque, mi posición ya no era de Libro del Destino, sino la de un vulgar asesino.

Me senté, como siempre, en la piedra grande, a la orilla de la extensa y cóncava llanura. La cabra se fue caminando lentamente, y comía muy poco. Acaso echaba de menos la presencia de todas sus antiguas compañeras, o, en último caso, la de aquella que el día anterior la acompañó.

Anduvo mucho, como si quisiera alejarse de mí. Poco preparado para desempeñar el cargo implacable que corresponde al Destino, en un instante de debilidad sentimental, resolví dejarla libre, entregada a su propia voluntad. Si ella trasponía los cercos que rodeaban el tranque, la dejaría irse, escapando a la muerte. Le di una opción que no tiene el destino del hombre, quien, por mucho que se aleje y huya, siempre encuentra la muerte.

Yo estaba angustiado, y quería gritarle que huyera, sacrificando mi alimentación de varios días. Pero ella no me habría entendido, y la dejé entregada a su escasa deliberación.

Después de ramonear por todos lados, como si quisiera llevarse un recuerdo de cada rincón de la llanura, echó a caminar hacia mí, su verdugo.

Me volví con ella a la parcela y la llevé hasta la majada solitaria. Se tendió en el corral, silenciosa, y me miró a los ojos, como expresando que ya podía irme, sin ningún temor por su fuga. Dos lágrimas cayeron de mis ojos, y bajé angustiado la loma, hacia mi casa.

No muchos días antes yo había publicado un aviso en el periódico principal de la capital, que rezaba así:

Por viaje, vendo preciosa granja a un paso del puerto de San Cristóbal.  
Treinta hectáreas de primera. Cercos inalámbricos.

Al colocar este aviso, no sentí escrúpulos, pues no era falso. En realidad, yo tendría que hacer el viaje para irme desde la parcela hasta la casa de mi suegra, en la capital. Las treinta hectáreas eran de riego, siempre que hubiese agua en el tranque. Las tierras eran de primera, en el sentido de que ningún vehículo, por potente que fuese su motor, podía subir ese lomaje en segunda o en tercera velocidad. Los cercos evidentemente eran inalámbricos.

Un caballero jubilado, que deseaba pasar sus últimos años en contacto con la naturaleza, fue a visitar la parcela, y sintió por ella un amor a primera vista. Yo no quise desilusionarlo, porque siempre he creído que, en materia de amor, no se debe discutir.

Por otra parte, era indiscutible que mi predio se prestaba mucho para pasar los últimos años en contacto con Natura.

El precio que fijé me permitía pagar al Instituto y a todos mis acreedores.

Después de un año de trabajo —relativamente agrícola— me encontraba en la misma situación de antes: sin un peso de capital.

En el mismo periódico en que anuncié mi propósito de vender la parcela, publiqué, días después, un aviso que pregonaba mis deseos de administrar un fundo.

Estaba redactado en los siguientes términos:

Joven casado, sin vicios, con experiencia agrícola, se ofrece para administrar fundo valioso. Garantizo doblar utilidades.

Mi experiencia agrícola podría, tal vez, considerarse como amarga; pero era, al fin y al cabo, una forma de experiencia. Yo era casado, sin vicios. Al garantizar el doble de las utilidades, tomaba como punto de referencia las obtenidas en mi parcela. No mentía. Algunos, acaso entendieran que yo me refería a las utilidades logradas en el fundo de ellos; pero eso era un error de interpretación que no afectaba mi veracidad. ¿Cómo podían imaginarse que yo garantizaba doblar utilidades cuyo monto desconocía en absoluto? Error del lector. Allá él.

Para desgracia mía, sin embargo, no hubo equivocados.

## Capítulo 35

Ni un centavo en el bolsillo, hospedado en casa de mi suegra, y cesante, pensé que había llegado la hora de dedicarme a la política.

Se aproximaba una elección presidencial, y los partidos se comportaban atentos y cariñosos —casi paternas— con cualquier individuo, por infeliz que fuese, siempre que tuviese derecho a voto.

Las paredes de las casas ya no recibían inscripciones groseras de los canillitas, sino que servían de pizarrones a la propaganda política. En las paredes blancas se escribía con pintura negra y en grandes caracteres el nombre de los candidatos, precedidos de las formas verbales «Viva» o «Muera». Otros propietarios debían soportar que, en sus muros, se escribiera «Vote por Pérez», o «Vote por Rodríguez».

Una tarde, cuando ya la luz del sol era remedada por la que inventaron los fantoches humanos, me llegué avergonzado hasta la Secretaría del Partido X.

Los menesterosos eran atendidos por los empleados con tal delicadeza, que daba la impresión de haberse suprimido transitoriamente los hábitos eternos del egoísmo humano.

Acudí a la Secretaría que trabajaba por la candidatura de Pérez, con las mismas razones con que pude haber llegado hasta la del contrincante Rodríguez. Yo no conocía el programa de ninguno de ellos; de haberlos estudiado, siempre me habría sido indiferente dar mi voto al uno o al otro. Era un escéptico en materia de política.

En el recibo de la vieja casona, habilitada para la pesca de votos, encontré a un amigo que estaba cesante hacía mucho tiempo, y parecía ser uno de los jefes de la campaña electoral pro Pérez y uno de sus más fervientes admiradores. En cuanto me divisó, salió a encontrarme con los brazos abiertos, gritando:

—¡Viva Pérez! ¡Viva!

Yo le respondí avergonzado, y en voz baja, como si estuviese afónico:

—Claro. Ese es mi deseo: que el señor Pérez viva y en calidad de Presidente de la República.

Parece que mi respuesta le agradó, no sé si por su elocuencia o por su sobriedad; volvió a estrecharme entre sus brazos, como si hiciera mucho tiempo que no nos viéramos, y volvió a gritar:

—¡Viva Pérez!

Esta vez ya no pude responder más que con un carraspeo, sentí cómo se erizaba mi cuero cabelludo y pugnaba por salir de mi boca: «¡Muera Pérez!»

Pidió permiso para abandonarme unos momentos, porque había divisado que iba entrando en la casa un pordiosero, y deseaba atenderlo.

En esos momentos me topé con Juan Ramírez, excompañero de colegio, y trabamos conversación.

—¿A qué te dedicas, Juanito? —le interrogué con verdadero interés.

—Hace seis meses que me arruiné en el campo, y no tengo qué hacer —respondió

con franqueza mi simpático amigo.

—¿Te gusta Pérez? —le dije, fingiendo algún entusiasmo electorario.

—Mucho —me respondió desganado.

—A mí también.

Luego llegó hasta nosotros el entusiasta propagandista de Pérez, que ya había servido al menestero, y nos preguntó en tono confidencial:

—¿Quieren ir a Purín dos días antes de la elección?

—¿Dónde queda Purín? —preguntó Juan Ramírez.

Nos explicó que estaba muy distante, a veinte horas en ferrocarril, hacia el sur.

Le manifestamos que nuestro espíritu de sacrificio nos llevaría a dar la vuelta al mundo, si el triunfo del candidato Pérez así lo exigiera.

Quedamos convenidos. Iríamos a las órdenes del señor González, quien iba a ser el tesorero de la campaña en Purín. Mucho nos alegramos de no tener responsabilidad económica en esta gira política. Nuestra misión sería de propaganda. Deberíamos pegar afiches, rayar las murallas, el pavimento de las calles y cuanto espacio adecuado encontráramos.

Podríamos usar y abusar de la palabra para demostrar la conveniencia de que Pérez fuera «el primer mandatario del país».

Confesada nuestra inexperiencia en campañas electorales, se nos aconsejó practicar en la capital las maniobras de pegar afiches y escribir el nombre del candidato en las fachadas de las casas. Una noche salimos con este objeto; pero Juan y yo dimos por terminado el aprendizaje después de pegar dos afiches y escribir dos «Viva Pérez» en los muros de nuestras propias casas. Juan era poco dinámico por la natural inercia de sus ciento veinte kilos de peso, concentrados en un metro sesenta de altura; yo, por escepticismo político.

Se nos invitó a una asamblea del Partido X, con el objeto de que aprendiésemos oratoria.

Un asambleísta pidió al presidente de la mesa que le concediera la palabra, y le fue otorgada. Cuando había dicho algunas pocas palabras, que se notaban aprendidas de memoria, otro asambleísta le gritó:

—No hay tiempo para hacer literatura.

El orador se puso lívido de cólera, detuvo un instante el aluvión de su elocuencia, y luego prosiguió, aparentando desprecio por el impertinente que le había interrumpido. Pero el arpón había dado en el blanco, y el orador empezó a titubear. Hizo una pausa que revelaba claramente haber olvidado su discurso. Miraba a la concurrencia con ojos de vacuno, como pidiendo indulgencia o inspiración; pero los asistentes le miraban impávidos. Después tomó la decisión de improvisar, y, tartamudeando, dijo que Pérez era un hombre «probo» un «crisol de honradez», una «promesa para el futuro», «una garantía de bienestar colectivo», y muchas otras expresiones técnicas y manoseadas de la jerga política.

La asamblea recobró la confianza en el orador, al escuchar este rosario de lugares

comunes, y él pudo terminar en forma brillante, diciendo:

—Es por esto, correligionarios, que yo pido tres *ras*, no por Pérez, sino por el Presidente de la República: Alberto Pérez Muñoz.

Las manos de los asambleístas chocaban, produciendo un ruido ensordecedor. Algunos gritaban: «Bravo». «Muy bien.»

Después ocupó la tribuna un joven pálido, con lentes, manos alargadas y ponderada acción, quien, con voz pausada, pronunció un discurso conceptuoso. Habló de la evolución, los ciclos históricos y el alma de los pueblos. Sus palabras revelaban cierta cultura. Los asambleístas parecían fastidiados, y hablaban entre sí. Terminó el orador, y le aplaudieron desganados, como si se regocijaban de su silencio.

Me formé un concepto claro de la oratoria política, y me hice el propósito de no utilizar de la cabeza más que la boca, en el caso de hacer uso de la palabra en nuestra gira política.

Dos días antes de la elección, estábamos con Juan en el tren nocturno a Puerto Grande. Eran las ocho de la noche. En la estación había gran tumulto y algazara, porque muchos partidarios de Pérez y miembros del Partido X fueron a despedir a las diversas comisiones que partían al sur. En las naves de hierro y cristal, tiznadas de hollín, resonaba el nombre de Pérez. Partidarios y delegaciones del candidato contrario se encargaban de poblar el ámbito de «Viva Rodríguez».

Siempre me parecieron las estaciones ferroviarias templos adecuados para meditar sobre la fugacidad de las relaciones humanas. Hay en ellas una melancolía, una sugerencia latente sobre la separación definitiva de los hombres. Pero esa noche me parecía que borrachos y prostitutas se habían introducido en el templo de los dioses para profanarlo. Y yo era uno de esos sacrílegos.

Propuse a Juan que nos trasladásemos al carro comedor. Pedí whisky y bebí rápido para emborrachar mi conciencia. Cuando el tren corría, mi espíritu no estaba apesadumbrado. Si yo aparecía mezclado con esa troupe de payasos circenses, era por necesidad. Si hubiese sido libre, no me habría incorporado a esa farándula de charlatanes. Pero Carmen y mi hija pequeña me pedían, silenciosamente, que velara por ellas, y yo no podía abandonarlas. Sin capital, título profesional ni oficio alguno, no me quedaba más camino que el de la farsa.

Comimos bien y bebimos más de lo conveniente. Juan era un gastrónomo refinado, y, estando con él, era casi imposible levantarse de la mesa sin tambalearse.

En la fétida pieza de baño del carro, vomitaba yo, al poco rato, y murmuraba en voz baja: «Muera Pérez».

Tambaleándome, miré fijamente a Eustaquio Arredondo, reflejado en el espejo, con el rostro congestionado, los ojos enrojecidos y húmedos. Desde el fondo de mi espíritu me brotó un insulto que afloró a mis labios, junto al tufo de alimentos acres y arcadas dolorosas:

—¡Estúpido!

Juan, sabiendo que todo cuanto consumiéramos sería pagado por el señor



González, nuestro jefe, y al final de cuentas por Pérez y el Partido X, parecía dispuesto a reventar comiendo.

Al día siguiente despertamos con la boca seca, como si hubiésemos comido polvos de talco, y con un dolor de cabeza terrible.

Desde el camarote alto me asomé hacia abajo y dije a Juan:

—A Purín llegará mi cadáver. Estoy muy enfermo.

—Yo también. Vistámonos para ir al carro comedor a «componer el cuerpo» —respondió mi amigo.

Obedecí sin tener la convicción de que mi cuerpo pudiera ser mejorado. En el comedor, Juan llamó al mozo y le pidió dos gin con ginger ale.

—Yo no tomo ni una gota más —dije.

—Entonces seguirás fregado.

Al verlo ingerir el vaso de gin con ginger ale, me dio sed y seguí su ejemplo. A los pocos minutos, el dolor de cabeza había desaparecido y una corriente de calor y energía recorría mi cuerpo. Desde ese momento adquirí una confianza ciega en la magia de Juan para «componer el cuerpo». Repetimos la dosis, y quedamos en espléndidas condiciones. Yo me torné eufórico, y, aunque el carro venía vacío, grité:

—¡Viva Pérez!

Al mediodía, no comimos ni bebimos mucho, pues dentro de poco seríamos recibidos en Purín por el presidente del Partido X de ese pueblo, y era conveniente presentarse con la mente despejada.

Nuestro jefe, el señor González, seguiría hasta Puerto Grande, y nosotros deberíamos permanecer hasta el día siguiente en Purín, haciendo propaganda a Pérez.

Al llegar, el señor González se abrazó al presidente del Partido, y juntos gritaron: «¡Viva Pérez!». Juan y yo le fuimos presentados.

Luego el tren siguió su marcha, llevándose a nuestro jefe, quien desde la plataforma nos miraba fijamente y nos gritaba: «¡Viva Pérez!» Levantando los brazos en alto, respondimos a coro: «¡Viva!»

El cielo estaba cargado de nubes, pero hacía calor y una resolana que aletargaba. ¡Con cuánto placer me acostaría a dormir siesta!

Caminamos con el presidente del Partido y otros de sus miembros hacia el pueblo de Purín. Aquel era un fanático partidario de Pérez, y nos preguntó:

—¿En qué forma se ha llevado la campaña en Santiago?

Comprendimos que la pregunta rebasaba nuestros conocimientos. Yo contesté en tono grave y cortante:

—Muy bien.

Se produjo un silencio desagradable, y lo llené con toses y carrasperas fingidas. El presidente también tosió.

Después hablamos de los cambios atmosféricos en relación a los resfríos, gripes, etc. El presidente debe haber pensado que mi respuesta lacónica y tan general, que nada explicaba, obedecía a consignas impartidas por la directiva, porque no volvió a

preguntarnos sobre los sucesos de la capital.

Juan iba entusiasta, dinámico. Pensé que, tal vez, le daba energía el deseo obsesionante que tenía de tomar chicha de manzana. Durante el viaje me habló de ella con emoción. Él la había bebido, en su juventud, en el fundo sureño de su padre.

Llegamos al pueblo de Purín. Yo no comprendía por qué el señor González nos dejaba en ese pueblucho insignificante, cuando nuestra labor debía realizarse en Puerto Grande. Sospechaba que podía ser para inspeccionar y guiar la actuación del presidente. Quizás nosotros, por venir de la capital, ocupáramos en Purín una jerarquía más alta que la del presidente del Partido. Era posible que yo, incluso, estuviese facultado para obligarle a rendir cuenta de su labor.

—¿Quiere mostrarme la forma en que usted ha llevado la campaña presidencial?  
—le interrogué.

—Con todo gusto, señor.

Nos condujo a la Secretaría, y nos exhibió listas de electores, afiches, votos y otras tonterías que yo ni siquiera miraba. Inspeccionada la Secretaría, Juan preguntó maliciosamente:

—¿Qué tal son los vinos de esta región?

El presidente contuvo la risa, que le venía tumultuosa, y respondió:

—En esta zona no hay viñas, señor.

Juan hizo un gesto de desprecio a la región. El presidente lo interpretó debidamente, y pareció sentirse herido en su orgullo regionalista. Pero reprimió, por disciplina, una respuesta airada:

—Pero tenemos chicha de manzana.

—Eso está bueno para los niños y los viejos.

El presidente rio de la ignorancia fingida por Juan en materia de bebidas alcohólicas.

—¿Usted ha probado la chicha de manzana? —inquirió irónico el presidente.

—No; cuando yo era niño prefería los caramelos.

Juan acompañó su respuesta de una risa cordial y el presidente pareció curado al instante de su vanidad herida. También rio y reímos todos, porque, en realidad, estábamos muy desocupados.

—¿Quieren probarla? —preguntó con el rostro iluminado el presidente.

Para evitarle a Juan una retractación, respondí:

—Con todo gusto.

Nos trasladarnos a una quinta en que había una cancha de palitroques. Hubo acuerdo unánime para jugar una partida. Después de lanzar cada bola, el jugador se tomaba unos tragos de chicha. Pronto el juego de palitroques resultó ser un pretexto incómodo y peligroso para beber, porque nos producía mucho calor y, además, las bolas ya no corrían por las tablas enceradas, sino que volaban por rutas imprevistas.

Parece que el presidente estaba tan enamorado como Juan de la chicha de manzana, a juzgar por la devoción con que la paladeaba. Mi amigo abjuró de su error

declarando en tono vibrante —tanto que con su accionar ampuloso quebró dos vasos — que la chicha era superior al vino, al champaña francés y a la ambrosía de los dioses del Olimpo.

Debió buscarse un nuevo pretexto para seguir bebiendo y se invocó el nombre de Pérez, su próximo triunfo y otras cosas más. Ya se anunciaba la noche cuando salimos de la quinta tambaleándonos y fuimos a visitar una fábrica de sidra de manzana de un alemán, quien gustoso nos echó chicha en el cuerpo.

Recuerdo estar en una pieza, en la fábrica, rodeado de los dirigentes de la campaña, y disertar sobre la personalidad de Pérez, como si se tratara de un hermano gemelo, aun cuando no tenía antecedente alguno. Dije que era alto, rubio, fornido, hombre de muy pocas palabras, enérgico y justiciero. Después de haber relatado, con abundancia de detalles, la vida de Pérez, hice un paralelo entre el hombre mediocre y el genio. Nuestro candidato era, para mí, el prototipo del genio.

Incluso revelé ciertas debilidades de Pérez: la chicha de manzana y las mujeres. Dije que, en su juventud, había estado en el sur y en tres días había ingerido tres arrobas de chicha. El presidente hizo la reducción de arrobas a litros y dijo que había bebido noventa y seis litros. Alguien concluyó que, seguramente, se habría embriagado. Rechacé la hipótesis. No: Pérez tenía muy «buen diente» y los noventa y seis litros de chicha habían sido acompañados de varios kilos de carne de cordero, charqui y otras cosas que yo, en esos momentos, apetecía.

Parece que Pérez y yo nos habíamos identificado con el alma del auditorio y alguien propuso comer un cordero asado. La idea tuvo ecos y varios sugirieron proyectos para realizarla al instante. El dueño de la fábrica ofreció un cordero. Se discutió su ofrecimiento. Un animal recién sacrificado estaría fatalmente «aguachento» y lacio. Uno de los asistentes dijo que conocía un sistema para superar este inconveniente, pero nadie le creyó. Por acuerdo unánime, se aceptó la proposición del presidente del Partido que consistía en buscar en el pueblo algún cordero sacrificado con anterioridad. Se mandó una comisión de personas competentes para indagar el asunto. Estarían facultados para adquirirlo a cualquier precio. El dueño de la fábrica de sidra extendió un cheque en blanco para hacer el pago.

Después de este acuerdo y los continuos brindis por Pérez y por la delegación de Santiago, el grupo que me cercaba, por estar pendiente de mis palabras, se relajó un tanto y pude moverme dentro de la casa con cierta libertad. Me trasladé a la habitación contigua, donde estaba Juan dictando cátedra, con un «potrillo» de chicha en la diestra.

Parece que mi amigo había seguido un método distinto de exposición, pues, cuando yo me sumé a los oyentes, él decía:

—Pérez es un hombre bajo, de mi estatura, grueso, casi obeso, moreno, amigo de la charla. Pero no crean que no sea un hombre poco sobrio. Al contrario, casi no prueba bocado y bebe dos o tres tragos a lo más.

Su auditorio no estaba menos atento ni menos convencido que el mío. Llegué a la conclusión de que Pérez se imponía de cualquier manera que se le presentara. Era un genio típico. Preferí retirarme del círculo de los auditores de mi amigo.

A los pocos minutos, llegó un individuo que, después supe, era el escribiente de la notaría, y me dijo:

—Su amigo dice que el señor Pérez es bajo, moreno y hablantín.

Comprendí, a pesar de las nubes mentales que la chicha me formaba en rededor, que este infeliz trataba de hundirme, y respondí altivo:

—Mi amigo está hablando del hermano de Pérez, que es íntimo amigo de mi amigo.

Esta repetición del vocablo «amigo» puso confusión en la cabeza del escribiente, el cual ya había bebido bastante. Trató de defenderse y dijo:

—Créame, señor, que no le entiendo.

—Escuche usted: mi amigo, prototipo de los iconoclastas excéntricos, entre los psicoanalistas modernos, es ambiguo por antonomasia, y cuando usted le escuchó, no se refería a Pérez, sino a su hermano.

El escribiente bajó los párpados y se afirmó en la mesa que había en el centro de la sala.

Al verle confundido, cambié de tema y le pregunté:

—Diga, amigo, ¿usted es partidario del caballo chileno o del pura sangre?

El escribiente polemista quedó desconcertado. Tal vez pensó que su calidad de provinciano le impedía comprender la legitimidad de este brusco cambio de tema. Me ofreció un vaso de sidra y contestó, humilde:

—Para mí, no hay como el caballo chileno.

Me hundí en profundas lucubraciones sobre nuestra raza caballar y vi, con alegría, que se me juntaba auditorio.

En la mitad de mi conferencia equina llegó la noticia de que se había encontrado un cordero sacrificado el día anterior. Desde ese momento, Pérez pasó a segundo término y la conversación se desvió, por causas ignoradas, hacia las armas de fuego. Unos abogaron por las pistolas; otros, por los revólveres; estos tuvieron mayoría.

También se discutió sobre si el vino tinto era superior al blanco o viceversa, y sobre la mayor eficacia defensiva del box o el *jiu-jitsu*.

Después de comida, el presidente del Partido X contó algunos chistes de Don Otto y Fritz y en seguida todos hicieron lo mismo.

Más tarde fuimos al cabaret del pueblo, que funcionaba en un bodegón húmedo y oscuro. En un extremo, una tarima soportaba un piano y a un ejecutante cadavérico, metido en un sobretodo negro verdoso. Sus gafas, remendadas con huincha aisladora, y la inmundicia de su cuello hablaban de la pobreza del pianista.

Algunos chonchones de carburo correteaban las sombras hacia los rincones del bodegón.

Las notas del piano, jamás afinado, tenían acentos lúgubres y parecían emerger

del mismo infierno, a través del fúnebre instrumento.

No había allí ni una silla. Solo un mesón donde se atracaban los que deseaban beber. Habría unos ochenta hombres y solo unas diez mujeres, desdentadas y mal vestidas; seguramente, prostitutas del pueblo carbonífero vecino.

Era evidente que el atractivo del cabaret residía en la audición de piano. Debido a esto, quizás, el escuálido pianista era obligado a ejecutar por espacio de veinte o treinta minutos seguidos. Descansaba no más de cuatro o cinco y volvía a golpear como un autómatas sobre la amarillenta y cariada dentadura de ese monstruo musical.

Se apagaron las notas del piano y se encendió en el penumbroso recinto de mi mente la luz de una idea. Era la ocasión de hacer propaganda al candidato que nos costeaba el consumo de chicha y cordero. En el súbito y hondo silencio que inundó el bodegón, sin darme cuenta, grité:

—¡Viva Pérez!

Varias voces respondieron rabiosas:

—¡Muera!

Al instante, otros gritaron:

—¡Viva!

Como fuegos artificiales empezaron a surcar el ambiente, cargado de humo de cigarrillos, gritos antagónicos:

—¡Viva Pérez!

—¡Viva Rodríguez!

—¡Muera Rodríguez!

—¡Muera Pérez!

Comprendí que había lanzado una chispa sobre un polvorín. Ya nada podía hacer. Juan me dijo en voz baja:

—La cagaste.

—Así es —le respondí.

La gritería se hizo ensordecedora, y el pianista, quizás con el propósito de apaciguar los ánimos, se lanzó a tocar con estrépito. Fue inútil: no hizo más que aumentar el bullicio.

Un individuo fornido y de rostro siniestro se dirigió hacia mí y empezó a vociferar, en forma diabólica y por demás confusa; pero, por su gesticulación violenta, se podía presumir que no me felicitaba ni bendecía. Yo miraba fijamente sus ojos de fiera, pensando agacharme cuando viera venir sus puños.

De pronto, un desconocido se interpuso y después de decirle: «Deja al futre», le lanzó una bofetada que hizo crujir la feroz mandíbula de mi presunto agresor. Pero este no cayó al suelo, como yo esperaba, y ni siquiera retrocedió. Parece que el golpe, enardeciéndole, tonificó sus músculos y se lanzó iracundo sobre mi providencial defensor. Las bofetadas iban y venían como elasticazos y la sangre brotaba de los rostros. Mi defensor llevaba la peor parte. De pronto, el boxeo cedió su lugar a la lucha romana y trezados cayeron al suelo. Disimuladamente, yo lanzaba pataditas en

la nariz y en los ojos a mi enemigo.

Al parecer, este violento ejercicio produjo a uno de los luchadores una alteración digestiva, y el olor que se esparcía por el ámbito del bodegón era tan nauseabundo, que los espectadores empezaron a intervenir para finiquitar la pelea.

Separados los combatientes, se comprobó que el causante del mal olor era el partidario de Pérez. El presidente del Partido, en vista de la pestilencia del ambiente, nos propuso retirarnos, y así lo hicimos. Con esto, dimos ese día por terminada la labor eleccionaria en Purín y nos fuimos a dormir.

La luz del alba despertó al mozo del hotel, y este, en cumplimiento de nuestra orden de la noche anterior, se dedicó a la tarea de devolvernos la conciencia. Después de mucho trabajo logró despertarnos y convencernos de que deberíamos levantarnos para ir a Puerto Grande a conquistar votos.

Durante la votación, nuestra labor consistía en seguir al votante desde la Secretaría hasta la urna; vigilarle en el trayecto; no dejarle hablar con nadie e impedir que cambiara el voto previamente puesto en un bolsillo determinado. El votante no debía tardar más de diez segundos dentro de la casucha privada. Nuestros puestos tenían el título de «acarreadores».

Debo confesar que mi estado mental era tan poco lúcido que el votante, en el trayecto desde la Secretaría hasta las mesas sufragadoras, se me perdía varias veces. En varias ocasiones seguí a otro individuo que no iba a votar, y vine a darme cuenta de mi error cuando le vi entrar en su domicilio.

Mi sueño y cansancio eran tales, que, mientras un votante entró en la casucha privada, me senté en un banco y me quedé dormido al instante. Después de un rato, Juan me despertó.

A las cuatro de la tarde terminaron las elecciones y nos fuimos al hotel para dormir, con gran extrañeza de nuestro jefe, que se quedó pegado el oído a un receptor de radio, para saber el resultado del escrutinio.

A las siete nos fue a despertar. Lo vimos tan abrumado que, olvidados de la elección, le imaginamos enfermo. Con voz cansada y melancólica, dijo:

—Todo se ha perdido.

—¿Qué cosa? —preguntó mi obeso amigo.

—Salió Rodríguez.

—¡Ah!

Mis esperanzas políticas se quebraron como un cristal, sin posibilidad alguna de recuperación.

## Capítulo 36

Vuelto a la capital, coloqué nuevamente avisos en un periódico, ofreciendo mis servicios como administrador agrícola. Pero esta vez agregué otra cualidad: conecedor de los «campos sureños». En realidad, en mi gira política había conocido, desde la ventanilla del tren, los campos del sur de mi país.

Una noche, la capital fue remecida con violencia por un largo temblor. La tierra parecía ondular como la superficie del mar. A la mañana siguiente, los periódicos anunciaban que un terremoto de violencia insólita había dejado en ruinas varias ciudades del sur.

Parece que el hecho de ser «conecedor de los campos sureños» impresionó a un lector de mi aviso, porque a los tres días recibí una carta citándome para estudiar un posible contrato de administración agrícola.

Muy circunspecto, me presenté ante él con tres cartas de recomendación. Ese mismo día firmamos un contrato. Yo debía irme cuanto antes, porque en el fundo «El Bramadero» no había quedado piedra sobre piedra, y el socio que vivía allá pedía con urgencia un administrador.

Partí al día siguiente, dejando a Carmen y a nuestra hija con mi suegra.

Después de diez horas de viaje en auto llegué a la estación de Colchún, epicentro del terremoto. Desde allí había que tomar el camino hacia la cordillera. Durante el trayecto solo se veían ruinas y gente abrumada. No solo las casas se habían derrumbado: árboles y postes telegráficos estaban tumbados en el suelo.

Don Heraclio, codueño de «El Bramadero», después de saludarme muy compungido, me hizo un relato minucioso de la catástrofe. Mientras hablaba, me iba mostrando el estado en que quedaron la casa, los graneros, la bodega de vinos y demás construcciones del fundo.

Me dijo que al poco rato de haberse metido en el lecho, sintió un ruido subterráneo como si un gran número de caballos galopara desde la cordillera hacia el mar. Terminado ese ruido, empezó un ligero temblor, y pensando que sería uno como tantos, no se levantó. Pero, de pronto, empezó a ondular la tierra como un mar tempestuoso. Saltó don Heraclio de su lecho y corrió a través del corredor hasta el jardín. Allí, sujeto de una reja, apenas podía mantenerse en pie. Los edificios crujían y danzaban como juguetes movidos por un niño destrozón. Las empleadas, únicas acompañantes de don Heraclio, aullaban como lobos y, de rodillas, se golpeaban el pecho, clamando: «¡Misericordia!»

Los amplios muros de la bodega de vinos no cayeron, pero el techo se hundió, quebrando gran número de cubas y toneles. Ochenta mil litros de vino salieron por la rendija de la puerta y corrieron por las acequias. Los inquilinos, aterrados, llegaron a la casa del patrón y, al ver correr el vino, lo bebían para ahuyentar el miedo.

Yo había llegado al mediodía a «El Bramadero» y estuve hasta las dos de la mañana oyéndole hablar de terremotos en general y en especial del de Colchún. Hizo

un estudio comparativo de los terremotos de San Francisco, Yokohama y otros. Como las paredes de los tres cuartos que quedaron en pie estaban agrietadas e inmundas, don Heraclio las utilizaba como pizarrón y escribió en ellas, con tiza, algunas fórmulas matemáticas.

Después de doce horas de viaje y con mis rudimentarios conocimientos algebraicos no estaba en condiciones de entender nada, pero fingí, con adecuados movimientos de cabeza, no solo comprensión, sino también entusiasmo.

Hubo que suspender las labores agrícolas y dedicar los obreros a la reconstrucción de las bodegas, casas patronales y de inquilinos.

Empecé la construcción de una casa que me serviría de habitación. Me interesaba vitalmente levantarla pronto, porque de ello dependía el vivir junto a Carmen y mi hija.

El fundo se pobló de carpinteros y albañiles traídos del pueblo de Colchún, y de entre los inquilinos surgieron algunos. De la capital llegaron toneleros para arreglar las vasijas de vino.

Mientras tanto, yo vivía en una de las piezas de la viejísima casa de don Heraclio, tan destruida que, desde mi lecho, podía seguir la trayectoria de la luna. Poético pero inconfortable resultaba mi dormitorio. Siendo verano, solo llovió dos veces y tuve que dormir bajo un paraguas y una lata de zinc para guarecerme de las goteras.

Los maestros y oficiales que construían mi casa no desarrollaban el dinamismo requerido por mis sentimientos. Aun cuando les convenía trabajar con rapidez para aumentar sus utilidades, no podían abandonar su tradicional costumbre de beber desde el sábado hasta el lunes.

El lugar en que edificué la casa era pintoresco. A los lados, viñas, y al frente, una alameda de encinas.

Lentamente fue creciendo esa construcción que habría de unificar las tres partes de mi vida dispersa.

Muchas veces, mientras vigilaba los trabajos, me asaltó el temor de que el Destino me traicionara extinguiendo mi vida, la de Carmen o la de nuestra hija, antes de que la casa estuviese terminada. Si eso acontecía, todas mis esperanzas eran vanas. Algunas veces los martillazos que los obreros daban, hundiendo los clavos en las maderas, sonaban en mi imaginación enfermiza con acentos funerarios. En mis cartas, siempre decía a Carmen que se cuidara mucho y lo mismo a nuestra hija. No le relataba mis temores por no afligirla.

Desde las lomas plantadas de vid, adormecido por la marcha de mi caballo, con la mirada perdida en el río que limitaba «El Bramadero», muchas veces la intensa nostalgia llenó de lágrimas mis ojos.

«El Bramadero» estaba hecho de lomajes poblados de parras o de melancólicos pinos. La belleza del paisaje y la soledad hicieron brotar otra vez en mi alma ese romanticismo que me impregnara en los albores de la adolescencia. Volví a sentir esas vagas, tiernas y melancólicas inquietudes que acompañaron mi primer amor, en



las playas de Papudo. Y, como entonces, largas horas miraba la luna. Y cuando el sol se perdía en los bosques de pinos, renacían mis emociones de niño.

Pero mi casa fue terminada y viví en ella con Carmen y mi hija.

\* \* \*

Un día estaba terminando de almorzar, cuando llegó a mi casa un leñador para avisarme que en el río se estaban ahogando tres niños.

Subí a mi caballo y galopé hasta la casa de don Heraclio, porque allí estaba la campana con que se llamaba a los trabajadores. La eché a volar. Entré en la oficina y llamé al médico del pueblo, por si fuera necesario su concurso cuando hubiésemos sacado a los niños.

A los inquilinos que acudieron al extraño llamado de campanas les ordené acudir al río, a caballo, o como fuera, con cordeles, y partí a galope tendido.

Tres cabezas de niños, al parecer dormidos flotaban arrastradas por la suave corriente de la orilla. Pensé en mi hija y sentí hondamente el dolor de los padres de esos niños agarrados por la muerte.

Desnudándome ordené hacer lo mismo a quienes supieran nadar y, amarrados por cordeles de la cintura, cuatro hombres nos lanzamos al agua. Desde la orilla, los demás sostenían los cordeles que nos ataban.

Nadamos hasta el sitio en que iban los niños adormecidos y nos fue fácil sacarlos, porque desde tierra nos arrastraban.

Con la respiración artificial, dos de ellos pronto dieron señales de vida. El otro, un muchacho de unos doce años, permanecía lacio y frío como un muerto.

Su padre, el herrero del fundo, hombre recio como los fierros de su fragua, estaba allí de pie, inmóvil, con la mirada clavada en el cuerpo lívido del niño.

Se oyó el galope de un caballo.

—Es el doctor —dijo uno de los inquilinos.

El herrero apretó sus mandíbulas y miró con los ojos húmedos al joven que saltó del caballo bañado en sudor.

El doctor tomó el pulso y aplicó su oído al pecho del niño. De su maletín sacó una jeringa de inyecciones, abrió la camisa, dejándole el tórax desnudo, y hundió verticalmente la aguja en su corazón silencioso.

Volvió a auscultarle. Levantó los párpados del niño, que volvieron a cerrarse como si sus ojos no quisieran ver más. Le hizo respiración artificial.

Yo pensé que la vida se había fugado ya de ese cuerpo.

El padre se adelantó lentamente, como un sonámbulo; se inclinó sobre ese pedazo de su carne, le arregló los cabellos, y dos lágrimas silenciosas cayeron sobre la frente del niño dormido.

—Ya se *jué*, ya —dijo con voz temblorosa, mirando al doctor, como queriendo expresarle que, aunque ignorante, su sensibilidad de padre atormentado le hacía saber

tanto como los médicos.

\* \* \*

La víspera de Año Nuevo, fueron a visitarme a «El Bramadero» mi amigo Juan Ramírez y su hermano Raúl. Para festejarles, organicé un paseo a la orilla del río, donde asaríamos al palo un tierno cordero. Este era el plato favorito de Juan.

Fuimos con mi mozo de campo, de unos veinticinco años, inteligente y muy leal.

Hacía un calor muy intenso, y mientras el mozo asaba el cordero, nosotros nos bañábamos. Cuando nos daba frío, nos calentábamos al sol. Estos baños sucesivos de agua y sol nos dieron mucha hambre y sed. Pero no había por qué inquietarse: un cordero y diez botellas de vino eran suficientes para cuatro personas.

A la medianoche solo quedaban un costillar y diez botellas vacías.

Subimos a los caballos con bastante dificultad, no obstante ser estos, excepto el mío, de muy poca alzada.

Yo montaba la yegua «Dulcinea», negro, brioso y robusto animal, adquirido por mí en un fundo vecino. Ellos cabalgaban las bestias raquílicas y degeneradas de «El Bramadero».

Habíamos decidido ir a Colchún, no obstante ser la figura de Juan un tanto ridícula. De la cintura para arriba no tenía más ropas que dos pañales de guagua — uno a la espalda, al pecho el otro—, unidos entre sí por dos nudos en sus hombros. En su cabeza llevaba un pañuelo de narices con un nudo en cada punta.

Juan estaba eufórico. Nos desafiaba a correr, y sin esperar respuesta espoleaba su caballo y arrancaba, gritando:

—¡Alcancen a la «Flecha de Oro»!

Los demás le seguíamos para no separarnos y porque nuestros juicios no eran del todo claros. En una de estas carreras encontramos a Juan, en un recodo del camino, tendido de bruces en el suelo y su caballo al lado. Nos bajamos temerosos, creyéndole aturdido o muerto; pero, en realidad, estaba solo dormido. Al moverlo, despertó y dijo que nada le había sucedido. Pero desde ese momento perdió dinamismo.

Antes de salir de los límites de «El Bramadero», dejamos en la casa de un inquilino el costillar de cordero a fin de que lo calentara para cuando volviéramos.

Mientras hablábamos de la hora aproximada en que regresaríamos, Juan cabeceaba dormido sobre su caballito. Estaba allí también una mujer vieja que era la madre del inquilino.

Después de observar a mi amigo, dije:

—No vamos a poder ir a ninguna parte, porque Juan está mal.

Juan oyó algo, levantó un poco sus pesados párpados y balbuceó:

—En el camino se me espanta el sueño —y volvió a cerrar sus ojos y a oscilar en su montura.

La vieja me preguntó:

—¿Quiere, patrón, que le haga un remedio?

—Conforme.

Partió la anciana hacia la casa y entró en ella. A los pocos segundos volvió con las manos vacías. Pensé que el remedio había de ser alguna brujería, la cual, tal vez, consistiera en ir y venir desde la casa hasta el paciente. Pero no era ese el remedio, ni tampoco se basaba en la sugestión.

La vieja se acercó bastante a mi amigo y, debido a la pequeña alzada de su cabalgadura, las cabezas de ambos quedaron a muy poca distancia. Entonces, a la luz del chonchón que nos alumbraba, pude ver que un chorro de agua salía de la boca de la vieja y empapaba el rostro de Juan. Despertó este al instante y comprendió, por la actitud de la mujer que le contemplaba, el inmundo procedimiento empleado. Sin decir palabra lanzó una bofetada, que la vieja esquivó. Esto hizo perder el equilibrio a Juan y caer de bruces al suelo.

Yo apenas podía sostenerme sobre la yegua, remecido por la risa.

Demostradas las sanas —aunque no higiénicas— intenciones de la mujer, mi amigo accedió a nuestros ruegos de perdonarla.

Le subimos entre todos a su caballo y continuamos viaje a Colchún.

Juan volvió a ser poseído por el demonio de la velocidad y muchas veces nos desafió a que alcanzáramos a la «Flecha de Oro». Afortunadamente para su salud, la débil bestia que soportaba sus ciento veinte kilos, apenas podía galopar.

Llegamos a la plaza de Colchún y vimos que había gran fiesta popular celebrando la llegada del Año Nuevo. En un entarimado estaban la banda, el micrófono y las autoridades del pueblo. En las baldosas de la plaza bailaban las parejas.

Vi que Juan desabrochaba la penca de las riendas.

—¿Qué vas a hacer, Juan? —pregunté.

—Voy a despejar la plaza.

Le rogué que abrochara la penca, pero en vez de hacerlo, la borneó en el aire y la descargó contra mí. Espoleé mi yegua y el golpe no dio en el blanco. Volvió a atacarme. Como «Dulcinea» era ágil, yo me retiraba y el pencazo pasaba sin tocarme. Rápidamente, me acerqué y le tiré de los suspensores hasta cortárselos. Después le pegué un caballazo y Juan cayó al suelo. Al pararse, sus pantalones cayeron y quedó en cueros. En esos momentos pasó por ahí un policía y quiso llevarlo preso por dar escándalo en la vía pública. Le explicamos que se trataba de un accidente y nos dejó en paz.

Amarramos los caballos en un poste y entramos en la plaza. En el torbellino de gente, Juan se nos separó sin que lo advirtiésemos. Estábamos tomando naranjada en unos mesones, cuando escuchamos que por los altoparlantes salían estas voces:

—Este pueblo es una manada de...

Miré hacia el entarimado y vi que Juan, aferrado al micrófono, profería una andanada de groserías, mientras varias personas trataban de echarlo fuera.

Tuvimos que acompañarlo al Retén de Carabineros y pagar una fianza de quinientos pesos para obtener su libertad. Así terminó el festejo a mis queridos amigos.

Don Heraclio tenía en agricultura extraños sistemas.

Jamás salía a recorrer el fundo y creía que desde el corredor de su casa podía administrarlo. Para él no eran necesarios los caballos montureros, y consideró un despilfarro que yo adquiriera dos yeguas para mi uso.

«El Bramadero» tenía una extensa viña y los inquilinos y elementos de trabajo no eran suficientes para cultivarlas; sin embargo, don Heraclio pedía todos los días diez hombres y dos carretas aperadas para hacer ciertos trabajos nunca vistos en la región.

Consideraba que mis salidas al campo solo tenían por objeto el distraerme, pues, según él, podía controlarse el estado de las faenas agrícolas desde la casa, a base de preguntas a los mayordomos.

Hubo mil motivos de disgusto. Cuatro años discutí con don Heraclio. Los ánimos se fueron agriando y preferí renunciar.

## Capítulo 37

Hace ya siete años que vivo en la ciudad. En las noches de invierno me acuesto muy temprano; en verano salgo, después de comida, a pasear por la calle, huyendo del calor.

Si alguna noche, en un incesante renacer de la juventud, miro al cielo buscando la nave cargada con mis sueños de niño, antes de encontrarla, algún aviso luminoso hiere mis ojos y los bajo a las baldosas de la acera, fastidiado, perdido.

Ahora, mi única esperanza es que el tiempo transcurra sin dañarme mucho para jubilar y poder dormir sin despertador.

Si por un golpe de suerte llegara a tener fortuna, compraría la parcela N° 98 de la Colonia de San Pedro y tendría allí cincuenta cabras, cuatro yeguas tuertas, a Plutarco y a su mujer; a todos los haría felices en desagravio por los sufrimientos que padecieron al estar unidos a mi destino.

A las ocho de la mañana llego a mi oficina, meto la tarjeta por una ranura del reloj control y escucho su terco saludo con voz de campanilla. Me siento ante una maquinita y golpeo su teclado con menos entusiasmo que el pianista aquel del tétrico cabaret de Purín.

Al mediodía vuelvo a marcar mi tarjeta y corro a tomar un tranvía que me lleve hasta mi casa. Beso a Carmen y a mis cinco hijos, almuerzo rápidamente y salgo en busca de otro tranvía.

Por la tarde, en mi oficina, sigo ejecutando sordas melodías en la máquina de escribir.

Desde la ventana, en el séptimo piso, veo la inmensa cordillera, alba en el invierno, y gris, como un elefante, en el verano. Cuando la atmósfera está pura me parece estar muy cerca de las cumbres; pero, en lo más hondo de mi espíritu, tengo la certeza de que están lejanas, inaccesibles para mí. Sin embargo, cuando estoy muy deprimido, la contemplación de esas montañas gigantescas me refresca el alma, como si desde ellas me llegara una leve brisa de esperanza.

A las seis y media de la tarde quedo en libertad. Mis compañeros se van a jugar a los dados o al billar. Yo vuelvo al hogar a jugar con mis hijos o a leer. Algunas tardes voy donde el dentista y otras a conseguir dinero en préstamo hasta el día de pago.



Fuera de mi alma, lo que más se ha destruido en esta dura jornada de la vida ha sido mi dentadura.

Ahora comprendo el deleite que era comer sin preocuparse de masticar con esta o aquella muela o reírse sin el temor de exhibir el hueco antes ocupado por un diente o un colmillo. Así, refrenando mis risas y sonrisas para disimular mis deficiencias dentales, he ido, lenta e inconscientemente, secando el pozo de mi innato buen humor.

Largos meses han pasado desde aquel día en que me senté a mi escritorio, dispuesto a resumir «La Sucesión por Causa de Muerte».

En ese lapso pude haber preparado el examen de Licenciatura en Derecho; pero, desviado en mi propósito por misteriosas fuerzas, he resumido los treinta y cinco años que llevo vividos. Trabajo improductivo como todos los que he realizado.

Meditando acerca de esta fatal tendencia mía  
a no hacer lo que debo, he arribado a la conclusión de haberme  
equivocado de planeta y de que  
la Luna era mi tierra.

FIN